



EL
TENPE ARGENTINO

SEGUIDO

DE LOS CONSEJOS DE ORO.



BIBLIOTECA
RAFAEL ALBERTO ARRIETA



Barcelona : Imp. de Gomez é Inglada, Cirés, n. 5.—1862.

EL
TEMPE ARJENTINO

ó

EL DELTA DE LOS RIOS

URUGUAI, PARANÁ Y PLATA

POR

D. MARGOS SASTRE

INSPECTOR JENERAL DE LAS ESCUELAS.

¿Qué es la República Arjentina?
¿qué es esa tierra de leche y miel,
con sus pampas llenas de ganados, y
sus selvas llenas de abejas?

PARISH.—*Buenos Aires y las Pro-
vincias del Río de la Plata.*

Obra adoptada por el Gobierno como libro de premio para las Escuelas
Públicas, y de texto para la clase superior de lectura.

~~~~~  
TERCERA EDICION.  
~~~~~

1541
ALOU HERMANOS, EDITORES.

BARCELONA .

CALLE DEL HOSPITAL, NÚM. 94.

} BUENOS AIRES :

} CALLE DE LA RECONQUISTA, NÚM. 4.

1862.

Esta obra es propiedad del autor, siendo de la de los Editores esta 5.^a edición.

LOS EDITORES.

Deseosos de consignar aquí la favorable acogida que ha tenido la obra del Sr. Sastre, nos permitimos trasladar á continuación algunas de las muchas manifestaciones de aprobacion que ha merecido de personas ilustradas é imparciales. Manifestaciones y juicios exentos por cierto de lisonja, pues que, lo han sido por la prensa toda de las dos repúblicas del Rio de la Plata.

«Actualmente se está repartiendo el tomo quinto de la *Biblioteca Americana* que dirige el Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes. Este tomo contiene *El Tempe Argentino* del Sr. D. Marcos Sastre. Para hacer un análisis perfecto de la obra con que el Sr. Sastre honra la Biblioteca Americana, seria preciso estudiar los lugares y las necesidades que tan poética y útilmente describe.

«El *Tempe Argentino* es un poema en prosa en que no solo se cantan las bellezas del Paraná, sino que

tambien se esplican todos los medios de progreso y adelanto que posee ese majestuoso rio que baña el corazon de la Confederacion Argentina, y viene luego á confundir sus aguas con las del Rio de la Plata. R. de S. » (NACION, de Montevideo).

« Con gusto vemos que el editor de la *Biblioteca Americana* trata de corresponder dignamente á la decidida proteccion que el público le otorga. El tomo quinto merece figurar entre los pocos libros originales que cuenta nuestra literatura nacional. Descríbense en él las islas del Paraná, con su magnífica vejetacion, con sus preciosas flores, con sus animales raros, con el grandioso porvenir que las aguarda. » (LA REFORMA PACÍFICA, de Buenos Aires).

« EL TEMPE ARGENTINO. Cuando leemos un libro » con interés, es natural el deseo de conocer la vida » interior del hombre que nos habla; y si sus acciones » no desdicen de la rectitud de sus principios, de la » pureza de su moral, de la elevacion de sus pensa- » mientos, entonces un sentimiento de confianza y de » respeto acrecienta el valor de sus escritos. Tal será, » no lo dudamos, la impresion de la lectura del *Tempe Argentino* en el ánimo de sus lectores, despues de » conocer la vida del autor. »

« Estas palabras que acabamos de transcribir las tomamos de un artículo biográfico que de D. Marcos Sastre, autor del *Tempe Argentino*, hace nuestro ilustrado amigo el doctor D. A. Magariños Cervantes,

y que encabeza esa obra de grande observacion y de ciencia, en que se revela al hombre ansioso de alcanzar á descubrir los escondidos misterios de la naturaleza, que inculta presenta cuadros preciosos, do la inteligencia de los mas hábiles no habia osado penetrar jamás.»

«El Sr. Sastre es hijo del Plata; su imaginacion ardiente y americana ha querido buscar para escribir su obra, no el arte sino la naturaleza revestida de todas sus galas y hermosura.»

«Los que hayan visitado alguna vez las pintorescas islas del rico y caudaloso Paraná, y se hayan detenido un solo instante á observar su vegetacion vírgen, llena de encantos, pueden encontrar en el *Tempe Argentino* una obra de interés para el curioso naturalista y el agricultor, en cuyos estudios el Sr. Sastre muestra sus profundos conocimientos.»

«Las islas del Paraná, abandonadas, sin cultivo de ninguna clase, y cuyos arroyuelos cristalinos serpean lamiendo los verdes camalotes que crecen sostenidos por su pura linfa, como la rica vegetacion de los trópicos ó animada por el ardiente sol del medio dia, han dado lugar al Sr. Sastre para escribir una obra curiosa, amena é instructiva.»

«Cada uno de los capítulos del libro del Sr. Sastre es una página que deben leer con avidez los ciudadanos que aman la patria; pues, si es cierto que el que ama la patria se siente inspirado solamente al pisar

la tibia arena de sus playas , mucho mas debe sentirse animado por una admiracion contemplativa , al visitar esos lugares solitarios donde las plantas crecen al solo impulso de la fertilidad de la tierra ; donde no se oye otro murmullo que el de la brisa que internándose por esas pintorescas alamedas , bate las flexibles hojas del indolente sauce y al par de su monótono murmullo , los pintados pajarillos saludan á la pródiga naturaleza con sus melodiosos trinos. »

«Las descripciones que hace el Sr. Sastre son naturales y exactas ; y confesamos que creemos no es posible presentar cuadros mas llenos de luz , de animacion y de vida , trazados sobre las páginas de un libro. »

«Pintar la naturaleza es uno de los dotes con que Dios ha querido distinguir á algunas de sus criaturas, tal como á Bernardino de Saint-Pierre; mas lo que hizo su mano no se presta á imitacion porque es atributo suyo esclusivamente el imitarlas ; nosotros hacemos ó podemos hacer copias imperfectas , parodias pálidas; pero nunca llegar á presentarlas con toda su magestad y hermosura. »

«El libro , pues , del Sr. Sastre, es una página de la naturaleza , en que se diseñan con coloridos vivísimos los apacibles paisages de nuestras islas ; sus plantas y animales raros ; sus habitantes , sus costumbres y principios. Así , al verse el autor en esos deliciosos parages , esclama lleno de entusiasmo por la contem-

placion de la vírgen naturaleza , pero lleno de amargo escepticismo comparando los sencillos goces de la vida solitaria con los azares y desengaños de la vida social: »

« Si , en medio de las cabañas solitarias de nuestras » islas y campañas , es donde reina la paz, la justicia y » la confraternidad ; bienes debidos , no al freno de las » leyes , sino á la influencia de la religion, de la liber- » tad y de la naturaleza. Esta madre liberal é inagota- » ble pródiga en estos rios y estos campos , como en el » siglo de oro , sus bellezas y sus bienes. Todo parece » aqui preparado por las satisfacciones y el bien estar » del hombre , sin el trabajo abrumante que por todas » partes lo persigue. Todo lo induce al fácil cultivo de » tan fecundo suelo ; todo le inspira el amor á la paz, y » la caridad para con sus semejantes. »

« El libro que nos ocupa fué publicado por el Sr. Magariños en la *Biblioteca Americana* ; hoy se ha reimpresso nuevamente con importantes adiciones; ha sido aceptado para testo de la seccion superior de lectura en las escuelas públicas , y adoptado como premio para las mismas. No podia esperar menos el Sr. Sastre , que esta merecida recompensa á su trabajo; y nosotros al leer el *Tempe Argentino*, no hemos querido dejar sin nuestra humilde recomendacion una obra de tanto interés , cuya lectura es amena, moral é instructiva.—EDUARDO G. GORDON.—» (*Semanario de literatura* , de Montivideo). El Sr. Gordon , autor del

juicio que precede , es uno de los escritores mas notables del Rio de la Plata como poeta lírico y dramático.

«EL TEMPE ARGENTINO. La obra que lleva ese título ofrecida por D. Márcos Sastre á la Municipalidad de Buenos Aires , es una adquisicion amena para las letras argentinas. El género descriptivo á que pertenece , puede llamarse nuevo entre nosotros , donde han sido tan raros los que se han dedicado á estudiar el aspecto y fenómenos de la naturaleza, y transmitir á los demás sus ideas y sensaciones en la presencia misma de la belleza agreste que las inspiraba.»

«El escritor tiene el mérito de la eleccion de un asunto que brinda sus colores á la fantasía y juiciosos comentarios al espíritu de observacion. La mente y el corazon reposan en esos cuadros de virginal frescura que ostenta el delta de los rios Plata, Paraná y Uruguay.»

«El geólogo , el artista , el viajero hallarán islas y campos en que el vigor de una vegetacion primitiva es animada por un clima propicio á las plantas, á los animales y al hombre.»

«La filosofía y la pintura miran en esos paisages diseñados por el Grande Arquitecto, perspectivas suaves ó grandiosas, que alevan la inteligencia á las meditaciones sublimes.»

«Tiempo ha que se notaba en nuestra literatura naciente la falta de un ensayo que bebiese sus inspiraciones en las auras y en los cristalinos raudales de la

tierra natal. El patriotismo se interesaba igualmente en ese grato empeño , y estaba dispuesto á una generosa indulgencia para el que representase las impresiones profundas é ingénuas que se ligan siempre á las escenas de la predileccion de nuestros mayores, ó á los sueños de nuestra propia vida.»

«Hay en el fondo de ese sentimiento un principio de virtud y una cadena misteriosa entre los recuerdos y las esperanzas. Asi que él haya logrado asociar en sus descripciones la verdad y la ternura con que involuntariamente se contempla lo bello y lo grande, habrá adquirido derecho á la simpatía de los corazones sensibles.»

«Reina , sin embargo , en el libro de nuestro compatriota un tono indefinible de tristeza; que por el contraste , realza el entusiasmo con que saluda los inestimables beneficios del Cielo sobre comarcas reservadas para la ventura , la inocencia y el reposo. El autor ha desempeñado con fortuna el plan que se propuso, y ha levantado la cortina que escondia todavia á los ojos de los estraños y de numerosos hijos de este pais los tesoros del delta.»

«Él ha mostrado delicado acierto en las comparaciones de esa region del nuevo mundo con el Valle de Tempe , regado por las mansas aguas del Peneo, y que fué para la poesía griega la imágen de los Campos Elíseos.»

«Además los naturalistas agradecerán las nociones

peregrinas y prolijas que ese estudio suministra sobre aves y cuadrúpedos que se albergan en las frondosas arboledas de aquellos selváticos sitios. Esos detalles sobre sus costumbres, sus instintos y sus variedades son motivo agradable de especulaciones para la ciencia, y de embeleso para los que aman los placeres sencillos.»

«Felicitamos cordialmente al Sr. Sastre por su notable escrito, y deseamos que no desmaye en una carrera, que si no siempre produce rosas, ofrece en su término una palma tan noble como las que hermo-sean las riveras descritas por su pluma.» (De *El Comercio del Plata*, de Buenos Aires).

El artículo que precede es de la aventajada pluma del Sr. Coronel D.^s J. T. Guido, socio corresponsal y honorario de la Sociedad Eutomológica, y de la de Ciencias naturales de Bruselas, miembro de la Imperial Sociedad Amante de la Instrucción en el Brasil, etc.

Sentimos no poder disponer de espacio suficiente para reproducir las apreciaciones de otros muchos periódicos; pero no podemos prescindir de publicar aquí dos párrafos de cartas particulares que nos han sido franqueadas de entre las numerosas congratulatorias que recibió el autor del libro que nos ocupa, por pertenecer á dos hombres públicos de los mas notables por su saber y sus virtudes, en las dos Repúblicas del Plata: el Sr. Dr. D. Joaquin Requena, oriental, y

le Sr. Dr. D. Juan Maria Gutierrez , argentino. »

«

« He leído tu bellísima obra , y rebosando mi corazón de gozo y de entusiasmo , no puedo menos que significarte mi reconocimiento por este nuevo é importante servicio que haces á las ciencias , y por el honor que das á la civilizacion sud-americana , felicitándote al mismo tiempo por el aprecio y distincion que te hará merecer de todo el mundo ilustrado. Te protesto, mi amado Márcos , que esa lectura ha suavizado mucho mis penas , pues que repetida varias veces , he encontrado cada vez nuevos encantos que admirar. Ya se ve, ¡ es tu escrito tan americano, tan sabio, tan elocuente , tan bello ! Tu modestia no rechazará esta calificacion , porque es justa , justísima , y no menos verídica y sincera. Te hablo ahora con la misma ingenuidad y franqueza que ha reinado siempre entre nosotros , casi desde la infancia , y con la que nos hemos comunicado siempre nuestros pensamientos.»

«

JOAQUIN REQUENA.

Febrero 3, Rosario.

Mi querido amigo D. Marcos Sastre.

«Hoy he recibido su carta del 31 pasado , y el ejemplar del *Tempe* , sabrosa produccion que ya habia saboreado por favor de nuestro amigo Magariños Cervantes. Leí su libro de un trago , sin dejarle de la

mano , no solo porque es mui interesante , sino porque me recuerda mis vacaciones de Las Conchas y mi permanencia de mas de dos meses en aquellas soledades del Paraná en busca de la isla de *Paicarabi*. Creo que V. ha acertado á escribir el mejor libro que por mucho tiempo saldrá de las prensas de Buenos Aires. El *Chaco* de Arenales y el *Tempe* de Sastre son los dos libros argentinos que llamarán la atencion de los lectores europeos y á que se referirán cuando hablen de estas regiones. Su *Tempe* es una prueba de lo mucho que hay que prepararse para poder producir una obra digna de atencion. Sin las asiduas y espontáneas lecturas que ha hecho V. en muchos idiomas , sobre agricultura , sobre industria práctica, sobre educacion, etc. no habria V. acertado á escribir con tanta propiedad ; asi como si V. hubiese deprabado su alma con los ejemplos que no le han faltado , tampoco habria podido comprender ni representar con palabras esos cuadros amenos y pacíficos que unos tras otros se desenvuelven en su libro.»

El Dr. D. Juan María Gutierrez, (de quien son las palabras que preceden) escribió tambien al Dr. Magariños Cervantes lo que sigue :

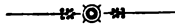
«El libro de Sastre no dudo que servirá al crédito de la *Biblioteca Americana*. Tiene páginas verdaderamente bellas y ricas en originales observaciones: lo he vuelto abrir y he hallado nuevo placer en recorrerlo. Es un hallazgo para la *Biblioteca*, la cual debe resen-

tirse en su suerte de la naturaleza de las obras con que abra su marcha. Es preciso que corresponda al gusto de todo el mundo. En la obra de Sastre el interés es para todos, incluso los extranjeros de dentro y fuera del país: son páginas á lo *Bernardino de Saint Piérre*, que interesan á la sensibilidad y sirven á la ciencia sin el aparato repulsivo de los términos y fórmulas técnicos.»

Por último, consignaremos aquí un hecho que hace mucho honor al autor y á su libro. El distinguido escritor y Brigadier General D. Bartolomé Mitre, actual Gobernador de Buenos Aires, despues de haber elogiado el *Tempe Argentino* (siendo Ministro de Gobierno) decretado su adopcion como testo de lectura y como libro de premio para las Escuelas Públicas, tuvo la deferencia de dirigir al autor algunas observaciones de crítica literaria, de que este se aprovechó para limar y mejorar la segunda edicion de su obra, con la cual está conforme esta tercera con algunas correcciones mas en el estilo.



DISCURSO PRELIMINAR. (*)



Fué siempre nuestra idea—y así lo hemos manifestado mas de una vez—seguir el consejo de Horacio en la combinacion de la *Biblioteca Americana*, mezclando lo útil con lo agradable, las producciones de la fantasía con las del estudio y meditacion profunda; pero ya íbamos á entrar en el tomo quinto sin poderla sacar del fácil camino que habia tomado, cuando nos sale al paso un libro que no podia llegar en mejor ocasion á nuestras manos. La obra de D. Marcos Sastre, es un precioso continjente en el que campean á la vez la belleza del argumento, la originalidad y el arte. ¿Necesitamos añadir que llena cumplidamente nuestro compromiso, satisfaciendo las exigencias de nuestros suscriptores graves, y que por cierto no hará mostrar el ceño á los que buscan la amenidad y el solaz en sus lecturas?

El Tempe Argentino que hoi les ofrecemos, es una obra de observacion y de ciencia, que, como ha dicho el *Nacional* al publicar algunos fragmentos de ella, «*revela verdaderamente al hombre que ha consagrado sus mejores dias al estudio de las letras. Está contraida (continúa el Nacional) á hacer conocer las islas del rio Paraná, cuya*

(*) Este discurso salió al frente de la primera edicion del *Tempe Argentino* que forma el tomo V de la *Biblioteca Americana*.

fertilidad y posicion, aparente para recibir en su seno una abundante inmigracion, se describen en un lenguaje ameno y lleno de imágenes, que hace fácil y entretenida su lectura.» En efecto, todo lo que hai de bello y maravilloso en estas pájinas, lejos de ser la creacion de una imaginacion romancesca, no es mas que una sencilla esposicion de los hechos y un pálido reflejo de la naturaleza que nos pinta. Tal es el juicio emitido por el mismo autor sobre su escrito; y á la verdad, que al visitar aquellos sitios, se siente uno poseido de tal asombro y encanto, que nos fuerza á convenir con tan modesta apreciacion. No obstante, el mayor mérito y utilidad de esta obra consiste en sus observaciones jeológicas, zoológicas y jeopónicas, de gran interés para el naturalista y para el agricultor; y sobre todo en sus reflexiones filosóficas, y en aquel aroma de moralidad y relijion que trasciende de toda ella, como la fragancia de las islas que describe, en la estacion de los azahares.

La exactitud del juicio que formamos del *Tempe Argentino*, está comprobada por la aceptacion jeneral que han obtenido algunos fragmentos que han salido á luz en diferentes épocas, y que han sido reproducidos en varios periódicos. El trabajo del Sr. Sastre, á su indisputable mérito literario, reúne el que le da la oportunidad de su publicacion hoi que las islas han despertado tanto interés y atraído numerosos pobladores, buscando en ellas un *eldorado* de riqueza ó de delicias; impelidos los unos por la perspectiva de una ganancia pingüe, y conducidos los otros por el amor á lo bello. Para unos y otros será útil y agradable la lectura del *Tempe Argentino*.

Aunque bajo de esta denominacion el Sr. Sastre comprende solamente el gran Delta del Paraná, cuya estension cultivable no pasa de cien leguas cuadradas, hai

sin embargo en el mismo Paraná y en el Uruguay cinco mil leguas mas, entre islas y costas que se encuentran bajo las mismas condiciones de fertilidad, regadío y navegabilidad, y por consiguiente el interés del libro debe estenderse á todas las Provincias y Estados ribereños.

Importa sobremanera á los inmigrantes tener una noticia fidedigna y circunstanciada del hermoso y fertilísimo país que se brinda á su industria, á un paso del puerto dcnde arriban de su penoso y dilatado viaje.

Es un libro necesario para los actuales poseedores de las islas, la mayor parte sin nociones de agricultura. La esperiencia y las indicaciones del Sr. Sastre les ahorrarán mucho trabajo, gastos y desaciertos en la explotacion de sus posesiones. Los que se precian de agricultores porque se han dedicado algun tiempo á la labranza sin haber hecho, como nuestro autor, un estudio detenido del terreno, leerán con una sonrisa de compasion unos consejos tan disconformes con las prácticas ordinarias. Debieran advertir — y la esperiencia se lo enseñará mui á su costa — que los mismos principios de la ciencia exigen ese desvio de las reglas jenerales, segun las condiciones mas ó menos escepcionales del terreno y aun de las plantas que se cultivan.

Debe ser tambien de gran interés para el ciudadano amante de su patria, para el amigo de la historia natural, y para todo extranjero, el conocimiento de una porcion tan bella de este país, con sus producciones naturales, sus vegetales y animales raros. El viajero podrá, sin necesidad de molestas escursiones, comparar los efectos de la feracidad de la naturaleza virjen y vivaz del nuevo mundo, con los de las celebradas llanuras del antiguo, regadas por el Nilo, el Peneos, el Arno ó el Guadalquivir.

Será una lectura instructiva y grata para la juventud. ¡ Con cuanto gusto no recorrerán las imaginaciones sensibles y ardientes, aquellos arroyuelos, aquellos bosques, aquellas escenas campestres que tanto atractivo tienen en la primera época de la vida! ¿Qué intelijencia jóven no se verá ilustrada y encaminada al bien con las meditaciones de *La noche en las islas*?

¿Pero á quien no interesará una narracion que le descubre un eden en estas nuevas islas afortunadas, donde poder realizar sus ensueños de felicidad? ¿Un eliseo donde se goza el espectáculo encantador de una tranquilidad jamás perturbada por las tempestades, y de una salubridad en sus frutas, sus aguas y sus aires, que lo convierten en una verdadera fuente de Juvencia?

La descripcion de un país ignorado, tan singular por su prodijiosa fertilidad y sus bellezas, como por su sorprendente aparicion como por encanto á las puertas de una populosa ciudad, que puede decirse lo ha tenido tres siglos delante de sus ojos sin verlo; que gozaba de sus espontáneos frutos y no le conocia; debió necesariamente presentarse con el carácter de novelesca, y como tal, encontrar pocos creyentes. Asi fué que las *Impresiones del Sr. Sastre en las Islas del Paraná* que aparecieron en la «Ilustracion arjentina» en 1854, si bien agradaron á todos sus lectores, no fueron recibidas sino como las efusiones de un corazon sensible y las idealizaciones de una imaginacion poética. Tan cierto es esto, que hubo diario (*La Tribuna*) que saludó al autor con el nombre de vate, aunque no habia escrito un solo verso. Nadie, pues, tuvo la curiosidad de ir á ver si realmente existia aquel país encantado; por mas que para llegar á él, solo fuese necesario salvar la distancia de veinte millas de un viaje cómodo y fácil; y continuó el cultivo de las Islas

reducido á algunos huertecillos de los carapachayos y á la quinta del Sr. Sastre *que fué el primer hombre culto que aplicó el raciocinio á la realidad, y vió en las Islas terrenos adaptables á la industria* (1). Solo uno que otro vecino de San-Fernando siguieron su ejemplo, hasta que el año siguiente (1855) el Sr. Sarmiento, incitado por las noticias de algunos, y guiado por los principios de la jeología, comprendió *á priori* la realidad increíble, y para vencer de un golpe la incredulidad jeneral, convocó á varios de sus amigos para hacer un viaje de esploracion (2). Resultó lo que era de esperarse: todo el mundo quiso entrar adquiriendo un pedazo de aquella tierra de promision; antes de dos años estaban ya ocupadas todas las islas del Delta en una estension de diez leguas, y hoy raras serán las que no estén denunciadas. Mas de quinientos poseedores, empleando un numeroso peonaje, se ocupan con afan en desmontar, plantar y sembrar. En este corto periodo se han invertido millones de pesos en la explotacion agrícola é industrial del *Tempe Argentino*; se han plantado millones de árboles, se han hecho grandes sementeras de toda clase; se han establecido fábricas de cordelería, de baldosas, de espíritu y agrio de naranja; se beneficia el cáñamo y el tabaco; se ensaya el cultivo del arroz y del sorgo. En la esposicion agrícola de este año se han visto hermosos especímenes de todos estos productos y fabricaciones.

Pero esa tumultuosa invasion, esa competencia de ocupacion del terreno, ese entusiasmo ciego, y los gastos excesivos de los desmontes, van á ocasionar la ruina y las

(1) Número 4,099 del «Nacional»

(2) La relacion de este viaje se encuentra en el número ya citado del «Nacional». En este diario dió el Sr. Sarmiento una série de artículos mui interesantes sobre las Islas, bajo el titulo de CARAPACHAY.

mas duras y prolongadas privaciones á la mayor parte de los pobladores de las Islas, si el Cuerpo Legislativo no se apresura á poner remedio á los males que ya se tocan, y á los mayores que se preven, dictando una lei que otorgue la propiedad del terreno, aunque sea mediante alguna retribucion de los ocupantes.

El asunto es de la mayor importancia, y merece que entremos en algunos pormenores. Hemos hecho *ex-profeso* mas de un viaje á las islas, para poder hablar con conocimiento de causa.

En primer lugar, la muchedumbre de peticionarios ha producido un escesivo fraccionamiento que hará, para el mayor número de poseedores, mas bien gravoso que productivo el cultivo, obligándolos al abandono con pérdida del capital invertido, si no les queda el arbitrio de enajenar sus pequeñas posesiones.

En segundo lugar, como la concesion de las islas se ha hecho con la condicion de cultivarlas, sin límites fijos, porque en el mayor número de casos no es fácil señalarlos; los poseedores se han apresurado á dar la mayor estension posible á sus desmontes en el menor tiempo posible, por abarcar cuanto antes el terreno necesario para una explotacion lucrativa; viéndose tambien forzados á este procedimiento ruinoso, por evitar la invasion de los innumerables pretendientes, que andan buscando donde haya un pedazo de tierra inculto para posesionarse de él.

En tercer lugar (y este es el mayor mal), se nos asegura que el Juez de Paz de San-Fernando, el primero autorizado para estas concesiones, las hacía con mucha precipitacion, sin darles la publicidad necesaria para no damnificar á los primeros ocupantes, y evitar las justas reclamaciones de los que veian con dolor desmembradas

sus propiedades por todos lados. Ese modo de proceder, que no queremos calificar, ha aumentado el *retaceo* de la tierra, y ha sido un semillero de pleitos.

En cuarto lugar, muchos pobladores han emprendido el cultivo, sin los conocimientos agrícolas indispensables; otros han confiado á simples peones ó á capataces ignorantes la inversion de sus caudales; los mas no han dirigido personalmente sus trabajos, y todos han seguido un sistema dispendioso de cultura, haciendo descuajos y labores tan costosos como innecesarios en un suelo prodijiosamente feraz, y desmenuzado al infinito.

En quinto lugar, muchos de los nuevos poseedores, ya por dar la estension necesaria á su terreno, ya por librarse de intrusos, han pagado injentes sumas á caballeros de industria que presentaban títulos de posesion anterior, obtenidos subrepticamente, y á pretendidos pobladores antiguos que alegaban derecho á toda una isla por haber clavado dos ó tres estacas de sauce acá y acullá en años pasados con el objeto único de tener sombra para sus holgazanas pesquerías; ó bien porque armaron un ranchejo para abrigarse cuando hacian leña ó recojian duraznos ó naranjas silvestres.

Señalamos la concesion de la tierra, como el único medio de evitar la ruina de los cultivadores y el descrédito de las islas, porque el natural amor á la propiedad dará nuevo aliento á sus dueños; porque esa misma propiedad les servirá de crédito para obtener fondos para llevar adelante el trabajo y poder esperar la época de los beneficios; y porque los que no tengan fuerzas para continuar podrán vender sus posesiones á otros mas acaudalados.

Mas lo que daría un impulso fabuloso á la agricultura é industria isleña; lo que anticiparía la mitad de un si-

glo el maravilloso porvenir del *Tempe Argentino*; lo que le trasformaria á los ojos de los que hoy vivimos en un emporio de civilizaci3n y de comercio, en una fuente de riquezas para el pa3s, en una mansion deliciosa para los habitantes acomodados de la gran ciudad, y en una nueva California para los hombres de trabajo; lo que efectuaría esta májica transformaci3n en pocos a3os, sería la realizaci3n del ferro-carril proyectado de Buenos-Aires á San-Fernando.

Entonces el archipiélago del Delta quedaria á una hora de camino de la ciudad, y se presentaria á las puertas de este gran mercado con sus flores, sus frutas, sus legumbres, sus granos, su leña, sus maderas, sus pastos, sus mieles, sus aves, sus peces; y hasta sus bosques sombríos, sus arroyos cristalinos, sus aguas esquisitas y sus auras saludables, podrian ser gozadas diariamente por los habitantes de la capital. El *Tempe Argentino* sería el universal rendez-vous para todas las partidas de campo, de caza y de pezca, para todos los festejos y diversiones; allí acudiría el pueblo en romería para celebrar sus fiestas religiosas, como en los tiempos antiguos al delicioso Tempe de la Grecia.

Si antes de ser conocidas las islas, fueron leídas con gusto las descripciones del Sr. Sastre, hoy que se ha visto que la realidad supera á la pintura, serán acogidas con mayor interés; hoy nos harán descubrir nuevas bellezas, llamarán nuestra atenci3n sobre mil objetos que quedarían inapercibidos sin el detenido estudio del observador de la naturaleza. ¡Con cuanto mayor interés visita uno aquellos sitios amenos después que se nos ha hecho conocer el carácter noble y bondadoso del *carapachayo*, la atractiva hospitalidad de su *cabaña*; la historia y particularidades de los inofensivos y domesticables *quiyá* y *capi-*

guara, y las maravillas del *camuati*! ¡Oh! y como cobra uno aficion al *seibo* y al *ombú* despues que el Sr. Sastre nos ha revelado los misterios de su creacion!

«El capítulo del *Camuati*, por sí solo (decia el Doctor D. Vicente Lopez, padre) bastaria para formar la reputacion literaria de un escritor.» Como buenos hijos de la hermosa region del Plata, debemos hacer constar aquí con las fechas, que nuestra patria ha sido la primera en dar una muestra brillante de un nuevo modo de escribir la historia natural, haciendo aplicaciones á las necesidades y mejora del hombre, y todo esto en un estilo elegante y puro; de ese mismo jénero de escribir en que hoi sobresale Mr. Michelet. No pretendemos establecer un paralelo entre el *Camuati* y el *Insecte* ó el *Oiseau*. Si en estas obras se revela la pluma ejercitada del escritor, sus vastos conocimientos y el brillo de la imaginacion francesa, la de nuestro compatriota tiene el mérito de la prioridad y de la orijinalidad de sus observaciones sobre un objeto nuevo—el *Camuati*.

Esta interesante monografía salió á luz por primera vez en la Gaceta de Buenos-Aires el año de 1846. A los que no quieran creer que nuestra jóven literatura pueda producir los frutos sazonados que solo parecen propios de la madurez de las literaturas europeas, les diremos que lean el *Camuati*, y convendrán con nosotros en que, si la fidelidad del escritor americano á la verdad de la historia natural, no le ha permitido dar libre vuelo á su imaginacion poética como al escritor europeo, no le cede á este ni en la sagacidad de observacion, ni en la profundidad filosófica.

Empero ¡oh dolor! la devastacion comenzada por la segur destructora del rústico montaraz, va á ser consumada por el hierro y el fuego del positivismo industrial



I.

INTRODUCCION.

No lejos de la ciudad de Buenos-Aires existe un aménisimo recinto agreste y solitario, limitado por las aguas del Plata, el Paraná y el Uruguay. Ninguno de los que frecuentan el pueblo de San-Fernando habrá dejado de visitarlo; á no ser que sea un hombre indiferente á las bellezas de la naturaleza y ajeno á las dulces afecciones. Todo el que tenga un corazon sensible y tierno lo sentiria inundado de las mas gratas emociopes al surcar sus plácidas corrientes, bordadas de la mas lozana vejetacion; se estasiaria bajo sus frondosas arboledas, veladas de bejucos; y veria con delicia serpear los numerosos arroyuelos que van á unirse con los grandes rios.

En mi infancia, arrancado por primera vez de los muros de la ciudad natal, me hallé un dia absorto y alborozado en aquel sitio encantador. Mas tarde, en la edad de las ilusiones, lo visité impelido por los placenteros re-

cuerdos de la niñez, y creí haber hallado el Eden de mis ensueños de oro. Y hoi, en la tarde de la vida, cuando la ingratitud y la perversidad de los hombres han oscurecido la aureola de mis esperanzas, lo he vuelto á visitar con indecible placer; he vuelto á gozar de sus encantos; he aspirado con cierta expansion interior las puras y embalsamadas emanaciones de aquellas aguas saludables y de aquellos bosques siempre floridos. Este recinto tan ameno, ceñido por los tres caudalosos rios en su confluencia, son las Islas que forman su Delta. ¡ Quien pudiera describirlas!

Una mansion campestre, en un clima hermoso, embelecida con bosques sombríos y arroyos cristalinos, animada por el canto y los amores de las aves, habitada por corazones buenos y sencillos, ha sido y será siempre el halagüeño objeto de la aspiracion de todas las almas, en la edad en que la imaginacion se forja los mas bellos cuadros de una vida de gloria y de ventura. Y despues de la lucha de las pasiones; despues de los embates de la adversidad, y de las incurables heridas de las decepciones; despues de los desengaños de la vida y en los términos de su carrera, es todavía la paz y el solaz de una mansion campestre, la última aspiracion del corazon humano. Por eso la tabloza y la lira de los jenios de la Grecia consagraron los mas bellos colores y armonias á la celebridad de su Valle de Tempe; y por eso tambien serán algun dia celebradas por los ingenios arjentinos, las bellezas y escelencias de las islas deliciosas, que á porfía acarician las aguas del Paraná, el Plata y el Uruguay, y que situadas casi á las puertas de la populosa Buenos-Aires, se encuentran olvidadas y sin dueño.

Mil sitios habrá en el globo mas pintorescos, por las variadas escenas y románticos paisajes con que la natu-

raleza sabe hermohear un terreno ondeado y montañoso; pero ninguno que iguale á nuestras islas en el lujo de su eterno verdor, en la pureza de su ambiente y de sus aguas, en la numerosidad y la gracia de sus canales y arroyuelos, en la fertilidad de su suelo, en la abundancia y dulzura de sus frutos.





II.

UN PASEO POR LAS ISLAS.

Sencilla es mi canoa como mis afectos, humilde como mi espíritu. Ella voga exenta y tranquila por los apacibles arroyuelos, sin osar lanzarse á las inquietas ondas del anchuroso rio. Bien ve las naves fuertes naufragar; bien ve los floridos camalotes fluctuantes, que separados de la dulce linfa natal, de los plácidos arroyos de la patria, al empuje de las corrientes, vagan acá y allá, ora batidos y desmenuzados contra las riberas, ora arrebatados por el océano de las aguas amargas, hasta las playas extranjeras.

¡Paraná delicioso! tú no me ofreces sino imágenes risueñas, impresiones placenteras, sublimes inspiraciones; tú me llamas á la dulce vida, la vida de la virtud y la inocencia. ¡Cuántos goces puros! ¡cuán deleitosas fruiciones plugo á tu Hacedor prepararnos en tu seno! En medio de tus aguas bienhechoras, de tus islas bellísimas, revestidas de flores y de frutos; entre el aroma de tus aires purísimos; en la paz y la quietud de la humilde cabaña hospitalaria de tus bosques . . . ¡allí, allí es -

donde se encuentra aquel eden perdido , aquellos dorados dias que el alma anhela !

La leve canoa , al impulso de la espadilla , se desliza rápida y serena sobre la tersa superficie semejante á un inmenso espejo guarnecido con la cenefa de las hojosas y floreadas orillas , reduplicadas por el cristal de las aguas en simétricos dibujos. El sol brilla en su oriente sin celajes ; las aves, al grato frescor del rocío y el follaje , prolongan sus cantares matinales , y se respira un ambiente perfumado. Las islas por uno y otro lado , tan seguidas , tan contiguas , parecen las márgenes del rio ; pero esta gran masa de agua que hiende mi canoa , no es mas que un simple canalizo del grande Paraná , cuyas altas riberas se pierden allá , bajo el horizonte.

A medida que adelanta la canoa , nuevas escenas se aparecen á la vista hechizada , en las caprichosas ondulaciones de las costas y en los variados vegetales que las orlan. A cada momento el navegante se siente deliciosamente sorprendido por el encuentro de nuevos riachuelos , siempre bordados de hermoso verdor : sendas misteriosas que trasportan la imaginacion á eliseos encantados.

Al paso que se desenvuelven las vueltas salientes de las costas , vanse descubriendo nuevas abras y canales , frondosos arbolados y amenos bosques. No como aquellas selvas coevas de la tierra , donde los resquebrajados troncos seculares levantan sus copas infructíferas , sofocando bajo de sí todo espíritu de vida , y ofreciendo el reino de la noche y el silencio ; no , sobre este suelo de reciente formacion , surcado por una red de corrientes cristalinas que fluyen sobre lechos de flores , se elevan bellos árboles y arbustos que protejen los raudales , coronando sus orillas de ópimos presentes de Flora y de Pomona ; bellos árboles variados de mil formas y matices , que la vista

contempla embebecida. Ya separados por familias, ó bien entremezclados, forman acá y allá espesos boscajes, interrumpidos por claros espaciosos que dejan gozar libremente de la luz y hermosura de los cielos. Unas veces desplegando libremente su ramaje, se muestran con la fisonomía peculiar á cada especie, otras veces en grupos, forman sombríos embovedados, y otras, se encorvan sobre las aguas, oprimidos con la muchedumbre de sus frutos.

Aquí el naranjo esférico ostenta majestuoso su ropaje de esmeralda, plata y oro; allí el cónico laurel de hojas luciantes, refleja el sol en mil destellos; allá asoman sus copas el álamo piramidal, la esbelta palma, el enhiesto aliso, y el sauce de contornos aéreos, que mece sus cabellos al leve impulso de los céfiros; mas allá los durazneros, de formas indecisas, compiten entre sí en la copia y variedad de sus pintados frutos; y por todas partes el seibo florido, patriarca de este inmenso pueblo vegetal, muestra orgulloso sus altos penachos del mas vivo carmin, y estiende sus brazos á las amorosas lianas, que lo visten de galas y guirnaldas, formando encumbrados doseles, graciosos cortinados y umbrosas grutas que convidan al reposo y al deleite.

Los globosos panales del camuati y la lechiguana, cual desmesurados frutos, cuelgan aquí y allí, doblegando los arbustos con el peso de la miel mas pura y delicada.

Aun los leños privados de su sávia se ven vistosamente tachonados de líquenes, y festonados de bonitas enredaderas, y embalsamados por la flor del aire, planta inmortal que vive de las auras.

Si en la edad dorada los troncos y las peñas destilaban los tesoros de la abeja, escondidos en sus huecos, aquí se brindan al deseo en colmenas de admirable cons-

truccion, pendientes de las ramas de un arbusto. Y no es la tosca bellota, ni las bayas desapacibles el regalo que ofrecen estos bosques, sino las mas gustosas y variadas frutas.

En estas aguas y verjeles, innumerables peces y anfibios se solazan; y prodijiosa multitud de aves, con el brillo y variedad de sus colores, la gracia y belleza de sus formas, adunan el concierto de sus cantos, con la alegría y viveza de sus jiros, á una naturaleza llena de vida y de dulzuras.

Sigue la canoa de arroyo en arroyo hasta las últimas ramificaciones de las aguas que, ora salen del seno de las islas, ora penetran en él, estrechándose cada vez mas, hasta tener que surcar sobre las plantas acuáticas que de orilla á orilla entretejen sus tallos y sus flores. Algunos de estos arroyuelos, cuando ya parecen que van á terminarse, desembocan en una cancha dilatada ó ancho cauce, produciendo una sorpresa inesplicable. El que surca mi canoa, corre en línea recta como un largo canal, sombreado de árboles cubiertos de bejucos.

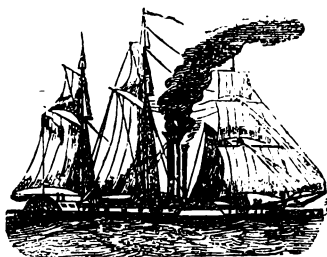
Aquí se empieza á oír con el silencio el blando murmullo de las aguas. Las aves han cesado ya en sus cantos. Solo resuena alguna vez la caída de la capiguara que se somormuja con estrépito, ó se escucha el arrullo compasado de la tórtola, que tan tiernas emociones nos inspira.

Allá á lo lejos se avista entre los sauces una pequeña choza sobre el borde del raudal; es el rancho solitario del carapachai, el hombre de las islas. Bajo de ese humilde techo pajizo residen el sosiego, el contento y la benevolencia. Aquí es donde se encuentra en toda su pureza la indole suave y el carácter noble de los hijos de la rejion del Plata, intelijentes, animosos, sufridos, sobrios, jene-

rosos y hospitalarios. ¡Con cuánto interés escucha uno las animadas narraciones de estos hijos de la naturaleza! ¡Qué interesante es la descripción de sus exploraciones, del acopio de maderas y construcción de sus hangadas, de la recolección de frutas y de mieles, de sus sementeras, cacerías, pescas y otros ejercicios en que se emplean agradable y útilmente, proveyéndose de lo necesario para una vida frugal é independiente! ¡Con cuánta facilidad y placer se acomoda uno á sus sencillos usos y á su rústico menaje! ¡Cuán gustosamente participamos al lado de su hogar del mate aromático, inocente vínculo de sociabilidad entre los pueblos del gran río! ¡Costumbres puras y sencillas de la patria! ¡cuánto imperio teneis sobre un corazón que la idolatra!

Sí, en medio de las cabañas solitarias de nuestras islas y campañas, es donde reina la paz, la justicia y la confraternidad; bienes debidos, no al freno de las leyes, sino á la influencia de la religión, de la libertad y la naturaleza. Esta madre liberal é inagotable prodiga en estos ríos y estos campos, como en el siglo de oro, sus bellezas y sus bienes. Todo parece aquí preparado para las satisfacciones y el bienestar del hombre, sin el trabajo abrumante que por todas partes lo persigue. Todo le induce al fácil cultivo de tan fecundo suelo; todo le inspira el amor á la paz, y la caridad para con sus semejantes.

¡Libertad anhelada! ¡dulce reposo! ¡deliciosa correspondencia de las almas injenuas! ¡placeres puros, bálsamo del corazón! ¡al fin os he encontrado! ¿En donde construiré mi humilde choza? Fluctúo sin resolverme entre tanto sitio encantador, como el picaflor que jira sin decidirse á elegir el ramito de que ha de colgar su pequeño nido.



III.

EL RIO PARANÁ.

El Rio Paraná, el Nilo del Nuevo Mundo, llamado por algunos el Misisipi de la América del Sud, ha recibido como este, de los aborígenes un nombre que espresa su amplitud y magnificencia. Paraná en la lengua guaraní significa *padre de la mar*, y Misisipi en la de los Nátchez, *padre de las aguas*. No parece sino que esos dos pueblos indijenas de dos opuestos continentes, hubiéran sentido la misma impresion de asombro, al contemplar por primera vez sus grandiosos rios, para significarla con palabras que en su respectivo idioma esprimen el mismo pensamiento.

Para formarse una idea clara del gran Paraná, seria necesario comprender en su conjunto el vasto sistema fluvial de que él forma el cauce mayor, é inventar un nombre que conviniese á ese gran todo. Por falta de esa palabra, los jeógrafos denominan, ya rio Paraná, ya rio

Paraguai, ya rio de la Plata, la cuenca principal de esas aguas.

Figuraos un árbol desmesurado, tendido sobre una basta llanura. Su pié es bañado por las aguas del océano atlántico del Sud á los 36° de latitud. Con una elevacion de seiscientas leguas, las estremidades de sus ramas alcanzan á los 43°, penetrando en Bolivia, en el Brasil, en el Estado Oriental del Uruguai, en todo el Norte de la Confederacion Arjentina, y entrelazándose con las vertientes del gran rio de las Amazonas.

Su dilatada copa, tan ancha como elevada, abraza en todas sus ramificaciones una superficie de ciento ochenta mil leguas cuadradas, que encierra los territorios mas ricos y los climas mas sanos y fértiles del mundo.

Su tronco, semejante al del ombú que corona sus márgenes, corto de 50 leguas y de base desproporcionada, mide sesenta leguas de anchura en su union con el mar, y diez en su primera bifurcacion formada por sus dos mayores brazos, el rio Uruguai y el rio Paraná, los cuales tienen por ramas secundarias numerosos tributarios, tan caudalosos como los mayores rios de Europa.

El Paraná, que es la continuacion del tronco, forma con el Paraguai la segunda grau bifurcacion, recibéndolo á la altura de trescientas leguas, frente á la ciudad de Corrientes.

El rio Paraguai, á la manera del Misuri norteamericano, al unirse al Paraná parece una prolongacion de este, por la identidad de direccion de N. á S. y su copioso caudal; con todo eso, su concurrente es el que ha participado del nombre del principal, porque como este, se dilata por entre innumerables islas. Así tambien el Misuri, aunque mayor que su confluente el Misisipi, no ha recibido el nombre del que le debe la mayor parte de sus aguas.

El Paraguai, poderoso brazo del Paraná, atraviesa los ricos territorios brasileros de Matto-Grosso y Cuyabá. Sus numerosos afluentes navegables que bajan del Este, facilitan la comunicacion con los distritos minerales de oro y diamantes del Brasil, y mas abajo con los de la República del Paraguai, abundante en maderas esquisitas y en los ricos productos intertropicales.

Sus mayores afluentes del Oeste son el Pilcomayo y el Bermejo, que nacen en los Andes, corriendo el primero por el territorio boliviano, y el segundo por el argentino, y atravesando ambos la vasta estension del Gran-Chaco, desaguan en el Paraguai, mas abajo de la ciudad de la Asuncion.

El gran rio Paraná que rivaliza en estension con su afluente el Paraguai, tiene su origen en la Sierra-Doe-Espinazo, de riquísimas minas de diamantes al N. O. del Rio-de-Janeiro, y su direccion jeneral es hácia el S. O. Es engrosado por varios grandes rios que recibe del Este, entre los cuales los mas notables son el rio Grande ó Pará, el Tieté, el Paraná-Pané, y el Curitibá.

En las fértiles llanuras que atraviesa el Paraná es donde florecieron las célebres Misiones de guaraníes, establecidas por los jesuitas. Mientras corre por los distritos montañosos del Brasil, no es navegable, á causa de sus muchas cascadas y saltos, que están mas arriba de los pueblos de Misiones, especialmente uno llamado el Salto-Grande ó de Guairá, que merece mension especial, porque es una de las maravillas que dan celebridad á nuestro rio.

El Salto de Guairá está cerca del trópico de capricornio en los 24.º «Es una catarata espantosa digna de ser descrita por los poetas. El Paraná que en este pasaje puede decirse que está en los principios de su curso, tiene ya

mas agua que una multitud de los mayores rios de Europa reunidos. Poco antes de precipitarse tiene cerca de una legua de ancho con mucho fondo. Esta enorme anchura, se reduce de pronto á sesenta varas en un paso peñascoso desde el cual se arroja con tremenda impetuosidad y atrozador estrépito, por un plano inclinado de una altura perpendicular de veinte varas. El ruido se oye de seis leguas, y al aproximarse se cree sentir temblar bajo los piés las rocas de la proximidad. Los vapores que se elevan por el choque violento de las aguas contra las puntas de peñascos que se hallan en las paredes y el cauce del precipicio, se ven á la distancia de muchas leguas como grandes columnas de humo; y de cerca forman á los rayos del sol diferentes arco-iris de los mas vivos colores y en los que se percibe algun movimiento de temblor; además estos vapores producen una lluvia eterna en los alrededores. (1) «A la inmediacion de la catarata el aire está siempre tenebroso; su estruendo causa espanto á las aves, pues en los dilatados y espesos bosques de sus orillas no se ve pájaro alguno, y todos los animales huyen despa- voridos de aquellos sitios. (2)

Si la parte superior del Paraná es de una sublimidad imponente; si es impracticable por la multitud de sus cascadas y arrecifes; en el resto de su curso ofrece el carácter opuesto, por su hondura, su silencio, su mansedumbre y la belleza de su lecho sembrado de islas cubiertas de naranjos, de palmeras, y una gran variedad de árboles, arbustos y plantas peculiares al Nuevo-Mundo.

¡Quién pudiera abrazar de una mirada todo el conjunto de hermosura, magestad y grandeza del Paraná incom-

(1) Azara.

(2) Centenera.

parable! ¡Quién tuviera las alas del cóndor para contemplar desde las nubes esa inmensa balsa de aguas serenas que reflejan el mas hermoso de los cielos, con ese archipiélago prodigioso de innumerables islas de variedad indescribible! Aparecieran aquellos grupos de verdor, profusamente esparcidos en la planicie cerúlea de las aguas, cual colosales cestas de flores y frutas destinadas á decorar el festin del pueblo venturoso que algun dia ha de gozar ¡oh patria hermosa! de tus gracias virjinales.

¿A qué compararé el rio espléndido? ¿A qué cosa podrá ser asimilado el sol para ponderar su majestad y brillo? —Vedlo—Pues mirad tambien el Paraná. Su aspecto es majestuoso, dilatado su álveo, suave su corriente. Los altos buques desplegan su velámen y surcan libremente por su canal profundo y anchuroso. Estiéndese con sus afluentes caudalosos por miles de leguas, sin obstáculos, brindando á la industria y al comercio inmensas rejiones, las mas salubres y fértiles del globo, donde algunos pueblos nacieses abren hoy sus brazos fraternales á todos los pueblos de la tierra.

Aun el maravilloso Nilo, árbitro de la existencia del Ejipto, al lado del Paraná quedaria obscurecido. Este como aquel, cada año se espacia por estensas llanuras, aunque la fecundidad que producen sus crécientes es un lujo de la naturaleza perdido para el hombre en medio de las vastas comarcas que atraviesa, y: de las dilatadas y numerosas islas que riega. Sus dichosos habitantes, tan reducidos en número, no disfrutaban sino de una porcion imperceptible de tantas y tan variadas producciones espontáneas.

Si se emplearan el arte y el trabajo, serian incalculables los beneficios del cultivo de mas de cuatro mil leguas cuadradas, abonadas periódicamente por sus aguas.

El Paraná como el Nilo, se divide en muchos brazos, al vaciar sus aguas, y ambos tienen su embocadura en iguales latitudes, aunque en opuestas direcciones.

Su inundacion, como la del Nilo, se efectua en la estacion de las lluvias tropicales; no con la violencia de las crecientes de otros rios, sino por una lenta gradacion; de modo que, aunque se eleva muchos piés sobre algunas tierras, los árboles asoman ilesos sus copas por encima de las aguas, cediendo blandamente su follaje á los halagos de la mansa corriente, y todas las plantas sumerjidas, reaparecen en la bajante con mayor belleza y lozanía.

En un suelo tan ricamente abonado por el poso de las aguas y los restos vegetales, se reduce la labor á reprimir la exuberante vejétation de aquella esponjosa mezcla de limo y de mantillo.

¿Y cómo se han de equiparar las aguas turbias y cenogosas del Nilo con las del Paraná, tan saludables y tan puras? Aquellas, antes de la creciente se ven casi agotadas é impotables, cuando los cristales del Paraná son siempre copiosos, claros y esquisitos.

¿Ni cómo puede compararse este clima benigno y sano, con el caluroso y mortífero de la rejion del Nilo? El Simun, viento abrasador y ponzoñoso, viene cada año á difundir el terror y la muerte por las llanuras del Egipto, cubriéndolas de inmensos turbiones de arenas ardientes y de miasmas perniciosos que agostan los plantios y arrebatan la existencia á hombres y animales.

¡Paraná incomparable! tus escenas son siempre risueñas y de vida, tu verdor es eterno; las lluvias á la par de las crecientes perpetuan la frondosidad de tus riberas y tus islas; nunca empaña el polvo el esmalte de tus hojas, ni el brillante colorido de tus flores y tus frutos; ja-

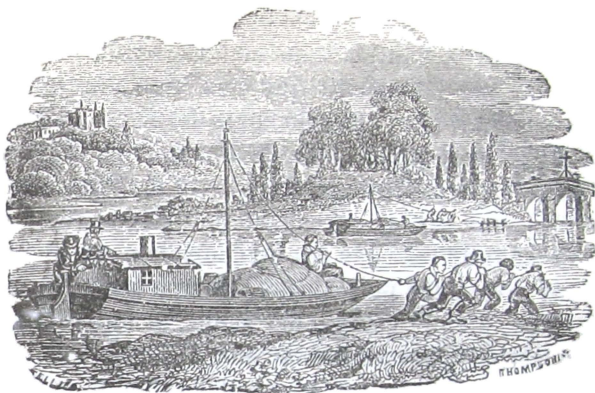
más el huracan turbó la paz de tus florestas ; y si el pampero impetuoso pero benéfico , ajita con violencia las ondas del Plata indefenso, apenas frisa tus canales protegidos por la espesura de tus islas , y solo esparce el bien en tus dominios , depurando los mas ocultos senos de tus bosques.

No solamente es admirable el Paraná por lo estenso de su curso , la mole y escelencia de sus aguas, la profundidad y limpieza de su cauce, lo feraz y salubérrimo de sus islas y riberas , la profusion de sus producciones naturales , la benignidad de su clima y sus inundaciones periódicas , sino tambien por tantos afluentes navegables que concurren con el Uruguai y sus tributarios á formar el magnífico estuario del gran Rio de la Plata , ofreciendo á la navegacion y á la agricultura el mas vasto y grandioso sistema de canalizacion é irrigacion , que pueda concebir la mente humana.

Inmensas soledades , rios caudalosos , bosques interminables , dilatadas pampas , valles donde rebosa la abundancia , montañas henchidas de tesoros . . . Las mas importantes rejiones del continente sud-americano todavía están por habitarse ; sus mas feraces tierras por cultivarse ; sus mayores riquezas aun están por esplotarse.

La nueva tierra de promision , destinada acaso por el Omnipotente para el asilo de la libertad y de la dicha , ¿será la conquista de la iniquidad y de la fuerza ? ¿ó el apanaje de la moralidad y la inteligencia ? ¿Para quienes estará reservada después de tantos miles de años ?

Tres centurias hace que en medio de esta Oasis del mundo nuevo , se ajita un pueblo valiente y hospitalario , á quien está encomendada su guarda , hasta la realizacion de los altos destinos de esta porcion privilegiada de la herencia humana.



IV.

EL DELTA.

El Paraná, como otros muchos rios, tiene en su embocadura un terreno formado de aluviones y otras causas que se llama *delta* por su figura triangular semejante á la letra griega de ese nombre. El Delta del Paraná está comprendido entre varios brazos denominados Paraná de las Palmas, Carabelas, Paraná Mini, y Paraná Guazú, por los cuales desemboca en el rio de la Plata. Es un vasto triángulo isósceles envuelto por el Paraná, el Uruguay y el Plata, que presenta á estos dos últimos su base de unas quince leguas, con una altura que no bajará de treinta, cuyo vértice está enfrente de la villa de San-Pedro. Este es el territorio insular que, careciendo de nombre, he querido designar con el de *Tempe Argentino*.

Dice Ampère (1) que Lyell ha deducido de un cálculo

(1) *Promenade en Amérique*, t. I. p. 165.

fundado sobre la cantidad de materia sólida depositada anualmente por las aguas, que han sido necesarios sesenta y siete mil años (67,000) para formarse el delta del Misisipi; y que, segun Elie de Beaumont, el delta del Nilo no se ha formado con menos lentitud. Pero estos jeólogos discurren bajo la suposicion de que en aquellos rios el alzamiento de las islas sea debido solamente al depósito de sus crecientes periódicas. ¿Han averiguado de las tradiciones, ó en el estudio del suelo, si hubo otras causas mas activas para su formacion? Tal es la alucinacion que á veces produce en la mente del sabio la belleza de una teoría preestablecida, que en la observacion no ve, no puede ver mas que los fenómenos que concurren á realizarla; quedándose mui atrás del vulgo que puede sospechar sin gran esfuerzo de meditacion que en un rio tan caudaloso como el Misisipi, bien pudieron sus impetuosas corrientes haber acarreado inmensas copias de árboles y tierras que depositados en su embocadura, hayan acelerado la formacion de su gran delta. En efecto el mismo Ampère, que visitó aquellos lugares, asegura que cuando se escava en el delta del Misisipi, se encuentran muchas capas de troncos de florestas enteras, amontonados por lechos ó capas sucesivas, las unas sobre las otras, y que en una de esas escavaciones se ha encontrado un cráneo humano. Véase pues, cómo las mismas conclusiones de la ciencia vienen á desvanecer la pretendida vetustez de los deltas; porque si hai alguna cosa demostrada en la jeología, es la poca antigüedad de la raza humana sobre la tierra.

Mas, sea lo que fuere de aquella edad fabulosa: para la formacion de nuestro Delta han concurrido ajentes tan activos, que á ojos vista están produciendo su levantamiento y estension. Aunque, en consideracion á la poca

fuerza de la corriente del Paraná no se admita la estratificación de leños (de la que tampoco se encuentran vestigios en las excavaciones, aunque no profundas, que se han hecho), tenemos una causa poderosa del incremento de las islas en las dunas ó depósitos de tierra formados por las *polvaredas* ó tormentas de polvo; en las cuales mui recientemente M. Bravard (1) ha encontrado la esplicacion jeológica de la formacion y fertilidad del suelo de la pampa.

La vejetacion lujuriente de las islas, por medio de sus raíces y el depósito de sus *detritus* ó despojos, las está levantando sin intermision, lenta pero incesantemente, dia por dia; y la frecuente sumersion del Delta, producida por la intumescencia del Plata, dejando sobre aquel estratas de limo, es otra causa mas aceleradora de su crecimiento, que las inundaciones anuales, en épocas anteriores; pués al presente, por extraordinaria que sea la creciente de arriba, nunca alcanza á cubrir las islas del Delta.

El gran rio Paraná, ramificado en mil y mil canalizos que entrelazan las islas con una red de hilos de agua, detiene su curso y retrocede cada dia para acariciar y estrechar entre sus brazos á aquellas hermosas hijas de su seno, á quienes sin cesar acrecienta y enriquece con su abundante légamo y repetidos riegos (2). De este cotidiano retroceso de las aguas, ocasionado por los vientos, resulta que todos los canales y arroyos del Delta corren alternativamente en direcciones encontradas, falicitando

(1) *Observaciones jeológicas sobre los diferentes terrenos de transporte en la Hoya del Plata.*

(2) En el país se da el nombre de *mareas* á las crecientes en sentido inverso á la corriente de los rios, causadas por el empuje de los vientos sobre el Plata.

de tal modo la navegacion y los trasportes, que no hai sino esperar el momento en que el curso del rio sea favorable, para llegar al punto deseado, al solo impulso de la corriente. Así es que aquel celebrado dicho de Pascal, que *los rios son caminos que andan*, puede aplicarse con perfecta propiedad á esta parte del Paraná, pues que es un camino que conduce á los navegantes hácia rumbos opuestos, ya subiendo, ya bajando.

Las valiosas producciones de las islas, que manaron dia por dia, durante siglos, cual rios de leche y miel, no han bastado para llamar la atencion sobre el inagotable venero que las cria. Los pobladores de la campaña construyen sus casas, cercas, corrales, carros y arados, con las maderas de las islas, sin saberlo. El negociante europeo paga con estimacion las pieles de nutria y capiguara, ignorando quizá su procedencia. La cáscara que suministra el tanino para la curtumbre, la leña con que se proveen las fábricas y el hogar, el zumo refrijerante de la naranja, la esquisita miel, los delicados duraznos, son bienes que se disfrutan en Buenos-Aires y en las poblaciones ribereñas de una y otra banda de los tres rios, sin que se conozca el suelo que los produce. Siglos hace que estas islas preciosas están entregadas al hacha destructora del leñador indolente, y son incessantemente esquilmas por la ciega codicia del hombre inculto, sin el coto de la lei y sin el correctivo reparador de la industria.

¿Cuál es el país tan afortunado como las Islas del Paraná, cuyos moradores vivan exentos de la pena impuesta al hombre de *no gozar sino á costa de sus fatigas los productos de la tierra?* sin mas trabajo que alargar la mano para recoger los abundantes dones de su suelo feraz y de sus fecundas aguas? ¿En qué país del mundo, como en las Islas del Paraná, se ve la industria y el trabajo humano

reemplazado por la misma naturaleza que encargada del abono y riego del suelo, le hace producir las mas seguras y abundantes cosechas? ¿Inventó jamás la ciencia un medio tan facil de comunicacion como el de los canales del Delta, donde los buques pueden surcar por opuestos derroteros, sin necesidad de la fuerza de los brazos, ni de los vientos, ni el vapor?

La tan celebrada fertilidad del Ejipto, debida á las inundaciones del Nilo, además de requerir la concurrencia del arte en la construccion de lagos y canales, está sujeta á las contingencias de una sequia destructora, por la inconstancia de las crecientes; á los inconvenientes de un clima abrasador é insalubre: y á la pena del asiduo trabajo del labrador. Mas en esta rejion venturosa del Paraná, además de los dones con que nos brinda la naturaleza y su clima benigno; la feracidad del suelo será tan constante y perpetua, la fructificacion y las cosechas tan seguras como la versatilidad de los vientos que producen el repetido ascenso y descenso de las aguas que lo riegan y fertilizan repetidas veces en el año.

Tampoco necesita ser removido por el hierro un terreno perfectamente mullido y abonado hasta la profundidad de doce piés; como que todo él es formado del sedimento de las aguas en las crecientes, del polvo de las tormentas, y los despojos de la vejetacion; obra lenta de los siglos. En las barrancas formadas por los derrumbes, y mejor en una zanja que se practique sobre el terreno, es fácil notar este sistema de formacion, en las sutiles capas alternadas, una de finísima tierra roja, y otra de ojarasca y *detritus* vejetal, que ofrecen la apariencia de un ojaladre; estando el todo entrelazado por una multitud de raicillas que dan alguna adherencia á la blanda y esponjosa masa. La parte mas profunda del suelo no contiene

mas que un limo puro, que parece apropósito para la fabricacion de alguna clase de loza. En ningun punto de todo el terreno de estas islas puede encontrarse piedra, ni arena sensible al tacto, ni cuerpo mineral alguno que no haya podido estar en estado de impregnacion en las aguas ó de suspension en el aire: porque siendo la formacion del terreno obra de la lluvia de un polvo impalpable y del asiento del líquido, y no de violentos aluviones, la suave corriente no pudo arrastrar ni depositar allí, sino las sustancias que puede traer desleídas ó flotantes.

Una combinacion tan hábil y prolijamente preparada por la naturaleza, cual no podria ejecutarla el arte, es de una actividad vejetativa tan vigorosa, que necesita ser reprimida, y no estimulada; es tan suelta y fofa, que no requiere ser alojada sino comprimida al pié de las plantas. Así es que, al desmontar el terreno, conviene dejar las cepas de los árboles, las raices y los tubérculos de que abunda, para que en ellos se entretengan los jugos nutricios, sirviendo de desahogo á la exhuberancia de la fertilidad que puede ser nociva á las plantas en cultivo.

El sistema de riego, desecacion y navegacion trazado allí por la mano de Dios, es el mas completo que pueda imaginarse. La utilidad y la belleza se ven en él admirablemente combinadas. Nótanse en primer lugar varios canales navegables, capaces de embarcaciones de gran calado, casi paralelos entre sí, que siguen una direccion aproximada á la del cauce ó brazos principales, dividiendo el Delta en largas zonas; y que entrelazados por otros canales trasversales, subdividen aquellas zonas en varias islas de estension y formas mui variadas. La parte interior ó central de cada isla es un bajío ó concavidad que constituye un verdadero estanque de irrigacion. Desde

aquel estanque parten en todas direcciones multitud de acequias en forma de arroyuelos de poco fondo, que van á desaguar en el canal que circuye á la isla formando todos en su curso los mas graciosos jiros.

En cada inundacion se represan las aguas en aquel grande estanque; de modo que aunque baje el rio con rapidez, como ordinariamente sucede, queda la isla rebo-sando y empapada como una esponja, en tanto que se desagua pausadamente por las acequias ó arroyos, entreteniéndose así una constante humedad por toda la superficie. Estas acequias sirven tambien para mantener en perpetua comunicacion las aguas del estanque interior con las del rio, por las pequeñas crecientes diarias que no alcanzan á cubrir el terreno. Con esta continua renovacion se hace imposible la corrupcion de las aguas, pues jamás están estancadas ni quietas; ni aun puede tener lugar la fermentacion pútrida de los despojos del reino animal, porque las frecuentes inundaciones los entregan á la voracidad de los peces que sobreabundan. Libre así la admósfera de miasmas que la alteren, é incesantemente purificada y embalsamada por las emanaciones vivificantes de los vegetales, ¿cómo no ha de ser el aire de las islas el mas puro y sano que pueda respirarse?

Si el alto Paraná ofrece escenas sublimes de magnificencia y de terror, en sus estruendosos saltos, en la impetuosidad de su corriente, en sus altás barrancas que se desploman en grandes masas á la vista azorada del viajero, en sus selvas tenebrosas y fragosos montes poblados de tigres, leones, cocodrilos, serpientes ponzoñosas, vampiros sanguinarios y lúgubres buhos, que dia y noche atruenan el aire en sus discordantes aullidos; en el bajo Paraná todo es tranquilo, silencioso y risueño.

«La naturaleza (observa Saint-Pierre) no emplea los

pavorosos contrastes sino para alejar al hombre de algun sitio peligroso: en todo el resto de sus obras, solo reúne los medios armónicos.» En las plácidas vegas del Tempe Argentino nada hai que se parezca á precipicios, cimas ni cavernas; su manto de verdura no encubre plantas venenosas ni lo afean abrojos y espinas; los bosques no oponen á su acceso zarzas, matorrales, ó breñas, ni abrigan fieras ó repugnantes sabandijas; en sus aguas no hai abismos, ni cataratas, ni remolinos, ni torrentes, ni aun oleadas se levantan. Todo allí es apacible, dulce y bello; no se oye sino melodías inefables; no se ve sino objetos armoniosos: concordancias de sonidos, simetrías de formas, armonías de colores, de movimientos, de vidas. Las nieblas nunca empañan el hermoso celeste de su cielo; y cuando lo cruzan graciosas nubes, es para embellezerlo con la variedad de sus formas y matices. Y todas estas escenas del cielo y de la tierra, vense primorosamente representadas en el espejo de sus rios siempre tranquilos. A su vez el follage que se mira retratado imita el murmurio de las aguas; la calandria remeda á las otras aves: y los ecos del soto repiten el sentido clamoreo del chajá que llama á su compañera.

Este cúmulo de tan dulces emociones imprime en el alma un sentimiento inesplicable de bienestar, que uno cree aspirar en el ambiente; que parece que da á nuestro ser un nuevo espíritu de vida; que trae á nuestra memoria todos los gratos recuerdos, y predispone el corazon para todo afecto tierno.

Siendo en las márgenes de los arroyos, donde la vejeccion es mas vigorosa, siempre corren éstos por entre frondosas arboledas cubiertas de enredaderas floridas, ofreciendo á la vista encantada, ya una espesa bóveda, bajo la cual pasa silencioso el arroyuelo, ya una magní-

fica arcada, ya un sombrío cortinado en forma de gruta, que convida con su belleza y su frescura. En los arroyos de menor caudal (que los hai como grades rios) no falta para cruzarlos un puente rústico pintoresco, formado por algun corpulento seibo tendido, pero siempre engalanado con sus penachos de hermosas flores de terciopelo carmesi y su lujoso tocado de lianas. Parece que las aves prefirieran para establecer su morada los árboles de las orillas. Entre los nidos mas lindos llama la atencion el diminuto del picaflor con sus dos huevecitos como dos perlas; y el del boyero, á manera de una bolsa larga, de un admirable tejido hecho con finísimas pajas ó sutiles raices.

Aunque es constante el silencio de unas aguas siempre apacibles y lentas en su curso, óyese de vez en cuando un blando murmullo producido en un canalizo por el obstáculo de un tronco ó raigon que oponiéndose á la corriente, forma la única cascada de estos sitios. Pero el silencio del rio es frecuentemente interrumpido por el macá que bate la superficie con sus alas y sus remos para ayudarse en su pesado vuelo; por los cardúmenes de peces que azotan las aguas, y las nutrias y carpinchos que se zampuzan.

Como diariamente suben y bajan algunos piés las aguas de los canales principales, cada dia los mas pequeños, ora se quedan en seco, ora se llenan; pero los mayores son siempre navegables. Esto hace sumamente fácil la internacion y comunicacion por todo el espacioso Delta, ofreciendo á la industria una ventaja inapreciable, como puede concebirse suponiendo que todos los caminos de una provincia se trasformasen en canales.

Las tierras mas altas y aptas para toda especie de cultivo son las que estan á orillas de los canales y arroyos, y se llaman *albardones*, cuya anchura varia desde cinco

á seis varas hasta cien ó mas. Por lo jeneral son tanto mas estensos los albardones, quanto mayores son los arroyos que los orillan, y quanto mas distan las islas de la embocadura del rio. Desde lo alto del albardon va descendiendo el terreno hasta formar la concavidad ó estanque interior que se llama vulgarmente *bañado* cuando tiene tan poca agua que se enjuta en el estío, y *laguna* la propiamente tal.

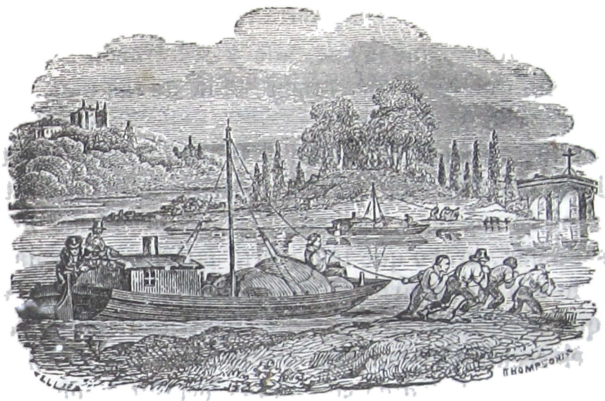
Las tierras mas bajas, que son las que forman el fondo de los estanques ó *bañados*, y que deben ser escelentes para arrozales y mimbreras, están todas cubiertas de un perenne yerbazal. En muchas de ellas crecen bien los sauces y deben prosperar todos los árboles acuáticos. La aptitud de las tierras altas para todo jénero de cultura, sin que la sumersion perjudique las sementeras, está demostrada por la esperiencia constante de los carapachayos ó isleños, que siempre han recojido abundantes cosechas de sus pequeñas huertas; y por ensayos en mayor escala, hechos posteriormente por hombres inteligentes que han empezado á explotar esa mina desconocida de riqueza vegetal. No hai que imaginarse prodijios de fructificacion, en quanto al tamaño de las producciones, como los racimos de la tierra de Canaan que necesitaba cada uno ser suspendido en una palanca entre dos hombres; pero si, es verdaderamente prodijiosa la multiplicacion de los granos y la abundancia de las frutas; y es tambien indudable que mejoran en calidad y en volumen. El maiz da cuatro mil por uno; y si los vástagos de las cepas gigantes de la Palestina se plantasen en nuestra tierra de promision, darian seguramente sus monstruosos racimos.

Las islas de mucha estension suelen tener tierras elevadas y cubiertas de árboles en el centro de las lagunas, formando otras islas en el seno de cada isla. El descubri-

miento de esos montes, jamás hollados por la planta del hombre, es un suceso que colma las aspiraciones así como constituye la mayor riqueza del carapachayo laborioso, quien dispone como dueño absoluto de las maderas y demás producciones de su hallazgo. Por una convención tácita entre los isleños, es reconocido y respetado el derecho de propiedad en estos casos, mientras el primer ocupante se emplea en explotarla ó tiene establecido allí su rancho.

¡ Misteriosos bosques, apartados asilos, habitados tranquilamente por la tórtola; donde solo se oyen sus arrullos amorosos, y el susurro de las alas del mainumbi ó el murmurio de los sinuosos arroyuelos....! ¡ apacibles soledades! ¡ dichoso el que pueda levantar el velo de vuestros secretos encantos; pero todavía mas dichoso aquel que pueda gozarlos en paz al abrigo de su choza!





V.

HABITANTES.

Pudiera dudarse de que fuesen habitables unas islas anegadas muchas veces en el año, si el hecho de estar pobladas desde tiempo inmemorial, no demostrara que esas inundaciones no presentan inconveniente alguno. Ni las numerosas *ranchadas* (así se llaman las habitaciones nómadas), ni los *ranchos* ó casas estables ocupadas por los carapachayos y sus familias, han sido jamás destruidas por el impulso de las aguas ó los vientos, sin embargo de su débil construcción, y de ser muchas de ellas anegadas con frecuencia, por no haber tenido la precaución de levantar un poco el piso. Por lo jeneral una vara de terraplen para el pavimento de la casa, es suficiente para que no alcancen á bañarlo las mareas mas altas. Teniendo todos su embarcación á la puerta, como vehículo indispensable, encontrarán en ella su segura salvación, en el caso de una creciente extraordinaria, que nunca

puede durar mas que la suestada ó el huracan que la produce, sin que haya que temer nada de las olas, porque allí nunca se forman.

Tan desconocido ha estado el Delta para los habitantes de la ciudad, que un escritor distinguido, entusiasta admirador de sus bellezas, aun despues de visitar algunas de sus islas, creyó que todavía la familia no habia establecido allí su hogar. Los viejos nogales, naranjos y parras que se encuentran acá y allá simétricamente colocados, árboles seculares plantados por la mano del hombre, revelan la antigüedad de su morada estable, que remonta á una época anterior á la conquista. Es tradicion entre los habitantes de las islas, que los jesuitas tuvieron allí grandes establecimientos agrícolas, y es probable que los primeros cultivadores serían sus neófitos los guaraníes.

Consta de la historia de estas rejiones, que las islas del Delta en la época del descubrimiento de esta parte de la América, estaban ocupadas por la nacion guaraní.

Mas civilizados que los nómades habitantes de las pampas, los guaraníes vivian en poblaciones estables, cultivaban sus tierras, cosechaban grandes cantidades de maiz, batatas y otros frutos, y tambien de algodón, del que sus mujeres tejian las telas necesarias para sus vestidos; hacian inagotables acopios de miel, con la que, como con el maiz, preparaban la chicha; criaban como aves domésticas, patos, pavos, hocos, gallinetas, yacúes ó pavas de monte, aráes ó guacamayos; y se aprovechaban de la abundantísima pesca y de una gran variedad de animales monteses de carne sabrosa que abundán en estos ríos. En su índole y costumbres participaban del carácter dulce y apacible de la naturaleza que los rodeaba. Su sencillez y hospitalidad jamás se demintió en su trato y comunicacion con los primeros pobladores europeos. Es-

tas bellas dotes las conservan aun sus descendientes que forman la masa de la poblacion del Paraguai y Corrientes, habiendo tambien conservado su propio idioma. Hasta el dia la lengua guaraní, casi con exclusion de la castellana, es la que se habla en la República paraguaya, en todas las clases de la sociedad.

Aunque se pueden contar por miles los brazos y barquichuelos que se emplean en la explotacion de las islas del Delta, creo que no pasarán de algunos centenares los individuos y raras las familias que permanecen establecidos en determinados sitios (1). Como la estension del Delta es de mas de docientas leguas cuadradas, tan corto número de habitantes no puede alterar la fisonomía montañosa y solitaria del país. Ellos, además, elijen para establecerse los arroyos apartados de los canales de la navegacion jeneral; así que, no es de estrañar que los viajeros tengan aquellos sitios por inhabitados.

En estas nuevas Batuecas existe pues, desde tiempos muy remotos, un pueblo sencillo é inocente, de costumbres patriarcales, donde han reinado impertubables el orden, la paz y la armonía, sin el apoyo de las leyes cuya accion no alcanza allí, y sin la intervencion del poder público, civil ni religioso que allí no imperan.

Veinte años hace que frecuento las islas y el trato con sus habitantes, sin que jamás haya tenido un sí ni un nó con ninguno de ellos; sin que jamás haya presenciado la menor desavenencia, ni escena alguna desagradable. Mi rancho está entre los suyos, bien provisto de útiles de labranza y de jardineria de los mas perfeccionados y valio-

(1) Escribíamos esto en el año de 1856. De tres años á esta parte se ha decuplicado la poblacion, por el considerable número de hijos del país y extranjeros, que han acudido de Buenos-Aires y pueblos circunvecinos á tomar posesion de las islas.

sos; las puertas están constantemente abiertas, quedando todo abandonado días enteros; y nunca ha faltado cosa alguna.

Allí no se usan cerraduras ni trancas en las puertas; nadie osa tomar lo ajeno; el hogar y cuanto hai en él está protegido por la religion de la hospitalidad, la cual solo permite que el forastero que llega á la choza solitaria, tome de ella lo necesario para su inmediato refrijerio, y descanse en la cama del dueño ausente.

Tales son hasta hoi mismo las costumbres envidiables del Tempe Arjentino.

La hospitalidad es el rasgo mas característico del isleño, como lo es el de todos los habitantes de la campaña en la vasta rejion á que dan su nombre el Paraguai, el Paraná, el Plata y el Uruguai. Cuanto menos civilizados son los habitantes de un país, y cuanto menos frecuente es la comunicacion entre las diferentes aduares ó tribus, tanto mas vigoroso se manifiesta el sentimiento de la hospitalidad. Él ha existido y existe en todas las rejiones del orbe, tanto entre los pueblos mas salvajes, como entre los mas morijerados, que se encuentren en esas condiciones de segregacion ó incivilizacion. No parece sino que la hospitalidad es un sentimiento innato grabado en el corazon humano por su Hacedor, para conservar la confraternidad entre todos los hombres, y asegurar la sociabilidad haciendo imposible el aislamiento. Y así como para la perpetuidad de la especie humana; dió al amor el atractivo del supremo deleite físico; así, para asegurar los vínculos de la sociedad universal, acompañó el ejercicio de la hospitalidad de un placer moral inefable.

Todas las relijiones han propendido á fomentar la práctica de la hospitalidad, haciendo de ella un dogma sagrado, una lei inviolable. Tanto en las de la India, como

en las de la Grecia y el Egipto, era una creencia universal el tránsito y permanencia de los dioses en forma humana entre los hombres. Ese viajero, ese peregrino desvalido que llega á las puertas de la casa, ¿no podia ser Brama, Osiris, Manitú, ú otra deidad apreciada á los hombres para verlos de cerca y experimentarlos? ¿Qué paso mas tierno y edificante que el de Filemon y su esposa Baucis admitiendo con la mayor cordialidad en su pobre cabaña á Júpiter y Mercurio disfrasados de peregrinos, que habian recorrido toda la poblacion, sin encontrar hospitalidad entre los opulentos y felices de la tierra? (1) La misma religion cristiana, además de consagrar la hospitalidad en el precepto de la caridad, vino, por decirlo así, á confirmar aquella creencia mitológica, con la verdad de un hecho, el mas patético y sublime que haya acontecido jamás entre los hombres: la peregrinacion del Hombre-Dios. ¿Quién hubiera dicho á los habitantes del Egipto, que aquella jóven bella y pudorosa que con un infante en sus brazos llegaba humildemente á sus umbrales en busca de la santa hospitalidad, era nada menos que la madre del Redentor del mundo, y que ese niño era el mismo Dios hecho hombre? Pero no, ellos no necesitaban saberlo para darle el lugar preferente en su albergue hospitalario y prodigarle las mas solícitas atenciones de la hospitalidad.

En los campos y en las islas del Paraná, del Uruguay y del Plata, como en los pueblos antiguos, el huésped es siempre acogido con respeto y alegría, servido y obsequiado con perfecto desinterés. Direis que es de su propia conveniencia el ejercicio de la hospitalidad, para cuando llegue el caso de tender á su vez que reclamarla;

(1) Es preciso leer esta bellisima fábula en Ovidio (*Metamorfosis*, liv. VIII), ó en La Fontaine.

que la hospitalidad no es mas que la aplicacion de aquel precepto que proviene de una prevision egoista mas bien que de una jenerosidad desinteresada: «Haz con los otros lo que quisieras que hiciesen contigo» — Bien; por este cálculo no sereis rechazado del hogar, se os provéera gratis de lo necesario si careceis de dinero para pagarlo, y se os tratará en fin con la frialdad y desconfianza que no puede menos de inspirar un hombre extraño y desconocido. Mas no es esa la hospitalidad del isleño arjentino; él os recibe con la cordialidad de un hermano, de un padre; os introduce al seno de su familia, sin preguntaros quien sois; os cede su propio lecho; os sienta á su mesa con regocijo; parte con vos sin admitir recompensa; sus escasas provisiones; y todo esto lo hace él, lo hacen su esposa y sus hijos con tan buena voluntad y tanto gusto, que os encontrareis contento y feliz, y no podeis dudar que aquellos corazones gozan, al serviros, de la mas pura satisfaccion. Hé ahí la verdadera hospitalidad, la virtud inspirada por el Cielo.





VI.

EL RANCHO.

A la márjen de un arroyo encantador, á cuatro pasos de su orilla y á la sombra de un grupo de sauces elevados y coposos, una simple estacada en un ámbito de seis varas en cuadro, sosteniendo un techo de paja con paredes formadas de juncos ó de ramas; tal es el rancho del carapachayo. Es su obra de dos dias, que dura algunos años. Su mueblaje se compone de un cañizo para dormir, y otro mas alto para despensa; una mesa de seibo; algunos bancos y platos de la misma madera; asador, olla y *paba* ó caldera de hierro, y un saco de camuatí para la sal y el *mate*. He aquí un edificio que con su menaje y todo, no vale tanto como uno solo de los muebles que el lujo ha hecho necesarios al habitante de las ciudades. Y esa pobre choza con su rústico ajuar, comprende cuanto el hombre puede necesitar para su seguridad y reposo,

su comodidad y placer... pero que no se aloje en ella el que haya llegado á enervarse al extremo de ser mas delicado que el picafior, que la prefiere para suspender del pajizo techo la cuna de sus hijuelos.

¡Cuán poco necesita el hombre para vivir satisfecho y tranquilo, cuando las necesidades ficticias y las vanidades del mundo no le han hecho esclavo de mil gustos nocivos ó innecesarios, de mil ridiculeces, y de un sinnúmero de costosas bagatelas!

¿Qué artesonado puede igualarse á la pompa y hermosura de un bosque de sauces de Babilonia que abraza en su inmensa bóveda la cabaña con su estenso patio y la *chalana* (1) y el baño delicioso, defendido del sol por sus ramas colgantes frondosísimas?

Aun consultando la variedad y delicadeza de los gustos (si se ha de combinar su satisfaccion con la salud), nada de las mesas opíparas se puede hechar de menos al probar las sencillas preparaciones del fogon de las islas.

Yo hasta ahora no he gustado un plato que supere al odorífero y jugoso asado, que solo nuestros campesinos saben preparar. Difícilmente la cocina del rico aderezará un manjar tan sabroso como nutritivo y sano. Para el sombrío habitante de las islas, el simple *té del Paraguai ó mate*, suple con ventaja para su paladar y su salud, por todos los licores y pociones conocidas. El agua esquisita que corre al pié del rancho del carapachayo bastaria para hacerlo preferible á las habitaciones ciudadanas con todas sus bebidas peregrinas. El agua del Paraná, tan

(1) *Chalana*, pequeña embarcacion plana, sin quilla y jeneralmente sin cubierta. Tiene timon y vela (á diferencia de la canoa que no la tiene), y cuando le falta el viento, anda al impulso de un botador. Si es muy chica, se maneja como la canoa, con una espadilla ó pala que sirve á la vez de remo y de gobernalles.

digna de su fama por su escelencia, quizá sea mas eficaz que todas la panaceas y elixires inventados para recobrar la salud y conservarla.

¡Oh, qué hechicera y agradable es la morada del carapachayo á la márjen del arroyo, al abrigo de los copudos sauces, con su baño delicioso y su chalana! ¡Qué deleitable contemplar las bellezas de la primavera desde su rústico v pintoresco albergue! ¡Qué grato es aspirar el aire vivificante de la mañana, que penetra en el rancho libremente, incitándonos á gozar el bello espectáculo de la salida del sol! ¡Qué hermoso es el color de rosa y escarlata de las nubes del oriente antes de aparecer el astro luminoso!

¡Qué encanto, en el crepúsculo matutino, escuchar el cuchicheo de los nidos y los confusos preludios de los himnos á la aurora que asoma por el oriente! Todavía no se muestran para el hombre señales del alba, cuando, bajo su mismo techo se la anuncia la charla bulliciosa de las golondrinas, seguida mui pronto por las tiernas canciones de la tacuarita, y el ruidoso traqueteo del hornero, y los gritos del bienteveo repitiendo su nombre. Todas las aves abandonan la espesura que les sirvió de refugio contra los temores de la noche, dejan sin cuidado sus polluelos, y cada uno á su modo celebra la vuelta del sol que les vuelve la alegría y los placeres. ¡Cuántas de ellas habian pasado con zozobra las horas del sueño de sus hijos, al verlos en peligro, cuando el fiero ñacurutú cruzaba por entre las sombras con vuelo silencioso, buscando su presa; ó el siniestro caburé anunciaba su peligrosa cercanía, con sus lúgubres acentos! ¡Qué terror cuando sintieran deslizarse por las próximas ramás á la comadreja cargada de su numerosa cria sedienta de sangre, ó miraran relucir los ojos del gato-montés vagando por

entre los senderos del bosque! Mas la luz ha ahuyentado á los rapaces, y traído la tranquilidad y el contento á las inocentes avecillas. La calandria se remonta por los aires entonando sus inimitables cantos, para anunciar desde el cielo á los dormidos el nacimiento del sol. El boyero (pájaro tejedor) parece despertar á los ganados con sus silbos sonoros que imitan la voz humana; el carpintero, sin pérdida de tiempo, continúa á golpe de pico en un duro tronco la obra laboriosa de su nido; y millares de jilgueros, cantando todos á la vez, aumentan el regocijo de la madrugada con el gracioso desconcierto de sus trinos.

Toda la naturaleza se despierta á gozar el placer de la existencia desde los primeros albores del nuevo dia. El verdor del follaje, la frescura de la brisa, la fragancia y belleza de las flores, el susurro de los árboles, la trisca de las aves y los peces, el brillo de la luz sobre las hojas barnizadas por el rocío, y las aguas que centellean con sus reflejos. . . . todo infunde el mas puro alborozo, todo embarga los sentidos en una voluptuosidad indefinible, y llena el espíritu de un sentimiento profundo de gratitud y admiracion hácia el escelso Criador; todo nos inspira vehementes deseos de fijar nuestro domicilio en la cabaña situada á la márjen del arroyo, á la sombra de los elevados y coposos sauces, con su chalana y su baño entre las ramas colgantes y las flores y los pájaros canoros.





VII.

LAS AVES.

El hombre se cree autorizado para disponer á su antojo de las obras de Dios: error de su ignorancia, ó vana presuncion de su orgullo; humos de su antigua grandeza. Él cree que sin mas exámen que el de su inmediato provecho, puede disponer de las producciones de la naturaleza, y cuando le plazga, entrar á sangre y fuego en los dominios de los reinos animal y vegetal. Él, sin embargo, reconoce el órden admirable que preside en toda la creacion; órden que es mas palpable en la de los seres vivientes, en la cual se advierte una armonía y equilibrio de fuerzas productoras, conservadoras y destructivas, que nunca se ha perturbado sin grandes perjuicios de la misma familia humana. Pretender el derecho de disponer á su albedrio de esos seres, es pretender el derecho de atentar contra ese órden necesario.

En el sistema actual de la naturaleza es necesaria la existencia de los animales carniceros y voráces para neutralizar la excesiva multiplicacion de otros vivientes, y para purgar la tierra de los cadáveres pertenecientes á los

seres que espiran de muerte natural ó de otro modo, á fin de que no corrompan el aire que han de respirar los que viven. Tambien es necesaria la presencia de los árboles para la conservacion de las aguas, para atraer las lluvias y para la constante depuracion de la atmósfera. Rejiones enteras, las mas fértiles de la tierra, se han convertido en áridos desiertos, á causa de haberlas despojado el hombre de sus arboledas, y muchos pueblos se vieron y se ven hoy, por igual motivo, con su antigua sanidad perdida. Ha habido provincias que han visto todas sus casechas devoradas por los insectos, á causa de haber destruido ciertas aves porque comian algun grano de las eras; y han tenido que volver á traer y propagar los pájaros esterminados por *dañinos*.

En una porcion no pequeña del territorio argentino hacen grandes estragos en las quintas y un enorme consumo de pastos en los campos las hormigas que se han multiplicado asombrosamente, por haber sido destruidos los *Tamanduás* ú *Osos-hormigueros*, cuadrúpedo espresamente organizado para alimentarse de hormigas (4).

Así es como el hombre, por no observar las leyes de la naturaleza y creyendo muchas veces librarse de un animal nocivo ó de un árbol inútil, destruye el equilibrio de la creacion, y ocasiona las plagas que á la vez consumen su riqueza y su salud.

Por el contrario, cuando aplica su razon á la explotacion de las riquezas naturales, no procede á destruir sin el previo estudio necesario de las causas finales de los seres; y así saca de ellos el mayor provecho posible, sin esponerse á provocar futuros males. Se sujeta á regla-

(4) Las autoridades deberian propender por todos los medios posibles á la propagacion de una especie tan útil, ó mas bien dicho, *necesaria* para estos paises plagados del insecto mas destructor.

mentos en el desmante, la caza y la pesca, en el interés y multiplicacion de estas riquezas, para sí y sus descendientes. Asegura bajo las leyes protectoras la vida de todos los individuos de ciertas especies que no le hacen sino beneficios, como sucede con el *Buitre de Bengala* en la India, con la *Polla de Faraon* en Egipto, y con el *Urubú* ó *Carranco* en el Perú, Haiti, el Brasil, Paraguai y otros puntos de Sud-América. Todas estas aves parece que estuviesen esclusivamente encargadas de la limpieza de las ciudades, pues libran diariamente las habitaciones y las calles de los animales muertos y las inmundicias de todas clases. Al ponerse el sol vienen en grandes bandadas á las poblaciones, se tragan todas las basuras, por repugnantes que sean, y después de haber hecho la mas completa policia, se retiran. En Lima los llaman *ciudadanos*, como que se hombrean con la jente, que nunca incomoda á estos empleados civiles, aunque despiden un olor poco agradable, y á veces alguno de ellos perturba el orden público, armando camorra con algun perro por disputarse un hueso. Todos los gobiernos de estos paises han tomado esos pájaros bajo su proteccion imponiendo una fuerte multa al que mate alguno de ellos. La *Cigüeña* es tambien protegida por las leyes y costumbres de la Holanda.

Y finalmente, el hombre se apodera de las especies que encuentra mas útiles y dóciles, domesticándolas y conservándolas bajo su inmediato dominio; sea para el trabajo, como el asno, el buei, el reno etc.; sea para la guardia de la casa y la despensa, como el perro y el gato; sea para proveerse de vestido y alimento, como son las vacas, las ovejas, las cabras, los cerdos, los conejos, las aves de corral y las abejas; sea para su recreo, como el papagayo, la picaza y todas las aves parleras.

Empero, que no se envanezca el hombre atribuyendo á su superioridad esa conquista; que no se jacte de haber, por medio de su habilidad y de su industria, subordinado á su voluntad esos seres: no, él no ha hecho mas que recoger un don con que lo ha favorecido el Cielo; no ha hecho mas que aprovecharse de aquel instinto, de aquella predisposicion tan marcada, impresa en determinados seres, en obsequio del hombre, por la mano del Criador apiadado de su destitucion en medio de todas las criaturas que por do quiera huyen á su aspecto. Quiso conservar un resto de su servidumbre al monarca destronado.

De nada le ha valido la superioridad de su intelijencia y de su fuerza para sujetar á los reveldes. Hasta ahora no ha podido el hombre someter á su obediencia aquellas especies en que no se encuentra el instinto de la domesticidad, es decir, las que no le han sido señaladas por la Providencia (y son las mas). Todo lo que puede conseguir es reducir algunos individuos, á fuerza de trabajo, ó con prisiones; pero domesticar las razas, jamás. Con cada nuevo individuo tiene que recomenzar su tarea de docilizarlo. En miles de años de ensayos incesantes no ha logrado siquiera domeñar el ruiseñor, ni domesticar al canario, al halcon, al oso, al mono y tantos otros. El admirable y valiosísimo castor, huye de su presencia; el loro cautivo se rehusa á los impulsos mas poderosos de la naturaleza, y no se propaga; el lobo, apesar de ser tan afin del perro, es indomable. La vicuña de finísima lana, aunque tímida y de una especie análoga á la del dócil llama, ó recobra su independencia ó muere.

Lejos de notarse esta indocilidad y hurañía en las especies domesticables; lejos de necesitarse hacerlas pasar por una larga série de jeneraciones para suavizarlas y hacerlas contraer hábitos nuevos, el hombre las encuentra

ya, desde su estado silvestre ó montaraz, con las mejores disposiciones para sometersele; y no solo para servirlo segun las habitudes naturales, peculiares á cada especie, sino abandonándolas con increíble docilidad, hasta contraer costumbres diametralmente opuestas á las primitivas, y formar de una especie, razas ó variedades con hábitos contradictorios, como sucede con el perro.

A este incomparable animal, que por sus nobles prendas, se le presenta á su mismo amo como el modelo de la amistad, de la lealtad, de la resignacion, de la abnegacion y de tantas otras escelentes cualidades, ¿le habrán sido inspiradas por el hombre que, ó no las tiene, ó las mancha á cada paso? ¿por el hombre que no pocas veces se muestra injusto, ingrato, duro y caprichoso con el mismo jeneroso animal á quien no puede degradar ni corromper con el mal ejemplo de sus violentas pasiones?

La cabra y el llama han dejado sin repugnancia la independencia de las montañas y el placer de saltar de risco en risco, para sujetarse á la vida sedentaria del establo; la oveja, de clima frio, como lo indica su vellon, se acomoda á todos los temperamentos, y hasta se vuelve ictívora; el caballo soporta todos los climas, y llega ha hacerse omnívoro como el hombre; el elefante y el toro, dóciles á la voz de un niño, conducen enormes pesos; el camello se postra sumiso para recibir la carga; la abeja ha perdido su innata aficion á los bosques, y no los busca ya por mas que goce de la libertad del vuelo, y no perciba nada de su señor en retribucion del tesoro de sus panales; la paloma casera, bien que dueña de su alvedrío y de sus alas, jamás se eleja de la habitacion del hombre, aunque no reciba de su liberalidad un solo grano.

¿De donde proviene esta mansedumbre, sino de la índole del animal? ¿De donde, sino de su instituto, esa in-

clinacion á la compañía del hombre? ¿De donde esa incomprendible facilidad de renunciar sus propensiones naturales, para amoldarse á las nuestras? ¿de donde esa buena voluntad para servirnos, que les hace soportar con gusto las mas duras tareas, sino de una secreta predisposicion determinada por el Autor de la naturaleza para que *ciertas* especies de animales quedasen consagradas al servicio inmediato del hombre?

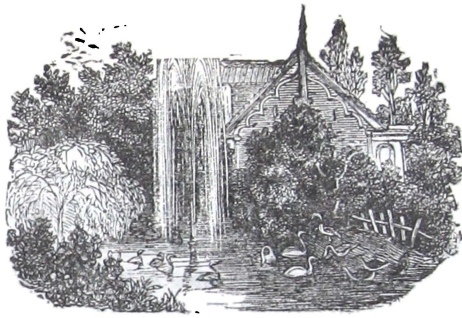
Por eso es que han sido siempre vanos sus esfuerzos para hacer nuevas conquistas, cuando no ha encontrado al animal preparado; y se pierde en la oscuridad de los tiempos mas remotos el origen de la domesticidad del mayor número de las especies que actualmente tiene subordinadas.

Con todo; el hombre tanpreciado de su saber y de su industria, todavía está mui distante de completar el estudio de las propiedades y costumbres de los seres que lo rodean, ni la adquisicion de los servicios que le ofrecen, especialmente en los paises recientemente descubiertos ó explorados. Circunscribiéndonos á la rejion que habitamos, ¡cuánto no tendria que admirar en el estudio de tanta variedad de abejas y avispa melíferas y cereras que se hallan en nuestros bosques! ¡Cuánta facilidad encontraria en domesticar las especies que carecen de aguijon, como otra prueba mas de la apacibilidad de los animales de este clima! ¡Cuanto no aprovecharia en el estudio del *Camuati* observando como de la asociacion, la economía de las fuerzas, y la division del trabajo resultan la prosperidad, el orden y la abundancia en esas pequeñas repúblicas! ¡Cuánta riqueza no sacaria reduciendo á la domesticidad á tantas aves y cuadrúpedos tan útiles como dóciles del Delta! ¡Cuánto lucro y recreo no hallaria en el cultivo de la cochinilla ó insecto de la grana, que tanto

abunda en estado silvestre! ¡Cuánto que admirar y que aprender en la arquitectura del *Hornero*, en su laboriosidad, su aseo, su amor á la familia, y su afición invencible á la compañía del hombre! Él nos enseña á ser esmerados y previsores en la construcción de nuestras casas; formando á nuestra vista un edificio perfectamente regular y hermoso, que ofrece comodidad y seguridad, y tan sólido, que por dilatados años resiste á las intemperies, sin necesidad de refecciones. Él, á una con su consorte, nos despierta indefectiblemente al amanecer, con su ruidoso claqueo; y nos incita al trabajo con su ejemplo, enseñándonos que esa es la hora mas propia para emprender las tareas del dia, y que el aire de la madrugada es lo que mas contribuye á sostener la salud del cuerpo y la alegría del ánimo, como lo prueban todos los ejemplos de longevidad humana, la cual solo se encuentra entre las personas madrugadoras. (1)

(1) Huffeland lo demuestra con numerosos ejemplos y raciocinios en su libro sobre el *Arte de prolongar la vida*.





VIII.

EL PICAFLOR Y EL CHAJÁ.

Sin un estudio detenido y sin escribir grandes volúmenes, no es posible manifestar las maravillas que á cada paso nos sorprenden en nuestro suelo. Solo en la ornitología, no son menos de cuatrocientas las especies nuevas descritas por Azara. Pero entre los seres alados, hai dos que no puedo dejar de examinar, porque fueron los primeros que impresionaron con viveza mi infantil imaginación, la primera vez que penetré en los encantados rios de la patria; el uno grande y majestuoso cerniéndose entre las nubes, como un punto apenas perceptible; y el otro, diminuto en realidad, brillando como una esmeralda dentro del rancho del Carapachayó.

¿«Habrá algun hombre que al ver esta preciosa criatura balanceada, entre el susurro de sus pequeñas alas, en el seno de los aires donde se halla suspendida como por encanto, jirando de flor en flor con un movimiento tan gracioso como vivo, continuando su curso del uno al otro extremo de nuestro vasto continente, y produciendo en todas partes trasportes siempre nuevos; habrá al-

gun hombre, pregunto, que habiendo observado esta brillante partícula del iris, no se detenga para admirar, y no dirija al instante su pensamiento lleno de adoracion hácia el todo-poderoso Criador, hácia aquel cuyas maravillosas obras cada uno de nuestros pasos nos descubre, y cuyas concepciones sublimes nos son manifestadas por todas partes en su admirable sistema de creacion? No, sin duda, semejante ser no existe. A todos, por efecto de su bondad, nos ha dotado el Criador de ese sentimiento tan natural y tan noble—la admiracion.»

No hai escritor, sea naturalista, ó simple viajero observador, que no haya consagrado al picaflor algunas pájinas, siempre las mas bellas de sus escritos.

Buffon ha trazado un cuadro encantador de esta joya alada de la América, y Audubon (de quien son las palabras que preceden) lo describe con igual gracia y propiedad (1). No obstante, mucho falta todavía para que la pintura se acerque á su modelo; mucho falta que observar en la vida del picaflor; pero no seré yo quien ose añadir mis borrones á aquellas pájinas doradas.

Como un objeto que ha llamado la atencion en todos los paises donde se ha presentado, todos han querido ponerle un nombre que tenga relacion con alguna de sus peculiaridades.

Sin duda que los nombres *Mainumbi*, *Colibri*, *Guachichil*, en las lenguas guarani, caribe y mejicana, significarán alguna de las raras propiedades de esta flor animada. En nuestro idioma se le llama *Picaflor* porque siempre se le vé chupar el néctar de las flores, pero sin ajarlas ni aun tocarlas; *Tente-en-el-aire*, porque no se para al tomar su alimento, sinó que se detie-

(1) Scènes de la nature dans les Etats-Units et dans le Nord de l'Amérique; ouvrage traduit d' Audubon par Eugéne Bazin, t. I, p. 97.

ne inmóvil en el aire delante de cada flor mientras la liba; *Pájaro-abeja*, *Pájaro mosca* y *Tominejo*, por su estremada pequeñez; *Pájaro-resucitado*, porque se creía que moría en el invierno para resucitar en el verano. Sus diferentes especies, que son muchas, se distinguen por su color dominante, como el *Oro-verde*, el *Dorado*, el *Topacio*, el *Zafiro*, *Esmeralda*, *Rubi-topacio*, tomando los nombres del oro y las piedras preciosas por la brillantez de su plumaje, de un tornasolado primorosísimo. La especie que abunda en el Delta es verde con cambiantes turquíes, y del tamaño y aire de una flor de seibo, en cuyo cáliz encuentra en abundancia el almíbar que lo nutre.

Pero ¿qué analogía hai entre el *Picaflor* y el *Chajá*? El uno es el extremo de la pequeñez entre los pájaros, no solo de aquí, sino de todo el mundo; y el otro el extremo de la magnitud en las aves de estos rios. El *Picaflor* y el *Chajá* son amigos del hombre. Si no se les persiguiese, visitarían con frecuencia nuestras casas, como todavía lo hace el picaflor, aun en las ciudades, tejiendo su nido bajo los corredores y dentro de las habitaciones. Un hilo, una paja que cuelgue del techo, le es lo suficiente para asegurar allí un nido en que apenas cabrá una nuez. ¡Cuántas veces alguna hermosa niña, al verlo revolotear en torno de su cabeza, habrá lisonjeado su amor propio con la idea de que el picaflor ha tomado por flores sus labios ó sus mejillas!

Uno y otro son de índole dulce y apacible. Yo he tenido un chajá que, apesar de haber sido tomado ya adulto, no se mostraba zahareño; y mui pronto se familiarizó con la jente. Mas de una vez he agarrado un picaflor en su mismo nido, donde estaba empollando sus huevecitos, que son dos esferoides de un blanco puro y brillante, de

menos bulto que el garbanzo; y despues de mostrarlo á varias personas y pasar de mano en mano, lo he vuelto á colocar en su nidada, y ha quedado mui tranquilo. El mismo picaflor ha sacado sus polluelos y se los he quitado para criarlos con agua azucarada, sin que los padres dejasen de venir á traerles el sustento acostumbrado; hasta que ya crecidos, los he dejado tomar el vuelo libremente. Un pajarillo tan aéreo, tan voluble, tan extraordinariamente rápido en su vuelo; que jamás baja al suelo; que nunca se detiene un minuto entero en una rama, ¿podria avenirse al estrecho recinto de una jaula? Tal vez se lograria conservarlo dentro de una pieza con vidrieras cubiertas con un velo, para que ei aturdido no se estrellase contra los cristales.

Buffon cita un ejemplo referido por Labat, de mucho interés para el estudio de la índole de esta inocente ave-cita. «El P. Montdidier puso dentro de una jaula, un nido de colibríes en la ventana de su cuarto á donde venian sus padres á darles de comer. Llegaron estos últimos á domesticarse en términos que no salian ya casi nunca del aposento, en donde sin jaula y sin opresion venian á comer y dormir con sus hijuelos. No pocas veces he visto yo á los cuatro puestos sobre los dedos del P. Montdidier, cantar como si estuviesen posados sobre la rama de un árbol. Él los alimentaba con una masa mui fina y clara, hecha con bizcocho, vino de España y azúcar. Sobre esta pasta pasaban ellos la lengua, y cuando estaban satisfechos revoloteaban y cantaban. Nunca he visto una cosa mas amable que estos pajaritos, que volaban por todas partes dentro y fuera de la casa, y que volvian apresurados, no bien oian la voz del que les daba el sustento.» El picaflor de nuestras islas busca espontaneamente la compañía del hombre. Todos los años sacan cria dentro

de mi rancho: en este verano dos casales hicieron sus nidos; uno en la punta de una filástica que colgaba de la cumbrera, y el otro en una ramilla que salía de la quincha.

El picaflor y el chajá no se alimentan sino de vegetales; aquel chupando las flores, y este pastando la yerba. Esta frugalidad y parsimonia debe hacer aceptables sus servicios para el hombre; esos servicios con que parece que ellos se le brindan al acercarse constantemente á su mansion. El uno quiere alegrarla con su hermosura y con sus gracias; el otro defenderla de las aves rapaces, con su valor, sus armas y sus fuerzas. El chajá es el temible enemigo de las águilas, los gavilanes, y todas las aves de rapiña. Su vigilancia no cesa un solo instante. Para no faltar á ella por la noche y poder dormir tranquilos, tienen siempre un centinela que despierta á los demás con un grito de alarma, cuando aparecen animales carniceros ó aves nocturnas, ó cuando los amaga algun peligro; á fin de ponerse en defensa, ó huir todos á la vez. De día se remontan á las nubes para descubrir desde allá una vasta estension de campo, y caer sobre el enemigo. Tambien participa el picaflor del coraje del chajá. Preválido de la prodijiosa velocidad de su vuelo y sus gambetas, acosa sin temor á los pájaros que se acercan á su nido y clavándoles su agudo pico, pone en vergonzosa fuga al activo halcon y al atrevido caracará, haciéndoles conocer que entre las aves, lo mismo que entre los hombres, *no hai enemigo chico*.

El chajá es tan corpulento como el pavo, pero mucho mas alto y cuelliherguido; se asemeja mucho al *terutero*, tanto en la figura como en las costumbres, salvo que este es insectívoro, y aquel herbívoro. Se les ha dado esos nombres por onomatopeya, es decir por analogia con su

grito peculiar, que ambos repiten con igual frecuencia: el macho dice *chajá*, y la hembra *chajalí*, y se responden alternativamente. El chajá tiene su copete y sus fuertes espolones en las alas como el terutero, de los cuales se sirven para alejar de sus crias á las aves de rapiña y todo animal que pueda perjudicarlos. Uno y otro anidan en el suelo en descampado (el chajá suele armar su nido en el agua); no gustan posarse en los árboles, y prefieren las inmediaciones de las lagunas y los rios; ambos ponen cuatro huevos, los del terutero pintados, los del chajá blancos y mayores que los de pava.

Los pollos de las dos especies salen del huevo revestidos de un simple vello, y siguen á sus padres desde que dejan el cascaron.

El chajá nos ofrece lo mas sublime del amor conyugal.

Se asegura que cuando algun cazador llega á matar á uno de los consortes, el otro no tarda en morir de pena, despues de haber exhalado prolongados jemidos en derredor de los sitios donde ha sido privado de lo que amaba.

Considero á los dos mui domesticables, y lo mismo al picaflor, pero dejándolos en libertad como las palomas, los urubús y cigüeñas. El terutero conservará los jardines y las huertas libres de hormigas y otros insectos perjudiciales; y el chajá preservará nuestras aves y nuestros ganados de los estragos que hacen los caranchos y los chimangos. En el Brasil se sirven del kamichi (especie análoga al chajá) para defender las aves domésticas contra las de rapiña. Azara vió diversos chajáes criados desde chicos, en las poblaciones rurales del Paraguai, y se habian avezado á la vida casera lo mismo que las gallinas. Los terutereros, y tambien el mismo picaflor, contribuirian á ahuyentar á los rapaces de menor pujanza; aquelloş por su union en el ataque, y este por su audacia.

Obsérvese bien : la naturaleza siempre dota á sus criaturas de todos los medios conducentes al fin para que las destina ; y las premune suficientemente para evitar su destruccion. A las aves rapaces las ha dotado de un vuelo raudoy de una vista perspicaz, á la cual deben (no al olfato como se ha creido) el que puedan acudir de muchas leguas de distancia , al momento de caer cadáver algun ser ; y para preservarlas á ellas mismas de la persecucion de otros carnívoros y aun del mas voraz de todos, que es el hombre , dió á sus cuerpos una carne cenceña repugnante , y un olor fétido. A los *sapos*, especie de máquinas semovientes destinadas á engullir insectos, á mas de un aspecto odioso, los dotó la naturaleza de la facultad de trasudar un humor nauseabundo, que los libra hasta del pico de la cigüeña , que no deja réptil á vida.

¡ Que mal hace el hombre en contrariar los designios de la Providencia , destruyendo esas especies ! Para evitar que le molesten, aléjelas de su morada , impida su escesiva multiplicacion, y basta. Contra las aves de rapiña tiene el perro y el chajá. Este , aunque sin mal olor que lo rechace, tiene una carne floja y habosa, que seguramente lo libraré de la glotonería humana ; por lo cual se dice jeneralmente que el *chajá es pura espuma* ; y tiene tambien para su seguridad el instinto de la vijilancia, que lo hace estar alerta noche y dia ; y las aceradas puas de sus alas , con cuyo auxilio sale siempre victorioso de las aves y los cuadrúpedos.

Otro de los puntos de analogía entre el chajá y el picaflores , es el vuelo májico de entrambos. A este se le vé suspendido en el aire , sin que se perciban sus alas , á causa de la celeridad con que las bate ; el otro se mece

en el espacio sin batirlas, y los dos vuelan largas horas sin fatiga.

¿No será el chajá un verdadero aereóstato? Sobre todo su cuerpo se advierte una esponjosidad mui fofa al tacto, que consiste en que tiene la piel separada de la carne, un espacio de media pulgada, por una infinidad de celdillas llenas de aire. ¿Qué objeto puede tener este aparato, sino el de aligerar su peso para el vuelo, inflándose aquellas cavidades con algun gas emanado de su mismo cuerpo? En tal caso las células aéreas del chajá equivaldrían á la vejiga natatoria que se encuentra en la mayor parte de los peces, destinada para que, haciéndose á voluntad mas ó menos lijeros, puedan subir ó bajar dentro del agua.

Sería curioso averiguar, aunque fuese por medio de una inflacion artificial, el grado de dilatacion á que puede llegar el sistema de cavidades aéreas del chajá, é igualmente examinar la naturaleza de los gases que las llenan, para poder calcular si el volúmen que adquiere el ave hinchada, llega á reducirla á una exigua gravedad específica. Si así fuese, quedaria explicado el porqué de la suspension del chajá en la admósfera, sin fatiga ni aparente movimiento de sus alas, y la facilidad con que descende, abriendo las bálbulas al gas cual aereonauta, para aumentar su gravedad y caer como un plomo sobre su enemigo.

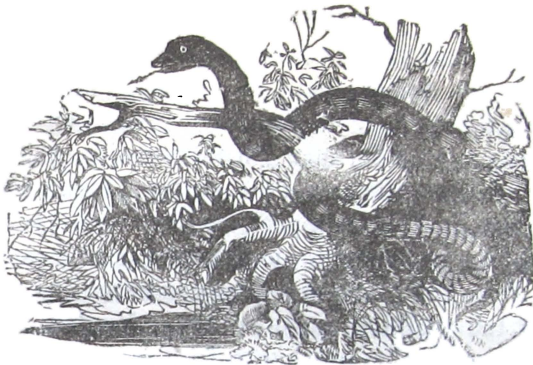
Hé aquí pues, otros dos seres mas que agregar al pobre cortejo del rei de la creacion; dos seres exclusivamente destinados para su servicio: al menos en las armonías de la naturaleza no aparece otra causa final de los instintos del picaflor y el chajá. Este, como destinado á lo *útil*, forma una sola especie, sin belleza ni variedad en el plumaje; aquel, como preparado para lo *agradable*,

forma un jénero entero, compuesto de muchísimas especies de picaflors, á cual mas preciosos, brillando todos con los colores mas ricos, mas vivos y mas variados; con las formas mas primorosas, y con las gracias mas hechiceras.

Estos dos nuevos amigos del hombre, solo esperan su buena acogida para consagrarse á su recreo y su provecho. No le piden proteccion, ni cuidados, ni casa, ni comida; solo le piden su amistad.

Así como el pueblo ha puesto á la casera golondrina bajo la tutela relijiosa de las ánimas, para que ni los niños se atrevan á ofenderlas; asi tambien ponga al precioso picaflor bajo la celeste tutela de los ánjeles, para que él y su nido sean inviolables. Y así como el *Urubú* americano, la *polla de Faraon*, el *buitre de Bengala* y la *ci-güeña*, viven en medio de los pueblos bajo el amparo de los gobiernos; que tambien la vida del *chajá* sea protegida por la lei, para que defienda las aves de nuestros cortijos y los ganados de nuestros campos.





IX.

LA PAVA DE MONTE, EL PATO REAL, EL MACÁ, EL BIGUÁ Y EL REI DE LOS PAJARITOS.

Entre las aves isleñas mas estimables por su carne y mas útiles para poblar nuestros corrales, merecen la preferencia dos magníficas gallináceas, conocidas con los nombres de *pava de monte* y *carau*. Una y otra ofrecen un alimento no menos sano que grato al paladar; recurso apreciable para surtir la mesa de los colonos del Delta, y sobre todo para el regalo de los viajeros. El nombre guaraní de la primera es *yacú*, y tanto esta como *carau* son voces imitativas de los graznidos peculiares á estas aves. El *carau* es de tres cuartas de largo, y de color negrozco con algunas pintas blanquecinas en el vientre. El *yacú* ó *pava de monte* es del jénero de los *hocos*; es una especie intermediaria entre el faisán y el pavo, de menor tamaño que este; su plumaje es negro con reflejos

verduscos. Tiene sobre la base del pico una carúncula carnosa, colorada de naranjado, y en la cabeza un moño elegantemente rizado. Esta especie se reúne en bandadas numerosas, y elige por mansion los bosques; anida sobre los árboles y se alimenta de semillas, frutas y brotes; pero, á similitud del carapachayo, no tiene otra cosa de montaraz sino su domicilio, pues su carácter mas saliente es el de la tranquilidad y mansedumbre; sus costumbres son tan pacíficas como sociales. Verdad es que la constante persecucion que han sufrido las *pavas de monte*, por ser vocado exquisito, las ha hecho tan desconfiadas, que en el bajo Delta no se presentan sino por pares; pero siempre se acercan á los ranchos, como para manifestar su inclinacion á la vida doméstica. Aunque se agarren ya adultas, en breve se muestran tan familiares como las gallinas y no son mas delicadas ó melindrosas que estas para el alimento.

« Es de admirar (dice Mr. Lesson) que hasta ahora no se haya pensado traer á nuestros corrales unas aves que son tan preciosas como el mismo pavo y no menos fácil habituarlas á nuestros climas. Su natural lleva demasiado impreso el sello de la indolencia y de la tranquilidad de hábitos para que en poco tiempo puedan obtenerse resultados favorables. Por otra parte, parecen hallarse contentas á la intermediacion del hombre cuya sociedad buscan, y al acercarse la noche vienen á recojerse en la guarida que se les ha preparado, donde viven en paz. »

Todo lo que se ha dicho del *yacú* es aplicable al *pato réal*, otro de los moradores del Delta, llamado así por su grandeza y la majestad de su ropaje. Es de cerca de una vara de largo; tiene la cabeza guarnecida de protuberancias carnudas de un color rojo mui vivo; su plumaje es de un negro reluciente, tornasolado con verde y violeta;

saca hasta catorce patitos de cada incubacion. Llámasele tambien *pato moscado*, ó almizclado, por el olor que despide, proveniente de un licor que filtra de las glándulas situadas sobre la rabadilla, la cual se debe cortar así que se le mate, para que su carne no tome mal sabor. Son tan domesticables como los yacúes, y las dos especies estaban entre las aves caseras que los conquistadores encontraron en las poblaciones guaraníes.

Entre las aves acuáticas de mas provecho, abunda mucho el *macá*, del jénero de las grevas. Aunque clasificado entre las palmípedas, no tiene membrana en los piés como los patos, sino los dedos separados y aplastados como pala de remo, y sin uñas. Es un aparato esclusivamente destinado para nadar; así es que no le sirve para andar en tierra, y por eso no se le ve nunca caminar ni asentarse en el suelo. No tiene cola, ni vuela sino á remosones, y siempre rasando la superficie del agua.

Estas aves deben apreciarse por su mucha grasa, por su carne de gusto agradable, por los huevos, que se comen como los de gallina, y por su pluma abundante, suave y lustrosa, que cubre un tupido y finísimo plumon. Seria mui fácil sujetarlas en charcos ó estanques, porque no pueden caminar, ni escaparse volando. Se mantienen de pececillos y de insectos que buscan dentro del agua.

El *macá* no debe confundirse con el *biguá*, llamado *zaramagullon* por los españoles. El primero es de vientre ceniciento y manto gris, y el segundo es todo negro; el *macá* tiene el pico recto y agudo, el *biguá* corvo en su estremidad. Este tiene cola en forma de abanico, y membranas entre los dedos, y vuela con bastante rapidez. El plumaje del *biguá* no es impermeable como el del otro; por ese motivo se le ve con frecuencia posado sobre los troncos de las riberas con las alas estendidas para orearse.

En la familia de las aves nocturnas encuentro dos que conviene conocer; la una como amiga, y la otra como enemiga. El *ñacurutú*, uno de los mayores buhos que se conocen, aunque de aspecto espantoso, es manso con el hombre y se sujeta á desempeñar en nuestras casas el oficio de ratonero, sin desmandarse jamás á echar las uñas sobre la familia de pluma. Todo lo contrario se le atribuye al *caburé*, que apesar de ser un pequeño mochuelo, es fortachon y atrevido. «No hai (dice Azara) una ave mas vigorosa en proporcion del volúmen de su cuerpo, así como no la hai mas feroz ni mas indomable. Tiene el valor y la destreza de introducirse bajo las alas de todas las aves, sin esceptuar los pavos y los caracarás, y agarrándose de sus carnes, les devora los costados y las priva de la vida.» Llámanlo *rei de los pajaritos*, porque se cree jeneralmente, que estos vienen cuando él los llama para *almorzarse al mas gordo*. Lo que sucede es, que el *caburé* solamente de noche hace sus matanzas, y cuando llegan á descubrirlo de dia los pájaros que lo aborrecen, se alborotan, chillan, se reunen en gran número y revolotean al rededor del enemigo en ademan de acometerlo, pero sin osar acercársele. El *caburé* se mantiene impacible é inmóvil, manifestando el mayor desprecio á la turba de cobardes que lo cercan por todas partes y lo asordan con su algazara. Él no tiene apetito porque ha hecho una espléndida cena; pero, como se le vienen á las manos tan buenas presas, y la ocasion hace al ladron, echa la garra al que mas le place, y allí mismo tranquilamente, en presencia de los parientes y amigos de la víctima, se la trincha y se la come, sin que ninguno se lo estorbe.

Habrá quienes al presenciari este cuadro, exigirian de estas tímidas avecitas la reflexion y el valor que suele faltar á los mismos hombres en situaciones semejantes.



X.

LA CALANDRIA Ó BURLON.

No poca confusion ha causado en la Historia natural de América el abuso que hicieron de la nomenclatura los primeros pobladores y viajeros, aplicando á las producciones de este continente, ya nombres caprichosos, ya las mismas denominaciones de las del antiguo, al mas ligero rasgo de semejanza que advirtiesen entre unas y otras. De esto se ha derivado el erróneo concepto formado, aun por los doctos, de la degradacion ó inferioridad de las especies americanas. De ahí el tener por imperfecto ó contrahecho al *Perico-lijero*, por haberlo observado fuera de su elemento, que es la dilatada copa de nuestros inmensos bosques, y por haberle dado el nombre de *ai*, suponiendo que esta interjeccion de dolor incesantemente repetida por el cuadrúpedo, manifestase la cuitada condicion de un ser condenado por la naturaleza á la desdicha. De ahí tambien el tener por nutria al *quiyá*, por cerdo al *carpincho*, por oso al *tamanduá* ú *hormiguero*; y dar todavía nombres no menos impropios á gran número de animales y plantas de estas rejiones.

Uno de los pájaros americanos que por la hermosura

de su canto, ha arrebatado la admiracion del mundo antiguo, denominado por los naturalistas *minus* ó *burlon*, y *poligloto* (que habla muchas lenguas); ha recibido entre nosotros el nombre inadecuado de *calandria*, siendo asi que ni aun pertenece al jénero de esta, (Alondra), sino al de los Mirlos. Es el mismo *burlon* de la Luisiana, la *tenca* de Chile, y el *cencontlatole* de Méjico; nombres todos alusivos á la facultad que posee este pájaro de imitar el canto de las demás aves, y aun el grito de algunos cuadrúpedos. Tambien lo han llamado *orfeo* por su habilidad musical, y Buffon lo llama *ruiseñor de América*, reconociendo la supremacia de nuestro cantor sobre la *filomena* del viejo-mundo. Él es tambien el único en el globo que tiene el arte singular de acompañar su voz con movimientos, llenos de gracia y espresion. Los *burlones* son aves esclusivamente americanas como los *picaflores*; unas y otras son rivales en toda la creacion; estos en belleza y variedad, y aquellos en gracia y canto. Tanto el uno como el otro recorren todo este vasto continente, hermo-seando el uno con su lindeza y su gracejo, y el otro con su música y su mímica, los sitios privilegiados con un suelo feraz y un cielo templado ó caloroso.

Nuestro *burlon* tiene un ropaje obscuro y sin brillo. Mr. Lesson, con un individuo á la vista, muerto en los alrededores de Montevideo, lo encontró de una estraordinaria semejanza con la especie de Santo-Domingo y de los Estados-Unidos. La parte superior de su cuerpo es de un color ceniciento obscuro, con pintas blanquecinas en las alas; tiene unas manchas blancas sobre los ojos, figurando grandes cejas; y le colora el pecho un cenizoso claro que va degradándose hasta un blanco sucio en el vientre. Lejos de hacer daño en los sembrados y jardines persigue las orugas, y en el invierno destruye las crisá-

lidas que las harian pulular despues de su transformacion. Es difícil tenerlo enjaulado aunque se crie en casa, á causa, quizá, de ser de un natural tan vivo, que no se para jamás, pues hasta para cantar va saltando ó revolando. A poco tiempo de hallarse sin libertad muere consumido de tristeza. Sin embargo, es una ave bastante familiar y con cierta inclinacion al hombre, pues se la ve acercarse con frecuencia á sus moradas, complaciéndose en cantar á su presencia. No debemos nosotros manifestar menos humanidad y gratitud que los americanos del Norte, para con esta avecita inocente y preciosa. «Los niños (dice Audubon), en jeneral, no tocan estas aves que son protegidas por los labradores; y esta benevolencia para con ellas llega á tal punto en la Luisiana, que no es permitido matarlas en ningun tiempo.»

Es imposible leer las brillantes pájinas que aquel elocuente ornitólogo consagra al *burlon*, sin admirar y cobrar el mas tierno afecto al objeto de su entusiasmo. «No son (dice hablando de su canto), no son las dulces consonancias de la flauta ó del oboé las que escucho, sino las notas mas armoniosas de la misma naturaleza: la suavidad de los tonos, la variedad y gradacion de las modulaciones, la estension de la escala, la brillantez de la ejecucion, todo aquí es sin rival. Ah! sin duda, en el mundo entero no existe ave alguna dotada de todas las calidades músicas del rei del canto, de aquél que ha aprendido todo de la naturaleza, sí, todo!» «No solo canta bien y con gusto (añadirémos con Buffon), sino tambien con accion y con alma; ó por mejor decir, su canto no es otra cosa que la espresion de sus afecciones internas; se entusiasma á su propia voz, la acompaña con movimientos cadenciosos, siempre adaptados á la inagotable variedad de sus frases, ya naturales, ya adquiridas.»

Tiempo hacía que estaba yo en posesion de una de las bellísimas islas del *Tempe Argentino*. Había pasado deliciosos dias en recorrerla y cultivarla. Una hermosa mañana de otoño salí al alba de mi rancho á dar un paseo por el interior de la isla. Caminaba lentamente; ya atravesando plantíos de jóvenes frutales que me presentaban sus primicias, hermoseedas con el lustre del relente; ya siguiendo las sendas umbrosas del bosque, donde las aves que acababan de despertar, saltaban de rama en rama, haciendo caer sobre mí una lluvia de rocío. Detúveme á mirar los objetos que me rodeaban, que tantas veces habia contemplado con indecible placer. Recordada cuan bellos, cuan encantadores me habian parecido aquellos cuadros de la naturaleza, la primera vez que los ví; y con qué entusiasmo me habia propuesto terminar mis dias en aquel pacífico y poético retiro..... ¿Seria que, hijo ahilado de las ciudades, criado entre su polvo y tristes muros, y entre sujeciones y disgustos, aquellas flores, aquellos árboles, aquellos arroyos, aquel aire embalsamado, y la independenciam de la soledad, debieron producir en mí las vivas emociones de un ser que recibiera la trasfusión de una nueva savia, pura y vigorosa?

¡Qué dias felices, los dias primeros de mi mansion en las islas!.... ¡Qué largas y alegres incursiones á lo largo de los canales! ¡Qué enajenantes descubrimientos! ¡Arroyuelos serpeando por entre espadañas coronadas de sus blancos penachos y de pintados pájaros! ¡durazneros abrumados con su fruto en racimos rubios y carminados!.... ¡Oh, qué dicha el encontraros por primera vez! ¡Qué gusto andar por sendas desconocidas, trazadas por la apacible capiguara, hallar á cada paso hilos de agua corriente y cristalina, á cual mas sinuoso y bello; y encontrarse sorprendido en una rústica glorieta que siglos

haria esperaba la primera visita del hombre; y allí sobre su alfombra de musgo, intacta aun, tenderse á reposar y á enajenarse con los recuerdos de las emociones de aquel dia! Mas, ai! que estos placeres tienen su término como todos los goces del hombre: pronto han sido recorridas todas las rutas del bosque; se han visto ú oido todas sus aves; se han recojido todas sus flores; se han gustado hasta la saciedad sus frutos; y la repeticion de las mismas escenas las ha privado de sus primeros atractivos.

Absorto en estas reflexiones, me hallaba de pié recostado contra un tronco, con la cabeza inclinada al pecho y la vista vagarosa dirigida al suelo. Levanto los ojos, y los hiero el vivo resplendor del mas hermoso dia: un sol esplendente habia disipado las sombras del crepúsculo y los vapores del rio. Estaba á la entrada de un dilatado bosque de robustos árboles, cuyos troncos parecian desenvolverse y multiplicarse á mis miradas como las olas del océano, hasta perderse sus términos de vista. Eran seibos imponentes por su grandeza, bellos por sus flores y los festones de lianas que ondeaban de copa en copa, y amenizados por los juegos de la luz del sol que penetraba subdividida en vivísimos rayos por entre el movible ramaje. El árbol que me servia de apoyo estaba mas espléndidamente decorado que los otros; y entre mi árbol y el bosque se estendia un pequeño campo; y en medio de él habia un solo arbusto. Mil sonidos agradables se sucedian á mi alrededor, y un ambiente fresco y oloroso, no sé porqué al respirarlo me llenaba de contento. Era un perfume desconocido, nuevo para mí; mas bien que una produccion terrestre, me parecia un perfume celestial... ¿Cómo esplicarlo? Era una especie de emanacion moral que embalsamaba á el alma y la arrobaba, arrancándola

de las cadenas de la materia para elevarla á la sublime rejion de los espíritus.

No bien empezaba yo á gozar de aquel éstasis, cuando me hace volver en mí una armonía que parecia resonar en todos los ámbitos del bosque. Todos los demás sonidos habian cesado; no se oian ya ni los suspiros de la brisa, ni los gorjeos de los pájaros. Cuanto acento encantador puede salir de la garganta de las aves; cuantas seducciones hai en los instrumentos músicos mas bien tocados, y en la voz humana mas dulce, mas melodiosa y mas querida; parecian haberse reunido en la voz que yo escuchaba. La luz y el perfume y las bellezas que me habian estasiado, se habian confundido con la célica armonia, para no formar sino una misma cosa, comunicándose todo por una sola percepcion. Mis ojos buscan anhelosos la Sílfide, la Driada ó la Sirena que producen el encanto; y una faja compuesta de innumerables alas que se desenvolvía por los aires en espiral, desde el arbusto solitario, me descubre en lo alto á la calandria ejecutora de aquel portento de armonias.

A los hechizos de la música uníase la inesplicable gracia de los movimientos del ave, apropiados siempre á los diferentes caractéres de su canto. Salían de su garganta gorjeos vivos y sonoros, y al mismo tiempo remontaba con ráudo vuelo, describiendo círculos, y descendía con iguales jiros, para volver á subir, sin cesar en sus hermosos concentos. Ciérnese en el aire, cual colibrí ante las flores, acompañando una suavísima cadencia con la vibracion imperceptible de sus alas, como si esprimiese allí toda la intensidad de su ternura: tal era al menos la emocion que producian en mi pecho. Ajita nuevamente sus alas sin abandonar su puesto aéreo, y exhala suspiros melodiosos que no pueden menos que corresponder á

la voluptuosidad de sus recuerdos, y que degradándose al paso que descende el cantor en rápido remolino como si cayese de su peso, al fin parecen apagarse del todo, perdiéndose en un silencio en que mi alma hallaba nuevos encantos, como si saboreasen el pasado deleite ó resonaran aun en mi interior los écos de la divina armonía. Repentinamente, nuevos acentos estrepitosos y brillantes llenan los espacios del bosque, que se suceden con la volubilidad de los arpejos y los trinos; y el ave los acompaña con revuelos igualmente vivos y tumultuosos, que son la espresion de los trasportes de su alegría.





XI.

CUADRÚPEDOS.

EL CARPINCHO, EL QUIYÁ, EL APEREA, EL JABALÍ, EL
CIERVO.

De los abundantes recursos con que se brindan las islas del Paraná para el sustento del hombre, prefieren los isleños dos cuadrúpedos semi-anfibios, de carne sabrosa y sana: el *carpincho* ó *capiguara* y el *quiyá*, impropriamente llamado *nutria*; ambos pertenecen al orden de los roedores. El *carpincho* no es un cerdo como muchos se han creído; lo único en que se le asemeja es en la abundancia de su tocino y en el sabor de su carne; en lo grueso de su cuerpo y en lo cerdoso de su pelo, que es pardo y tiene debajo otro mas corto y fino. Nunca llega á ser tan grande como el cerdo, pues el mayor *carpincho* no tiene mas de cinco palmos de longitud; su cabeza es muy corta; parecida á la del conejo; como el hocico mucho mas romo; las orejas muy pequeñas, redondas y sin pelo, la boca chieca con dos dientes incisivos en cada mandíbula, largos, curvos, semejantes á los del ratón: carece de colmillos y de cola; las piernas son cortas, y mas las de adelante, que tienen cuatro dedos provistos

de uñas anchas y obtusas; las de atrás solo tienen tres dedos; y difiere del puérco, tanto por su forma como por su índole y costumbres.

Anda mucho en el agua, donde nada y zambulle, sacando con frecuencia la cabeza para respirar; no camina comunmente sino de noche, sin alejarse de la orilla del agua, porque, corriendo mal, á causa de su excesiva crasitud y de sus cortas piernas, no halla su salvacion sino precipitándose al rio cuando se vé perseguido; se alimenta de yerbas, y dudó que coma pescado, pues dos que se han criado en mi casa no comen sino vegetales. Estos dos carpinchos, con otros mas, fueron extraidos del vientre de una carpincha cazada con perros en mi isla. Una de mis hijas los ha criado con leche de vaca, y le han cobrado tal afecto, que acuden á su voz y la siguen. Son de índole mansa y tranquila; ni aun en el estado salvaje acometen nunca á los hombres ni á los perros; no hacen amistad ni riñen con los demás animales. No dudo que la raza pueda fácilmente reducirse á la domesticidad; lo que seria una adquisicion útil por lo apetitoso de su carne y su mucho lardo; por su fecundidad, pues se asegura que dan hasta ocho hijos en cada parto; y por la baratura de su alimento, como que son animales herbívoros. Los dos que ha criado mi hija, se han acostumbrado tanto en la casa, que á pesar de vivir en entera libertad y en el campo, todos los dias despues de satisfacer su necesidad de comer y bañarse, vuelven á reposar y tomar el sol en el patio, y cuando se les deja afuera de noche, bregan por entrar arañando las puertas. Gustan de que los halaguen; se dan con todo el mundo, y no se irritan aunque los maltraten; no comen carne ni pescado; son muy aficionados al pan, y no se sirven de sus piés para asegurar la comida.

Los *carpinchos* pueden clasificarse entre los paquidermos, por lo grueso y fuerte de su cuero; curtido es de mucha duracion, y se le emplea en calzado y otros usos; pero los carapachayos poco se aprovechan de una piel de tanto valor, porque jeneralmente destinan el carpincho para su mesa, preparándolo de aquel modo peculiar á nuestro pais, que da á las carnes una terneza, un olor y un sabor tan especiales; *el asado con cuero*.

El *quiyá* pertece como el castor á la familia de las ratas nadadoras; es casi del tamaño de aquel cuadrúpedo célebre por su admirable habilidad en la construccion de diques y casas, y participa de sus formas pero no de su industria; es de mas de dos palmos de lonjitud; tiene todos los caracteres de las ratas, solo que sus piés de atrás son palmeados, es decir, que los dedos están unidos por una membrana, como en los patos y otras aves acuáticas; tiene dos dientes incisivos en cada mandíbula, semejantes á los del carpincho; la cabeza es ancha; las orejas pequeñas y redondeadas; el hocico obtuso; los piés constan de cinco dedos con los pulgares de los anteriores mui cortos; la cola es tiesa, cónica, larga, escamosa y sin pelo.

Este cuadrúpedo se distingue de todos los demás mamíferos por un carácter mui singular, y es, que la hembra tiene las tetas en las espaldas, cuatro de cada lado. Esta particular disposicion de las mamas parece indicar que la madre lleva constantemente sus hijos á cuestras. Pare cuatro ó cinco de cada jestion, y esta se repite varias veces en el año. La piel del quiyá es semejante á la del castor, aunque no tan bella, y la sostiene perfectamente en la fabricacion de los sombreros de ahí su alto precio. Consta de dos especies de pelo; el uno más corto, mui espeso, fino, felposo, impenetrable al agua y que

cubre inmediatamente el pellejo; el otro mas largo; mas fuerte y lustroso; pero mucho menos espeso; cubre el primer vestido y le sirve como de sobretodo; defendiéndolo del lodo y del polvo. El pelo corto es el único que se emplea en las manufacturas; su color es aplomado. Parece que el quiyá está sujeto á la muda como otros cuadrúpedos; por lo cual deben tener mas peso y valor las pieles que se sacan en el invierno.

Con el pelo de la *viscacha* (otro roedor del tamaño del quiyá, mui propagado en nuestros campos) hacian mui bellas estofas los peruanos en tiempo de los emperadores Incas, segun el abate Molina; y en Chile actualmente lo emplean en las fábricas de sombreros.

Los carapachayos y todos los del pais, atribuyen virtudes medicinales á la grasa de nutria (quiyá), de la cual se sirven como tópico para varias enfermedades. Se alimenta de yerbas; y si tambien come peces, como se cree, puede al menos vivir sin ellos, como está demostrado con los que se crian en casa. Es de condicion suave y domesticable; las familias de los carapachayos con frecuencia domestican quiyáes; mas no con el objeto de que se multipliquen, sino por entretenimiento y para regalarlos ó venderlos á los habitantes de la costa. En mi quinta existe uno, que se trajo recien nacido y fué criado con leche por uno de mis hijos, á quien conoce y ama tanto, que poco se separa de su lado y duerme en su cama, no obstante que cuando era pequeño le costaba gran trabajo al pobre animalito treparse por una escalera al cuarto del niño que está en alto.

Es tan familiar como un perro, y sumamente manso; cuando chico jugueteaba y retozaba con los dos carpinchos que se criaban con él: solo se alimenta de vegetales, y le gustan mucho las papas y el pan; no come carne ni

pescado, ni cosa alguna guisada; tanto para comer como para acicalarse, se sienta derecho y hace uso de sus manos como un mono; es muy pedigüeño con todas las personas indistintamente, encabritándose y tirándoles de la ropa para que le den algo; se baña y zambulle muchas veces al día en los charcos y jagüeles de la quinta, pero no por largo tiempo; y no se le ha notado inclinacion á escarbar la tierra ó hacer cuevas.

Parece, pues, que no seria difícil convertir al quiyá en animal enteramente doméstico como el conejo; y en este caso habria hecho la industria una adquisicion preciosa, no tanto por el uso de sus carnes, cuanto porque, sometido al esquileo ó la depilacion (1), daria anualmente un pingüe beneficio; que ahora no se obtiene sino con la muerte del animal: y porque alimentándose con las yerbas de las islas ó de los campos, ocasionaria muy pocos gastos.

Tambien se ha multiplicado mucho en las islas el *aperea*, pequeño roedor, conocido con los nombres de *cuis* y *conejillo de Indias*. Tiene el cuerpo grueso, de color pardo-ratonesco, con el vientre blanquecino, las orejas muy chicas, y carece de cola. Los *apereaes* se domestican con facilidad y son naturalmente apacibles y mansos; pero no toman cariño á nadie. En estado de domesticidad se han obtenido blancos, amarillos, mas ó menos leonados ó anaranjados, matizados de estos colores y de negro, en estremo diferentes de su tipo. Se multiplican con una rapidez asombrosa; la preñez solo dura tres semanas; paren cada dos meses, hasta once hijos cada vez. Se alimentan de toda especie de yerbas, y son muy aficionados á la corteza tierna, de manera que hacen mucho daño en los plantíos

(1) Así hacian los antiguos con las ovejas: les arrancaban el vellon en vez de cortarlo como ahora se práctica.

de árboles. Puede decirse que el apereá es la única plaga de las Islas; pero es muy fácil ahuyentarlos y esterminarlos por medio de los perros. Son buenos para la mesa; su carne es tierna y gustosa, y se comen con la piel, pe-lándose fácilmente como quien despluma una ave. Los carapachayos no hacen caso de ellos, por su pequeñez.

Hai dos especies de chanchos montaraces de buena carne, llamados vulgarmente jabalíes, que se distinguen de los puercos comunes de raza europea, en que las dos especies americanas tienen la cabeza, el cuello y el cuerpo mas cortos, y no tienen cola. También se diferencian en la peculiaridad de tener en cima del anca un orificio que continuamente está trasudando un humor fétido. Criados en las casas se domestican como las ovejas, y recuerdan, por la dulzura de sus costumbres, las curiosas relaciones que los anatómicos han observado entre estos cerdos y los rumiantes. Suelen andar en rebaños compuestos de muchos centenares de individuos; y se cuenta que el tigre teme ser atacado por estas manadas de chanchos, y para no ser despedazado por ellos, trata de salvarse subiéndose á un árbol. No habiendo podido tener á la mano ningun individuo de estas especies, he tomado estas noticias de las obras de Azara y de Humboldt.

Tampoco son escasos los ciervos; y suelen llegar hasta la ciudad de Buenos Aires, enredados en los camalotes que traen las grandes crecientes. Sus cueros y astas se compran con estimación; y su carne asada tiene un olor y sabor semejante á la de cordero. Los Chinos fabrican su fuerte y excelente cola con los nervios de todo el cuerpo del animal; y consideran como afrodisiacos los tendones de ciervo.



XII.

EL TIGRE Ó YAGUARETÉ, EL OCELOTE Y LA SARIGA.

Jeneralmente se considera al tigre como un animal en extremo feroz, de una crueldad invencible, y devorado constantemente por una sed insaciable de sangre. En vano es que todos los observadores inteligentes se hallen contestes en asegurar que aun el verdadero tigre asiático, no es mas feroz que el leon; que solo acometen acosados por el hambre, circunstancia en que el mismo hombre va mas adelante, pues se hace antropófago; en vano Buffon y Cuvier han comprobado que el jaguar tigre americano ó yaguareté, es menos fiero que la pantera, la onza y el leopardo que rara vez se tiran sobre los hombres, y que para hacerlo huir no es menester mas que presentarle un tizon encendido. A pesar de eso se considera al tigre como el símbolo de la crueldad, y la palabra *tigre* se ha hecho sinónima de *cruel*, *inhumano*, *sanguinario*, aplicada á las personas; aunque con mas verdad debia ser á la inversa, porque la crueldad y sevicia del hombre deja mui atrás la de las fieras. ¡Observacion dolorosa á par de humillante para la especie humana! : la destructividad del tigre,

de la pantera, de la hiena, del chacal, nunca se ejerce contra los individuos de su especie; mas la del hombre se despliega, á veces con caracteres espantosos, sobre sus semejantes, sobre su propia sangre, sobre sí mismo, pues es el único ser que tiene la funesta prerogativa del suicidio.

Créese jeneralmente que en las islas no solo se encuentran todas aquellas especies inofensivas y provechosas para el hombre, sino que tambien son la guarida de feroces tigres. Esta es una creencia errónea, producida y alimentada por el mismo isleño, que se complace en abusar de la credulidad de los *puebleros*, refiriéndoles cuentos de tigres, cuyas fechorías nunca pasan de haber robado la carne de la ranchada ó arrebatado un perro.

En efecto hai tigres bastante astutos para agarrar ó atrapar un perro cerca del fogon ó de la chalana, apretándole el pescuezo para que no grite y despierte á sus amos. Todos los habitantes de estas islas y costas están firmemente persuadidos de que estarán libres de las garras del yaguareté, siempre que tengan un perro á su lado.

A ser cierta la ferocidad que se supone á los tigres, ó su abundancia en el Delta, serian repetidos los casos de desgracia entre el considerable número de personas que se hallan en él ó lo frecuentan, la mayor parte sin armas para su defensa, y sin mas abrigo para pasar la noche, que una débil choza, durmiendo muchas veces al raso.

Tan seguros están los carapachayos de que no hai peligro alguno de fieras de ninguna especie en la parte inferior del Delta, que sus mujeres andan con frecuencia solas y con sus niños, en pequeñas canoas, internándose por los arroyos, y penetrando á pié por los bosques mas espesos, en busca de duraznos ó naranjas. Este hecho, que yo he presenciado muchas veces, es la prueba mas

concluyente contra la existencia de los tigres en esta parte del Delta. Digo espresamente *en esta parte*, porque es indudable que en la parte superior y demás islas, rio arriba, y aun en toda la costa firme, los hai, aun que en corto número. La causa por que no se encuentran en las islas inferiores, es la misma que se opone á la propagacion de otras especies de cuadrúpedos que no sean anfibios: es la frecuencia de las inundaciones que en pocos dias los ahuyentarian y ahogarian á sus cachorros.

Esto no impedirá que de tarde en tarde cruce por el bajo Delta algun tigre de los que se alejan de sus guaridas, huyendo de los cazadores, ó bien encarnizado él mismo en perseguir su caza. Menos rara que en las islas, es en las poblaciones de la costa la presencia de algunos tigres desgarrados. Las ciudades de Santa-Fé, Montevideo y Buenos-Aires han tenido algunas veces esos huéspedes; pero ellos no vienen de las islas, sino de los montes y pajonales de tierra firme, donde no hai inundaciones que los molesten y tienen ganados para su alimento. Con el aumento de la poblacion se van haciendo mas raras estas visitas, y como hemos dicho antes, los yaguretées ó tigres del bajo Paraná, lejos de atacar al hombre, evitan cuanto pueden su encuentro. Asi es que no es raro encontrar carapachayos que han envejecido en los montes sin haber visto jamás un tigre, aunque muchas veces hayan encontrado sus huellas.

La facilidad con que se amansan y familiarizan estos cuadrúpedos es otra prueba de que no son tan feroces como se cree. Si no fuese por el recelo que inspira la presencia de un animal tan fuerte y tan temido, no seria necesario tener en jaula ni aun atados los tigres bien domesticados.

He conocido uno comprado por mi padre en Santa-

Fé, tan manso y tan dócil, que cualquiera lo manejaba con un cordelito, y nunca se le tuvo enjaulado, ni se le cortaron las uñas ni los dientes. Era adulto y de gran tamaño; se dejaba manosear por todos los de la casa; una negra que lo cuidaba, solia retozar y revolcarse abrazada con el tigre, como pudieran hacerlo dos perrillos juguetones. Habiéndose trasladado mis padres á Buenos-Aires, el yaguareté, como miembro de la familia, fué tambien de los del equipaje. Cuando desembarcamos, el tigrizo iba en un carro junto con la negra, mirando con indiferencia la muchedumbre de curiosos que lo seguian por las calles de esta ciudad. Yo que marchaba al lado del convoi, iba diciendo entre mí: ahora se convencerán todos estos, de que *no es el tigre como lo pintan*.

Otro caso mas notable de domesticidad, entre otros muchos que podria referir, es el de un gran tigre que habia en Coronda (villa de Santa-Fé), tan sumamente manso, que solian dejarlo suelto por el ejido, y consentia que los muchachos del pueblo cabalgasen sobre él. Este extremo de mansedumbre es mui frecuente en nuestros leones ó cuguares; en el Colegio de Monserrate en Córdoba teniamos uno en libertad mas manso que una oveja.

Después de estos hechos, no me sorprendí cuando lei en Cuvier, que en París, en la casa de fieras, habia un tigre americano, tan manso que se llegaba á recibir los halagos de las personas que lo iban á ver; y tambien encontré mui creible el caso curiosísimo referido por Humboldt, que copiaré aquí porque corrobora mi opinion sobre la índole de los animales de nuestro Delta.

«Algunos meses antes de nuestra llegada, un tigre que creian jóven, habia herido á un niño que *jugaba con él*: me sirvo con seguridad de una espresion que debe parecer estraña, habiendo podido verificar en los mismos lu-

gares unos hechos que no son sin interés para la historia de las costumbres de los animales. Un niño y una niña de ocho á nueve años, ambos indios, estaban un dia sentados en la yerba cerca de la villa de Atures, en medio de una sábana que nosotros hemos atravesado muchas veces. Sobre las dos de la tarde, un tigre sale del bosque, se aproxima á los niños dando saltos al rededor de ellos y ocultándose unas veces entre las altas gramíneas, y saliendo otras con la cabeza baja y el cuerpo arqueado á la manera de nuestros gatos. El muchacho ignoraba el peligro en que se hallaba, pero pareció conocerlo en el momento en que el tigre le dió algunas manotadas sobre la cabeza, que aunque leves en el principio, fuéron sucesivamente mas fuertes. Las uñas del tigre hieren al muchacho, y la sangre corre de las heridas; la niña entonces toma una rama de un árbol y castiga al animal que huye inmediatamente. A los gritos de los niños acuden los indios y ven al tigre retirarse dando brincos sin dar muestras de ponerse en defensa. Nos trajeron el niño herido, que parecia inteligente y despejado. La garra del tigre le habia arrancado la piel por bajo de la frente, y hecho otra herida encima de la cabeza» (1).

El mismo escritor ha observado que en ciertos parajes es mayor la voracidad y la actividad de la ponzoña de los insectos, así como la ferocidad en las clases de los mas grandes animales. Pone por ejemplo el *yacaré* ó *codrillo* que persigue á los hombres en la Angostura; mientras que en la Nueva-Barcelona y en el río Neveri (y yo añado, en el río Paraná) se baña el pueblo tranquilamente en medio de estos reptiles. Los tigres de Cúma-

(1) Viaje á las rejiones equinocciales del Nuevo-Continente, t. III, p. 98.

ná, del istmo de Panamá y del Paraná son cobardes en comparacion de los del alto Oricono y el Paraguai. Los indios saben muy bien que los monos de tal ó tal valle se domestican fácilmente, mientras que otros individuos de la misma especie tomados en otros parajes son indomesticables.

Seria inútil hacer la descripción del hermosísimo pelaje del yaguareté, igual al de la pantera. No hai quien no haya visto su piel (el cuero de tigre), con razon tan estimada como objeto de lujo, y que por su escasez no vale menos de una onzas de oro en el mismo país que las produce.

El aliciente del lucro, y mas, si no me engaño, el temple verdaderamente varonil del gaucho, acostumbrado á domar los brutos mas soberbios, por medio de la fuerza, la destreza y el arrojo; ese carácter, decia, hace que muchos adopten como una profesion el buscar tigres en lo que muestran la pasion y el ardor de los que aman la caza por sus placeres. El inseparable caballo para buscar y perseguir al yaguareté, algunos perros para descubrirlo y provocarlo, un chuzo corto y una daga para matarlo, es todo el equipo y armamento del que va á luchar con el animal mas vigoroso y feroz del Nuevo-Mundo. Por mui dichoso se tendria nuestro intrépido cazador y mui pronto cubriria su corcel de chapeados ó jaeces de plata, si encontrase un tigre, siquiera cada dia, pues que su valor y su pericia le dan la seguridad de darles caza y acogotarlos á man salva; pero está ya mui rala la especie en el bajo Paraná, y no hacen frente al hombre sino cuando se ven hostigados por los perros. Entonces el impertérrito cazador, echa pié á tierra, se adelanta hácia la fiera, espera que lo abalance, y sino, arremete contra ella hiriéndola con su chuzo, y si este llega á fallar, hace

uso de la daga, dándole golpes certeros y mortales para no desgarrar la valiosa piel.

Mas de una vez, buscando las emociones del sublime espectáculo de esta lucha, he cometido la imprudencia de acompañar al cazador de tigres; pero mi adversa ó favorable suerte rehusó cumplir mi intento temerario, pues no dimos con ninguno, á pesar de haber hecho largas escursiones á caballo durante dias enteros y con buenos perros de pista, por la dilatada isla de Santa Fé, entonces inhabitada y del dominio de las fieras. (1)

Fuera del yaguareté, que, como se ha visto, no es mas que una visita rara en el Delta, creo que no hai en él mas cuadrúpedos carnívoros que el *ocelote* y la *sariga*, impropriamente llamados *gato-montés* y *comadreja*. El primero es como de una vara de largo, de color atigrado; animal nocturno que hace la guerra á los pequeños mamíferos y á las aves. La segunda es de menor cuerpo que un conejo, y de color rojo acanelado con el vientre de un blanco amarillento; tiene la astucia de la zorra, al grado de sufrir las mas crueles heridas sin chistar, finjiéndose muerta, hasta que echando de ver que sus perseguidores se han alejado, se arrastra como puede hasta su cueva. Es el corsario de los nidos, buscándolos de noche sobre los árboles; sabe sorberse los huevos haciéndoles al efecto un pequeño agujero; tambien se regala con los pollos y bebe la sangre á las madres cuando pueda atraparlas al descuido.

La *sariga* ofrece el fenómeno de la doble jstacion; una uterina, y otra esterna (2). La hembra tiene adherido al

(1) Año de 1849.

(2) Los naturalistas han clasificado estos mamíferos con el nombre de *didelfos*, del griego *dis*, *doble*, y *de plus*, útero.

vientre un saco ó bolsillo exterior, á donde pasan, por un mecanismo particular, los seis ó siete hijos que pare no bien formados todavía, y allí prendido cada uno de un larguísimo pezón, permanecen sin soltarlo, todo el tiempo necesario para acabar de desarrollarse. Terminada esta segunda jstacion, los hijos pueden á su antojo soltar y tomar las tetas, como tambien, salir á retozar, y al menor peligro refugiarse en el seno materno. La tierna solitud que esta hembra manifiesta por sus hijuelos ha movido á algunos escritores á presentar la sariga como el emblema del amor maternal.





XIII.

PECES, TORTUGAS.

Al oír hablar de tigres y panteras la imaginación se trasporta al centro de las fragosas selvas; ve las fieras que las pueblan; las víctimas que huyen despavoridas, ó que lanzan con su sangre los últimos jemidos; oye los vientos que silvan por entre el tupido ramaje, los troncos que rechinan en su roce, los bramidos lejanos de la pantera; y en medio de esa soledad, de esos riesgos y horrores, la noble y austera figura del rei de la creación, sobre el potro que ha sometido, y acompañado de los leales mastines que van á compartir con él los peligros de la lucha con el mas fuerte y altivo de los tiranos del bosque: todo lo que infunde pavor y tristeza se apodera vivamente del alma, la conturba y la acongoja.

Al nombrar los habitantes de las aguas dulces—los peces de nuestros rios—solo escenas apacibles y risueñas se ofrecen á nuestra reminiscencia: rios sosegados que se deslizan mansamente por entre márgenes románticas; lagos encantadores colocados en valles pintorescos, en un clima benigno, y un dia templado y sereno; preparativos de redes, nasas, espineles y flexibles cañas armadas de un débil anzuelo, instrumentos todos que pueden ser manejados sin fatiga ni peligro por las manos delicadas

das de la mujer y del niño; reuniones placenteras como para una fiesta, un descanso despues del trabajo, un objeto de grato pasatiempo; todo lo que en el seno de la hermosura de los campos y en el apacible reposo que inspiran, recrea el espiritu y dulcifica las penas del corazon..... Y á los que hemos nacido en la márjen de esos rios; á los que hemos frecuentado el laberinto de los canales de su Delta; á los que hemos experimentado desde la primera edad el irresistible atractivo de una patria favorecida por la naturaleza, ¡qué agradables y puros recuerdos nos traen á la memoria! Nos recuerdan los juegos de la infancia; las delicias de la pesca en el arroyo inmediato al hogar paterno; la pacífica laboriosidad de la familia del pescador, cuya dulce quietud hemos envidiado en los dias de infortunio..... y todavía los rios de la patria nos prometen para la vejez, quieta é inocente distraccion, útiles solaces.

La pesca fué anterior al cultivo de los campos, y es contemporánea de la caza. Pero hai la diferencia entre la caza y la pesca, de que esta última conviene á los pueblos mas civilizados, y que lejos de oponerse á los progresos de la agricultura, del comercio y de la industria, multiplica sus felices resultados.

« Y ¿podrá dudarse hoi de la prodijiosa influencia que una inmensa multiplicacion de peces tiene en la poblacion de las naciones? Fácilmente debe verse como sostiene esta maravillosa multiplicacion, en el territorio de la China, á la innumerable cantidad de habitantes que hai allí, por decirlo así, amontonados. Y si de los tiempos presentes nos remontamos á los antiguos, se puede resolver un gran problema histórico: se esplica como mantenía el antiguo Ejipto la gran poblacion sin la cual los admirables é inmensos monumentos que han resistido

á la accion devastadora de tantos siglos y aun subsisten en aquella tierra célebre, no habrian podido levantarse, y sin la cual Sesostris no habria conquistado ni las márgenes del Éufrates, del Tigris, del Indo y del Ganjes, ni las riberas del Ponto-Euxino, ni los montes de la Tracia. Conocemos la estension del Ejipto: cuando se levantáron sus pirámides, cuando sometióron sus ejércitos una parte del Asia, estaba casi tan limitada como ahora por los estériles desiertos que la circunscriben por oriente y occidente; y sin embargo sabemos por Diodoro, que mil y setecientos ejiptios nacióron en el mismo dia que Sesostris. Deben pues suponerse en el Ejipto, en tiempo de aquel famoso conquistador, á lo menos treinta y cuatro millones de habitantes. Pero ¿qué gran número de peces no contenian entonces el rio, los canales y los lagos de una rejion en donde el arte de multiplicar estos animales era uno de los principales objetos de la solicitud del gobierno, y de los cuidados de cada familia? Fácil es calcular que solamente el lago Meris (1) podia mantener mas de un billon y ochocientos mil millones de peces de mas de dieziocho pulgadas de largo (2).»

Grande es la variedad y abundancia de peces en todos los canales y arroyos del Delta: los hai para satisfacer todos los gustos; tan distintos en formas, tamaño y color, como en sabores; con la particularidad de ser todos un

(1) *Meris* era un lago artificial que hizo formar un rei de ese nombre. Comunicaba con el Nilo por un canal y tenia 70 leguas de circunferencia, estension que próximamente tendrá la parte dulce del estuario del rio de la Plata. Cuando el Nilo, creciendo escesivamente, hacia temer algunos estragos, se abrian esclusas que llevaban las aguas sobrantes al lago; y cuando, por el contrario, la inundacion no era suficiente, se sacaba de este, por medio de sangrías, la cantidad de agua necesaria para regar las tierras.

(2) Lacepede, *De los efectos de la industria humana en la naturaleza de los peces.*

alimento sano en todo tiempo y sin escepcion. Sábese que en otros paises hai pescados venenosos, por ejemplo en la Habana, donde se conoce con el nombre de siguatera el envenenamiento producido no solo por las especies conocidas como dañosas, sino por otras que, por causas ignoradas, suelen contraer el siguato ó calidad ponzoñosa.

Entre el *manguruyú*, de unas cien libras de peso, el *surubi*, de mas de treinta, y la *mojarra* como una sardina, hai para formar un estenso catálogo; mas como no nos hemos propuesto sino dar una muestra de las inmensas riquezas del Tempe Argentino, solo mencionaremos por su hermosura el *dorado*, que llega á veinte libras, todo recamado de oro y plata, tan brillante dentro como fuera del agua, mucho mayor en tamaño y mas ricamente vestido que la *dorada*, pez doméstico de la Gran-China, trasportado y propagado con tanta solitud en casi toda la Europa; los *pejerreyes*, enormes (comparados con los del Mediterráneo), de color plateado y cuerpo trasparente, y de una carne que jamás hastía; y finalmente, por su esquisito gusto, el *pacú*, tambien de veinte libras; todos escamosos y de agua dulce. Mas de una vez este y otros varios, salpresados por mí, han podido competir con el mejor bacalao, segun el paladar de buenos gastrónomos.

Es tanto el pescado que hai en toda estacion, que se toma con la mayor facilidad, aun en los pequeños arroyos; y si se estableciese una red para interceptarles el paso en la bajante, no dudo que se sacaria en pocas horas provision suficiente para muchos meses. Este fecundo archipiélago es la pesquera de muchos proveedores de los mercados de la capital y poblaciones de la costa.

Con todo eso, así como en sus fertilísimos terrenos de-

ben cultivarse las plantas útiles exóticas que mas les convengan para obtener mayores beneficios, así tambien pueden importarse para que se propaguen en sus aguas, las especies mas estimadas de pescados que se encuentren en otros países. Los últimos progresos de la piscicultura hacen sumamente fácil, por medio de la fecundacion artificial de los huevecillos, la traslacion y aclimatacion de las especies de los climas mas remotos. Entre tantas que pudieran centuplicar la riqueza de nuestros rios, solo citaré la *carpa*, por la circunstancia de ser un pez que, alimentándose de insectos y restos animales y vegetales, seria mui útil para la limpieza de los cauces y arroyos del Delta, que han de necesitar una prolija policia cuando se aumente su poblacion. Es además la *carpa* un pescado de tanta estimacion por su sabrosa carne, que desde el mediodia de la Europa ha sido introducida y multiplicada en Inglaterra, Holanda y Alemania. Su fecundidad es prodijiosa (1); vive siglos; adquiere grandes dimensiones, y un peso que llega á cuarenta libras. La *carpa* es un buen alimento, de fácil dijestion; su lechada (*laitance*) es una comida delicada y sustanciosa, que segun dicen, cura la tisis. El paladar, conocido en el comercio con el nombre de *lengua de carpa*, es mui apetecido y bien pagado.

Con las huevas de *carpa* se hace una especie de salazon conocida con el nombre de *cabial'*, mui buscada como manjar delicado y succulento. La vesícula de la hiel de estos peces proporciona una tinta verde de que se hace uso en la pintura; y se atribuyen virtudes extraordinarias para la curacion de muchas enfermedades á una pequeña

(1) Una *carpa* mediana da 342,000 huevos, segun el cálculo de Mr. Petit, *Dictionnaire du Pecheur*, par A. Karr.

eminencia ó sea del fondo de su paladar, denominada *pedra de carpa*.

Puede vivir muchos dias en la atmósfera. Por consecuencia de esta facultad se pueden trasportar á grandes distancias, y tambien las ceban teniéndolas colgadas fuera del agua, envueltas en musgo rociado con frecuencia y haciéndoles tragar pan y leche. Bien que en jeneral los peces estén dotados de una fuerza vital mui enérgica, porque en ellos la vitalidad de los diversos órganos no depende tanto de uno ó muchos centros comunes como si su sangre fuese caliente y su organizacion se acercase á la de los mamíferos, las carpas gozan en grado supremo esa facultad de resistir á las contusiones y heridas, y por eso pueden sufrir la castracion sin mas resultas que engordar mas que antes; para lo cual, sean machos ó hembras, les abren el vientre, les quitan los órganos sexuales y les cosen en seguida los bordes de la herida, de que mui pronto sanan.

La carpa no puede ser mas adecuada para nuestros rios, pues es de clima templado, de agua dulce, y se cria en los estanques, en las lagunas y en los rios de poca corriente.

Este pez de que se sacan tantos provechos, y que ofrece un abundoso inagotable lucro por su prodijiosa multiplicacion, al paso que por sus hábitos y raras propiedades inspira el mayor interés al físico y al filósofo, merece tambien la atencion del economista que se preocupa del bien de los pueblos. ¡Dichoso el hombre de Estado y el escritor influyente que con solo emitir una idea útil, pueden abrir nuevas fuentes de riqueza y prosperidad á las naciones!

Tambien hai en nuestras islas varias especies de tortugas que ponen en gran cantidad sus esquisitos huevos, de

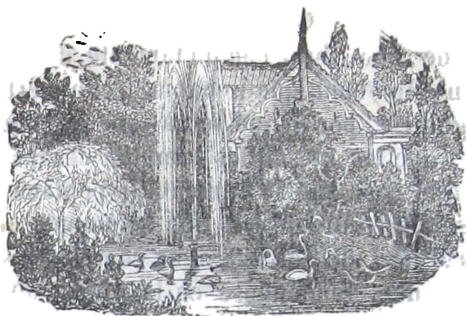
los cuales se puede estraer un buen aceite; tienen cáscara fuerte, y los hai esféricos y elipsoides. Suelen aovar cerca de las casas, como no ha mucho lo hizo una, á diez pasos de mi habitacion, y á la luz del dia. Por manera que, aun en este reptil, cuya estupidez es proverbial, se verifica lo que he observado en la jeneralidad de los cuadrúpedos, y las aves del bajo Paraná y rio de la Plata, y es, que aqui son de índole mas suave, mas familiares y mas susceptibles de la domesticidad, que en otras comarcas.

La tortuga es mui fecunda; hai especies en que cada hembra pone, cada estío, cuatrocientos huevos. Escava un hoyo somero, en paraje limpio donde no alcancen las crecientes; hace allí su postura completa en pocos minutos; en seguida tapa los huevos con barro que hace con su orina; y los abandona para que se empollen con el calor del sol. Las tortuguillas, desde que salen del cascaron, se dirijen por instinto al arroyo ó depósito de agua mas inmediato, y cada una tira por su lado en busca de alimento.

He aqui un ser completamente solitario y desvalido. Abandonado por sus mismos padres desde antes de nacer, inerme y estúpido, parece destinado á perecer prematuramente. Pero no, la Providencia suple por todo para con él: desde su misteriosa incubacion confiada á la accion solar, lo provee ya de una casa ambulante que le sirve tambien de fuerte coraza para su defensa; lo hace apto para vivir en la tierra y en el agua; le dió larga vida y lo dotó además de una vitalidad estraordinaria; le ha eximido casi de la necesidad del alimento, pues no hai animal mas frugal y que pueda pasar años enteros sin comer, como se asegura de la tortuga; y finalmente, si no participa de los placeres de la maternidad, tiene en compensacion los de otra afeccion mas viva, en un grado

sin ejemplo entre los demás seres que se unen por el instinto de la propagacion. Así, este huérfano-nonato (permítaseme la espresion), prohijado por la naturaleza, se encuentra en condiciones de existencia mas favorables que los otros que ha confiado á la solicitud de una madre y dádoles armas y sagacidad. No es estraño pues, que sea la tortuga uno de los animales mas numerosos en todos los climas que le convienen; ni debe sorprendernos el cálculo que hace Humboldt del resultado de la cosecha de huevos y preparacion del aceite que sacan de ellos los indios del Orinoco, en un corto espacio de terreno y durante tres semanas.

«Se puede sentar (dice) que el total producto de la cosecha es de 5,000 botijas; y, como 200 huevos dan una botella de aceite, se necesitan 5,000 huevos para una botija. Evaluando después á 100 huevos los que pone cada tortuga, y contando con que á lo menos un tercio se malogra, resulta que para hacer anualmente 5,000 botijas de aceite, es necesario que 330,000 tortugas salgan á poner 33.000,000 de huevos. Los resultados de estos cálculos son mui inferiores á la realidad. La cantidad de huevos abiertos ántes que el hombre pueda desenterrarlos es tan prodijiosa, que yo he visto hormiguar toda la orilla del rio de tortuguillas de una pulgada de diámetro. Si á esto se agrega que hai muchas que ponen algunas semanas mas tarde, será preciso admitir que el número de ellas que anualmente pone sus huevos en el bajo Orinoco, se acerca á un millon. Este aceite animal, llamado por los españoles *manteca de tortugas*, cuando está bien preparado es limpio, sin olor, y apenas algo pajizo; se le compara al mejor aceite de olivas, y lo emplean no solo para las lámparas, sino tambien para preparar los alimentos, á los que no da ningun gusto desagradable.»



XIV.

LOS MOSQUITOS.

El único inconveniente real que tienen las islas es la molestia que causan los mosquitos en la estacion del verano; pero como solo invaden por la noche, fácil es librarse de ellos con el uso del mosquitero ó ahuyentándolos con zahumerio de azúcar terciada, quemada en una badila ú otra cosa de hierro enrojecida al fuego.

He oido recomendar como escelente preservativo una lijera uncion de aguardiente ó aceite alcanforado, y juzgo que será mas eficaz el alcanfor pulverizado. En cuanto á las picaduras, basta para destruir su efecto, frotarlas con zumo de limon, ó untarlas con aceite de almendras mezclado con amoniaco líquido, ó bien, lavarse con una mezcla de agua, vinagre y sal. El baron de Humboldt en sus viajes por la América, observó que los mosquitos no pasaban de una capa mui baja de la atmósfera hasta unos 45 piés de altura; de modo que estableciendo á algunas varas de elevacion un retrete para pasar la no-

che, se puede uno librar completamente de ellos, como vió el mismo Humboldt que lo habia hecho cierto párroco. Puede asegurarse, por lo que se ha experimentado en estos paises, que los mosquitos tambien desaparecen ó se disminuyen al paso que se aumenta la poblacion. Sábese que el mosquito es un insecto que solamente en el agua se propaga, y ha de ser una agua completamente tranquila. Pretender, fundándose en la propia observacion, que estos insectos se multiplican entre el follaje, es repetir un error vulgar que solo prueba la falta de nociones sobre la historia natural.

Depone la hembra del mosquito sus huevecillos sobre la superficie del agua estancada, por que es necesaria la quietud del líquido para la incubacion, el nacimiento de su prole y las trasformaciones por que tiene que pasar. Permanece la nidada flotando hasta que empollada por el calor del ambiente, salen unas larvas ó gusanitos que viven y crecen dentro del agua, hasta que llega la época de su metamórfosis. Entonces vuelven á flotar en estado de crisálidas, que es cuando se van trasformando en insectos alados, y á breve tiempo, rompiendo la túnica que lo envuelve, sale el mosquito hecho y derecho, para tormento de los demás vivientes.

Ahora bien, con la poblacion y el cultivo de las islas habrá cada vez menos aguas detenidas, por que se despejarán los canales obstruidos por los camalotes y árboles derribados, se limpiarán todas las acequias de desagüe, y se harán desaparecer los lagunajos para utilizarse del terreno. Hoi es ya notable la disminucion de los mosquitos en los puntos habitados del Delta, y si en nuestras ciudades los hai (á veces mas molestos que los de las islas), es por que tienen su criadero en los aljibes, y otros depósitos de aguas pluviales.

Además de qué, esa molestia, solo sentida en algunos dias calorosos del estío, ¿no está suficientemente compensada con la seguridad de no ser uno incomodado por ningun otro insecto ni sabandija de los que en todas partes abundan? No hai en las islas bichos nocivos, ni reptiles ponzoñosos, ni existe allí la oruga que despoja los árboles de nuestras quintas, ni la hormiga destructora de las plantas y las frutas. ¿Qué paraje hai en el mundo conocido, que con menos inconvenientes reuna mayores ventajas que las preciosas islas del rio Paraná? ¡Cuántas rejiones que hoi vemos cubiertas de plantas útiles y ganados de todas especies, fueron antes el esclusivo dominio de las fieras; obstruidas por bosques impenetrables, é inficionadas por las aguas corrompidas! El hombre, atraído por la fertilidad del suelo, estableció allí su morada, destruyó y ahuyentó los animales nocivos, taló las selvas, desaguó los pantanos, purificó el aire, labró la tierra y la obligó á fructificar y alimentar numerosos rebaños para su sustento y su riqueza.





XV.

EL CAMUATÍ.

La abeja es un jardin de virtudes.

Plutarco.

Es un destello de la divinidad.

Virgilio.

Entre el cúmulo inmenso de las riquezas naturales que cubren profusamente la faz de nuestro suelo hermoso; entre los innumerables, nuevos y bellos objetos que ofrece á nuestra contemplacion en los tres grandes órdenes de la creacion terrestre, hai uno en nuestras islas, prodijioso, pero ofuscado por la misma sobreabundancia que lo rodea, como la centelleante luciérnaga se pierde entre las estrellas que brillan al través de nuestro diáfano cielo, ó como el incomparable picaflor desaparece por su pequeñez en medio de la multitud de lindas y variadas aves que abrigan nuestros montes. Ese objeto tan peregrino como ignorado, cuyo nombre es apenas conocido, es el CAMUATÍ.

Prefiero entre todos al Camuati, por lo mismo que yace oculto é ignorado, como se encuentra la virtud entre el tumulto de la sociedad humana; el Camuati, que bajo

un exterior sencillo, tosco, sin brillo, emblema de la modestia que suele acompañar al mérito, encubre cosas admirables, incomprensibles.

El Camuatí es una república de avispas, incógnita todavía en el mundo científico; es una maravilla de las obras de Dios; es una lección elocuente para los hombres.

No es mi intento describir ni menos analizar esta obra divina; solo si, llamar la atención de los sabios capaces de comprenderla. Y he recojido algunas palabras simbólicas de salud y de vida, que han reflejado hácia mí, al contemplar este espejo de una sabiduría y poder sobrenatural; y me apresuro á comunicárselas á mis hermanos, porque es un deber tan grato el de hacer bien á sus semejantes, y mayor y mas dulce todavía ser útil á nuestros compatriotas.

Cuando á la presencia del maravilloso Camuatí, he contemplado otra obra aun mas grandiosa (el hombre), tan de mudada, tan oscurecida, tan desventurada, tan envilecida, ¿cuál no seria el desaliento de mi espíritu si no viese lucir entre mis conciudadanos esa misma obra en toda su grandeza primitiva? ¡Oh si fueran asi todas las almas! ¿Qué tendrían entonces que desear los buenos? ¿Qué la patria? ¿Qué el mundo?

Su historia es una série de prodijios.

La Treille.

Desde los mas remotos siglos la historia natural de las abejas ha ocupado la atención de los sábios. Hubo algunos que emplearon todos los años de su vida en este estudio; se cuentan por millares los libros y tratados que se han escrito sobre estos insectos industriales; y entre sus autores se encuentran muchos naturalistas afamados.

Pues bien: las avispas del Camuatí americano son mucho mas admirables que las abejas de la Colmena europea.

Desde los primeros pasos de uno y otro enjambre se manifiesta la superioridad industrial de aquel sobre esta.

Las abejas no pueden emprender sus trabajos si no encuentran un hueco ó una habitacion ya preparada por el hombre; pero el Camuatí (4) no necesita de abrigo alguno, ni de auxilio ajeno: mas ingenioso y audaz, confiado en su habilidad é industria, una lijera rama le basta como punto de arranque para desplegar la idea sublime de aquel palacio pensil que encierra tantas maravillas.

Los habitantes de la colmena, reducidos á un breve recinto, como los hijos de la Europa, tienen que abandonar su patria y errar buscando un nuevo asilo por el mundo. No así los habitantes del Camuatí, pues continúan por muchos años ampliando los términos de su poblacion; y cuando juzgan conveniente dividirse en nuevos Estados, consultando sus recíprocos intereses, se separan como Abrahan y Lot, y van á fundar otras ciudades felices en la inmensidad de los bosques que los rodean.

Las abejas tienen que emplear el néctar de las flores para hacer sus construcciones, porque de la miel se forma la cera en sus estómagos, sin intervencion de su industria. Mas económicos é industriosos los camuatis no sacrifican, como aquellas, una parte de su tesoro melífero para edificar sus poblaciones: preparan ellos mismos una pasta idéntica á la del papel, hecha de la albura de los árboles secos, cuyas fibras aran can, trituran y humectan con sus mandíbulas, dándoles mas ó menos consistencia, segun lo requieran las diversas partes del edificio. Con

(4) Llámase indistintamente *Camuatí* la avispa y el edificio que ella construye.

este arte singular se proporcionan en todo tiempo materiales abundantes, cuando la abeja tiene que esperar la estacion de las flores para emprender sus obras.

En cuanto á las instituciones de estas dos admirables repúblicas, no me es posible aun formar un paralelo exacto, porque todavía no he hecho un estudio detenido del orden civil del Camuatí. No obstante, de la igualdad que he observado en todos sus individuos, de la similitud de todos los alveolos entre sí, y de la no existencia de los zánganos, se puede inferir que el sistema gubernativo del Camuatí es análogo á la democracia, y por consiguiente es mui aventajado al gobierno de las abejas. Tienen estas la fatalidad (como muchas sociedades europeas) de alimentar en su seno una clase privilegiada de ciudadanos que viven sin trabajar, llamados zánganos; bien que son de tiempo en tiempo perseguidos, arrojados y destruidos por el pueblo. El Camuatí se compone únicamente de ciudadanos laboriosos que con su industria y trabajo contribuyen á formar una habitacion, una provision y una defensa comun, que aseguran el bienestar individual.

No es tampoco el gobierno de las abejas una monarquía absoluta, como se habian creido. Es á lo sumo una monarquía electiva, como está demostrado por las observaciones de Schirac, de Huber y otros insectólogos, si es que deba considerarse á la *abeja-madre* como *reina* (1). Hasta cuatro veces en el año elijen las abejas un nuevo rei; por manera que á cada nueva generacion corresponde una eleccion nueva de gobierno. Al tiempo de la eleccion se observa en la colmena una gran inquietud y murmullo. El rei saliente anda ajitado de un lado á otro, y como si intentase acometer al nuevo electo; pero á éste,

(1) *Schirach*, Histoire de la reine des abeilles.
Huber, Nouvelles observations sur les abeilles.

el pueblo lo rodea y lo defiende, hasta que el otro se ausenta de la república, seguido de todos sus adictos y se van á buscar donde establecerse. Cuando se muere la abeja-rei, y no tiene un candidato digno del trono, hai un interregno mientras educan ó crian con un esmero particular una larva comun ó del pueblo para abeja-rei.

Cuando el supremo Hacedor formó al hombre, dotándolo de la intelijencia y del libre alvedrío, parece que quiso dejarle á sus ojos en la Colmena y el Camuatí, una leccion viva y perpétua del órden social, para que por él se modelasen las sociedades humanas. Pero ¡cuán poco se ha sabido aprovechar el hombre de estos divinos ejemplos!

No carece de verosimilitud que la Colmena del Viejo-Mundo haya sido la que inspiró á Platon el ideal de su celebrada República, empañada sin embargo por el sistema de las categorías que establece en ella; porque el soplo divino del cristianismo no habia llegado aun, para disipar los grandes errores de la humana política. Empero en el Nuevo-Mundo tuvo el hombre un modelo mas acabado en la República del Camuatí, y un principio mas fecundo, en la doctrina del Divino Maestro, para establecer la sociedad sobre las bases de la fraternidad y mancomunidad, como en aquellas colmenas de hombres de las Misiones Guaraníes tan celebradas, que florecieron en la misma patria del Camuatí (1).

¡Admirable combinacion de voluntades, esfuerzos é intereses, que da por resultado el órden, la paz, la seguridad y la abundancia para todos!

¡Economía social, por cierto mui superior á lo jeneral de la civilizacion humana, donde abandonados los indivi-

(1) En 1750, las Misiones del Uruguai contenian 25,500 familias que hacian un total de 138,700 almas, y estaban en el estado mas floreciente.

duos á sus impulsiones aisladas y necesariamente incoherentes, se ponen en choque unos con otros los intereses privados, y el interés individual en oposicion con el interés colectivo. En el camuatí, del concurso armónico del trabajo de todos resulta la mayor suma posible de comodidades y riquezas, de que participan igualmente el pequeñuelo, el anciano y el enfermo, no teniendo ningun individuo por que inquietarse de su futura suerte ni de la de su familia.

El Camuatí, como la abeja y otros insectos de este órden, está armado de un aguijon ponzoñoso, que siempre lo emplea para su defensa y nunca como agresor. Conocida es la triste condicion de las abejas europeas, reducidas á la esclavitud. ¡Miserable pueblo, sometido á la opresion y barbarie de los mismos á quienes alimenta! (1). Nuestras avispas, injustamente conceptuadas por malignas y feroces, son de índole mui noble, pacífica y social. Yo he traído mas de un Camuatí de los montes silvestres de las islas del Paraná, lo he colocado cerca de mi habitacion, y al punto han continuado las avispas sus trabajos, reparando algunas lesiones que habia sufrido su colmena en el transporte; y muchas veces me he puesto á mirarlas trabajar á dos pasos de distancia, sin que jamás hayan intentado ofenderme. Por el contrario, parece que sensibles á mi afecto, ha venido un enjambre de camuatíes á situarse en el árbol mas inmediato á mis ventanas, á seis pasos y á una altura de dos varas, construyendo una magnífica colmena, donde han podido observar de cerca sus trabajos todas las personas que han visitado mi quinta de San-Fernando.

Se muestran tan familiares y confiados, que beben en

(1) En Europa es mui jeneral entre los colmeneros la costumbre brutal de matar las abejas para sacar los panales.

nuestros mismos vasos, y se paran sobre las flores y las frutas que mis niños tienen en sus manos. Muchas veces cuando he visto al camuati afanado en arrancar las fibras de un tronco seco para preparar sus materiales, lo he tocado impunemente con el dedo, y un ligero estremecimiento del insecto, manifestaba, no se si su temor ó su contento, pero su ira no seguramente.

Estos son los animales que el hombre, aun el morador de nuestras islas, tiene por malos y temibles. Pero ¡deshdichado del que intente ofenderlos; del que llegue á conmover su edificio, ó á perturbar su sosiego! Entonces cada uno de estos pequeños insectos se convierte en un guerrero temible. Sin hacer aprecio de sus vidas, sin mirar si el enemigo es poderoso, se arrojan sobre él, en veloces torbellinos, lo acosan, lo hieren, lo persiguen con encarnizamiento hasta ponerlo en fuga y dejarlo escarmentado para siempre. Así es como se defiende lo que se ama; y los que quieren tener patria y libertad, así es como deben defenderlas.





XVI.

CONTINUACION DEL CAMUATÍ.

La geometría les ha dado su regla
y su compás.

Quintiliano.

Camuati es palabra del guaraní que significa: *A vispas reunidas amigablemente* (de *ca*, *avispas*, *mu*, *amistad*, *ati*, *reunion*). Solo un idioma tan hermoso y espresivo, tan sencillo y filosófico como el guaraní, pudiera comprender tantas ideas en tan breves y suaves sonidos, y encerrar en el nombre de una cosa, sus mas notables atributos (4).

Es mucho mas pequeña que la abeja doméstica, pues solo tiene seis líneas (un centímetro) de largo, y poco mas de una de grueso. Su cabeza es abultada, su color negro á la simple vista, con una pinta amarilla, cuadrada, de una línea, en la espalda entre el nacimiento de

(4) La avispa *Camuati* pertenece á la familia de los mellíferos en el orden de los insectos himenópteros, ó de alas membranosas; voz formada del griego *himen*, membrana, y *ptéron*, ala. Este jénero de insectos que los naturalistas caracterizan por la contestura de sus alas, comprende las especies mas notables por su instinto ó industria.

las alas; estas son de color café. El abdómen, que es igual á su cuerpo, se une á este por una cintura filiforme de mas de una línea. Su figura es mas esbelta y graciosa que la de la abeja; y no tiene el vello que tanto afea el cuerpo de esta.

Este es el insecto que vive como el hombre en sociedades numerosas, bajo de ciertas leyes; que provee á su subsistencia y la de su familia por medio del trabajo, sin hacer mal á ningun viviente; que construye sus ciudades pendientes de un árbol, muradas y techadas, compuestas de grandes caseríos, con calles y plazas cubiertas.

Si al mas sábio jeómetra ó ingenioso arquitecto se le propusiese el problema de formar el mayor número posible de viviendas, en el menor espacio, con la mayor solidez y el menor gasto de materiales y trabajo, consultando tambien la mayor comodidad y seguridad de sus moradores; y bajo un plan que pueda continuarse indefinidamente segun el incremento de la poblacion; tal vez alcanzaria su ciencia á resolverlo satisfactoriamente; y si lo consiguiese, no podria ser otra la solucion, que el mismo *Camuati*.

Seria necesario ocupar un gran volúmen para esponer todo el arte, toda la habilidad, toda la sabiduría con que está trabajada esta obra maravillosa: arte, habilidad y sabiduria que, sin duda alguna, no está en el insecto que la ejecuta. Me limitaré á hacer una breve descripcion que, aunque defectuosa, tendrá siquiera el mérito de la relacion del primer viajero que visita un pais desconocido.

El camuati en su exterior es semejante á la colmena de los antiguos y á la inventada por Lombard modernamente; de lo que resulta, que el ingenio del hombre no ha podido encontrar para la casa de la abeja, una for-

ma mas adaptable que la que ha adoptado el camuatí.

Es un cono truncado, con su cúspide hemisférica, y su base inclinada y convexa.

Escusado es advertir que la base de la colmena es plana y horizontal, porque no se hace la colmena para estar colgada como el camuatí.

Su tamaño varía segun el período de su construccion: los hai hasta de tres piés de altura y dos de ancho. Tambien varian mucho las relaciones jeométricas entre su elevacion y la amplitud de la base, segun lo mas ó menos numeroso de los enjambres; pero en todos los camuatíes parece igual el diámetro de su techo ó bóveda, que tiene de diez á doce pulgadas. Contigua á su base, en la parte mas elevada del declive de esta, tiene una abertura de dos á tres pulgadas, resguardada de la intemperie por un techo saliente abovedado. Este es el atrio ó portal del edificio; algunos tienen otro portal mas arriba. Todo el exterior del camuatí está erizado de gruesas y cortas puas que defienden las paredes contra el choque de las ramas de los árboles y el rozamiento producido por la continua oscilacion de aquel palacio colgado.

Antes de pasar al interior del camuatí, haré conocer el material de que es formado. Reune este tantas condiciones y propiedades escelentes, que despues de bien examinado, no puede la imaginacion concebir una cosa mas adecuada para su destino. Ya se ha dicho que este material es una pasta como papel, hecha de albura, la primera madera que se halla bajo la corteza de los árboles; y es precisamente la misma de que era fabricado en la China el primer papel que se conoció en Europa hace seis siglos. ¡Invencion admirable, que tanta parte ha tenido en los progresos de la civilizacion y de las ciencias!

Ojalá los hombres la hubieran podido aprender del camuatí algunos miles de años antes!

No podían las avispas haber elegido una sustancia mas abundante en toda estación, ni mas fácil de trasportar por su poco peso. La cera, además de ser pesada y fusible, necesita pasar por una elaboración de veinticuatro horas en el segundo estómago de la abeja para ser secretada; mas el camuatí prepara su pasta papirácea en pocos instantes.

Para construir su colmena pendiente de una rama, como le era utilísimo para mayor seguridad de su riqueza y otras muchas conveniencias, necesitaba emplear un material que reuniese las calidades de fuerte, ligero y elástico; y estas propiedades reúne en alto grado la pasta del camuatí. Y es por su naturaleza susceptible de muchas modificaciones: para el forro de la fábrica, las avispas la hacen compacta y tenaz; para las cunas de sus hijos, muelle y flexible; para el abrigo interior, floja y esponjosa. Es impermeable, para que no la penetren las lluvias y rocíos; mal conductor del calórico, para que se conserve la temperatura interior, y no dé paso al calor del sol; inodora é insípida, para que no incomode á los habitantes, ni altere el sabor y aroma de la miel.

La misma contestura fieltrosa de esta admirable preparación, tiene una relación mui inmediata con la conservación del edificio, del tesoro que encierra y de la salubridad de las avispas. Al través de aquellas porosas paredes se escapan los vapores y emanaciones perniciosas que en las colmenas ocasionan el enmohecimiento y pérdida de los panales y las enfermedades y muerte de las abejas.

¡Qué singulares analogías se encuentran entre la po-

blacion de la colmena europea y las poblaciones de Europa, y entre la poblacion del camuatí, colmena americana, y las poblaciones de América! aquellas, todas dolorosas; estas, todas venturosas. ¿Qué son sino unas colmenas infectas, esos montones de casas sobre casas, aislados de la naturaleza; donde una inmensa poblacion bulle ansiosa de vida en un foco de muerte? Nuestras simétricas ciudades con sus anchas y rectas calles; sus espaciados edificios, sus jardines y arboledas, gozan de las condiciones hijiénicas del camuatí. Imitemos tambien la escrupulosa limpieza de este, y jamás seremos visitados por el flajelo de la peste que diezma con frecuencia las colmenas y las ciudades europeas.

Mas esa feliz coincidencia resaltarà mas, cuando nos internemos á esta nueva Pompeya, encubierta por tantos siglos á los ojos del mundo.

La esfera además de ser la mas bella de las formas, es la que con menor superficie encierra mayor espacio, y la que tiene mas solidez con menor material; tal es la figura del Camuatí el primer año de su construccion (1). Pero no son estas solas las condiciones que se requieren en la obra: no le conviene al arquitecto continuarla en la misma forma esférica, porque cada año tendria que trabajar un nuevo techo y cubrir una gran superficie con paredes sólidas, para pasar el invierno. No toca pues en los años subsiguientes la parte superior del edificio, sino que, partiendo de la mitad del globo ya construido, continúa hácia abajo la obra con progresivo ensanche, dán-

(1) Las avispas de la *lechiguana* hacen su casa esférica, y la continúan anualmente en la misma forma por capas cóncéntricas, porque no saben dar á la pasta la consistencia necesaria para dar una cubierta sólida á su obra; y por eso tambien la aseguran á muchos gajos del arbusto en que suspenden su edificio. Cada año llenan aquel globo de rica y purísima miel.

dole la forma cónica con su base inclinada y convexa.

Con ese plan ingeniosísimo se concilian y combinan todas las ventajas considerables: el fácil escurrimiento de las aguas, por la declividad de todas las superficies; la firmeza en el techo, por su convexidad; la mayor resistencia en las paredes por su hechura circular; y la mayor amplitud sucesiva del edificio en proporcion del aumento de sus habitantes.

El comenzar la obra por el techo tiene tambien muchas ventajas; la principal es, que todas las obras nuevas y los trabajadores estén siempre á cubierto; y cada año, á la entrada del invierno no tienen mas que aforrar la parte inferior, y queda toda la ciudad asegurada. Mil observaciones pueden hacerse en favor de la forma exterior del Camuatí, y todas nos conducirán á asegurar que seria mui difícil, sino imposible, dar mas perfeccion á la Colmena argentina.

Empiezan las avispas su construccion abrazando con la pasta papirácea cuatro ó seis pulgadas de una rama delgada, de las mas horizontales y bajas, y desde allí estienden para abajo la bóveda que ha de servir de techo. En el interior ó cielo de esta bóveda construyen las primeras células ó alveolos; y enseguida forman el primer panal convexo, de la figura de una taza pegada por su borde á la parte cóncava del techo. Este primer panal, que es pequeño, lo cubren con otro mayor, dejando entre los dos un espacio ó separacion suficiente para el libre tránsito.

Continúan en este mismo orden, agregando panal bajo panal, en capas concéntricas cada vez mas grandes, extendiendo al mismo tiempo las paredes exteriores, á las cuales van adheridos en disposicion horizontal. Segun se va prolongando el camuatí, van tomando los panales una direccion oblicua que va siempre en aumento. Estos pa-

nales pueden considerarse como los diferentes pisos ó altos del edificio. A cada panal le dejan una abertura arriada á la pared, y todas estas puertas se corresponden en línea recta de arriba abajo, formando una galería que es escalera y calle al mismo tiempo, la cual termina en la puerta principal ó el portal del camuati, con su correspondiente alero.

Cada año hacen un portal nuevo y cierran el del año precedente. Contando estos portales tapiados, se puede saber el numero de años que han trabajado las avispa. He contado hasta ocho portales en un camuati.

Los panales tienen alveolos solamente por la parte inferior; la superficie superior queda escueta como una plaza ó salon, que tiene por techo el caserío del panal de arriba, y sirve de techo al panal de abajo. La curvatura é inclinacion de los panales les dá mas fuerza para sostener el peso de la miel y de los hijos; y la posicion vertical é inversa de los alveolos es mui conveniente para la limpieza y conservacion de la miel sin cristalizarse; porque estando boca abajo los vasos que la contienen, la evaporacion es mas difícil.

El dejar sin edificar la superficie superior de los panales, debe ser tambien con el objeto de tener por donde transitar sin interrumpir á los trabajadores, ni andar por sobre la miel y los hijos.

Ninguna de estas ventajas se sabe proporcionar la abeja europea; y lo que mas ha admirado á los sábios en la arquitectura apiária, que es la forma exágona de los alveolos, tambien se encuentra en el camuati; cada celdilla tiene seis paredes, y estas corresponden á otros tantos alveolos contiguos. No me detengo á encarecer esta admirable construccion exagonal por ser ya mui conocida. Los alveolos ó celdillas del camuati todos son sensi-

blemente iguales, sin que se halle uno solo que pueda decirse destinado para un zángano ó para un rei, como sucede en la colmena.

El forro ó pared exterior del camuatí es grueso y compacto como un carton fuerte, y con mayor espesor y solidez en su techumbre. Para hacer la habitacion mas abrigada, con ahorro de tiempo y materiales, las avispas han aplicado hábilmente aquella propiedad del aire de ser mal conductor del calórico. Para ello han establecido contra el techo por la parte de adentro un sistema de cavidades, formado con hojuelas de papel dispuestas en forma de escamas, y cubiertas con un cielo-raso, de modo que entre este y el techo queda interpuesta una capa de aire. Por este medio se preserva completamente el edificio de la accion del sol ardiente del estío y de los hielos del invierno.

Seria necesario hacer una larga y difusa relacion para detallar todas las particularidades que se observan en el interior de un camuatí. En todas ellas surge ostensivamente la idea de la *utilidad*, que envuelve en sí las de la seguridad, de la comodidad, de la economía del tiempo y del trabajo; y todo esto obtenido siempre por medios tan sencillos, que no puede menos de reconocerse allí la obra de una alta sabiduría.

La serie de prodijios de que se forma la historia del Camuatí, empieza desde su cuna. Luego que las avispas han dado principio á las paredes de los primeros alveolos, deponen un huevecito blanco en el fondo de cada celdilla empezada, del cual sale un gusanito ó larva del mismo color, sin mas miembros que su cabeza apenas perceptible. Mientras las obreras adelantan los alveolos,

otras avispas se ocupan en alimentar á su informe prole. Cuando las larvas están crecidas del tamaño de las avispas, cierran estas la puerta de sus celdillas con una cubierta abovedada. Entonces la larva ó gusano se forja un capullo de una película sutil, y permanece inmóvil y sin alimento en aquel secreto encierro. Allí se efectúa de un modo misterioso su trasformacion en avispa, pasando primero por el estado de crisálida ó ninfa, en que se perciben ya algunos lineamientos de su futura conformacion.

Esta metamórfosis incomprendible á la razon humana, se opera en pocos dias en la crisálida del Camuatí; al paso que hai otros insectos que permanecen muchos meses en aquella completa inmovilidad é inedia. Llegado el momento de su libertad, rompe la jóven avispa la puerta de su prision, sepulcro ó cuna, y sale á gozar de una nueva vida, dotada ya de la misma habilidad é industria de sus progenitores.

Las jeneraciones se suceden con mucha rapidez; se aumenta prodijiosamente la poblacion; trabajan todos con actividad; ensanchan á gran prisa su ciudad; y cuando se aproxima el invierno, se apresuran á llenar sus almacenes de provisiones para la rijida estacion. Estas consisten en una miel riquísima que estraen de las flores, y despues de sufrir una corta elaboracion en sus estómagos, la depositan en los alveolos.

La miel del Camuatí me parece superior á la de la abeja; é indudablemente la podemos obtener mas pura, porque no teniendo olor ni sabor alguno los vasos que la contienen, no le pueden privar de su perfume ni comunicar ninguna cualidad estraña, como sucede á la miel de las abejas, por la cera de que son formados sus panales.

¡ No sé qué especie de sensacion tan agradable se espe-

rimenta, al tener uno en la palma de sus manos uno de aquellos hermosos panales esféricos del Camuatí, rebo-sando de nitidísima cristalina miel! Sea que nos lisonjee la idea de que todo aquel dulce peso que gravita en nues-tras manos es puramente de la miel, pues el vaso que la contiene es tan tenue, tan leve, tan aéreo; sea que en-cante nuestros ojos la vista de aquella superficie abri-llantada en que con perfecta simetría se diseñan los alvedos como el engoste de una joya de diamantes; ó sea la satisfaccion de admirar tan de cerca una obra tan ma-ravillosa, y ser dueños de tan espléndido regalo de la naturaleza; ó sea, en fin, que aquel contorno esférico, la mas hermosa de las formas, despierta en nuestro pe-cho voluptuosas simpatías; lo cierto es, que es sumamen-te delicioso, inesplicablemente delicioso, contemplar uno en la palma de sus manos el primoroso panal del Camua-tí rebosando de esquisita miel hiblea. Todo en él nos convida á llegarlo á nuestros labios, á aspirar su aroma, á gustar y paladearnos con aquella líquida ambrosía, que se nos ofrece en forma sólida, como un refinamiento del placer, para disfrutarla con mas comodidad y deleite.

¡Bendita sea la Divina Providencia! Ella ha mandado al mundo esta muchedumbre innumerable de pequeños obreros para que se empleen en la recoleccion de una abundante y preciosa miés, que sin esto seria perdida para el hombre!

Las flores sin número que realzan con mil colores y di-bujos el manto de la naturaleza; las flores destinadas pa-rra hermostear la mansion del hombre, pues que solo él sabe gozar de su hermosura y su fragancia; esas flores tan bellas como efímeras, encierran en sus cálices el dulce néctar, rico tesoro, que el camuatí deposita en sus maravillosas fábricas. ¿Qué cosa hermosa puede haber

que no encierre en sí algún bien? Mas la hermosura que no promete sino un fugaz deleite, es una flor sin néctar. Las virtudes y los talentos en la beldad, son cual la miel en el hermoso panal del camuati.

Ni la mujer fué destinada á brillar solamente en su juventud pasajera, ni las flores fueron hechas con solo el objeto de ostentar su efímera belleza. Ellas tienen un alto y sublime destino: en las flores tambien se verifica el mas estupendo de los misterios de la naturaleza, la obra de la jeueracion. En ellas tienen las plantas su tálamo nupcial. Sus formas bellas, su brillante colorido, sus variados matices, los perfumes de sus pétalos, el almíbar de sus cálices, todo concurre para hermostear sus dulces amores.

Los melíferos camuatiés son los convidados de estas bodas misteriosas; y no solo presencian aquel tierno consorcio que asegura la fecundidad de la tierra y el sustento de los vivientes; sino que ellos tambien contribuyen á estrechar el amoroso enlace. Introducidos en las flores, hacen desprenderse el pólen fecundante, y establecida así la comunicacion entre los estambres y los pistilos, que son los órganos de la reproduccion en las plantas, se asegura y abrevia la fecundacion de las simientes que han de perpetuar las especies vejetales.

Es la avispa tambien la que trasportando el pólen de unas especies á otras, contribuye á la produccion de las plantas híbridas, y á las variedades de flores y frutos que resultan de estos cruzamientos. Y será ella tambien la que mas de una vez estrechará el lazo amoroso entre aquellas plantas de sexos diferentes, que por su separacion no pueden desposarse, como sucede con nuestro magnífico Ombú, lográndose así propagar por nuestras pampas este árbol providencial, tan apreciable por su sombra, como por sus virtudes poco conocidas.

¡Ombú hermoso! ¡Amante solitario de nuestros campos! vuelen tus amores en alas del bello camuatí hasta el seno de tu amada, para que tu benéfica sombra se estienda sobre la cabaña hospitalaria de nuestras pampas! ¡Ombú majestuoso, lleno de hermosura, lleno de vida, gloria del desierto! tú eres el hijo predilecto de esta tierra, dichosa en poseerte; y yo..... yo te amo mas, si es posible, que tu misma madre. Tú eres el emblema de la Patria; fuerte, invencible, benéfico, hospitalario como sus hijos. ¡Ombú grandioso, incomparable! eres para mí mas hermoso que los soberbios Pinos de aquella rejion ingrata del otro lado de los mares. Tu gloria obscurecerá su gloria. ¡Amante solitario de nuestros campos! vuelen tus amores en alas del bello camuatí hasta el seno de tu amada, para que tu benéfica sombra se estienda sobre la cabaña hospitalaria de nuestras pampas!

Detrás de la cortina está el sublime Artista.

Bonnet.

¡Admirable armonía de todas las obras de Dios! Este insecto pequeño, que apenas percibimos como una lijera sombra que pasa rápidamente delante de nuestros ojos, formando con sus alas un ténuo susurro apenas perceptible á nuestros oidos, está sin embargo estrechamente enlazado con la conservacion, la vida y los goces de toda la creacion terrestre, sin esceptuar al mas altivo de los vivientes. ¡Y, quien creyera que aun en el órden moral, se podria encontrar una relacion inmediata entre el insecto y el hombre! entre una sociedad de avispas y la sociedad humana! Y ¿qué tiene que enseñar el hombre á la avispa del Camuatí? ¿No tiene mas bien mucho que

aprender de su maravillosa industria , de su laboriosidad, de su organizacion social , de sus costumbres?

Mi alma se sobrecoje de admiracion y de respeto cuando veo á un insecto ejecutar operaciones que presuponen tanta habilidad , tantos conocimientos , tanta prevision. No puedo menos que ver allí una sabiduria suprema que ha querido confundir y humillar la soberbia de la ciencia humana.

Si á cada paso que dá el hombre, si á cada mirada que arroja sobre el corto número de objetos que están al alcance de sus sentidos (cortísimo en comparacion de la infinita creacion imperceptible que tiene á sus plantas, de los infinitos mundos que existen en la inmensidad del espacio , y de todo lo invisible) ; si á cada paso que dá el hombre, encuentra un prodijio que admirar ; si él mismo es un conjunto de prodijios incomprensibles , ¿porqué no levanta su espíritu á la contemplacion de la Suprema Inteligencia que obró tantas maravillas? ¿Porqué no confiesa con humildad que su sabiduria llena de ignorancia, no es capaz de comprender aquella sabiduria y poder infinitos que resplandecen en todas las obras del Altísimo?

Así lo hizo siempre el sabio. Pero el insipiente , que no ve en una estrella nada mas que una pequeña luz , y en una avispa , nada mas que un vil insecto , ¿qué creencia podrá conservar , si nada conoce , ni aun su misma incapacidad?

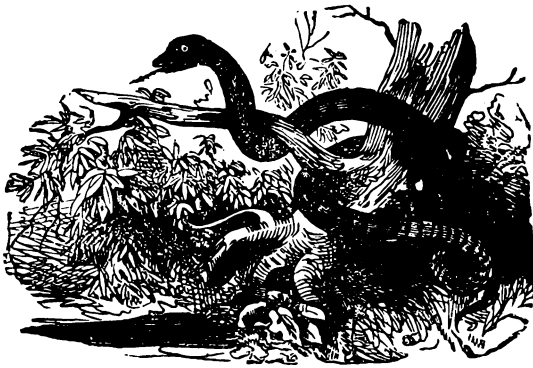
¡Cuán grande se siente el hombre cuando se encuentra capaz de arrancar á la naturaleza alguno de sus recónditos secretos ; cuando descubre alguna de las leyes que rijen la máquina del mundo ; cuando considera los progresos del entendimiento humano ; cuando contempla las maravillas del arte y las obras inmortales del jénio ! Él encuentra en sí un principio fecundo , investigador,

creador, sublime — *el pensamiento* — y se siente elevado sobre todo lo terreno y material, y se enorgullece con su propia grandeza. Empero ¡cuán pequeño parece á sus propios ojos! ¡cuán confundido, cuando circundado de las infinitas maravillas de la creacion, no puede su mente penetrarlas! ¡cuándo en faz de la obra de un insecto, no puede medir con ella su orgullosa intelijencia!

La obra portentosa de camuati, hace siete mil años que tiene el grado de perfeccion que admiramos hoi en ella; y el hombre ha necesitado siete mil años de investigaciones y de estudios para hacer los descubrimientos que le son mas necesarios; y despues de los desvelos de los sabios, del sacrificio de tantos héroes, de las desdichas de tantas jeneraciones, aun está mui distante de alcanzar aquella armonía social, aquel órden venturoso que hace ya siete mil años que está establecido en la república del camuati.

Pero hai esta diferencia: que la perfeccion del camuati es la obra de la voluntad y sabiduría de un Dios; y la perfeccion de la sociedad humana, dejóla el mismo Dios á la voluntad y sabiduría del hombre.





XVII.

EL SEIBO Y EL OMBÚ (1).

El Ombú de nuestras costas y el Seibo de nuestros rios son los primeros objetos que hieren la vista del extranjero que desde lejanas tierras viene en busca del metal precioso que dá nombre á estas rejiones. ¡ Dos árboles estériles por única muestra de las producciones del *Rio de la Plata*, á las ávidas miradas de los peregrinos que pisan llenos de esperanza la nueva Canaan, la tierra de leche y miel, prometida á su infortunio! ¡ Qué inesperada desilusion! ¡ Qué desencanto! Dos árboles improductivos, ¿ cómo pueden anunciar el suelo mas feraz y el clima mas hermoso de los dos mundos?

(1) El Ombú, árbol peculiar de esta parte de la América del Sud, pertenece al género *Fitolaca*, especie *dioica* (*Compendio botánico* de Ortega, y *An encyclopædia of plantes*, de Loudon). A la particularidad de ser unos árboles masculinos y otros femeninos, debe el nombre *dioica*, del griego *dis*, dos, *otkia*, casa.

Pero, que penetre el extranjero en nuestras pampas que producen el oro en verdes hebras; que penetre en nuestras islas que vuelven en pomas de oro las semillas confiadas á su seno; y sabrá estimar aquel árbol magnífico que, despues de haberle servido de norte para llegar al puerto deseado, le ofrece su sombra y su cabaña hospitalaria en medio de los prados pingües que le han de dar la anhelada opulencia, sin mas trabajo que el cuidado de un rebaño; y sabrá estimar aquel otro árbol florido que le prepara el terreno fertilísimo que le dará la riqueza en retorno de un poco de industria y de sudor.

El Ombú es el árbol del pueblo pastor, á quien ofrece sombra y casa en medio de las vastas dehesas que alimentan sus ganados.

El Seibo es el árbol del pueblo labrador, para quien prepara un suelo fértil, surcado de canales navegables, y los materiales para improvisar su choza, sus muebles y su barquilla.

El Ombú incita al pastor á dejar sus hábitos nómadas, brindándole un asilo seguro, grato y bello. El Seibo contribuye á estrechar la sociedad humana y acelerar su progreso preparando un terreno capaz de una densa poblacion.

Para eso los creó la Providencia, diseminando al uno por las pampas, y agrupando al otro sobre los rios. ¡Singular armonía entre dos vejetales de tan distinta naturaleza como el Seibo y el Ombú, y de ambos, árboles estériles, con la civilizacion humana!

Uno y otro son plantas peculiares y exclusivas de la rejion del Plata, donde desempeñan una mision providencial.

El junco y el seibo son los operarios que la naturaleza emple para elevar el lecho de nuestros rios sobre el nivel

de sus aguas y reunir los materiales que deben componer la tierra vegetal.

Un juncal, apesar de su aparente debilidad, es el firme pilotaje que sirve para formar el cimiento de la futura isla. Los tenaces juncos, naciendo sobre las playas y los bancos, aseguran las arenas por medio de los cepellones de sus raices capilares recíprocamente entrelazados; y entre la túpida muchedumbre de sus vástagos, retienen las nuevas arenas sucesivamente arrojadas por las olas; tambien protejen la germinacion de otras plantas acuáticas, que con sus despojos y el légamo del rio van preparando el terreno para la vegetacion arbórea.

El *seibo* es el primer árbol que aparece entre el juncal: al principio pequeño, tortuoso, raquítrico, y lento en su crecimiento, como si viviese luchando con la muerte; mas al fin triunfa, mejorando él mismo las condiciones del terreno, y entonces crece vigoroso y corpulento, pero desairado é irregular como aquellos deformes saurios antdiluvianos que los jeólogos nos pintan. Se propaga con rapidez, formando en torno de la isla naciente una estacada de robustos troncos, que entretejidos con las plantas acuáticas, se oponen á la accion de los vientos y las olas, y conservan en calma el agua que cubre el terreno con las crecientes diarias, obligándola á depositar toda la materia sólida que trae en suspension.

Por otra parte, sus gruesas raices solevantan la tierra notablemente, haciéndola apta para la vejetacion de nuevas yerbas y arbustos; y la misma ramificacion rala y poco hojosa del *seibo* es una condicion necesaria para su destino de terraplenador; es una espaldera viva, preparada por la naturaleza para sostén de las plantas sarmen-tosas.

Mil enredaderas se apiñan bajo su copa que no las pri-

va de la luz del sol, y trepan comò á porfia por su rugoso tronco y su espaciada ramazon, para cubrir la desnudez del patriarca con un manto de follaje, mezclando sus variadas flores con las del árbol protector. En su espesura encuentran las aves seguro asilo para dormir y abrigo para sus nidos. Así es como al pié de los seibos se acumula lentamente ese gran depósito que se encuentra de humus, resultado de la descomposicion de las materias orgánicas depuestas por las plantas y los pájaros.

El ombú, lejos de propagarse como el seibo, se cria siempre solitario y á largas distancias en la pampa.

De ningun modo convenia que el ombú participase de la fecundidad del seibo, porque este fué destinado para formar el terreno y prepararlo para el hombre, pero aquel solamente para protejer su habitacion sobre un terreno ya preparado. La naturaleza, para asegurar la multiplicacion y perpetuidad de las especies vejetales, se ha mostrado pródiga en la produccion de las semillas, é ingeniosa en los medios de su propagacion. A unas les ha dado alas para que sean llevadas por los vientos; á otras garfios para que se agarren de los vivientes encargados de trasportarlas sin saberlo; á otras las ha rodeado de una pulpa apetitosa que las hace trasportar á largas distancias. A las del seibo las dotó de la misma gravedad específica del agua, para que fuesen fácilmente trasladadas entre dos aguas, y detenidas en los juncales, donde debian jermimar, é hizo además hermafroditas las flores del seibo para asegurar su fructificacion.

Con el ombú ha seguido la naturaleza un plan opuesto. En primer lugar ha hecho de él una planta *dioica*, es decir, que tiene los sexos separados en individuos distintos, de modo que para que el ombú-hembra pueda dar semilla, no solo necesita tener un ombú-macho inme-

diato, sino que haya una aura favorable ó algun insecto que, en la época precisa, lleven el pólen sobre las flores femeninas. Aunque se logre la fecundacion; siendo la fruta pesada y no teniendo ninguna facilidad para mudar de sitio, debe jerminalar al pié del mismo ombú donde mui luego la tierna planta perece asfixiada por la densidad de la sombra; y las que por cualquier accidente logran nacer al aire libre, jeneralmente mueren con los hielos del invierno.

Si así no fuese; si el ombú tuviera la facultad reproductiva de los demás vejetales, no existieran hoi las pampas; serian un terreno perdido para el hombre; las cubriria una selva impenetrable de ombúes, que rechazaría toda tentativa, todo esfuerzo humano para la ocupacion útil del terreno. ¡Cuánto trabajo, gastos y años de fatigas le cuesta al Norteamericano el desmonte de sus bosques, aunque sean de maderas útiles! ¿Con qué provecho se podría talar un monte, cuya madera inútil se renueva vigorosa detrás del hacha que la derriba?

¡Cosa admirable! despues del trascurso de miles de años desde la formacion del suelo de las pampas, no se ha formado un solo bosque de ombúes; solo se encuentran individuos aislados, que, lejos de embarazar el cultivo del terreno, son los mejores protectores de la estancia y de la chacra, defendiendo del sol y de la intemperie sus animales, sus aves, sus carros y sus útiles de labranza. La Providencia ha conservado por largos siglos; preparadas para el hombre esas inmensas llanuras, cubiertas de una gruesa capa de tierra vegetal, libre de piedras, bosques y matorrales, para que le fuése fácil su cultivo. Solo plantó allí un árbol frondoso, vedándole la ocupacion del terreno, hasta que llegase el pueblo que debia ser favorecido con tan rica posesion.

El ombú es el único objeto que se eleva sobre la dilatada pampa, destruyendo la monotonía de ese oceano de verdura. Sus abultadas raíces, que se levantan en una enorme masa cónica que sirve de base á su tronco, imitan las rocas, simulando en los huecos de su seno sombrías cavernas que pueden servir de cómoda habitacion en el desierto. Casi siempre su presencia indica, desde bien lejos, la morada humana al caminante extraviado, que apresura hácia él sus pasos para gozar el seguro reposo del rancho hospitalario de nuestros campos.

En las dilatadas llanuras sin caminos, el ombú es el norte del viajero; y levantándose sobre la planicie de las costas del Plata, en forma de colinas invariables como las montañas, son la guia segura del navegante para tomar el puerto, evitando los vajíos peligrosos.

Uno de los caracteres distintivos del ombú es su longevidad dilatada; condicion requerida en un ser que con dificultad se reproduce. No se conoce el término de su vida. Nadie ha visto hasta ahora un ombú seco de vejez. No hai tradicion que recuerde la edad juvenil de algunos. Por las enormes dimensiones de muchos de ellos, con treinta varas de circunferencia en su montuosa raiz y diez en su tronco, puede juzgarse que tienen mil ó mas años de existencia.

¿Será sin límites la vida del ombú? Una existencia sin fin estaria en contradiccion con las leyes del organismo animal y vegetal, que señalan á la vida un término mas ó menos largo. Pero puede admitirse que el ombú goza, como ciertos pólipos (1), de una vida múltiple, que se

(1) Hai un pólipo llamado *sciparo* por los naturalistas, que cuando se le corta un pedazo, las dos partes separadas siguen viviendo como animales completos, los cuales, á la vez, se multiplican lo mismo si se les vuelve á partir.

renueva incesantemente por su parte exterior, mientras en el interior va feneciendo la organizacion primitiva; de manera que el ombú que hoy juzgamos milenario, no sea en realidad sino un ser nuevo, sepulcro vivo de sus antepasados. El estudio de la fisiología del ombú nos descifrá este enigma; entretanto hai un hecho observado por todos, que prueba que en este árbol extraordinario efectivamente muere y se destruye su parte interior, pues todo ombú antiguo tiene hueco su tronco y anquiladas sus raíces primitivas.

Un fenómeno de longevidad igualmente indefinida, aunque por un proceder mui diferente, se verifica en el mangle, árbol corpulento que perpetúa su existencia encorvando sus brazos hasta el suelo y echando allí nuevas raíces que lo rejuvenecen.

El seibo, que no ha sido creado como el ombú para compañero del hombre, y que se multiplica con exceso, vive solamente los siglos necesarios para cumplir su destino de formar el terreno y cuando cae decrépito al impulso del viento, todavía contribuye con sus despojos á aumentar y bonificar la tierra; ó bien, atravesados sobre los arroyos, sirven de cómodos puentes; ó bien, ofrecen al hombre una madera leve y débil, pero de mucha duracion, y á propósito para rústicos muebles y vajilla.

Además de su extraordinaria longevidad tiene el ombú tal fortaleza, que no hai uracan que lo derribe; y es su vitalidad tan prodijiosa, que ni la sequedad ni el fuego tienen poder para destruirla. Si por acaso algun violento torbellino llega á destrozár su copa, mui pronto se rehace con asombroso vigor y doble lozanía.

Él ha resistido las sequías destructoras que, de tiempo en tiempo, han asolado las campañas.

¿Cómo una planta de tanto follaje, y situada sobre un

terreno árido , puede soportar tan prolongada privacion del agua ? Ahora podemos inquirir el destino de las desmedidas raíces del ombú , que mas bien parecen una dilatacion ó protuberancia de su tronco. Sin duda , aquella es la despensa donde tiene un abundante depósito de jugos que absorbe y acopia en los dias de abundancia , para no perecer en los de esterilidad. El camello y el dromedario , creados como el ombú para vivir en el desierto , tienen en su cuerpo grandes depósitos de grasa y de agua , á los cuales deben la facultad de poder pasar muchos dias sin comer ni beber , al cruzar dilatados páramos donde no se encuentra ni una gota de agua , ni una hebra de yerba. Así el ombú tambien tiene sus jibas y sus ventriculos provistos de savia , que le permiten soportar los ardores y la sequedad de su clima , sin perder nada de su frondosidad , sin faltar con la protección de su sombra cuando mas la necesitan los vivientes. ¿No hai en todo esto una admirable y sabia prevision que nos revela al Omnisciente ?

Mas , en medio de los furores del hambre y la sed abrasadora de una larga seca , el tierno , succoso y fresco ombú sucumbiria á la voracidad de los animales , si el Creador no hubiera evitado esta otra causa de destruccion , dando á los jugos de este árbol tal acritud , que no lo pueden comer los cuadrúpedos , ni las aves , ni los insectos. Y á eso tambien se debe que el ombú pueda jerminal y crecer en medio de los campos sin sufrir la menor lesion del diente de las bestias.

No goza el seiho de igual privilejio , pero se salva por su fácil y escesiva multiplicacion ; y tambien está dotado de una vitalidad quizá superior á la del ombú , porque tenia que resistir á un ajente mas poderoso de destruccion , cual es el fuego de los incendios que frecuentemente

devora los montes de las islas. Todos los árboles y plantas quedan reducidos á cenizas, menos este gran obrero de la naturaleza, que retoñando con nuevo vigor, sigue cumpliendo su destino.

La Providencia quiso que dos seres que desempeñan un rol tan importante fuesen respetados por toda la creacion.

Quiso, por lo mismo, que el ombú y el seibo no fuesen útiles para ningun otro fin, fuera de aquel que les habia señalado. Y esta es la ocasion de defenderlos contra el mayor reproche que se les hace, cual es la inutilidad de su madera. Si esta fuese de algun valor, ¿qué hubiera sido de la única sombra y amparo de las paúmpas? ¿qué de la fertilidad de nuestro Delta? En un pais sin bosques, la explotacion ciega de la codicia humana los habria esterminado. Primeramente el salvaje, que suele derribar el árbol para tomar su fruta, los hubiera talado para calentarse al fuego; y despues el civilizado, no menos egoista é imprevisor, hubiese dado cabo á la devastacion.

Véase pues como la inutilidad de su madera es tambien una de las condiciones indispensables para el objeto de su creacion.

El ombú no sirve ni para el fuego, es la frase repetida por el hombre irreflexivo: pues á eso cabalmente se debe su conservacion, de tanta importancia para los habitantes de nuestras sábanas. El seibo es bueno para la lumbre; pero se desprecia porque necesita un año para secarse, despues de cortado; y aunque su frágil madera es de alguna utilidad, su aplicacion, antes indicada, es limitadísima y de poco interés.

Así como el ombú refriera con la frescura de su sombra á los hombres y animales, cuando el sol abrasa la

tierra con sus rayos; así el seibo, cuando las aguas se retiran, derrama sobre las plantas que lo rodean una lluvia de agua cristalina que mana de sus ramas. Algunas veces he plantado al pié de un seibo algunas tomateras que han prosperado admirablemente en un suelo constantemente humedecido por las vertientes del árbol.

Suelen verse varias de sus ramas envueltas en grandes espumarajos, de los cuales destila la savia gota á gota. Dentro de esa espuma se rebulle un enjambre de larvas, cuyas madres seguramente han sido las que, picando la corteza al desovar, han abierto las fuentes para la extravasacion de la savia. Es creencia vulgar, que de esas larvas salen los tábanos; pero no es así. Yo he observado sus trasformaciones; de ellas resulta un insecto alado, verde, salton, del tamaño de una mosca, que ninguna semejanza tiene con el tábano.

Si el hombre no se halla satisfecho con los servicios que le prestan estos vegetales; analícelos, estudie sus propiedades, y quizá encontrará muchas de gran provecho para su salud y su comodidad. La mera casualidad ha descubierto ya en el ombú algunas virtudes medicinales y aplicaciones útiles á la economía doméstica. Se atribuye á sus hojas (de la misma forma, pero mayores que las del naranjo) la misma eficacia que las de este para mitigar los dolores de cabeza; y tambien se las considera como un preservativo de la insolacion, por lo cual las jentes del campo se rodean con ellas la cabeza debajo del sombrero ó el pañuelo, cuando tienen que ocuparse al rayo del sol. Su infusion se emplea como un escelente específico para el escabro de las ovejas.

Lo que está comprobado es la virtud purgativa, tanto de las hojas como del jugo del árbol, que se ha sabido emplear en el país á principios de este siglo, como un

remedio infalible, no simplemente para curar una dolencia física, sino para cortar un vicio de los que mas degradan al hombre que se deja avasallar de él: el vicio de la embriaguez. Hubo en Buenos-Aires una señora, conocida por muchas personas que actualmente viven, que con el mejor éxito hacia profesion de esta especialidad médica. Suministraba en ciertas dosis el jugo de la raiz del ombú, mezclado con el licor favorito del paciente, lo que daba por resultado una repugnancia tal á las bebidas alcohólicas, que el horracho dejaba de serlo para siempre. A personas fidedignas y respetables he oido citar varios casos de semejante curacion, que jeneralmente se practicaba con los soldados y los esclavos de aquel tiempo.

Debe tambien poseer nuestro ombú la virtud antisifilítica de su conjénere la *fitolaca* de la América septentrional.

Si aquel secreto se recuperase; si esta importante virtud fuese comprobada por la medicina, ¿qué mayor recomendacion para el árbol arjentino? Entonces sí, que la presencia de este árbol providencial tendria mucho mas inmediata relacion con el bienestar del hombre en este suelo. La civilizacion en su nuevo desarrollo en la rejion del Plata, encontraria en él un antidoto contra el contagio de las dos úlceras que mas afean, corroen y degradan á la civilizacion vieja: la sífilis y la embriaguez.

Otra propiedad bien averiguada, se encuentra en la fruta del Ombú: su zumo jabonoso posee en alto grado la virtud de quitar las manchas mas tenaces de la ropa. Ningun pájaro come este fruto; así es que permanece largo tiempo en el árbol, esperando que el hombre quiera utilizar el álcali abundante que contiene.

No debe olvidarse otra calidad importante del seibo y el ombú, aunque sea comun á la jeneralidad de los vejetales, y es la propiedad que tienen de purificar el aire,

absorbiendo los miasmas perniciosos, y exhalando el oxígeno necesario para la vida del hombre. Las grandes poblaciones, por un error fatal á su salud, han desterrado de su seno esos morijeradores de la atmósfera, destruyendo el equilibrio y la armonía que la naturaleza ha establecido entre el animal y el vegetal. Las pequeñas poblaciones, impulsadas por el deseo pueril de parecerse en algo á las ciudades, hacen lo posible por destruir las arboledas de su recinto, acabando así con el mas bello adorno de un pueblo, sea ciudad ó aldea, y con las fuentes mas puras y perennes de la salubridad del aire que respiran.

El seibo para los jardines y el ombú para los paseos y los suburbios: no hai árboles que los aventajen en la pureza de sus emanaciones, y pueden competir en belleza con el resto del reino vegetal. El ombú sobre su estensa base que ofrece cómodos asientos, su robusto tronco terso y limpio, y su ramaje pintoresco, ostenta una magnífica copa esférica, sin igual en frondosidad y colorido. El seibo, que nació como la mujer para mostrarse engalanado, es preciso para verlo en su esplendor, que ostente sus grandes ramos de hermosas flores carmesíes sobre su atavío de pasionarias y enredaderas floridas. Así es como lo presenta á nuestros ojos la madre naturaleza en su patria el Tempe de los Argentinos.

El ombú prospera en los lugares mas áridos, y en toda clase de terrenos, con tal que no tengan una humedad excesiva. Solo se multiplica por la semilla, y es preciso mientras es pequeño, ponerlo á cubierto de las heladas. Trasplantándolo joven, no requiere ya ningun cuidado, ni el del riego, y á los cuatro ó cinco años es un árbol frondoso. El seibo, por el contrario, quiere una tierra suelta y medianamente húmeda. Se multiplica por esta-

ca, y desde el primer año se puede tener un árbol hecho y florido, plantando un grueso poste. Pero, cuidado! que como la rosa, tiene sus espinas, pequeñas pero enconos, que se estienden desde el tronco hasta las mismas hojas.

No hai árbol como el ombú para formar hermosas alamedas ó avenidas arboladas. La naturaleza de nuestro clima, madrastra de los árboles exóticos, parece que les niega el sustento: exigen la solicitud y constante atencion del hombre. El ombú, su hijo predilecto, prospera admirablemente sin necesidad de esos cuidados. Y ¿cuál es el árbol de otros climas, que aventaje á nuestro ombú en frondosidad, majestad y hermosura? Bien puede herir su copa un sol abrasador; bien puede faltarle el refrigerio de los rocíos y el alimento de las lluvias, no por eso dará paso á un solo rayo del astro, ni soltará una sola de sus hojas; mientras que los demas árboles languidecen, se agosta su follaje y ralea su sombra en la estacion de los calores.

En otro tiempo, añosos copudos ombúes recibian al viajero delante del muelle de Buenos-Aires, y por su belleza y su frescura se hacian amar y admirar del extranjero, desde que pisaba nuestras playas; empero fueron despiadadamente arrancados por el gusto pervertido de los que no encuentran nada hermoso en su propia patria; los que no se impresionan de la sublimidad de la pampa ni de la magnificencia del jigantesco vegetal que forma su mejor ornamento. Despreciamos el ombú porque no lo hemos visto ensalzar en los idilios de Gesner ó de Melendez. Sin ideas ni costumbres propias, solo pensamos y obramos por imitacion y por plajio. Es menester que vengan los estraños á enseñarnos á apreciar y admirar lo que es bueno y bello en nuestro suelo.

¡Seno hermoso de la Patria, que siempre encontré lleno de encantos; que has hecho siempre las delicias de mi vida!: cada día hallo en tí nuevas gracias que gozar, nuevas maravillas que admirar! Niño todavía, ya amaba los bosques misteriosos de tus islas y las llanuras solitarias de tus pampas. ¡Con qué embeleso desde la altura de las raíces del ombú, seguía con la vista el arado del labrador, y las crecidas bandadas de pájaros que se precipitaban sobre el reciente surco, en pos de los insectos arrancados de la tierra! Otras veces desde la enramada de un seibo florido, escuchaba con alborozo el canto de las aves, mezclado con las canciones y los golpes del hacha del leñador. Niño todavía, encontraba un objeto de placer, siempre nuevo, en la observación de cada ave, cada insecto, cada planta. En la cabaña de las pampas, como en la choza de las islas, hallaba siempre corazones injenuos y sencillos como el mío.

¡Oh, qué dulce es la paz de nuestros campos! ¡Oh, qué plácida es la mansión de nuestras islas! ¡Calma deliciosa, alegría pura, tesoro de un corazón sencillo!. yo siento tus trasportes como los sentía en los bellos días de mi adolescencia, cuando libre de cuidados, el cultivo, la lectura y la naturaleza hacían todas mis delicias. Mi corazón puro como el pimpollo que se despliega al nacer la aurora, no se abría sino á las impresiones gratas y á los afectos tiernos y jenerosos; una agradable ilusión me presentaba la tierra como un Eden venturoso. . . . Ah! yo no había presenciado aun los dolores de la Patria; aun no había experimentado los golpes del infortunio!

¡Oh, con cuanto placer vuelvo mi vista hácia aquella dichosa época de mi vida! Lo que yo amaba entonces, aun lo amo ahora. ¿No me será dado volver á la quietud de mi cabaña, bajo la sombra del ombú, al lado de las

almas sencillas que la habitan? ¿No me será dado echar al olvido los excesos é injusticias de los hombres, entre los bienes y armonías de la naturaleza? Soliciten otros con afan los favores de la fortuna; aten su libertad al carro de la ambicion; compren al precio de su reposo un vano renombre: yo he vivido y viviré contento en el seno de los pacíficos campos. Que mi corazon, siempre penetrado del amor de la virtud; solo aspire á los bienes inmortales; y guste yo hasta el fin de mis dias de los placeres de mi infancia. Prefiera siempre los rústicos cuadros de la naturaleza á las tumultuosas escenas del mundo; un albergue campestre, á un palacio orgulloso; y la alegría del espíritu, á una brillante posicion. Que mi imaginacion se represente siempre los mortales, buenos para amarlos, y sinceros para creerlos; que ella se trasporte á los bellos dias de la edad de oro y que el amor y la amistad me hagan siempre sentir sus goces inefables.





XVIII.

EL AGARRAPALO.

Entre las innumerables plantas desconocidas y raras de nuestras islas hai un árbol de condiciones singulares, cuyo nombre es apropiado á su rapacidad.

Es un verdadero constrictor vegetal, que se llama *agarrapalo*, por la propiedad que tiene de agarrarse del tronco de los otros árboles para hacerse un lugar entre la apiñada vejetacion y sobreponerse y suplantar á los demás.

Su pequeña simiente, conducida por los vientos, se fija y jermína sobre el tronco de un árbol cualquiera, y allí se nutre y crece segura entre las ramas, desplegando sus humildes raices por encima de la vieja corteza. Las crecientes del Paraná ahogan mil plantas tiernas que apenas levantaban sus débiles tallos sobre la tierra que las vió nacer; pero el *agarrapalo* se salva en lo alto del tronco que lo ampara. Las tempestades sacuden y desgajan el árbol protector; mas el *agarrapalo* se preserva al abrigo de la copa hospitalaria. Continúa así medrando y estendiendo sus raices hasta que llegan al suelo, se in-

Introducen en la tierra, y entonces se desarrolla y crece con nuevo vigor. Dotado el *agarrapalo* de una vegetacion activa, mui superior á la del árbol primitivo, absorbe todos los jugos del terreno, envuelve con sus raices al tronco que le dió la vida, lo estrecha, lo sofoca, y al fin el humilde advenedizo descuella soberbio, enseñoreado del suelo, y enriquecido con los despojos del estinto árbol nativo.

Un gran fenómeno social semejante á este fenómeno vegetal se está efectuando hoi en el seno del Nuevo-Mundo; un acontecimiento que se desenvuelve en proporciones inmensas, y de un resultado funesto sobre la suerte de muchos millones de seres humanos. Él opera una revolucion, un cambio completo y rápido en todas las condiciones políticas, morales y materiales de los pueblos sometidos á su influencia. Sus efectos son la estincion de las nacionalidades, la degradacion de las razas, la absorcion de sus riquezas, y la ruina y la miseria de los individuos. Su accion es tanto mas segura ó incontrastable, cuanto que es pacífica y lejitima en sus medios; y tanto mas temible, cuanto mas desconocida es en sus verdaderas causas, é inapercibida en sus efectos del momento. Ese fenómeno social es producido por la SUPERIORIDAD INDUSTRIAL É INTELLECTUAL sobre la ignorancia.

Una nacion en otro tiempo prepotente y opulenta, hoi en lastimosa decadencia, ha hecho pesar los males del idiotismo sobre treinta millones de sus hijos y descendientes: raza atrasada é inerte, que se encuentra circuida de otras adelantadas, industriales, activas y emprendedoras, que la esplotan, le absorben sus industrias, la empobrecen, la debilitan, y por fin la dominan y anadan.

Esa raza que se encuentra hoi en lucha tan desigual y

que ha cedido su riqueza y su influencia en todos los puntos del globo donde ha entrado en libre competencia con otras mas aventajadas, es la raza ibera, es nuestra raza. Y necesariamente ha de ceder á la conquista pacífica operada por la superioridad científica é industrial, si no despierta de su sopor, si no se coloca al nivel intelectual de las demás, por medio de la educacion.

En medio de los actuales progresos de la ciencia y la actividad humana, no puede ser otra la suerte de los pueblos ignorantes.

«El peligro es inminente, permanente, y crecerá de dia en dia, porque crecen con espantosa rapidez las fuerzas industriales que se desenvuelven en torno de nosotros, y afectan nuestros medios de vivir y de prosperar. Reconcentremos todas nuestras fuerzas sobre nosotros mismos..... levantémonos por un supremo esfuerzo..... El remedio está ahí: INSTRUCCION PRIMARIA Á TODOS; DADA POR TODOS (1).»

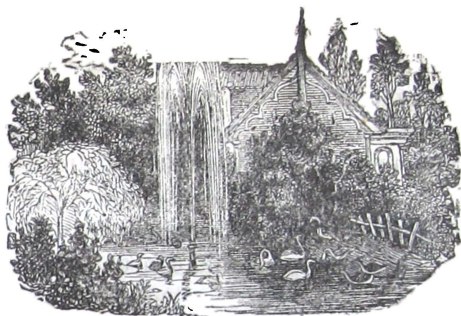
Cultivar el corazon y la intelijencia del pueblo; enseñarle los rudimentos de la ciencia para esponer ante sus ojos los tesoros de la naturaleza y de la iudustria, y la importancia de sus deberes y derechos: hé aquí el único remedio para tamaño mal que amenaza con la miseria á nuestros hijos, presentando á su vista á los estraños sentados sobre la herencia de nuestros padres.

Para este grande objeto deberian unirse todos los hombres de todas las condiciones, sean cuales fuesen sus ideas. De esta cuestion debe separarse toda querella de partido, de círculo, de aspiraciones. No se debe permitir que se la mezcle con las opiniones politicas. El pueblo todo deberia consagrarse á este objeto con la unidad de accion de un solo hombre.

(1) Sarmiento, *Memoria sobre la instruccion primaria.*

¿Quién puede calcular el grado de progreso, de elevación, de moralidad y de engrandecimiento á que llegaría nuestra patria, con el inmenso campo que se brinda en ella á la industria en su dilatado territorio vírjen, en sus riquezas no explotadas y en las que yacen ignoradas, si se levantase un dia una jeneracion compuesta de individuos todos educados é instruidos, en posesion de los medios poderosos de la ciencia y de los procederes de la industria moderna? Con el desarrollo de la intelijencia y moralidad, ¡cuánto no crecería su potencia de produccion! ¡cuánto la fecundidad de la industria! ¡cuántos recursos nuevos, no sospechados aun, no descubriría en las artes y en la naturaleza! Con la educacion y la instruccion así difundidas, ¡cuánto no se aumentarían las probabilidades de la aparicion de las grandes capacidades y los jenios creadores que ilustran y engrandecen á los pueblos!

Aquel gran pensamiento de Leibnitz: *Si se reformase la educacion de la juventud, se conseguiria reformar el linaje humano*; paradoja en aquel siglo; sueño dorado de las almas nobles, que ha tenido en la época presente su realizacion en la América del Norte, produciendo la nacion mas poderosa, libre y próspera del mundo; ese pensamiento formulado para nosotros por Rivadavia en esta bella frase: *La escuela es el secreto de la prosperidad y el engrandecimiento de los pueblos nacies*; es hoy bien comprendido por todas las intelijencias; es ya una verdad casi trivial de la que nadie duda, y que solo espera el soplo del Poder para dar á nuestra sociedad un nuevo ser, y salvar de su inminente ruina nuestra nacionalidad y nuestra raza.



XIX.

EL BURUCUYÁ.

Por poco que se observe la vejetacion de las islas, se notará mui luego que el rasgo principal que las distingue, es la produccion de una prodijiosa multitud de plantas sarmientosas, llamadas bejucos, enredaderas ó lianas, las cuales dan á sus arboledas un aspecto mui variado, é imprimen á sus paisajes cierto aire risueño y romanesco, en que consiste su mayor atractivo.

Casi no hai árbol que no las tenga sobre sí, ó entrelazadas en sus ramas, envolviéndolo en una verdura espesa que á veces lo tapa enteramente.

Se desenvuelven con un vigor extraordinario, adquiriendo muchas de ellas proporciones gigantescas con sus troncos como parras ó largos cables. Algunas veces estendiéndose sobre los árboles, de copa en copa, cubren una considerable estension de bosque, concluyendo por confundirlo en una sola masa de follaje.

Ellas son las que en la dilatada planicie del Delta reemplazan las colinas, los barrancos, las cavernas, simulándolas sobre el amazon de los árboles mas robustos.

Enramadas sombrías, graciosos quioscos, colgadas y festones hermosísimos, sobre la márjen de los arroyos, á cada paso incitan al viajero á detener su marcha para contemplar de cerca y disfrutar su amenidad y su frescura.

Se ven magníficas tiendas de campaña que tienen por mástil central un seibo oprimido con el peso de un denso tejido de enredaderas, que despues de haber subido por su tronco, se descuelgan por toda la periferia de su copa y arraigan de nuevo en el suelo, formando á su alrededor un gran círculo de cordones y cortinas.

Las conocidas con el nombre el *isipó* dan unas sogas tan largas y tan fuertes, que son los únicos cordeles que emplean los isleños para formar el amazon de sus hangadas y trincar fuertemente las maderas; tambien les sirven para la construccion de sus habitaciones, y en fin para toda clase de ataduras.

Hai tan grande variedad de estas plantas trepadoras, que he llegado á contar hasta diez especies sobre un solo tronco, estableciéndose entre ellas una verdadera lucha por encaramarse y ganar la luz sobre la copa del árbol. Unas suben enroscándose; otras agarrándose con sus zarcillos; otras prendiéndose con sus espinas á manera de garfios; otras con los pediculos de sus hojas; y hai una que, aunque encuentre el tronco del árbol enteramente cubierto de otras lianas, se introduce como una serpiente por entre las grietas de la cáscara, habriéndose paso con su cabeza y cuello, que consiste en un tallo fuerte y sin hojas, y asegurándose con el auxilio de unas cerdas que cubren su cuerpo como un erizo.

Pero entre todas las lianas, la que llamó mas la atencion de los descubridores é historiadores de la América, fué la *Pasiflora* de los botánicos, *Burucuyá* de los guara-

nies, y *Pasionaria* ó *Flor de la pasion* porque simboliza los instrumentos de la pasion de Jesucristo.

No solo es admirable por esta circunstancia, sino tambien por su pomposa frondosidad de un vívido verde esmeralda, que por espacio de cuatro meses aparece esmaltado de hermosas flores azules, y al mismo tiempo de frutos ovoides naranjados, mas lindos cuando, abiertos, muestran los granates de su seno.

Trasportado á Europa el *Burucuyá* es objeto de los mayores cuidados en jardines é invernáculos, sirviendo su follaje para tapizar las paredes y formar guirnaldas siempre verdes. Los hielos de nuestro clima no le ofenden; su vida es de largos años, y se remonta sobre los álamos mas altos, cubriéndolos con su manto en el invierno.

Es notable la variedad de especies de la *pasionaria*; llega á cien el número de las que han sido descritas, y casi todas crecen espontaneamente en la América meridional. Las hai mui fragantes; su fruto, mui apetecido de las aves, tiene un sabor dulzaino agradable á los niños; antes de su madurez se hace con él un dulce esquisito por su aroma y por su deajo. Su semilla empieza á nacer en el otoño.

Su mismo nombre botánico *passiflora*, que significa *flor de la pasion* (compuesto de *passio*, pasion, y *flos*, flor), preconiza la singularidad de presentar en los órganos florales un recuerdo tan marcado de los principales instrumentos de la pasion del Redentor, que no solo ha impresionado la imaginacion del pueblo, tan propenso á encontrar lo maravilloso, sino el espíritu ilustrado y pensador de muchos escritores.

Para representar en un vegetal unos objetos de formas entre si tan discrepantes como estrañas á la conformacion de los órganos de la fructificacion, debia resultar un con-

junto singular que formase una flor en nada parecida á las demás; y así es en efecto la *Flor de la Pasión*.

En ella se ve la imájen de la corona de espinas que pusieron los judíos sobre la cabeza de Jesús, la columna donde fué azotado, los tres clavos con que traspasaron sus piés y manos, las cinco llagas, y las cuerdas con que lo ataron; y penetrando con la fé en el corazón del fruto de la pasiflora, también hallaremos allí un recuerdo de la sagrada sangre, en aquellos glóbulos que, en color, brillo, forma y tamaño, remedan gotas de sangre coaguladas.

¿Será que Aquel que para demostrar la verdad de su misión divina, mandaba á la naturaleza y la naturaleza le respondía con los más brillantes prodigios, haya querido dejar escrito en la misma naturaleza el recuerdo de su sacrificio? Y eligió para perpetuarlo, no el granito de las montañas, sino los órganos frágiles de una flor que perece el día que nace; pero que en infinitas y perpétuas ediciones renueva la celeste inscripción, como en las débiles hojas del papel la imprenta perpetua la sublime doctrina de su Evangelio.

O ¿será todo esto una mera ilusión? ¡Venturosa ilusión que enjendra la importante realidad del recuerdo saludable de la redención del hombre, á la vista de una flor, en los jardines y en los desiertos, por donde quiera que la suerte guie sus pasos!

Y esa misma planta que el cristiano admira como emblema del sacrificio que le abrió los cielos, también le enseña con su ejemplo, que no confie en sus propias fuerzas para subir á ellos por el sendero de la virtud. ¿Qué habría sido de esa lozana pasionaria, sin el arrimo del árbol que la sostiene? El hombre es una débil liana que se agovia por su propio peso; es una pasionaria frondosa

que estiende sus primeros vástagos hácia el cielo; mas si le falta un apoyo, se encorva y arrastra por la tierra. Sostened con la fé sus sentimientos; dadle el arrimo del árbol de la cruz; regadlo con la doctrina de la caridad, y crecerá vigoroso y dará las flores de las virtudes y copioso fruto de buenas obras.

« Todo lo que nos conmueve en lo bello; todo lo que nos enajena en la virtud; todo lo jeneroso, todo lo heróico, se reasume en esta palabra divina: « Amad » á Dios y á los hombres. » Dios ha puesto la moral en el amor, para que estuviese al alcance de todos los hombres, hasta de los mas pobres de espíritu. La intelijencia podrá desarrollarse mas ó menos, pero el alma siempre será grande. ¡ Doctrina sublime que toma sus discípulos en el primero y último escalon! Jesucristo, por medio de la caridad, eleva á la multitud ignorante hasta la sabiduria de Sócrates. A la Relijion, pués, corresponde vivificar á los pueblos. Serán justos delante de Dios si aman á los hombres, y poderosos entre los hombres si aman á Dios. El amor, esa caridad prescrita por el Evangelio, es una felicidad para este mundo y para la eternidad. Amad, y vuestros deseos quedarán satisfechos; amad, y sereis felices; amad, y sereis libres é invencibles; amad, y todas las potencias de la tierra se arrastrarán á vuestros piés. El amor es una llama que arde en el Cielo, y cuyos dulces reflejos brillan hasta nosotros. Ábrensele dos mundos, concédensele dos vidas: por medio del amor á Dios y á los hombres gozamos de la virtud, de la paz y de la libertad en la tierra, y nos uniremos á Dios en el Cielo » (1).

« No hai verdad ninguna, moral ó política, cuyo jémen no se halle en algun versículo del Evangelio. Cada

(1) Aimé-Martin. Educacion de las madres de familia.

uno de los sistemas modernos de filosofía ha comentado uno, y lo ha olvidado después; la filantropía ha nacido de su primero y único precepto,—la caridad; la libertad ha seguido el camino trazado por él, y nunca servidumbre degradante ha podido subsistir ante su luz; la igualdad política ha provenido del reconocimiento que nos ha hecho hacer de nuestra igualdad, de nuestra fraternidad ante nuestro padre Dios; las leyes se han morigerado, los usos inhumanos se han abolido, las cadenas se han roto, la mujer ha reconquistado el respeto en el corazón del hombre. A medida que su palabra ha resonado en los siglos, ha hecho desplomarse en ruinas un error ó una tiranía; y puede decirse que el mundo actual en su conjunto, en sus leyes y costumbres, sus instituciones, sus esperanzas, no es mas que el verbo del Evangelio, mas ó menos encarnado en la civilización moderna. Pero su obra dista mucho de estar acabada: la lei del progreso ó de las mejoras, que es la idea activa y potente de la razón humana, es también la fé del Evangelio; él nos prohíbe pararnos en el bien; nos llama siempre hácia la perfección; nos veda desesperar de la humanidad, ante la cual presenta, sin cesar, horizontes mas luminosos; y cuando mas se abren nuestros ojos á la luz, mas promesas leemos en sus misterios, mas verdades en sus preceptos, mas vasto porvenir en su destino » (1).

(1) Lamartine.





XX.

A LA CAIDA DE LA TARDE.

Era una hermosa tarde de la *temporada de la fruta*, en uno de los arroyos mas frondosos de nuestro Tempe, donde todavía la naturaleza no habia sido despojada de sus inimitables atavíos.

El rio rebosaba, precipitándose por los arroyuelos á refrescar el seno de las islas. Los árboles con sus frutas y las lianas con sus flores, vivamente retratados en el agua, añadian á la natural belleza de las cenefas del arroyo, el nuevo atractivo que se encuentra siempre en las formas gemelas.

¡Qué banquete tan espléndido y copioso el que la Providencia ofrecia allí al hombre y á todos los vivientes, en aquellas frutas delicadas, de las mas apetecidas en todo el mundo!

Bosques interminables de durazneros silvestres orillan los canales, encorvándose hasta el agua cargados de melocotones maduros que no ceden en tamaño, en sabor, fragancia ni en colorido, á las mas peregrinas variedades obtenidas por el cultivo.

Los *costeros*, los carapachayos, y todos los que viven ó se ocupan en las islas, hombres, mujeres y niños; en fin, todos los que tienen una pequeña barca, todos suspenden sus habituales trabajos, para aprovecharse de esta cosecha universal é inagotable. Se emplean millares de embarcaciones en el trasporte de los duraznos á los pueblos de las costas del Plata, del Paraná y del Uruguay. Durante los dos meses de la *temporada de la fruta* el Canal de la villa de San-Fernando se convierte en una feria incesante, donde dia por dia entran numerosos cargamentos de duraznos, y salen centenares de carretas y carros que llevan á granel la sazónada fruta para la ciudad de Buenos-Aires, y el interior de la campaña. Y á pesar de este inmenso consumo, suele ser tan escesiva la abundancia, que á veces, en el puerto no vale mas de medio peso fuerte toda la cantidad de melocotones que puede cargar un hombre.

Tambien nosotros habíamos escojido algunos de los mas hermosos, y tratábamos de regresar, aprovechando la bajante y la frescura de la noche. Al poner del sol emprendimos nuestra marcha. Liviana la canoa, y diestro el remero, pronto empezamos á dejar atrás todos los barcos que cargados de fruta, de borda á borda, se dirijian al Canal como nosotros.

Desde que entramos á uno de los brazos principales, íbamos alcanzando los buques que venian del interior de los rios con sus altas trojas de maderas, carbon, cuerambré y demás frutos del pais. Por no esponerse á naufragar en la travesía del rio de la Plata, se dirijen al *Puerto-nuevo* de San-Fernando, donde tienen que alijar para continuar su viaje hasta Buenos-Aires, á veces con muchos dias de espera, sufriendo el comercio y la industria el gravámen que es consiguiente. Si á esto se agrega

los gastos, las demoras, y las pérdidas de buques y de vidas que ocasiona la displayada y peligrosa rada de Buenos-Aires, parece increíble que no se hayan cortado de una vez tamaños perjuicios con la construcción de un ferro-carril que uniese el Puerto-nuevo á la Capital. No menos de dos millones de almas se interesan en esta obra, de tan poco costo si se atiende á su utilidad y á sus provechos.

Mi espíritu se angustiaba con estas reflexiones, como siempre que dirijo mi consideracion sobre los males de la sociedad humana; pero la naturaleza instantáneamente recobró sus derechos sobre mi corazon, llamando mi atencion á uno de sus mas esplendentes espectáculos.

De repente hiere mis ojos un luminoso disco de oro: era el sol en su ocaso. Yo contemplaba absorto la sublime hermosura de los cielos en aquel conjunto armonioso de luz, de colores y de formas. Parecíame que un destello de sus fulgores, penetrando todo mi ser, me anegaba en celestiales dulzuras; y aquella necesidad de expansion del corazon humano, que nos impele á comunicar á otro las emociones que sentimos, hacía mas completa la fruicion, porque allí tenia á mi lado un objeto el mas querido; la dulce compañera de mi peregrinacion por el valle de la vida; la que reúne en su persona lo mas bello de la naturaleza: la lozania y fecundidad de las islas, la belleza y perfume de sus flores, la suavidad y dulzura de sus frutas, la gracia y melodía de sus aves; aquella cuyo corazon tiene la bondad y pureza de los ánjeles; aquella en cuyas manos mi venturosa estrella ha puesto la dicha de mi vida. Cuando contemplábamos juntos las magnificencias del ocaso, ella pensaba mas en mí que en el cielo; mas su clara intelijencia amplificaba los pensa-

mientos inspirados por el grandioso cuadro que admirábamos en aquella tarde inolvidable.

El sol llegaba al horizonte; no irradia ya un calor ardiente; su luz no ofusca nuestra vista; ya no es sino un globo de oro, cuyo limbo toca el borde aparente de la tierra. Su disco magnificado y despojado de sus rayos, lo hace aparecer como un nuevo astro, mas grandioso y bello que cuando brillaba en su cenit. Las nubes le componen un magnífico dosel, desplegándose á su alderredor con las formas mas gráciosas, teñidas de púrpura y azul, y sus contornos perfilados por un filete de oro, diáfano y luciente.

La cortina del gran dosel descorrida detrás del astro, es del mas subido escarlata en torno del sol, y pasando por los matices intermedios, siguen el púrpura y el jacinto, confundiéndose al fin con el límpido azul-celeste de nuestro cielo.

Es inútil que me detenga á describir un espectáculo de belleza y magnificencia tal, que no hay símil que no le sea inferior; y tan diversificado, que no habia momento en que no presentára un nuevo aspecto, ostentando nuevas armonías de formas, de tintas y de luces, desde que el sol llegó al horizonte hasta que se acabó de ocultar de nuestra vista.

Solamente me propongo escitar la curiosidad de los que visitan nuestras islas; porque desde los canales del Delta, es de donde se debe contemplar la puesta del sol en toda su belleza. El aire trasparente y puro de esta vasta llanura, en que no hai polvo ni vapores que puedan empañar la atmósfera, hace mas perceptibles los fenómenos de la luz y los mas delicados juegos de las formas aéreas de las nubes.

Nuestra atencion se dirige á los objetos que nos rodean, movida por el ruido del aire ajitado por las alas de las aves que elijen la puesta del sol para retirarse á su acostumbrado asilo. Por donde quiera que se dirija la vista se descubren bandadas de diferentes especies, siguiendo casi todas la misma direccion del centro del Delta. Las unas van apiñadas y en desórden, en forma de nublados; tales son las palomas, los tordos y los jilgueros bulliciosos; otras en bandas ordenadas, formando líneas y jiros caprichosos, como las vandurrias, los patos, los siriries, los cisnes de cuello negro, y los flamencos de alas de fuego; y vuelan solitarios acá y allá las águilas, los halcones, los caracarás, las cigüeñas, los tuyuyúes y las garzas color de rosa. El zorzal, el piririguá, el bienteveo y la calandria y tantas otras avechitas se cruzan por todas partes, buscando sus guaridas, y nos aturden con sus mútuos reclamos. Los peces entran en cardúmenes á disfrutar del gran festin, y se precipitan por los arroyuelos para tomar su parte en el suelo alfombrado de melocotones, ahora cubierto por la *marea*. Bien se conoce su premura y muchedumbre en el escarceo de las aguas y en sus frecuentes brincos y colazos. El dorado que no quiere sujetarse al réjimen frujívoro, salta á veces sobre el agua, tras su presa, lueiendo sus escamas cubiertas de oropel.

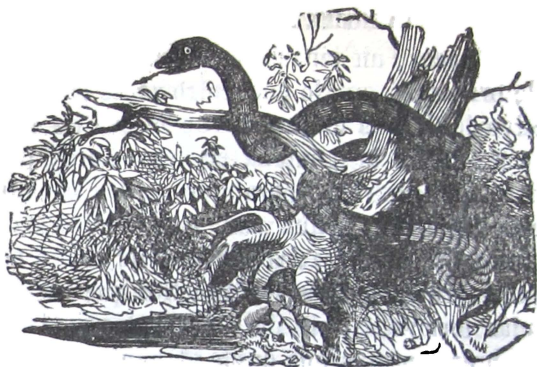
La entrada de la noche es la hora en que mas se difunden los olores. El mirto, cuyo solo nombre espandia nuestros pechos con eróticos recuerdos; el siempre verde mirto, delicado y elegante, en plena florescencia, aunque oculto á nuestra vista, todo lo llenaba con su esquisita fragancia, que trasciende entre los demás aromas, como la pasion de que es emblema domina sobre todas

pasiones. ¡ Con qué delicia se respira , á la caída de la tarde , el aire embalsamado de las Islas !

El sol se oculta bajo el horizonte ; las nubes han perdido sus galas y el cielo su esplendor ; la luz remisa del crepúsculo precede al manto fúnebre de la noche. Un vago sentimiento de melancolía y una meditacion silenciosa han reemplazado las efusiones de nuestro gozo y admiracion , y de nuestra adoracion al supremo Hacedor de tantas maravillas.

El fin del dia ¿ suscitará en el alma algun presentimiento de nuestro fin ? El ocaso del sol , ¿ nos daría la imájen del ocaso de la vida ? Si la mañana de la vida es la época mas placentera , ¿ no es la tarde , mas tranquila y templada ? El sol cuando se pone , ¿ no tiene una luz tan dulce como cuando nace ? Es bello y magnífico en su ocaso , cuando su suavidad infunde la alegría ; cuando tiñe las nubes del horizonte con los colores mas variados y refuljentes ; y ese sol después de embellecer nuestro occidente , va á anunciar la aurora á otras rejiones , dejándonos aqui los recuerdos de un hermoso dia. Así el hombre , cuando se acerca al ocaso de la vida , se goza en la calma de las pasiones ; los inocentes placeres que encantaban su infancia , vuelven entonces á regocijar su corazon ; se ejercita en la práctica de las buenas obras ; y cuando llega á su término pasa tranquilamente á un nuevo mundo , donde su existencia será perdurable y su dicha sin amarguras , dejando acá el recuerdo de sus virtudes.





XXI.

LA NOCHE EN LAS ISLAS.

Ya se extienden las sombras de la noche.

Todo ha vuelto al silencio y al reposo;.... pero la naturaleza brilla con nuevas claridades! La luz sumergida en el ocaso, nos vuelve por el oriente: el sol nos la envía por medio del espejo del astro de la noche, que se muestra cuasi en plenilunio.

Está la noche como el día; como uno deseára que estuviese siempre el día; como el día en una alcoba, con luz clara pero remisa, y el aire sereno pero templado. La luz hermosa de la luna, sin resplandor que ofusque nuestra vista, nos deja contemplar los cielos y la tierra; sin un átomo de calórico, le deja á la noche toda su frescura: es la luz adaptada á nuestros órganos; es la luz que mas nos place y no nos cansa.

¿Hai cosa comparable á la belleza de la luna con su arjentada luz suavísima? Una filigrana de plata, un in-

crustado de nácar, un cincelado de bruñido acero, una alhaja de brillantes..... No encuentro voces para expresar el atractivo de la luna en una noche serena de las islas. Solo una faz divina la igualaba en hermosura; pero una faz cubierta con un velo, para que su tez carmínea no humille la del astro; y aun así, en la dulce luz de sus ojos le aventaja. Y esa faz, ¡oh felicidad! está á mi lado!

¡Qué monstruos marinos son aquellos que enseñan sus membrudas formas, al pié de los árboles de la orilla? ¿Qué culebras son esas que desde el agua se arrojan sobre las copas elevadas?—Son los convólulos que se lanzan enroscándose, cual nudosas serpientes que intentáran alcanzar la apetitosa fruta de los árboles; y esotros son las gruesas y tortuosas raices del seibo, despojadas de su tierra, que afectan los miembros de enormes lagartos y caimanes. Pero alli asoma sobre el agua su negrosa cabeza algun anfibio corpulento. No es ilusion, sacude su melena y se levanta. — Es el *somormujo* que se espereza, posado sobre un raigon, de que ha hecho cama.

Ya nuestra barquilla ha penetrado por una abra espaciosa, vogando por el centro, y ya se confunden los objetos de las dos riberas. En la una y en la otra innumerables luciérnagas hacen centellear como relámpagos sus luces fosfóricas de oro, y la luna hace rutilar las aguas con plateados destellos. La chalana va por el medio del ancho rio, cuya tranquila y tersa superficie reproduce al firmamento. A nuestros piés miramos la bóveda celeste con la luna y las estrellas. Nuestra barca parece suspendida en el espacio. Aves, bosques, islas, aguas, todos los objetos terrestres han desaparecido de nuestra vista que solo contemplo en derredor la inmensa esfera de los astros.

¿Qué son las grandezas de la creacion terrestre en parangon con los portentos de la creacion del firmamento?

¡Espectáculo grandioso y sublime! ¡Espacio inconmensurable del Universo, en cuya insondable inmensidad encuentra el alma algo que está en armonía con el sentimiento indefinido é indeleble de eternidad y perfección que la impele mas allá de esta existencia!

La imaginacion se pierde en esa estension sin límites del Universo, poblada de infinitos mundos; en la cual apenas figura como un punto imperceptible nuestro globo y nuestra luna y nuestro sol con ochenta ó más planetas y satélites que jiran en torno de él, dentro de un espacio de trece mil millones de leguas. ¡Y á esta vasta esfera, que abarca nuestro sistema planetario, la separa de los demás mundos un asombroso vacío! No bastan los billones para medir la distancia de las mas próximas estrellas; y cada una de estas es un sol que no cede en magnitud á nuestro sol; y cada una con su sistema planetario estará tan distante de las otras como de nosotros.

Y cuando se considera que el telescopio ha descubierto ya mas de cinco millones de estrellas; que cada una de esas estrellas es un mundo igual ó superior á nuestro mundo; que esos cinco millones de mundos no son sino las orillas de la creacion; que si pudiéramos llegar al mas lejano, divisariamos desde allí nuevos abismos del espacio, llenos de otras estrellas, de otros mundos sin número, y sin que *mas allá* pudiésemos alcanzar los límites de la fábrica del Universo, ¡oh Dios! ¿quién puede comprender la inmensidad de tu sabiduria y tu poder? ¿Quién puede penetrar en lo infinito de tus obras?

Este sol que tiene por rivales en magnitud y esplendor, tantos otros soles cuantas son las estrellas, ¡es un millon y cuatrocientas mil veces mayor que la tierra! ¿Solo estará creado para foco de luz y centro de atraccion? El hombre ha podido vislumbrar que el sol es un

cuerpo opaco, rodeado de una atmósfera luminosa, separada de su superficie; y que esta puede estar poblada de innumerables seres, tal vez mas inteligentes, y sin duda mas felices que nosotros.

¿Y quién habita los planetas que reciben la luz del sol como la tierra; que tienen una forma semejante á ella; que tienen sus dias y sus noches y su año y sus lunas y sus montañas y atmósferas semejantes á la atmósfera terrestre? Qué son los cometas que se pierden en ese vacío inmenso, para volver de nuevo? ¿Porqué han llenado de terror en todos tiempos á los míseros habitantes de nuestro globo? ¿Porqué hoy mismo consternan á los pueblos con la idea de que puedan trastornar la máquina del mundo? ¿Cuál es su número, su naturaleza, su destino?

¿Y qué seres pueblan esos astros innumerables? ¿Qué infinita variedad de criaturas gozarán de la vida en esa serie interminable de mundos! Si en el breve espacio de este globo terráqueo, si en este átomo del universo es tan variada y admirable la creacion, ¿qué será en la infinidad de los globos creados por el Omnipotente para prodigar los beneficios de su infinita munificencia?

El astro que nos alumbra es á su vez arrebatado hácia un centro desconocido. La ciencia ha descubierto que el sol jira por una órbita ignorada, llevando en pos de sí todos los planetas de su séquito. ¿Habrà algun astro mas poderoso allá en las profundidades del espacio, que, por planetas, tenga sistemas enteros de mundos? ¿Y no será ese mismo astro poderoso, atraído junto con sus mundos, por otro astro superior; y así sucesivamente hasta llegar. . . Se desarrolla ante mi mente un sistema de mundos cada vez mas vasto, cuyos límites no alcanza mi razon, y cuyo primer móvil será ¡quien sabe! el mismo Criador. Mi mente se confunde; un vértigo la ofusca;

abrumado y perdido en las obscuras rejiones de lo infinito , callo y adoro al Increado.

Los cielos manifiestan su gloria y ostentan su sabiduría y su poder ; su Espíritu llena el Universo , y cuanto existe, existe en él y por él. Solo él podrá hacernos comprender las maravillas de sus obras ; solo él podrá manifestarnos los misterios de la creacion. !Oh Dios mio ; oh mi Criador ! mi alma ansiosa de la verdad , vé en tí la fuente de toda sabiduría ; mi alma sedienta de felicidad y de vida , vé en tí la fuente de la beatitud y la inmortalidad. ¡ Quién pudiera llegar á tí para saciar estas aspiraciones infinitas , á las cuales nada puede satisfacer sobre la tierra !

Mas allá de esta ciencia llena de ignorancia ; mas allá de estos goces tan mezclados de amargura ; mas allá de esta breve existencia , está el termino incomprendible de nuestras innatas aspiraciones , como hai un centro para cada planeta y cada mundo. Dios es el centro invisible que atrae nuestras almas por medio de las tendencias indelebles que en ellas imprimió como en los astros. Cualquiera que sea la naturaleza de mi alma , es un ser inmortal , y tengo la firme esperanza de que ha de gozar en otra vida mejor , toda la felicidad á que aspira.

El que todo lo crió y gobierna los mundos desde su escelsa gloria , ¿ no dirigirá tambien á la familia humana al término de sus aspiraciones de paz y de ventura ? ¿ Hallará ó no el jénero humano ése centro desconocido , esa estrella invisible que ha buscado al través de los siglos , para entrar como todos los astros del firmamento en la órbita del órden y de la armonia universal ? ¡ Qué sublime es la relijion que santifica estas esperanzas , y las vigoriza con la fé , y nos ordena la caridad , para hacernos dignos de nuestro glorioso destino !

¡Qué satisfaccion y qué alborozo para una alma elevada, el pensar que sobre las ruinas de todas las potestades del orbe, se levantará á la voz del Salvador una soberanía, única é indestructible, en una sociedad universal, que realizará todas nuestras ideas de orden, de justicia, de union, de amor y de felicidad; que será el fin de todo progreso y el principio de una armonía inalterable, semejante á la del portentoso conjunto de los cielos!

¡Ved ahí como la sociedad, por el carácter divino y por los altos destinos que le dá el cristianismo, es un objeto grandioso y augusto, digno de todos los sacrificios y de toda la veneracion de los hombres! ¡Oh verdades eternas, sin las cuales seria un misterio impenetrable la naturaleza humana! ¡Oh divina Religión de Jesucristo! solo el que tiene profundamente grabada en su corazon tu sublime y consoladora doctrina, es el que conoce nuestra verdadera mision aquí en el suelo, y el verdadero valor de las cosas terrenales. Solo en su alma, el amor á los hombres, el amor al bien público, es un sentimiento que lo hace abrazar con entusiasmo todas las ocasiones de ser útil á la patria y á todos sus semejantes; que le hace olvidar los movimientos egoistas del interés personal; que le imprime no sé qué de grande, de santo y heróico, que lo asemeja al mismo Dios, y lo hace digno de ser venerado en sus altares.

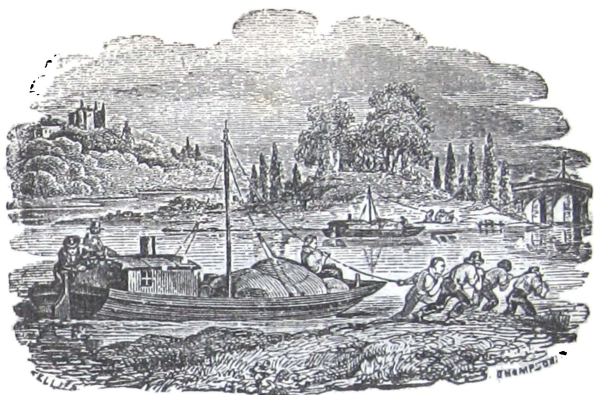
Una fé divina, una esperanza que acalla todas las inquietudes, todas las aspiraciones y ansiedades del alma humana, nos muestra un mundo resplandeciente y glorioso mas allá de este mundo; una vida inmortal mas allá de esta vida percedera; una perfeccion celestial superior á toda perfeccion humana; una felicidad mas grande, mas verdadera que cuanto se puede imaginar sobre la tierra; y que nos persuade que los mismos males que su-

frimos son para nuestro propio bien. ¿Qué son entonces los trabajos, las angustias, los dolores? qué son todos los males de la vida, comparados con una bienaventuranza superior á todas las alegrías y goces imaginables, y de una duracion que se prolongará de siglo en siglo eternamente, como los espacios del firmamento se estienen de abismo en abismo, dando cabida á una serie interminable de mundos?

Que nos cerquen los peligros; que nos abrumen los males; bendeciremos como Job á la divina Providencia; y si ya nos rodean las sombras de la muerte. . . ahí está Dios que nos sostiene; que quiere recibirnos en su seno; que nos llama á la patria celestial, donde nos encontráremos, padres, hijos, hermanos, esposos, amigos, reunidos en una sociedad bienaventurada que subsistirá en la inmensidad de los siglos eternos.

Y si el justo recibe acá, por recompensa de los hombres, la ingratitud, las persecuciones, la calumnia, la infamia; no importa: él beberá como Jesus el cáliz de la amargura, y esperará. Él no mira el instante de la muerte como el de sus últimas relaciones con los hombres, ¡no! él lleva, con la fé de la inmortalidad, la gozosa certidumbre de que, desde la mansion de los cielos verá fructificar sobre la tierra la simiente de sus buenas obras; él lleva tambien la dulce esperanza de que, llegada la época feliz en que sea conducida la gran familia humana á la perfeccion y á la perpetuidad, morará con todos los buenos en el reino de la felicidad, el cual no tendrá fin.

¡Sublimes pensamientos! trasportes inefables los de un alma que se siente formada para ser eterna, y que elevándose sobre la tosca envoltura que la sujeta, y sobre las pequeñeces de esta vida, se engolfa en la deliciosa contemplacion de su glorioso porvenir!



XXII.

EL VALLE DE TEMPE.

El *Valle de Tempe*, tan celebrado de los antiguos por su amenidad, era un pequeño territorio muy fértil y de clima benigno, situado en la Tesalia, parte de la antigua Grecia que hoy pertenece á la Turquía europea con el nombre de *Romelia*. «El valle llamado en Tesalia *Tempe*, (dice un escritor antiguo) está entre los montes Olimpo y Ossa, y lo atraviesa el río Peneos, juntándose con él muchos arroyos que aumentan su caudal. La naturaleza adornó aquel sitio admirablemente. La hiedra, la zarzaparrilla y otras enredaderas florecen subiendo y entretejiéndose con los árboles, formando grutas sombrías, donde los caminantes en medio de la siesta se recojen y refrescan. Por toda aquella llanura de campos corren fuentes de frías y cristalinas aguas que son muy saludables á los que se bañan en ellas. Hai en todo este contorno gran muchedumbre de aves, que recrean con suaves

cantos. El Peneos pasa por el medio, mui sosegado y manso, cubierto de muchas sombras de los árboles que se crían en sus orillas, estorbando al sol la entrada de sus rayos; lo que hace mui ameno el viaje á los que por él navegan. Concurren anualmente á este valle todos los pueblos comarcanos, y juntándose allí, hacen grandes sacrificios á los dioses, festejándose despues con banquetes (1). »

Barthelemy, que redujo á breves y brillantes páginas cuanto los griegos dijeron de su *Tempe*, parece que al describirlo fuera trazando las escenas deleitosas de nuestro Delta. « El rio presenta casi por todas partes un canal tranquilo, y en varios lugares abraza lindas islas cuyo verdor perpetúa. Las grutas de sus riberas y el cesped que las tapiza parecen el asilo del reposo y del placer. Los laureles y diferentes clases de arbustos forman por sí mismos bosquecillos y glorietas, y las plantas que serpentean por sus troncos, se entrelazan en sus ramas y caen en festones y guirnaldas. Mientras seguíamos lentamente el curso del Peneo, mis miradas, aunque distraídas por una multitud de objetos deliciosos, volvian siempre sobre el rio. Ora veia centellear sus aguas al través del follaje que sombrea sus orillas; ora contemplaba la marcha apacible de sus ondas que parecian sostenerse mutuamente, llenando su carrera sin tumulto y sin esfuerzos. Tal es la imájen de una alma pura y tranquila; sus virtudes nacen las unas de las otras; y todas obran de concierto y sin ruido (2).

Tan resaltantes analogías del Paraná con el valle mas delicioso y fértil del Antiguo-Mundo, ha sido lo que me

(1) Eliano, *Historiæ variæ* L. III, citado por Juan de Guzman en su traduccion de las *Geórgicas de Virgilio*.

(2) Viaje del jóven Anacarsis por la Grecia.

movió á aplicarle el nombre del *Tempe*; aunque puede decirse con propiedad, que el griego es una miniatura en comparacion del arjentino que consta de mas de doscientas leguas cuadradas, cuando aquel solo se estiende en una faja angosta, de menos de dos leguas de longitud. Pero esa faja no es mas que una estremidad del gran valle de Tesalia fertilizado por una gruesa capa de limo que dejó allí el Peneos (hoi *Salembria*), convirtiéndolo en el terreno mas feraz de la Grecia, y el mas célebre del mundo por su amenísimo *Tempe*; del mismo modo que el Paraná fertiliza con su légamo y su riego, mas de cuatro mil leguas cuadradas de islas y costas, además del incomparable *Tempe* de su Delta.

El Peneos, aunque en proporciones diminutas respecto al Paraná, tiene como este numerosos afluentes que fecundizan las llanuras de su hoya; y otra analogia presenta en el color, la tersura y mansedumbre de sus aguas que movió á Homero á darle el epíteto que constituye el nombre de nuestro caudaloso rio.—*El Peneos de las ondas argentinas.*

Ambos *Tempes* gozan de un mismo clima, iguales en temperatura, en salubridad y en productos jeopónicos. Uno y otro son patria del laurel y del mirto, emblemas de la gloria y el amor.

Hai con todo, una diferencia inmensa entre los dos valles y sus rios, y es que aquél ha perdido ya gran parte de su primera fertilidad, y con ella su antigua fama, porque el Peneos no tiene las crecientes fertilizantes del Paraná, que en esto es solo comparable con el Nilo. Si la fertilidad proverbial del Egipto, que data de época inmemorial, es hoi tan admirable como en sus tiempos primitivos, con mayor razon debe contarse con la perpetuidad de la feracidad de nuestro *Tempe* que es bañado y abona-

do por las crecientes, no una vez, sino treinta y mas todos los años.

Apesar de la identidad de este importante rasgo, que es el característico de los Deltas del Nilo y del Paraná, no hubiera sido propio aplicar á este un nombre de tan hermosos recuerdos, pero empañado por un clima desastroso y las frecuentes calamidades que alejan de aquella celeberrima rejion el bienestar y las delicias con que la rejion del Plata brinda á los mortales.

Los principales azotes del Ejipto son, los frecuentes temblores de tierra; la lepra y las oftalmias: el ardor de su verano de ocho meses, insoportable para los europeos; los vientos secos y ardientes como el calor que sale de la boca de un horno; la escasez de las lluvias; y finalmente, la subsistencia de sus habitantes está á merced de las crecientes del Nilo, que á veces son insuficientes para asegurar las cosechas del año.

Herodoto llamaba con razon al valle del Ejipto, *un don del Nilo*, pues la estension que riega este rio, computada en dos mil leguas cuadradas, es la única parte arable y fértil de todo el pais; así es que el Ejipto sin la inundacion, bajo un cielo ardiente y seco, seria un desierto como el Sahara y los de Arabia.

Los depósitos del valle de Tempe fueron el resultado de una prolongada permanencia de las aguas del Peneos, que repentinamente dejaron en seco aquellas llanuras. Segun las antiguas tradiciones, hubo un tiempo en que no tenian salida esas aguas; el pais no era mas que un gran lago ó un mar interior, hasta que un temblor de tierra, rompiendo los diques de granito, abrió paso al rio Peneos por entre el monte Ossa y el Olimpo hasta el Archipiélago, resultando de este desagüe la desecacion del terreno, que quedó dotado de una asombrosa fertilidad,

solo comparable á la del valle del Nilo, y la del valle del Paraná, porque los tres valles deben su feracidad á la misma causa: los depósitos limosos de las aguas.

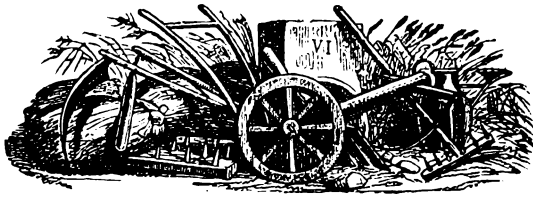
Los pueblos, y mui especialmente los antiguos, inclinados siempre á suponer causas maravillosas á los grandes fenómenos de la naturaleza, atribuyeron aquel inmenso beneficio, efecto del terremoto, al tridente de Neptuno. Asi tambien los ejiptios hacian descender del cielo las fuentes del Nilo, al cual conservan todavía un respeto relijioso: lo llaman *santo*, *bendito*, *sagrado*, y cuando se abren los canales para la inundacion, las madres sumerjen á sus hijos en la corriente, creyendo que esas aguas tienen una virtud purificante y divina. El Nilo tiene en Nicópolis un templo magnífico, con una estatua jigantesca de mármol negro, que lo representa como un dios coronado de laureles y espigas, y apoyado sobre una esfinje. Igualmente los antiguos griegos, en el valle de Tempe, que miraban como un lugar santo, tenían un altar donde se reunian ha celebrar sus divinos oficios, y después de hacer grandes fiestas, regresaban con guirnaldas de los laureles del valle.

Los pueblos que circundan el maravilloso Valle del Paraná, lejos de consagrarle algun sentimiento de admiracion ó aprecio, lo han mirado con la mayor indiferencia; porque, dueños de campos fertilísimos, regados por las aguas del cielo, no han examinado el valor de las tierras bonificadas por el riego y sedimento de las aguas de los rios. Mas, llegará dia (y hoi sucede ya en muchos terrenos de las costas), en que un suelo exhausto se negará á dar á sus habitantes las pingües cosechas de otro tiempo, y entonces se lamentarán de no haber sabido aprovecharse de aquel invalorable regalo que les ofrecia la Providencia á la puerta de sus casas. Irán al Delta, y

quedarán asombrados de ver las maravillas que habrá creado allí la industria y actividad de los *diligentes*, con el poderoso ausilio de una feracidad sin ejemplo; de un clima inmejorable y propio para toda clase de cultivos; y de un riego y abono seguros y gratuitos, que en donde quiera cuestan á la agricultura grandes sumas. Sí, irán al Delta; pero ya será tarde, porque lo encontrarán todo ocupado por una poblacion rica y floreciente que no cederá un palmo de él, sino á peso de oro.

Pero los *indolentes*, podrán al menos, como los viajeros del Tempe de la Grecia, pasearse libremente por los arbolados arroyos del Tempe-Arjentino; gustar de la frescura de sus sombras, de las pintorescas vistas de *sus chalet*, sus puentes y sus góndolas; de la presencia de las producciones mes raras y las frutas mas delicadas del globo; de las armonías del gorjeo de sus aves, mezclado con las músicas y alegres cantares de sus dichosos moradores; y podrán tambien los *indolentes* entonar el canto de la perezosa chicharra, al ver las abundantes provisiones de la diligente hormiga, aunque sufriendo los tormentos de Tántalo.





XXIII.

JEOPONIA.

Al hablar de la Jeoponia ó cultivo de la tierra, con relacion al Delta, no me propongo hacer una esposicion de las reglas y prácticas que todo el mundo puede encontrar en los libros de agricultura, ó en el uso. Todo lo contrario; trataré de hacer abandonar, por innecesarias y dispendiosas, muchas de esas reglas y prácticas usuales, fundándome para ello en los principios de la ciencia y en el estudio de nuestro suelo.

I. Drenaje.

Dice el jeopónico inglés Stephens, que «aunque la observacion haya provado hasta la evidencia que el agua detenida, sea en la superficie del terreno, sea en lo interior, perjudica al crecimiento de todas las plantas útiles, sin embargo todavía no se ha averiguado bien, como se produce ese fenómeno» (1); pero, á mi ver, la fisiología vejetal con el auxilio de la química lo ha explicado per-

(1) Manuel pratique de Drainage, tr. de F. d'Omalins.

fectamente. No se puede ya dudar que las plantas necesitan un suelo permeable al aire, al oxígeno y al ácido carbónico. Es preciso que estos elementos aeriformes se hallen en estado de penetrar entre las moléculas del suelo para asegurar á las raíces un desarrollo libre y vigoroso, pues está demostrado hasta la evidencia, que los vegetales absorben los principios del suelo, no solamente en estado de combinacion con el agua, sino tambien los gaseosos, así como se asimilan los fluidos nutritivos que la atmósfera contiene. Por consecuencia, un terreno cubierto ó impregnado de agua, obstruyendo la porosidad que lo hace accesible al aire, debe necesariamente causar un entorpecimiento mas ó menos grande á la nutricion de las plantas. Así es que el agua que permanece sobre las raíces, aunque sea pura y corriente, es perniciosa, y lo es tambien la excesiva humedad de la tierra.

Claro está que estos principios no son aplicables, ni á las plantas acuáticas ni á las aéreas, porque estos vegetales están organizados para desarrollarse, bien en la atmósfera sin el concurso de la tierra (tales son la flor-del-aire, la sueldaconsuelda, los líquenes y los musgos), bien dentro del agua, como el luchi de Chile, la ulva de la India (de que son formados los nidos comestibles de las golondrinas salanganas), las algas y los fucos. Se trata solo de los vegetales que el hombre cultiva para su uso ó para el de los animales domésticos.

El desagüe y desecacion (ó *drainaje*) de las tierras ha llegado hoy á ser uno de los ramos mas importantes de la agricultura, un arte que la Inglaterra ha llevado á un grado sorprendente de perfeccion, y que puede ser de mui útil aplicacion para nuestros campos anegadizos. A primera vista parecerá que la jeoponia del Delta es la que mas reclamará su auxilio á causa de las frecuentes

inundaciones y de los bañados, ciénegas ó lagunas interiores; pero en este punto como en otros no menos capitales, la naturaleza es la que se ha anticipado á los deseos del hombre estableciendo allí un sistema de desecacion, que reúne todas las condiciones del mejor *drenaje*.

El desagüe en las islas se opera por ramificaciones que entrelazan todo el Delta, desde los hilos de agua que parten en todas direcciones, por surcos someros del centro de cada bañado, y que juntándose en diferentes puntos forman arroyuelos de mayor cauce, los cuales concurren á formar otros mas anchos que corren largas distancias, recibiendo en su curso numerosos arroyitos, hasta que á su vez desaguan en los grandes canales ó en los verdaderos brazos del Paraná. Además, la contestura floja y porosa del terreno deja filtrar la humedad sobreabundante por toda la estension de las paredes de los arroyos; de modo que el suelo está siempre enjuto y saneado, como lo demuestra la lozania de la vejetacion.

Lo único que tiene que hacer el hombre, es conservar limpios todos esos canales de desagüe para que corra libremente el agua; y cuando mas, abrir algunas zanjas angostas en los lugares convenientes, para facilitar el escurrimiento de la humedad, ó para la mas pronta salida de las aguas en ciertos recodos del terreno.

A mi parecer, no se puede adelantar mas en el desagüe de las islas por medio del *drenaje*. Los bañados ó ciénegas no se pueden desecar porque están con mucha frecuencia bajo el nivel de las aguas del rio; y aunque se impidiese la entrada de estas en las crecidas ordinarias, ¿cómo se podria impedir su infiltracion por debajo del suelo? Lo mejor es dejar que entren y salgan libremente por sus canales naturales, para que no se estanquen y corrompan. Yo creo que la escrupolosa limpieza de todos

los arroyos, produciría el efecto de desaguazar mayor estension de terreno, y disminuir además los criaderos de mosquitos.

Por lo que hace al *drenaje* por conductos encañados, será mejora importantísima para los países donde el precio elevado de las tierras obliga á los propietarios á no perdonar gastos para utilizar toda la superficie del suelo; y aunque en el Delta llegasen á adquirir ese valor, se adoptarían mas bien las zanjás cubiertas, por la necesidad que habrá siempre de dejar grandes conductos para la pronta salida de las aguas de las crecientes.

II. *Desmante.*

No puede haber desmante mas fácil que el de los bosques y matorrales del Delta. Se componen de árboles débiles, estenuados por los repetidos cortes del leñador, y de plantas sin espinas. Los trabajadores pueden andar descalzos de pié y pierna, como yo los he visto, sin recibir la menor lesion.

Las pocas maderas fuertes que se encuentran como los talas, los duraznos y los naranjos, con su valor compensan bien el trabajo de cortarlas.

Los árboles que causan mas em̃barazo en el desmante, son los seibos que por su corpulencia y por su enorme peso hacer perder mucho tiempo en cortarlos, desgajarlos, trozarlos y condeuirlos fuera del terreno. Mas para esto hai un remedio mui sencillo, y es *dejarlos en pié*. Basta quitarles con el hacha un palmo de corteza al rededor del tronco, para que en el primer año se sequen, sin retoñar las cepas y sin que en nada perjudiquen á los plantios ó sementeras que se hagan entre ellos. Esta práctica—que á mi me ha salido tan bien, con gran eco-

nomía de tiempo y de dinero—por mas que haya provocado la hilaridad de algunos agricultores, en nada se opone á los principios de la ciencia, y se recomienda por la esperiencia de hombres mas entendidos que nosotros en el arte de cultivar la tierra. «El jardin frutal (dice un cultivador norte-americano) se planta sobre la paja de la primera cosecha de trigo sin derribar los grandes árboles silvestres. La vista se complace con el agradable contraste de los manzanos frondosos creciendo en medio de un bosque de árboles secos. Como se necesitaria mucho tiempo para cortarlos, el Americano se contenta con quitarles la corteza; y planta en seguida los jóvenes frutales entre los árboles viejos, que despojados de sus hojas parecen enormes esqueletos. ¡Qué espectáculo instructivo, ver así el reinado de los antiguos hijos de la naturaleza concluir y ceder ante la industria que se adelanta armada de su hacha, aguijoneada por la necesidad y seguida de la abundancia! (1).

III. Labor.

El labrador de hoi como el de ayer, el rústico como el instruido, cavan, aran, revuelven, desmenuzan la tierra, porque atribuyen la abundancia de las cosechas á las operaciones mecánicas de la agricultura; les reconocen un valor sumo, sin que los preocupen las causas á que es debida su utilidad; causas cuyo conocimiento los conduciria á regularizar el empleo de la fuerza y los capitales, de una manera ventajosa y económica. Lo que indudablemente obra en beneficio del terreno es su division llevada al extremo, que hace segregar nuevos elementos

(1) *Crevecoeur, Lettrés d'un cultivateur américain.*

minerales, poniéndolos en disposición de ser absorbidos por las plantas, y lo hace penetrable á los principios alimenticios contenidos en la atmósfera, al mismo tiempo que deja libre el paso á las raíces y á las lluvias. ¿Qué necesidad hai pues, de pasar el hierro por las tierras del Delta, que están divididas y desmenuzadas hasta lo infinito; que no contienen nada segregable, porque se componen de partículas impalpables; y que no pueden ser mas permeables á las influencias atmosféricas, ni mas accesibles para las raíces y las aguas?

Increible parece cuánto ciegan el entendimiento el empirismo y la rutina! Está un labrador sobre el suelo de las islas con su azada en la mano para ejecutar la tradicional labranza; siente que el terreno se hunde bajo sus piés; prueba calarlo con el mango de su herramienta, y sin esfuerzo se le entierra hasta el ojo; aplica la mano á la tierra, y la levanta á puñados que se lleva el viento; vé toda clase de plantas y árboles de las frutas mas delicadas que prosperan sin cultivo; y con todo, agacha el lomo á la labor para fertilizar el suelo con su sudor ó por la virtud del contacto del hierro. No lo juzgo tan idiota que crea esto; pero obra como si lo creyera, en fuerza de la rutina. Gasta sus fuerzas y su tiempo sin provecho, y echando á perder un don perfecto del cielo.

El suelo inmejorable del Delta, no solamente no necesita labor ninguna, sino que al contrario, en lugar de mullirlo, es preciso consolidarlo para que las mareas no lo laven, las lluvias no lo arrebatan, los vientos no lo levanten, y el calor no lo reseque. Esponjarlo mas de lo que está, es hacerle perder su capilaridad, la propiedad mas importante de un terreno, en virtud de la cual deja escaparse, ya por la infiltracion ya por la evaporacion, todo exceso de humedad; absorbe de las capas inferiores

lo necesario para la nutricion de las plantas; se impregna de los rocíos, y se deja penetrar lo bastante del sol y del aire para suministrar á las raices el calórico y los gases que necesitan.

IV. Árboles.

Los árboles son, en cierto modo, una parte constitutiva del Delta: sin ellos no se habria formado este; y suprimidos, desaparecia, para formar barras movibles en la entrada del Paraná y el Uruguay, como las que tanto embarazan la navegacion del Plata. A una simple observacion, salta á los ojos, que el polvo impalpable que forma el terreno de las islas, no ha podido depositarse, ni podria haberse localizado, sino en virtud de la tranquilidad de las aguas sobre el terreno en medio de los mas récios temporales; y esa tranquilidad se debe á la defensa de los árboles.

Es pues, de la mayor importancia, es de necesidad vital para las islas, que el poder público impida la tala de sus montes, hasta hoi sin limitacion de período ni estacion, á merced de la imprevision de los cultivadores y de todo el que se presente con una hacha. Ya la experiencia ha enseñado á muchos de ellos, que deben dejar las orillas de los canales y arroyos guarnecidas de su herbazal y de sus árboles silvestres, para evitar el desmoronamiento y los derrumbes.

Es tan deleznable el terreno, que si estuviese desnudo, bastaria el movimiento ordinario de las aguas para disolver en breve tiempo la obra de muchos siglos; pero la naturaleza lo defiende con un tejido compacto de juncos, espadañas, totoras, cardas, camalotes (náyádeas flotantes), y otras muchas plantas acuáticas, que no dejan ni un solo palmo al descubierto.

Mas todavía es preciso defender toda la superficie contra la accion de las mareas , dejando los albardones acordonados de arboledas. A esto proveyó tambien la naturaleza , por medio de los seibales que impiden la undulacion de las aguas , al mismo tiempo que en las partes bajas del interior de las islas , continúan la obra del crecimiento del suelo.

Otra ventaja ofrece la conservacion de los árboles silvestres de las riberas y del centro , y es la de proteger contra los vientos los plantíos de frutales.

Estos deben colocarse á distancias mayores que las que por lo jeneral corresponden á sus respectivas especies, porque de lo contrario , pronto se entrelazarian sus copas, á causa de la escesiva fertilidad del suelo. Duraznos plantados á cuatro varas unos de otros, los he visto tocarse entre sí al tercer año. Creo no obstante, que con este árbol debe hacerse una escepcion , no poniéndolos mui distantes , para que se protejan y sostengan mutuamente sus ramas quebradizas, que ordinariamente se cargan con la fruta , de un peso que no pueden sostener.

Para alinear con facilidad los arbolitos , fórmese con cañas un triángulo equilátero , á la medida de la distancia que se quiera dar á las plantas ; estiéndase un cordel por el medio del área preparada , y sobre él váyase aplicando el triángulo á uno y otro lado del cordel , dejando señalados con estaquillas los puntos correspondientes á los extremos del triángulo. Así quedarán formadas tres líneas de estaquillas , y desde entonces es inútil el cordel , pues haciendo correr el triángulo sobre las líneas exteriores , se van formando otras líneas , hasta llenar el terreno. Por este sistema , aunque el terreno sea mui irregular , quedará el plantío bien alineado ; porque donde quiera y en cualquier direccion que se apliquen dos es-

quinas del triángulo sobre dos estaquillas, quedará la tercera colocada con precision geométrica. Por este medio tambien resulta el plantío hecho al tresbolillo ó en quince, que es el mas simétrico y conveniente; y puede acelerarse cuanto se quiera el trabajo, aumentando el número de los triángulos. Para que no sirvan de obstáculo á la operacion los árboles que haya en el terreno, se dispondrá la atadura de uno de los ángulos de modo que se pueda abrir el triángulo para abrazar con él los troncos que se encuentren al paso.

Si en todo caso es reprobable la costumbre de despojar los árboles jóvenes de las ramas y brotes inferiores de su tronco, con el fin de que adelanten mas en altura; con mayor razon en las tierras sin cohesion del Delta, donde es necesario que los árboles tomen una forma achaparrada para que no cedan al soplo de los vientos. Con el mismo objeto, todo arbolito desde que se planta, debe atillarse, pero sin escavar la tierra al pié, sino arrastrándola de mas lejos con la azada, y apisonándola con el plan de esta al rededor del tronco.

V. Abono.

La fertilidad de un terreno es inagotable cuando es administrado segun las sabias leyes de la naturaleza. Un prado, un monte incultos, jamás se esterilizan, porque la mano inhábil del hombre no ha entrado á perturbar la armonía de estas leyes. Bosques tan antiguos como la tierra, reverdecen, fructifican y crecen sin cesar, sin que el suelo pierda un ápice de su virtud primitiva, porque le devuelven dia por dia en sus hojas, en sus bayas, en su propia disolucion, en los escrementos y cadáveres de

los insectos, aves y brutos que nutren, toda la sustancia que reciben de sus fecundas entrañas.

Las sábanas, las pampas, las llanuras donde se suceden incesantemente las jeneraciones de las yerbas que sirven de sustento á las aves y demás animales silvestres, restituyen tambien en sus despojos á la madre comun lo que absorbieron de su seno exhuberante. Y se enriquece mas y mas el terreno cuando se hallan reunidas las condiciones mas favorables para la fertilidad, á saber, la humedad, una tierra apropiada y un temperamento elevado. Entonces, como acontece en el Delta, la vejetacion apenas se halla limitada por el espacio; los despojos de las jeneraciones que mueren, sus raices, troncos, ramas, vienen á constituir un nuevo terreno donde se desarrollan los vejetales con redoblado vigor.

Empero, ¿qué hace el hombre? ¿Imita acaso á la naturaleza que debió siempre ser su guia y su maestra? (1). Retira del suelo todos los productos, por una larga série de años, sin dejarle ni aun la paja, sin darle siquiera los deshechos de las riquezas que recibe. Empobrecido el terreno de sus principios constitutivos en el desarrollo de los vejetales, mengua la fertilidad de los campos, y disminuyen las cosechas al grado de no compensar el trabajo del hombre. Entre otros mil; tenemos un reciente ejemplo en la Virginia, rejion en otro tiempo tan fértil, y que no puede cultivar hoi dia el tabaco ni los cereales.

Cuando el mal está hecho, el remedio es mui difícil, pues consiste en restablecer el equilibrio perdido restituyendo los principios minerales estraidos de la tierra, que la atmósfera no puede proporcionar; y esto no se logra

(1) Natura duce utendum est; hanc ratio observat, hanc consulit. Seneca, *De vita beata*.

sino con el auxilio de abonos importados, y otros medios, siempre costosos.

Lo mejor es evitar el mal, adoptando un sistema de cultivo, que conserve el equilibrio, á imitacion de la naturaleza.

A juzgar por la abundancia y feracidad de los depósitos de tierra vegetal en el Delta, y por analogía con otros países que se encuentren en condiciones análogas, la fertilidad de su terreno no sufrirá disminucion alguna, mientras las crecientes continúen depositando sobre él el cieno que acarrear, por muy poco que coopere el hombre de su parte para suministrar al suelo los principios que han de ser sustraídos por las cosechas.

Se sabe que en Egipto, país pobre en maderas, los escrementos animales desecados forman la principal parte de su combustible, y sus cenizas es el único abono que reciben los terrenos del valle del Nilo, que hasta el presente no han perdido nada de su celebrada fertilidad.

El sistema de los barbechos es en jeneral inadmisibile, y en nuestro caso enteramente inútil; porque la tierra no se cansa sino porque ha perdido los principios minerales absorbidos por las plantas, y se sabe con la certeza posible, que ni el aire ni las lluvias pueden dárselos.

Aunque ciertas tierras adquieran por una disgregacion, debida á la accion de la atmósfera y del tiempo, algunos principios necesarios, por ejemplo, para la produccion del trigo; pueden entretanto sembrarse de papas sin que se menoscabe ni perturbe su fertilizacion para los cereales; á mas de que esa disgregacion no puede tener lugar en el terreno pulverulento del Delta, donde ya nada hai que dividir.

El medio mas eficaz y económico para obtener siempre abundantes cosechas sin esquilar jamás la tierra, es la

adopcion de un buen sistema de *rotacion* y de *abonos*.

En cuanto á la rotacion de las sementeras, nada diré, por la estrechez del espacio; pero hablaré algo acerca del abono de las tierras, porque creo necesario llamar la atencion de nuestros cultivadores sobre este punto.

La química ha demostrado que en las materias fecales sólidas y líquidas del hombre y de los demás animales, y en los huesos y la sangre de los que consumimos, se encuentran todos los principios estraidos del suelo para su sustento en forma de semillas, frutos y animales; por consiguiente depende de nosotros restablecer, con poco trabajo, el equilibrio en la composicion de nuestras tierras; para lo cual basta recojer con cuidado y distribuir todas esas materias sobre el terreno. Haciendo diariamente esta operacion, como lo practica la naturaleza, no habrá ningun desperdicio y la tarea será insignificante.

Conviene añadir aquí, (porque esto no lo hallarán los labradores en sus manuales de agricultura) que las deyecciones sólidas y líquidas de un animal, es el abono mas propio para aquellas plantas de que se alimentó. Por ejemplo, el estiércol del cerdo nutrido de papas y zapallos, es el abono que mas conviene para la sementera de papas y zapallos; y cebado con maiz, es el mejor abono para un maizal. La boñiga de las vacas y la freza de las ovejas alimentadas con pastos, son el abono preferible para las gramíneas. La palomina encierra los principios minerales de las semillas que la paloma comió; el escremento de los conejos, contiene los de las plantas herbáceas y leguminosas; y finalmente, la orina y las heces del hombre abundan en los principios minerales de todas las semillas.

Quando nuestros ganaderos conozcan mejor sus intereses, adoptarán, en lugar de corrales, el sistema de redi-

les portátiles para que sus majadas devuelvan á los campos los elementos fertilizantes contenidos en su orina y en su freza.

Los habitantes del Delta, por ningun motivo deben arrojar al rio los troncos, la ramazon ni las malezas del desmonte y de la roza, ni los residuos, huesos, ni basuras de ninguna clase. Todas estas sustancias, que los hábitos de la ignorancia nos hacen mirar como repugnantes é inútiles, en realidad valen tanto como las semillas y animales que con tanto gasto y afan cultivamos; equivalen perfectamente á una adquisicion considerable de granos ó ganados, pués estas sustancias adquieren, en un periodo de tiempo, la forma de cereales, carne y huesos.

Hai dos consideraciones mas, que imponen la abstencion de arrojar al agua esas basuras: la una es la conveniencia de contribuir con ellas al levantamiento del suelo bajo de las islas; y la otra la necesidad de conservar la pureza de las aguas. No quieran incurrir en el error de la nacion que, á pesar de ser una de las mas adelantadas en agricultura, ha privado á su suelo de los elementos mas necesarios al desarrollo de las plantas, arrojándolos á los rios, donde se han acumulado de tal modo que inficionan las aguas y la atmósfera, hasta el grado de hacerla mortífera para los habitantes de las riberas, como sucede hoi mismo en la ciudad de Londres.

En este como en los demás casos en que la ciencia, á una con la esperiencia, han dado su fallo, es necesario que este sea sancionado por las prescripciones de la lei; porque por desgracia, todavía las verdades mas importantes para la salud y bienestar del hombre no han penetrado en el entendimiento del pueblo, ni aquí ni en las naciones mas preciadas de su civilizacion y sus progresos.

VI. Epilogo.

Al tratar de la Jeoponia del Tempe-Arjentino, me he propuesto aplicar los principios de la ciencia á las condiciones del terreno, tan raras y escepcionales como ventajosas, con el fin de sacar de él las mayores ventajas, con el ahorro posible de tiempo, trabajo y gasto, es decir, con la mayor economía de fuerzas. Los actuales cultivadores han seguido un camino diametralmente opuesto al que yo señalo y que he practicado con fruto. Ellos no han hecho mas que seguir las prácticas jenerales de la labranza, juzgando que seguian los dictados de la ciencia, cuando no hacian mas que aplicar empíricamente las reglas establecidas para el cultivo de la jeneralidad de los terrenos, á uno de condiciones singulares. Han labrado á fuerza de brazos una tierra que no necesitaba ser removida; han derribado y descepado árboles que no necesitaban ser tocados; han descuajado con inmenso trabajo un suelo que no requeria mas que una simple roza para hacer fructificar prodijiosamente cuanto pudiese contener en su espacio; y en otras muchas cosas han procedido de un modo inverso al que convendria para obtener los productos mejores y mas baratos.

«La civilizacion es la economía de la fuerza (ha dicho un sabio aleman); la ciencia nos da á conocer los medios mas sencillos para obtener con la menor fuerza posible el mayor efecto, y utilizar los medios para producir un máximum de fuerza. Toda manifestacion y disipacion inútil de fuerzas, ora en la agricultura, ora en la industria, ora en la ciencia, ora por fin en el Estado, es un rasgo ca-

racterístico del estado salvaje y de la falta de civilización (1) ».

Ya que la naturaleza parece que ha querido allí anticiparse al hombre, preparándole un suelo pingüe hasta lo maravilloso, mullido hasta el extremo, y regado á pedir de boca, ¿porqué no aprovecharse de ese trabajo hecho? ¿porqué ese desperdicio de fuerzas que no conducen á mejorar ni en un átomo las condiciones productivas del terreno?

¡ Cuán poco tiene que hacer el hombre para ser el dichoso dueño de esta jóven naturaleza que lo espera con los brazos abiertos para inundarlo de los goces mas puros y embriagarlo con sus encantos! Ella todo lo tiene allí preparado para la cómoda y deliciosa mansion de sus amantes: suavísimos aromas, aguas saludables é incorruptibles, aire purísimo, dulces frutas y mieles, aves y peces, sabrosas carnes, preciosas pieles, leña y madera en abundancia, animales de índole suave prontos á someterse, vias espaciosas y riegos practicados por la misma naturaleza. Sin fieras que domeñar, sin especies ponzoñosas que temer, sin ciénagos infectos que desecar, sin matorrales espinosos que despejar, sin robustos troncos que derruir, y sin necesidad de labrar ni bonificar la tierra para hacerla producir cuanto el hombre pueda apetecer para su regalo ó su riqueza. Tales son las Islas que forman el delicioso TEMPE-ARGENTINO, donde confunden sus aguas el Paraná, el Uruguai y el Plata:

(1) Liebig, Cartas químicas.



NOTAS DEL TEMPE ARGENTINO.

Primera nota—Pájina 41.

En las fértiles llanuras que atraviesa el Paraná, es donde florecieron las célebres Misiones de Guaranies, establecidas por los jesuitas.

« En los primeros años del siglo XVII remontaba en una ligera y rápida canoa el inmenso caudal de agua del rio Paraná un viajero recientemente llegado de Europa. Al llegar á la confluencia del Paraguai con el Paraná echó pié á tierra, dirijiéndose en seguida hácia un pueblecito de mui hermoso aspecto. Todo á su alrededor anunciaba la paz; la abundancia y la felicidad; los campos bien cultivados ostentaban una riquísima mies de arroz, maiz, trigo y legumbres de Europa, cuyo mayor número de árboles frutales habian sido trasportados igualmente á esa fértil comarca. En hermosos y abundantes prados que seguian las márgenes de los rios divagaban pingüisimos é innumerables rebaños de ganado vacuno, de ovejas y de cabras. De tiempo en tiempo oia nuestro viajero los sonidos de una flauta ó de un oboé, no sin que esas armonias le recordaran la lejana patria. Presentábase en el horizonte oriental la radiante órbita del sol cuando nuestro viajero llegó á la aldea, que era una en-

cantadora ciudad en miniatura, con calles anchas, tiradas á cordel, y que iban á parar á hermosas plazas rectangulares. En la mayor y mas hermosa de esas plazas, puesta en el centro del pueblo, se levantaba una magnífica iglesia. En todas las plazas y calles habia frondosos árboles por bajo cuyas bienhechoras bóvedas corria murmurando continua agua protegida por esa sombra contra los abrasadores rayos de los trópicos. Después de haber regado y esparcido la frescura en el pueblo, iban esos arroyuelos á lanzarse en los canales que circuian la villa, rodeada toda ella de fortificaciones de ladrillo y de césped perfectamente dispuestas.

Conoció el viajero que el aspecto del pueblo correspondia al de la campiña, y que la hermosura del uno era digna de la riqueza de la otra. Suena de repente una campana anunciando la oracion matutinal, y apenas las últimas vibraciones hubieron pasado cual un vuelo de gorjeadores pájaros por sobre el bellísimo caserío, cuando por un movimiento simultáneo se abrieron todas las puertas, y los habitantes jóvenes y viejos, niños y mujeres salieron de ellas dirigiéndose á la iglesia. Allí entró tambien nuestro viajero, y el aspecto del templo hubo de parecer maravilloso á sus ojos, por mas que antes se hubiesen fijado en el esplendor y en las riquezas de San-Pedro de Roma y de San-Marcos de Venecia. En todas partes se veia una pasmosa profusion de riquezas: la mayor parte de las imágenes eran de metal precioso, y el tabernáculo era de oro puro cuajado de rica pedrería.

El sacerdote, después de una corta oracion en lengua guaraní, bendijo á la muchedumbre, que salió de la Iglesia y repartiéndose en pequeños grupos fué á poner en movimiento molinos y otros establecimientos de industria, ó se dirigió hácia los espléndidos campos que estaban ofreciendo ricas cosechas. Al frente de cada uno de esos grupos iba uno ó mas músicos tocando, y los jóvenes y los viejos y las mujeres y las niñas, todos estaban vestidos con aseo y parecian rebosar en salud y en contento.

Mientras que todos trabajaban con afan, los músicos no deja-

ban de tocar alegres aires, cuyo compás seguian los trabajadores marcándolo con algunas notas melodiosas, en vez del cansado grito con que en Europa acompañan sus esfuerzos muchos operarios. Cuando el sol lanzó perpendicularmente sus rayos de fuego, hubo un descanso de muchas horas en las cuales todos hicieron su comida de la exquisita carne y leche de sus reses, y la fruta que los árboles tenian colgada hasta tocarles las cabezas; y satisfecha la natural necesidad fueron á tenderse bajo la deliciosa sombra de las palmeras. Cuando el sol se ocultó entre las purpúreas nubes del ocaso, todos los trabajos cesaron á la arjentina voz de la campana, de la misma manera que habian comenzado por igual aviso. Todos entonces, asi hombres como mujeres, se dirijieron otra vez guiados por los músicos al templo, y después de una plegaria tan corta como la de la mañana, entraron cantando á sus pacíficas moradas, en donde tomaban luego un alimento sano y abundante. Concluida la cena, y con la plateada luz de la luna y el rutilante resplandor de gran número de velas colocadas en los árboles, vió nuestro viajero como los habitantes del pueblo bailaban y jugaban hasta hora mui avanzada. Otra vez sonó la campana, y al momento todo quedó apagado y todo calló, asi la luz de las velas como la alegría de los danzarines, el sonido de la música y los diversos rumores de la villa, sobre la cual el dios del sueño y el silencio pareció derramar en un momento mismo sus somníferos vapores.

Al dia siguiente aconteció lo que en el anterior; y al tercero fué dia de fiesta para el pueblo, cuyos habitantes salieron de sus casas mas tarde, y vestidos con mas hermosos trajes, se dirijieron hácia la iglesia en donde permanecieron largo rato; pero los sonidos de una música mui bien dirijida, las entonadas y armoniosas voces de los coristas, los exquisitos perfumes que se alzaban hasta las altas bóvedas, la comodidad de los asientos y el esplendor de las ceremonias del culto católico, debia hacer que su duracion pareciese mui breve.

En menos de diez dias nuestro viajero presenció tres de estas fiestas, tres dias de reposo y de placeres; de modo que estaba

maravillado, enternecido y arrobado. ¡Oh! (esclamaba) nadie me hable ya del fabuloso *El Dorado*; en ninguna parte existe sino en las *Reducciones Guaraníes*, y es debido á los jesuitas. (Boucher, *Historia dramática y pintoresca de los Jesuitas*.)»

Tal es el cuadro que la fuerza de lo verdadero y de lo bello ha arrancado á la pluma cáustica de un antagonista de la Compañía de Jesus.

Oigamos ahora la exacta y bella narracion del sabio autor del Genio del Cristianismo:

«Los primeros salvajes que se reunieron á la voz de los jesuitas, fueron los *Guaraníes*, tribus estendidas á lo largo del *Paraná* y el *Uruguai*, y compusieron una numerosa poblacion bajo la direccion de los padres Maceta y Cataldino, cuyos nombres deben ser conservados entre los bienhechores de los hombres. Esta poblacion se llamó *Loreto*; y al paso que iban erijiéndose las iglesias indias, fueron comprendidas bajo el nombre jeneral de *Reducciones* ó *Misiones*. En pocos años llegaron á treinta, y formaron aquella célebre *República cristiana*, que parecia un resto de la antigüedad descubierto en el Nuevo-Mundo, confirmando así en nuestros tiempos la grande verdad reconocida por Roma y Grecia; esto es, que no se civilizan los hombres, ni se fundan los imperios con principios abstractos de filosofía, sino mediante el establecimiento de la Religión.

Cada Reduccion ocupaba un territorio bastante dilatado, regularmente á la orilla de un rio, ó en una hermosa situacion. Las casas eran de idéntico aspecto y de un solo piso, y las calles anchas y rectas. En el centro de la poblacion se veia la plaza pública, formada por la iglesia, la casa de los Padres, el arsenal, el granero comun, la casa de refugio, y el hospicio para los extranjeros. Desde la estremidad de las calles partian filas de los árboles mas hermosos y corpulentos, hasta llegar á otras capillas construidas en el campo, que servian de término á las procesiones en los dias de grandes solemnidades.

Cada lugar se gobernaba por dos misioneros, que dirigian los negocios espirituales y temporales de las pequeñas repúblicas.

El cuerpo militar, civil y político de estas Reducciones se componia de un *cacique* ó jefe de guerra, de un *correjidor* para la administracion de justicia, y de dos *rejidores y alcaldes* para la policia y direccion de los trabajos públicos. Estos majistrados eran nombrados por la asamblea jeneral de los ciudadanos, aunque parece no podian ser elejidos sino de entre los sujetos propuestos por los misioneros. Habia además un jefe llamado *fiscal*, especie de censor público elejido por los ancianos, encargado de un registro de los hombres útiles para el manejo de las armas.

Un *teniente* cuidaba de los niños, los conducia á la iglesia y acompañaba á las escuelas, debiendo dar cuenta á los misioneros de sus observaciones acerca de las costumbres, carácter, cualidades y defectos de sus discípulos.

En cada Reduccion habia dos escuelas una de primeras letras, otra de baile y música. Esta última arte, fundamento de las leyes de las antiguas repúblicas, era particularmente cultivada de los guaraníes, que sabian construir órganos, harpas, flautas, guitarras, é instrumentos militares.

Al llegar un niño á la edad de siete años los misioneros observaban su jenio. Si les parecia idóneo para los oficios mecánicos, se le destinaba á uno de los talleres de la Reduccion para que aprendiese el oficio á que se inclinaba, pues los primeros jesuitas habian aprendido las artes útiles para enseñarlas á los indios sin necesidad de estranjeros recursos.

Los jóvenes inclinados á la agricultura se incluian en el gremio de los labradores; y los que aun conservaban aficion á su primer jénero de vida errante, estaban al cuidado de los ganados. En fin, limitando los misioneros la atencion de la multitud á las primeras necesidades de la vida, supieron distinguir aquellos niños á quienes la naturaleza habia dotado de disposicion para mas altos destinos, y atentos al consejo de Platon, separaban á los que descubrian con talento, para instruirlos en las letras y las ciencias. Estos niños escojidos llamábanse la *congregacion*, y eran educados en una especie de seminario, donde se les hacia observar con toda rijidez el silencio, el re-

tiro y el estudio como á los discipulos de Pitágoras. Reinaba entre ellos tal emulacion , que bastaba amenazarlos con que serian enviados á las escuelas comunes , para que cualquier discipulo se entregase á la desesperacion. De esta escojida grei salieron , andando el tiempo , los sacerdotes , los majistrados , y los héroes de la patria.

Los españoles, y especialmente los portugueses del Brasil, hacian algunas escursiones por las tierras de la *República cristiana*, y solian llevarse algunos desgraciados que reducian á la esclavitud. Deseando los jesuitas remediar estos males, obtuvieron con astucia, de la corte de Madrid , licencia para armar á sus neófitos. Proveyerónse, pués, de las primeras materias; establecieron fundiciones de artillería , fábricas y molinos de pólvora , y adiestraron para la guerra á unos hombres á quienes no se queria dejar en paz. Cuando los portugueses volvieron á presentarse; en lugar de algunos labradores tímidos y dispersos, hallaron batallones que los destrozaron y persiguieron hasta el pié de sus fortalezas , echándose de ver que la nueva tropa no retrocedia , y que se reunia sin confusion bajo el fuego enemigo.

Eran pues las Misiones un estado sin los inconvenientes de una constitucion enteramente guerrera como la de los lacedemonios , y sin los de una sociedad del todo pacífica , como la fraternidad de los cuáqueros. Resolvióse el gran problema político: viéronse reunidas la agricultura que funda, y las armas que conservan, pues los Guaranies eran cultivadores sin ser esclavos, y guerreros sin ser feroces. Inmensas y sublimes ventajas debidas á la religion cristiana, y de que no pudieron gozar bajo el politeismo , los griegos ni los romanos.

Observaban en todo , ese sabio término medio ; puesto que la *República cristiana* ni era exclusivamente agricola , ni enteramente belicosa , ni carecia de los beneficios de las letras y del comercio , nada se habia olvidado en ella , y solo abundaba en fiestas.

No era tétrica como Esparta , ni frívola como Atenas ; el ciudadano no se veia agoviado con el trabajo ni afeminado por el placer.

Procurábase casar pronto á los jóvenes para evitar el libertinaje.

El domingo, despues de la misa, se celebraban los desposorios y los matrimonios, y por la tarde se administraba el bautismo á los catecúmenos y los niños.

Las mujeres sin hijos, se retiraban, durante la ausencia de sus maridos, á una casa particular llamada *Casa de refujio*.

Si alguno infrinjia las leyes, se le reprendia en secreto la primera falta; la segunda era castigada con penitencia pública en las puertas de la iglesia, y la tercera con azotes. No obstante, apenas hai ejemplo en siglo y medio que duró aquella república, de que indio alguno hubiese menester de semejante castigo. «Todos sus defectos son pueriles», dice el padre Charlevoix. La mudanza de sus costumbres era un milagro patente al Nuevo-Mundo. Júzguese sino de sus virtudes por la espresion sencilla del obispo de Buenos-Aires: «Señor (escribia á Felipe V), en estas numerosas tribus, compuestas de indios naturalmente inclinados á todo jénero de vicios, reina tal inocencia, que no creo se cometa en ellas un solo pecado mortal.»

Entre aquellos indios cristianos no habia que deplorar litijios ni querellas, ni se conocian el *tuyo* ni el *mío*, pues (como observa Charlevoix), el que se halla siempre dispuesto á partir lo poco que tiene con los que lo necesitan, nada tiene suyo. Provistos con abundancia de las cosas necesarias á la vida; gobernados por los mismos hombres que los habian sacado de la barbarie; gozando en sus familias y su patria de los sentimientos mas dulces de la naturaleza; conociendo las ventajas de la vida civil, sin haber salido del desierto, y los encantos de la sociedad sin haber perdido los de la soledad; aquellos indios podian jactarse de gozar una felicidad sin ejemplo en la tierra.

La hospitalidad, la amistad, la justicia y las tiernas virtudes brotaban naturalmente de sus corazones á la voz de la Religión; bien así como el olivo deja caer sus maduros frutos al sople de apacibles vientos. Muratori pintó exacta y lacónica-

mente aquella república cristiana, intitulado la descripción que hizo de ella: *Il Cristianesimo felice*.

Parécenos que al leer esta historia, se despertará un solo deseo: el de atravesar el oceano, y alejarse de la agitación y las revoluciones para correr en busca de una vida obscura en las cabañas de los salvajes. Mas ¡hal los desiertos no son bastante profundos, ni harto dilatados los mares para librar al hombre de los dolores que lo asedian. Siempre que se refiere la historia de la felicidad de un pueblo, es forzoso terminarla con su catástrofe. En medio de las mas halagüeñas pinturas, se ve oprimido el corazón del que la escribe ante esta triste reflexión que se le ofrece sin cesar: *¡Nada de esto existe ya!* (Estractado de Chateaubriand).

II. — Pájina 47.

Sobre el crecimiento del Delta.

Nuestro Delta se engranda dia por dia, estendiéndose por su base sobre el lecho del Plata. Tal es la lei de la formación de los deltas; todos, con mas ó menos lentitud, van avanzando sobre el mar, lago ó estuario donde desembocan sus rios. Cálculase que el Delta del Nilo tuvo su origen en una época posterior al principio de los tiempos históricos, habiendo sido antes un golfo del Mediterráneo. Consta que Arles, ciudad antiquísima, distante hoy doce leguas de las bocas del Ródano, fué fundada en la embocadura de este rio, habiéndose formado despues un Delta de setenta leguas cuadradas, que la ha alejado del mar, que antes tenia á sus puertas. Quizá no sea tan remota la época en que el Rio de la Plata se estendia treinta leguas mas arriba, hasta la villa de San Pedro, donde debió ser la primitiva embocadura del Paraná.

Una torre construida en 1737 en la boca del brazo principal del Ródano, hoy está á una legua de distancia de la misma boca; lo que prueba que aquel Delta se avanza 33 metros por año. Está averiguado que el Delta del Nilo se estiende 4 metros

al año ; y el del Po , que es el rio mas caudaloso de Italia , 25 metros. El del Paraná , que parece agrandarse con mayor rapidez , no pasarán muchas jeneraciones sin que se le vea al frente de la ciudad de Buenos-Aires. Personas , no mui ancianas , aseguran que cierta estension considerable de las islas no existia en la época de su juventud. Puede decirse que se forman de un año para otro nuevos y dilatados juncales en medio del rio , que son la primera base de las futuras islas ; lo mismo sucede en las costas , cuyos *bajos* se ensanchan ostensiblemente ; y se tiene por indudable que el anclaje de nuestra rada estaba en otro tiempo mas cerca que hoi de la ciudad. Todo esto induce á creer que el crecimiento de nuestro Delta se opera con una rapidez extraordinaria ; si en las costas se fijasen algunas señales para marcar sus limites actuales , dentro de pocos años se podría calcular á punto fijo lo que tardará en ocupar todo el estuario del Plata.

Este fenómeno de la rápida formacion de nuestro Delta ha llamado la atencion de los señores Parish y Bravard , con la diferencia de que este lo atribuye al solevantamiento del suelo por fuerzas subterráneas , y aquel á los aluviones. « Todas las observaciones (dice Parish) que se pueden hacer , tienden á la inferencia de que este estuario , en la actualidad tan magnífico , puede , dentro de algunos siglos , llegar á ser rellenado ú obstruido , formando entonces un gran Delta como los del Nilo , del Indo ó del Ganjes. No se necesita para esto un periodo tan largo como pudiera á primera vista imaginarse (1). »

III. — Páginas 50 y 60.

Sobre las producciones de las Islas y su antigua poblacion.

En la primera edicion de esta obra lamentamos no haber podido obtener un trabajo importante de los Sres. D. Nicolás

(1) Buenos-Aires y las Provincias del Rio de la Plata , tr. del Sr. Maeso , t. I , p. 318.

Descalzi y Dr. D. Juan Maria Gutierrez sobre una de las islas del Delta, ejecutado veinticinco años ha. Este último ha tenido la bondad de satisfacer en parte nuestros deseos, remitiéndonos el fragmento siguiente que por casualidad se habia conservado entre sus papeles.

«La isla de Paicarabí tiene en el sentido noroeste-sueste veinte leguas y dos tercios; y de norte á sud, entre la confluencia del Pasaje con el Guazú y el puerto de Campana (su mayor ancho) seis leguas y un tercio, encerrando una área de setenta y tres leguas cuadradas..... Los riachos Carabelas, Paicarabí, Morán y Chaná la atraviesan á lo ancho; y como treinta arroyos de mayor ó menor consideracion y todos de bastante fondo, la riegan con sus aguas esquisitas..... Todos estos arroyos, así como las Palmas y parte del Guazú y Mini producen en sus orillas naranjos y duraznos en una abundancia prodijiosa, además de muchos arbustos tal vez útiles y de las maderas cuyo corte forma el principal comercio de los pueblos situados en la costa norte del Rio de la Plata hasta las Conchas. Esas maderas son las siguientes: seibos, sauces, alisos, palmas, ibirá (cuya corteza consistente y fibrosa sirve para hacer cuerdas), caña brava y de Castilla, mataojo, laurel-negro, laurel-miní, canelon-blanco; canelon-colorado, arrayan (fragante), sarandí, blanco-grande, blanquillo, amarillo, higuaron, rama negra, multa, tembetaré, curapiti, quilcha, canelon-macho (empleado en el rodado de las carretas), curupí (tan sólido como el ñandubai), palo-de-leche (apropósito para cabos de herramientas y embutidos), etc. etc..... El terreno de la isla puede producir, por medio del arte, mucho mas de lo que produce espontáneamente, pues nos mostraron vestijios de plantaciones (rastros) de tabaco de considerable estension en los arroyos Carabelas y Estudiante. En la confluencia del Moran con el Mini, en la poblacion del Portugués Pintos, vimos una parra, y todos convienen en que hubo muchas de estas en Paicarabí. En la boca de este arroyo, sobre el Mini, vimos algunos árboles de manzana, los cuales abundan tambien (segun el vaqueano) en los campos del arroyo del Durazno. En la ta-

pera de los Padres hallamos guindos en mui buen estado ; álamos en el arroyo Negro ; higueras en Toledo-Grande ; y rosales en el Ñacurutú. Los montaraces hacen sementeras de maiz ; y allí donde hai poblaciones y está despejado el terreno de la vejetacion inútil, se observa que los árboles espontáneos, el naranjo, el durazno, tienen mayor altura y lozanía. En el terreno de la isla, segun nos informaron allí mismo, ha habido ganado alzado en otro tiempo ; pero en el dia no existe, y en clase de cuadrúpedos solo hemos visto ciervos, lobos anfibios, cerdos cimarrones, carpinchos y rastros frecuentes de tigre.» (Noticias sobre la isla denominada de Paicarabi, estractadas del informe elevado al gobierno por D. Nicolás Descalzi y don Juan Maria Gutierrez, en 13 de setiembre de 1834, con motivo del reclamo en propiedad entablado sobre dicha isla por el Dr. D. Juan Andrés Ferrera, heredero de los primitivos agraciados en tiempo del repartimiento) .

N. B. Los títulos primitivos designan así la isla : «La isla «de Gonzalo Alvarez ó de Paicarabi, está situada como á ocho «leguas, poco mas ó menos, de esta ciudad (Buenos-Aires), «á la otra banda del rio de las palmas, cercada de cinco Para- «nás, poblada de casas, árboles frutales y viñas ; y en ella «tuvo uno de los ascendientes del propietario un establecimien- «to de pastoreo por los años de 764 y 62...»

IV.—Pájina 72.

El loro cautivo se rehusa á los impulsos mas poderosos de la naturaleza y no se propaga.

El loro ó papagayo en el estado de libertad se manifiesta mui sensible á los atractivos de la hembra ; es, además, monógamo, y en algunas especies su union es en cierto modo un matrimonio que dura toda la vida. Pero en el cautiverio parece que se estingue en estas aves el instinto de la procreacion ; lo que es tanto mas extraño, cuanto que se aviva el de asociación hasta el grado de una verdadera amistad, como si se consa-

grasen á esta dulce afeccion en cambio de la renuncia intencional que hicieran del amor, para no dar el ser á una familia de esclavos.

«El Sr. Machado posee en su linda pajarera varios papagayos (*psittacus pullarius*). Dos machos que tengo el gusto de observar á menudo, me han ofrecido el cuadro de la mas tierna afeccion. Entre esos verdaderos amigos todo es comun, todo es uno. Nunca se dejan; juntos hacen ejercicios, juntos descansan, mutuamente se limpian, prodiganse á cada paso las mas inocentes caricias, se dan alternativamente el cebo; y para que el sueño no pueda robar un solo instante á la viveza de su ternura, siempre se posan el uno junto al otro, cubriéndose y enlazándose tan ajustadamente con sus alas, que tambien duermen juntos debajo de aquel precioso dosel construido por la amistad.»

(Descuret, *Medicina de las pasiones.*)

V. — Pájina 20.

El chajá nos ofrece lo mas sublime del amor conyugal, etc.

Aunque la union de los sexos en los animales no parezca ser mas que una necesidad fisica, es innegable que en algunos de ellos toma el carácter de un verdadero amor, hasta idealizarse como en el hombre, y aun hallarse unido con un tierno afecto independiente del acto jenerador. Una union afectuosa y de una constancia y fidelidad reciproca, se nota en las águilas, las tórtolas, las golondrinas, los papagayos, los chajaes y otras aves, y tambien en varios cuadrúpedos. Encuentro consignado por Mr. Descuret en la *Medicina de las pasiones*, un hecho interesantísimo que confirma mi aserto sobre la ternura conyugal del chajá. Se refiere á la otra especie de este jénero, que existe en el Brasil, llamada kamichi (*palamedea cornuta*): «Bonnet criaba hacia muchos años un par de esos lindisimos pájaros conocidos en Francia bajo el nombre de *inseparables*, y que los ingleses llaman *aves de amor* (love's birds). Cuando la hem-

bra debilitada por la edad, no podia alcanzar al comedero, el macho le daba el alimento con un cariño que encantaba; cuando llegó al estado de no poder tenerse en pié, hacia los mayores esfuerzos por sostenerla; y cuando murió, se puso el macho á correr con suma agitacion, probó varias veces darle de comer; mas viéndola inmóvil, se detuvo á contemplarla, se puso á exfalar los gritos mas lastimeros, y poco tiempo despues sucumbió.»

VI.— pájina 116.

. . . . la dorada, pez doméstico de la Gran China.

«La belleza del ciprino dorado inspira una especie de admiracion, y la rapidez de sus movimientos es sumamente agradable á la vista. Pero elevemos nuestros pensamientos: aquí tenemos á nuestros ojos uno de los mayores triunfos del arte sobre la naturaleza. El imperio que la industria humana ha logrado ejercitar sobre animales útiles y apasionados, sobre esos intrépidos compañeros fieles é infatigables que siguen á su dueño en sus expediciones, en sus trabajos y hasta en sus peligros—hablamos del perro tan sensible y del caballo tan jeneroso—le ha obtenido la industria sobre el *dorado*; especie mas separada de su influencia que otras, por el fluido en que está sumerjido este pez, mas independiente por su instinto, mas rebelde á sus cuidados y mas sordo á su voz. Pero la constancia y el tiempo han vencido todas las resistencias.

Se pueden contar cerca de cien variedades mas ó menos notables, producidas por la mano del hombre en la especie del ciprino, y este titulo bastante raro de preeminencia y de dominacion sobre las producciones de la naturaleza, es el que hemos creído deber hacer notar.

El deseo de hermosear y amenizar las aguas de sus jardines, de sus retiros apacibles, de alguna mansion consagrada á los objetos que les eran mas caros, ha producido en los chinos la

perfeccion del *dorado*. El nuevo ornato, las nuevas formas, los nuevos movimientos que le han sido impresos por la educacion, han hecho todavia mas necesaria su domesticidad. Las señoras de la China, aun mas sedentarias que las de otros paises, por lo mismo se han visto obligadas á multiplicar en torno de ellas todo lo que puede distraer el espíritu, entretener el corazon, y amenizar sus ocios demasiado largos; principalmente se han rodeado de aquellos ciprinos tan adornados por la naturaleza, tan favorecidos por el arte, emblemas de la admirada hermosura de aquellas mujeres bellas y cautivas; porque las evoluciones, juguetes y amores de estos peces, pueden tal vez reemplazar en las almas tiernas y melancólicas, la fatiga de la inaccion, el tedio de la ociosidad y el tormento de vanos deseos, por sensaciones superficiales pero apacibles, por ideas fugitivas pero gratas, por goces débiles pero consoladores y puros. Asi es que estos peces no solo pueblan sus estanques, sino que ocupan sus pilones, y aun los conservan en lindos vasos de porcelana ó de cristal en medio de sus mas secretos asilos. (Lacepede, *Historia natural de los cetáceos y los peces*).

VII.—Página 121.

El baron de Humbolt, en sus viajes por la América, observó que los mosquitos no pasaban de una capa mui baja de la atmósfera hasta unos quince piés de altura.

Los indijenas habian hecho esa observacion desde tiempos mui antiguos. Dice el padre Lafitau, que los conquistadores encontraron en las márgenes del rio de las Amazonas y del Orinoco, naciones numerosas que construian sus aldeas en el aire sobre troncos de palmas, á la altura de veinte piés del suelo, para librarse de la incomodidad de los mosquitos. (*Mœurs des sauvages américains*).

VIII.—Página 129.

En el Nuevo-Mundo tuvo el hombre un modelo el mas acabado en la República del Camuatí, y un principio mas fecundo en la doctrina del Divino Maestro, para establecer la sociedad sobre las bases de la fraternidad y mancomunidad, como en aquellas colmenas de hombres de las Misiones Guaranies tan celebradas, que florecieron en la misma patria del Camuatí.

La descripcion de las Reducciones ó Misiones que forma la nota primera, servirá de aclaracion y comentario de estas palabras.

IX.—Página 135.

. . . . el primer papel que se conoció en Europa hace seis siglos.

El papel propiamente dicho (artefacto idéntico al material del Camuatí) no tiene en Europa mas antigüedad que la de seis siglos. Montfaucon no ha encontrado, ni en Francia ni en Italia, ninguna escritura sobre papel, anterior al año 1230. El *papiro* (*papyrus*) de los antiguos ejipcios, ninguna semejanza tiene con el verdadero papel, aunque este haya recibido de aquel su nombre. El *papyrus* es un arbusto cuyo tallo se compone de hojuelas ó películas concéntricas. Con dos capas de esas películas, sobrepuestas y pegadas, se formaba una lámina ú hoja, que por eso se le llamó *papiro*. Con tan prolija maniobra, el *papiro* nunca pudo ser sino escaso y caro. Una prueba de ello es que el pergamino le pudo hacer concurrencia hasta reemplazarlo. En la edad media, por largo tiempo no se escribió sino en pergamino; y aun llegó á escasear tanto, que se vieron precisados á raspar preciosos manuscritos antiguos para tener en que escribir. De ahí puede inferirse cuanto se habrá retardado el progreso de la literatura y de la civilizacion por la falta de la invencion del papel que hoi usamos. Este descubrimiento

se atribuye á los Chinos, que lo fabricaban de la corteza del bambú macerada y reducida á pasta; proceder enteramente igual al del Camuati. Segun Mabillon el papel se empezó á fabricar en Enropa en el siglo XII.

X. — Pájina 148.

Sobre el Ombú.

Como el Ombú es una de las especies del jénero *Fitolacca* y segun Lineo, *plantæ quæ genere conveniunt etiam virtute conveniunt*; para venir en conocimiento de las propiedades químicas y medicinales de nuestro árbol, que no están aun averiguadas, debemos informarnos de las de la segunda especie de este jénero (*Fitolacca decandra*) que crece espontáneamente en la América del Norte, donde se hace mucho uso de ella en la medicina y en las artes.

La descripcion botánica de esta última (segun el exámen hecho á solicitud mia por el Dr. D. Vicente Lopez) conviene enteramente con la del Ombú en los caracteres botánicos; la diferencia está solamente en la estatura colosal de nuestro árbol comparado con aquella, y en la particularidad de ser de un solo sexo cada individuo.

En cuanto á las propiedades químicas del Ombú, conocemos ya la gran cantidad de potasa que dan las cenizas de sus hojas y ramas. En la provincia de Entre-Rios lo he visto preferir á otras plantas para la fabricacion del jabon, por la fortaleza de su lejía. Segun Branconnot, las cenizas de la Fitolacca de Norte-América dan no menos de 42 por 100 de álcali cáustico puro ó potasa pura. Tambien abunda este principio en la baya ó fruta del Ombú. Las lavanderas de Buenos-Aires saben aprovecharse de la virtud que tiene de quitar las manchas y limpiar perfetamente la ropa.

Las bayas de la Fitolacca Norte-Américana esprimidas dan un jugo dulzaino y algo nauseoso, y tambien levemente acre, con poco olor. Este jugo contiene materia sacarina, y despues

de fermentado, cede alcohol por la destilacion. El sabor de la raiz es tambien dulzaino, y suave al principio, pero seguido luego de una sensacion de acrimonia.

Propiedades medicinales: La raiz principalmente es vomitiva, purgante y algun tanto narcótica. Como vomitiva es mui lenta en su operacion, pués muchas veces no comienza hasta una ó dos horas después de tomada y entonces continua obrando mucho tiempo, tanto en el estómago como en las tripas; rara vez pasa de cuatro horas. El vómito que produce no es acompañado de mucho dolor ó espasmo; pero algunos médicos han observado juntamente efectos narcóticos, como entorpecimiento, vértigo ó vahidos, y alguna obscuridad en la vision. Se ha propuesto como sustituto de la hipecacuana; pero la lentitud y continuacion larga de su operacion y su tendencia á purgar el vientre, la hacen menos propia para los objetos que aquella acostumbra desempeñar. La dosis del polvo de la raiz como vomitivo es de diez á treinta granos. Cuando se da en dosis menores, como un grano hasta seis, solo obra como alterante, y está mui recomendado para curar el reumatismo crónico ó antiguo.

Se hace de los frutos bien maduros, puestos en infusion en aguardiente comun por unos pocos dias, una tintura bien cargada que se da en dosis de una cucharita de café, tres veces al dia, en un poquito de agua, ú otra bebida cualquiera, para el reumatismo crónico: es un remedio popular en los Estados-Unidos. El Dr. Zollickoffer, médico americano, curó ocho enfermos de dicha afeccion, dando cada cuatro horas una cucharada comun del zumo exprimido del fruto maduro. Para conservar este jugo libre de fermentacion y listo para usarlo durante el verano, aconseja añadir ocho onzas de aguardiente comun de beber á cada cuarta del zumo dicho. La virtud de este jugo, dice, no puede atribuirle á ninguna propiedad narcótica, sino á una propiedad alterante jeneral que ejerce sobre toda la economía animal.

El mismo zumo condensado al fuégo ha sido empleado contra los lamparones y las llagas cancerosas. «Yo uso las hojas, dice

Quer, para las úlceras inveteradas y callosas, y he experimentado bellisimos efectos.»

Los doctores Jones y Kollok, del Estado de Savannah, aseguran que la *Fitolaca* cura el gálico en sus diversos periodos, aun sin el auxilio del mercurio.

Respecto á la longevidad del Ombú, para que no parezca inverosímil la duracion de muchos miles de años, ó mas bien, la *perpetuidad* que le atribuyo, citaré el ejemplo del *Baobab* observado por Akanson en el Senegal, que según sus cálculos, deducidos de las capas corticales, debia tener mas de seis mil años de existencia.

Tambien podemos considerar al Ombú como un pararrayo natural.

Un árbol plantado cerca de la casa, si es mas elevado que el techo, le sirve de pararrayo, robando el flúido eléctrico á las nubes tempestuosas; pero con la diferencia, de que los pararrayos contruidos por el hombre, no sufren al descargar una nube mas que un lijero sacudimiento, mientras que los árboles son mas ó menos destruidos. Sin embargo cuando son despedazados por el rayo, han preservado ya el edificio que tengan inmediato. Por consiguiente es mui útil en los campos tener árboles cerca de las casas; y el Ombú es entre todos el mas propio para defender nuestras habitaciones del rayo, por su elevacion y su naturaleza acuosa.

De estas observaciones se debe inferir, que en las tormentas es espuesto abrigarse debajo de un Ombú ó cualquier otro árbol solo ó aislado; y si es en un bosque, deben elejirse los árboles menos altos para evitar el peligro, porque los mas elevados sirven de pararrayo á los demás.

El Ombú ha llamado la atencion del viajero, y tambien ha inspirado á nuestros poetas mui hermosos versos. Otra vez que pueda disponer de mas espacio, no me limitaré como ahora á entresacar, para adornar mi árbol predilecto, algunas de las bellas y perfumadas flores que le han consagrado los Mitres y los Dominguez.

A un Ombú.

«Eres la verde guirnalda
de la cabaña pajiza ,
que vas marchando de prisa
con el pasado en la espalda
y á tu frente el porvenir.

Donde huye la turba errante
y clava el hombre su planta ,
tu cabeza se levanta
cual la de inmenso gigante
que está diciendo : hasta aquí.

Tu señalas las barreras
que dividen al desierto ,
y oyes el vago concierto
que alzan las auras ligeras
de la Pampa en el umbral.

Eres lo último que muere
de la morada del hombre ,
y aunque en tu tronco no hai nombre ,
estás diciendo al viajero ,
que allí descansó un mortal.

Mas ¿ qué miras ? ¿ La campaña
que á lo lejos se dilata ,
el arroyuelo de plata,
el cielo que nada empaña,
ó el inmenso pajonal ?

No, tú miras á lo lejos ,
al trasponer aquel monte
en el lejano horizonte ,

TEMPE ARGENTINO ,
 como en májicos espejos ,
 lo que es y lo que será .

Miras la Pampa argentina
 de ciudádes matizada ,
 y por mil naves surcada
 la laguña cristalina
 que hoi cubre verde juncal ;
 miras la pobre cabaña
 que en palacio se trasforma ,
 y que al tomar nueva forma
 una nueva luz la baña
 con resplandor sin igual .

Miras al indio tostado
 que lanzando un alarido ,
 vá huyendo despavorido
 por el llano dilatado
 en pavoroso tropel ;
 y tras él el tigrè fiero
 que abandona su dominio
 hoi teatro de esterminio ,
 que ocupa un pueblo altanero
 y que trasforma en verjel .

No pases mas adelante ,
 que mas lejos , abatido ,
 marchito y descolorido
 verás al Ombú gigante ,
 hoi de la pradera rei ;
 y en su lugar la corona
 verás alzarse del Pino ,
 que unido al hierro y al lino ,
 sirve al hombre en toda zona
 para dar al mundo lei .

Ese destino te espera ,
 Arbol, cuya vista asombra,
 que al caminante das sombra
 sin dar al rancho madera ,
 ni al fuego una astilla dar :
 recorrerás el desierto ,
 cual mensajero de vida,
 y, tu mision concluida ,
 caerás cual cadáver yerto
 bajo el Pino secular. »

(BARTOLOMÉ MITRE—*Rimas.*)

El Ombú.

«Cada comarca en la tierra
 tiene un rasgo prominente ;
 el Brasil su sol ardiente ,
 minas de plata el Perú ,
 Montevideo su Cerro ,
 Buenos-Aires—patria hermosa—
 tiene su Pampa grandiosa ,
 la Pampa tiene el Ombú.

.....

No hay allí bosques frondosos ,
 pero alguna vez asoma
 en la cumbre de una loma
 que se alcanza á divisar ,
 el Ombú solemne , aislado ,
 de gallarda airosa planta ,
 que á las nubes se levanta
 como el faro de aquel mar.

El Ombú ! Ninguno sabe
 en que tiempo ni que mano
 en el centro de aquel llano
 su semilla derramó ;

mas su tronco tan ñudoso ,
su corteza tan roida ,
bien demuestran que su vida
cien inviernos resistió.

Al mirar como derrama
su raiz sobre la tierra ,
y sus dientes allí entierra
y se afirma con afan ,
parece que alguien le dijo
cuando se alzaba altanero :
ten cuidado del Pampero ,
que es tremendo su huracan.

Puesto en medio del desierto ,
el Ombú como un amigo ,
presta á todos el abrigo
de sus ramas con amor ;
hace techo de sus hojas
que no filtra el aguacero ,
y á su sombra el sol de enero
templa el rayo abrasador.

Cual museo de la Pampa
muchas razas él cobija ;
la rastrera lagartija
hace cuevas á su pié ;
todo pájaro hace nido
del gigante en la cabeza ;
y un enjambre en su corteza
de insectos varios se vé.

Y al teñir la aurora el cielo
de rubí , topacio y oro ,
de allí sube á Dios el coro
que le entona al despertar
esa Pampa , misteriosa

todavía para el hombre ,
 que á una raza dá su nombre
 que nadie pudo domar.

.....

¡ Cuánta escena vió en silencio !
 ¡ cuántas voces ha escuchado
 que en sus hojas ha guardado
 con eterna lealtad !
 El estrépito de guerra
 su quietud ha interrumpido ;
 á su pié se ha combatido
 por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
 grabadas con el cuchillo ,
 quizá por algun caudillo
 que á los indios venció allí ;
 por uno de esos valientes
 dignos de fama y de gloria,
 y que no dejan memoria
 porque murieron aquí!

A su sombra melancólica
 en una noche serena ,
 amorosa cantilena
 tal vez un gaucho cantó ;
 y tan tierna su guitarra
 acompañó sus congojas ,
 que el Ombú de entre sus hojas
 tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
 el señor de aquella tierra ,
 de su ganado la *yerra*
 presencia alegre tal vez ;
 ó tomando el *matecito*

bajo sus ramos frondosos ,
pone paz á dos esposos ,
ó en las carreras es juez .

A su pié trazan sus planes ,
haciendo circulo al fuego ,
los que van á salir luego
á correr el avestruz
y quizá para recuerdo
de que allí murió un cristiano
levantó piadosa mano
bajo su copa una cruz .

Y si en pos de amarga ausencia
vuelve el gaucho á su Partido ,
echa penas al olvido
cuando alcanza á divisar
el Ombú , solemne , aislado ,
de gallarda airosa planta ,
que á las nubes se levanta
como faro de aquel mar . »

(LUIS L. DOMINGUEZ—*América Poética.*)

Cuando salió á luz el *Tempe Arjentino* en su primera edicion, el Dr. D. Juan Maria Gutierrez tuvo á bien enviarme los hermosos versos siguientes, acompañados de estos halagüeños conceptos que agradezco cordialmente: «En prueba y en humilde recompensa del placer que me ha causado su libro, le incluyo, dedicándosela, esa composicion inédita y, sin esta circunstancia, condenada á perpetuo olvido»

El Ombú.

Sobre la faz severa de la estendida Pampa
Su sombra bienhechora derrama el alto Ombú ,
Como si fuese nube venida de los cielos
Para templar en algo los rayos de la luz .

El solo, poderoso, puede elevar la frente
 Sin que la abrase el fuego del irritado sol,
 En la estacion que el potro discurre en la llanura
 De libertad sediento, frenético de amor.

El solo, hijo gigante de América fecunda,
 Aislado se presenta con ademan audaz,
 A desafiar el golpe del repentino rayo,
 A desafiar las iras del recio vendaval.

En tanto que las hojas de su guirnalda inmensa
 Apenas su conmueven sobre su altiva sien,
 Apuran sus corceles los hombres del desierto,
 Asilo, temblorosos, pidiéndole á su pié.

Y encuentran, cobijados del pabellon frondoso,
 Abrigo contra el soplo del viento destructor,
 Y en calorosa siesta la sombra regalada
 Que inspira dulces sueños cargados de ilusion.

Oh ! necio del qué inculpa por indolente al gaucho
 Que techo artificioso se niega á levantar:
 El cielo le ha construido palacio de verdura
 Al pié de la laguna, su trasparente umbral.

¿ No mira cual se mecen las redes del hamaca
 Al viento perfumado que ha calentado el sol,
 Y dentro de ella un niño, desnudo y sin malicia,
 Fruto de los amores que el árbol protejió?

¿ En derredor no mira los potros maniatados
 Las bolas silbadoras, el lazo y el puñal?
 ¿ La hoguera que sazona riquísimos hijares,
 Y el poncho y la guitarra y el rojo chiripá?

En todos los placeres del gaucho y los dolores,
 El árbol del desierto derrama protección;

Con su murmurio encubre la voz á los amantes ,
O el ¡ ay ! del que en la liza herido sucumbió .

Por eso muchas veces se miran levantados ,
Al pié del vasto tronco de un olvidado ombú ,
Pidiendo llanto y preces al raudo pasajero
Los siempre abiertos brazos de la bendita cruz .

Buenos-Aires , 1839 .

XI.—Pájina 163.

Entre las innumerables plantas desconocidas y raras de nuestras islas.....

En 1854 el herbario de M. Bomplaud tenia mas de tres mil plantas de la region del Plata.

XII.—Pájina 167.

Sobre la Flor-de-la-Pasion.

La *Pasionaria* se encuentra en Asia y en América , mas su primera patria es todavía un Misterio. El Sr. Magariños Cervantes ha tenido una feliz inspiracion , tan piadosa como patética , al atribuir su primer orijen á una gota de la sagrada sangre del Redentor del mundo , en los preciosos versos que ha consagrado á la misteriosa *Flor-de-la-Pasion*.

EL BURUCUYÁ.

(FLOR DE LA PASION).

Embalsamando la erguida
Frente de mi patria hermosa ,
Hai una flor primorosa
Del trono de Dios caída ;
Como virjen pudorosa
Velada en su manto aerio ,

Ella sujeta á su imperio
Alma y corazón ; — el hombre
La llamó al ponerle nombre :
« De las flores el misterio. »

Sobre el trono purpurino
De sus hojas de esmeralda
En enlace peregrino ,
Levántase una guirnalda
De espinas, y alabastrino
Pedestal, en cuya punta
Tres clavos se ven que el aura
Separa amorosa y junta ,
Cuando su brillo restaura
El nuevo sol que despunta (1).

Y se ven al par en ella
Con rojo polvo imitadas ,
Cinco llagas , como huella ,
De las heridas sagradas
Que en su santa misión bella
El hijo de Dios un día,
Por la humanidad impía
Enclavado en el madero ,
Recibió del pueblo fiero
Que le ultrajó en su agonía.

Y acaso cuando él herido
Ya sin fuerzas, tristemente,
Al pecho inclinó la frente,
Sin exhalar un gemido,
De aquella sangre inocente
Una gota cayó al suelo,
Y la tierra sin consuelo

(1) Esta flor se cierra y marchita al ponerse el sol, y no se abre ni recobra su brillo hasta que el astro reaparece.

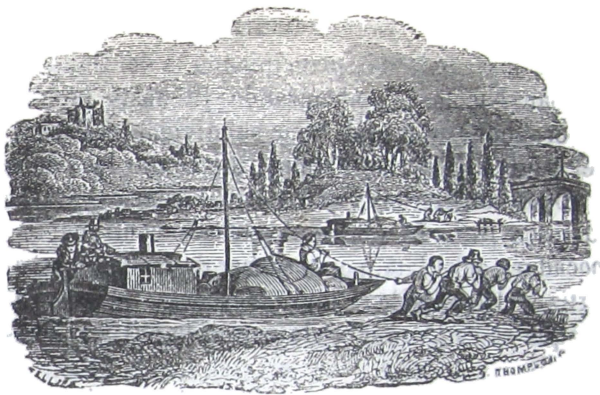
Brotó una flor de esperanza,
 Como prenda de alianza
 Entre los hombres y el cielo.

El soplo de la tormenta
 Arrebató sus semillas
 Y las trajo á las orillas
 Que el Atlántico sustenta;
 Aquí, do las maravillas
 De la creacion entera,
 Como estrellas en la esfera
 Derramó la santa mano
 Del único Soberano
 Que en todas partes impera.

Y cuando llegó el instante
 En que la grei castellana,
 En sus playas clavó ufana
 Su enseña y la cruz triunfante;
 Halló en esa flor, radiante,
 Sobre su cáliz posado
 Como en un jermen fecundo,
 El trasunto idealizado
 De ese misterio sagrado,
 Vida y luz del nuevo mundo.

De esa religion sublime
 Que igual no tiene en la tierra,
 Que toda virtud encierra,
 Que alivia á todo el que jime;
 Que si injusto nos oprime
 Encarnizado el destino,
 Levanta una mano al cielo
 Y con la otra en el suelo,
 De la virtud el camino
 Nos muestra con santo anhelo!

A. MAGARIÑOS CERVANTES. (*Brisas del Plata.*)



APÉNDICE.

DESCRIPCION DEL DELTA

POR

D. DOMINGO F. SARMIENTO.

(*Estractada del Nacional.*)

Quedaria mui incompleto el cuadro de nuestro Delta si no añadiese algunos de los bellísimos rasgos trazados por la pluma del Sr. Sarmiento en una serie de artículos descriptivos que publicó en el *Nacional* del mes de diciembre de 1855. Helos aquí.

El cabo de San-Antonio y de Santa-Maria, señalan en el mapa los estragos del Rio-de-la-Plata al hacer su primera irrupcion en el Atlántico. Tan grande es la abertura, que Solís la tomó por bahía y engolfó sus carabelas rio arriba, buscando paso al Óceano, que otro mas afortunado llamó despues Mar-Pacífico. La obra de reparacion

es mas colosal todavía, principiando la del Delta del Plata en San-Nicolás, y alcanzando ya hasta la altura de San-Fernando, en las islas que subdividen el Paraná Guazú, el Miní, y el de las Palmas, sin contar los centenares de arroyos subalternos que en otro estuario pasarían por caudalosos rios. La obra subacuática continúa hácia la embocadura del Plata, por el placer de las Palmas, el banco Ortiz y el Inglés de fatídica presencia, que es el último Delta que se está preparando para tiempos y pueblos futuros.

Las islas vienen á pasos rápidos, ó mas bien marchan hácia el mar. El *junco* es el primer dia de la creacion de las islas; las cardas y el seibo hacen la mañana y la tarde del dia segundo. Sobre los frágiles juncos se mece luego el *blandengue*, avecilla de cuello colorado por imitar á los seibos floridos, mientras que la tierra incuba larvas que devoran las hojas anchas de las plantas acuáticas. Un roedor sin nombre es el primer cuadrúpedo que reina en esta creacion embrionaria.

Mientras el junco avanza como una guerrilla de descubierta, y se crea la tierra nueva, las islas de mas antigua data se han secado á los huracanes, lo bastante para dar nacimiento á otras plantas de composicion mas esmerada. Figuran como arbustos la *rama-negra*, el *sarandí*, el *amarillo*, el *laurel-mini*. Descuellan el *laurel*, el *guacú*, el *canelon*, y otros arbustos de adorno, y árboles de leña. Manadas de carpinchos frecuentan sus costas, bañándose en los canales en las noches de luna, y guareciéndose de dia entre las enredaderas que entretejen plantas, arbustos y árboles en impenetrable masa de verdura; y esta es la mañana del dia tercero, que la tarde la forman los *duraznales* que empiezan á mostrarse de trecho en trecho con sus sábanas de flores rosadas en la primavera y sus do-

rados frutos en el otoño. ¡Cómo hacer comprender al habitante de ciertas rejiones de la fértil Francia, donde pueblos enteros viven de cultivar en espalderas los duraznos arrimados á paredes de ladrillos construidas al efecto para que ayuden con su calor artificial al progreso de la vegetacion, ¿cómo hacerles comprender, decíamos, que hai islas encantadas, donde crecen espontáneamente los duraznos y cubren la superficie del rio con sus flores deshojadas ó sus frutos desperdiciados, que son un don de Dios, sin otro dueño que el que tiende la mano á recojerlos, y que esporta, no en canastillas de mimbre, por docenas, sino en lanchas cargadas de borda á borda, para vender por un maravedí el ciento á los habitantes de las ciudades? ¿Pero qué diria si añadimos que á la rejion de los duraznos se sucede la de los naranjos que ocupan islas enteras, y una sucesion de islas que abraza veinte ó treinta leguas, sin ser celebradas como el verdadero jardin de las Hespérides? ¡Tan cierto es que el hombre en sus ensueños poéticos no hace mas que presentir ó adivinar la belleza que Dios crió y existe, y él no hace mas que idealizar!

Mas arriba las islas son altas, el *tala* desarrolla su espinoso ramaje como en el continente, y la *gramilla* y la *cola-de-zorro* invitan á los ganados á pacerlas. Discurren venados y gamas ligeras por aquellas soledades, y persiguen las tigres hambrientos y feroces, que de isla en isla descenden por los rios, estraviados ó huyendo de las inundaciones que penetran en sus guaridas. Entre las enredaderas de flores vistosas hai una que produce una papa suculenta (4) y saludable, y entre las gramineas hai po-

(4) Será tal vez la llamada *carapé*, que en guaraní significa *petiso*, por su forma chata como una torta. N. del E.

rotillos deliciosos que suministran grato alimento á los accidentales habitantes de las islas. La *pavas de monte* son el rival feliz de los faisanes de la India, y en las islas tienen entre cañaverales sus moradas.

Como se vé, la creacion está tocando á su apojeo de belleza, á medida que se asciende rio arriba, hasta las islas de Sant-Fé y Corrientes, cubiertas de bosques seculares, sobre los que descuellan palmas de madera utilizable, y donde abundan leones, aguarás, osos-hormigueros, monos y caimanes voraces.

En una de las grandes islas allende el Paraná-de-las-Palmas encuéntranse vestijios de un templo de los jesuitas, á cuyas inmediaciones se han propagado, á mas de naranjos y duraznos, perales, membrillos y manzanos.

Los mapas de jeografía y aun los hidrográficos son poco esmerados en la demarcacion de los canales que aislan la superficie de este terreno de nueva creacion. El almirantazgo inglés está haciendo levantar la carta de los rios Uruguay y Paraná, y merced á este trabajo, es posible que veamos un dia en escala mayor el Delta del Paraná, con cada uno de sus canales y la verdadera configuracion de las islas. Entonces se presentará bajo un golpe de vista el pais mas asombrosamente preparado por la naturaleza para el rápido desarrollo de un pueblo navegante, agricultor y comercial. Los celebrados canales de Ejipto, los de Holanda y Estados-Unidos, fruto de la intelijencia y de millones sepultados en su apertura, son nada en comparacion de este vasto sistema de canalizacion, que repite en escala aplicable á naciones ó estados, lo que solo se ve en Saardan y Venecia en el recinto de ciudades.

La naturaleza ha hecho del Delta el bello ideal de la canalizacion. Divídenlo en departamentos los grandes brazos del rio; y en partidos los grandes canales como el de

las Carabelas, la Espera, la Rama-Negra y el Carapachai. Otras líneas acuáticas forman los barrios, tan distintos y marcados como nuestras demarcaciones de ciudades; y aun en las islas que los forman, penetran canales que sirven de desagüe permanente á las tierras interiores, y ofrecerán mas tarde vias fáciles al propietario para extraer del fondo de su quinta las maderas y los frutos de la agricultura.

Puntos hai donde los vapores pueden recorrer el interior de una isla, ó circumnavegarla á su eleccion.

La quietud y profundidad de las aguas se presta á toda clase de vehículos, desde el vapor, hasta la góndola veneciana; y hoi mismo que el Delta está desierto, como puede estarlo una ciudad con sus calles y sus plazas, canales hai por donde pasan al dia cuarenta embarcaciones; y puntos desde donde se divisan líneas de buques que marcan entre la masa infinita de las islas las sinuosidades y direccion de las canales lejanas.

Las islas son inundadas frecuentemente por la creces del Paraná. ¿Podrán ser habitadas? Las Conchas son un pueblecito que hará dos siglos está fundado en el terreno de las islas. Ni un palmo, ni una pulgada mas suben las aguas en el Delta que en las Conchas.

La Holanda, la campaña adyacente á Venecia, Venecia misma, el Ejipto, los llanos de Cundinamarca en América, y provincias enteras de las Indias Orientales, están sobre terrenos inundables, y pueblos felices aprovechan de este accidente que reputan como en Ejipto el mas rico don del Cielo. Donde como en Chile, Valencia, San-Juan y Mendoza la tierra es seca y fértil, el labrador abre canales de irrigacion para inundar sus terrenos á fuerza de dinero y sudor, que economizan en otras partes las lluvias del cielo que riegan caprichosamente la tierra, empapán-

dola hasta malograr las cosechas, ó escaseando su vivificante influencia por años enteros, haciendo perecer las plantas y los ganados, y produciendo hambre y pestilencias. El Delta se riega á sí mismo, y nunca falta verdor á las plantas, ni se sabe que hayan perecido por exceso de humedad.

Un escritor anónimo notó, no ha mucho, que los del interior se ocupaban con predilección de la isla de Martín-García, y cierto que alguno ha habido que desde lejos, con el mapa desarrollado ante sus ojos, como lo acostumbra los jenerales para trazar sus planes, se ha preguntado siempre ¿qué son, qué hacen esas islas surcadas de canales navegables, que la tierra entera no presenta tan afortunadamente distribuidos, ni colocados en tan bella situación comercial é industrial?

No ha mucho (1) que nos hicimos conducir á San-Fernando por algunos amigos, con el ánimo de ver con los ojos las islas que solo conocíamos hasta entonces por el estudio y la inducción, y poniéndonos desde luego en contacto con varios vecinos respetables de aquella población, empezamos nuestras exploraciones, interrogatorios y colección de datos sobre los productos de las islas, comercio actual de los ríos, y tradiciones del antiguo del Paraguai, valor de los fletes y de las maderas, con detalles minuciosos y observaciones personales, obtenidos en repetidos viajes por tierra y agua, que serán el asunto de subsiguientes publicaciones, con la narración de lo que desde entonces hasta aquí se ha hecho, que es inmenso, y lo que puede y debe hacerse de parte de las autoridades para desarrollar un mundo en jérmen, y que no pide sino el *fiat* de la lei y de una administración intelijente,

(1) En setiembre de 1853. N. del E.

para transformar desiertos en campiñas y hacer brotar como por encanto riquezas, ciudades, bosques, agricultura y agricultores, provision de mercados y vistas deliciosas.»

Dos años despues, en 1857, se leia en el *Nacional* lo siguiente :

San-Fernando y las Islas del Paraná.

No hace dos años y medio que las islas del Paraná entraron á figurar entre los elementos de desarrollo que el pais presentaba.

Las descripciones novedosas que de su belleza é importancia industrial se hicieron, suscitaron la duda de algunos y el ridículo de otros. Muchos mas fueron sin embargo los que creyeron, y jeneralizándose á todo el litoral el movimiento, y tomando parte en él centenares de extranjeros ó acaudalados ó injeniosos, ha continuado hasta la fecha, en que aparece bajo formas colosales, y anticipándose á toda espectacion.

Sabemos de comerciantes de San-Fernando, que aquel mercado vive hoi de proveer á las necesidades y consumos de las islas. Calcúlense de dos mil á tres mil los trabajadores ocupados en desmontar sus albardones y sustituir á las malezas improductivas el cultivo de árboles y plantas dignas de su estremada feracidad. Las plantaciones invaden ya el litoral de todos los canales por leguas sin interrupcion, y son mayores y mas valiosas las que se hacen á distancia de diez leguas de San-Fernando del otro lado del Guazú. Plantador hai que tiene cuarenta trabajadores, entre ellos aserradores y herreros, y que ha plantado este invierno un millon y ochocientos mil sauces, fuera del terreno dejado para el cultivo de legumbres, que se producen estraordinariamente grandes.

Las casillas y *chalet* suizos que se construyen á la orilla de los canales, y en las que residen familias europeas ó del país, embellecen la perspectiva con asombro de los navegantes que encuentran habitaciones risueñas en donde, pocos meses antes, habian dejado soledades solemnes ó monótonas.

Los carapachayos han encontrado compradores de sus pequeñas plantaciones, y lo que es mas, trabajo inagotable en la demanda creciente de estacas, ó embarcaciones para el transporte.

Plantadores hai que poseen goletas, pailebotes, lanchas y botes; y otros que han pedido á Europa un vaporcillo para establecer comunicaciones regulares.

Cuéntanse por millones los árboles plantados, y por docenas de leguas la estension de país invadido, aunque con interrupciones, segun que las islas, por su mayor ó menor altura se prestan al cultivo.

Como se vé, el impulso está dado, y ahora es obra del tiempo, pero mui corto, el que Buenos-Aires agregue á su territorio una provincia rica en productos, cubierta de bosques, y canalizada por la naturaleza, todo sin que haya costado un sacrificio, ni una batalla para conquistarla. Las islas pueden ser un paraíso antes que el ferro-carril haga fácil visitarlas por recreo; y un almacen de los mas ricos productos que ostente su mercado. Ya empiezan á proveerse al paso los buques del cabotaje de legumbre en abundancia.

Los plantadores urjen porque se les dé en propiedad el terreno que ocupan á título de posesion. Los costos del cultivo son enormes, y si se atiende á que no se desmonta una cuadra por menos de mil doscientos pesos (1), el Estado no da nada que valga la pena.

(1) Papel-moneda, equivalente á 55 fuertes. (N del E.)

Lo que creemos urgente es que el gobierno mande levantar un plano de las islas, siguiendo el laberinto de sus numerosos canales. Sin esta carta la administracion no se entenderá luego en el laberinto de posesiones, cuya ubicacion se ignora.

CONSIDERACIONES SOBRE EL RIO PARANÁ

POR

D. CARLOS PELLEGRINI.

(Extractadas de la Revista del Plata.)

En el año 1830, volviendo de la ciudad de la Bajada á la de Buenos-Aires, por agua, hicimos algunas observaciones que vamos á referir y ampliar.

Por correr el Paraná en un suelo aluvional, y por lo mismo de naturaleza homogénea, resulta que su curso ofrece en todas partes los mismos caracteres, los mismos síntomas hidráulicos. Esta uniforme contestura es la causa porque los marineros pronto adquieren el tacto necesario para vencer las dificultades que esta navegacion presenta, por mas fácil que sea. En las inflexiones del rio, la ribera cóncava, hácia la cual se ladea naturalmente la corriente, está siempre cortada á plomo, como si fuese la de un muelle; circunstancia feliz, debida á la naturaleza arcillosa y desleible de la tierra, que permite á los buques atracarse á tierra cuando los sorprende la noche ó algun temporal, y esperar allí, amarrados al tronco de un árbol, sin sufrir la menor incomodidad hasta que cese el peligro. Añadid á esta inflexion de la corriente, á esta pared vertical que ella produce, añadidle una pequeña playa, y tendreis un puerto del Paraná. Así son todos

ellos: el Rosario, San-Nicolas, la Bajada, y los mejores de cuantos hai por ahora.

Reflexiónese en los medios que brindará á los barcos de vapor esa comodidad de poder acercarse en salvo á un dique, aunque de tierra, para proveerse en distintos puntos de combustible; para cuyo objeto no tendrán mas que hacer acopiar los árboles muertos de vejez, ó arrancados por la corriente, de que están llenos el centro y las orillas de las islas. Algun dia hemos de valernos de estos propios recursos naturales, por lo costoso de los acarreos de carbon fósil de ultramar.

El Paraná, en su estado medio, casi rasa la superficie de las islas, y en todas partes está perfectamente encajonado. Con esa altura de agua medí su velocidad, y la hallé de unas dos millas y media por hora.

Esta observacion está de acuerdo con la que apuntó en el *Times* el capitan Hotham. Dicese allí, que la corriente del Paraná varia entre 2 y 4 millas por hora, segun la estacion.

Hé aquí los datos y observaciones del mismo capitan, en el diario espresado, respecto al rio Paraná:

«Después del difícil pasaje de Martin-Garcia, no se ofrece obstáculo alguno á la navegacion hasta cincuenta leguas mas arriba. En todas partes la canal es honda, y se puede navegar sin peligro, de dia y de noche clara, hasta el Rosario, punto el mas importante de la costa, y mercado el mas occidental situado sobre el rio, y por consiguiente el mas céntrico de la república. Su fondeadero es excelente; los buques pueden acercarse á la ribera, cargar y descargar con la mayor comodidad. Como las embarcaciones que calan hasta 14 pies ingleses pueden en todo tiempo navegar hasta este punto, no me cabe la menor duda que un comercio directo puede entablarse entre

el Rosario y la Europa, para un gran número de bergantines y corbetas.

A 80 leguas del Rosario se encuentra el paso de San-Juan, el mas trabajoso del rio por su poca profundidad cuando el rio está mui bajo. Solo los buques que calan 7 piés y medio pueden salvarlo en toda estacion. Desde este punto ya hallan obstáculo los buques hasta Corrientes, y aun hasta la Asuncion.

La navegacion del Rio-de-la-Plata, desde Montevideo hasta el canal de Martin-Garcia, es accesible á los buques que calan de 16 á 18 pies.

La navegacion del rio Paraná hasta Corrientes, es accesible á los buques que calan hasta 14 piés, cuando el rio está alto.

La navegacion del rio Paraguai hasta la Asuncion es accesible á buques que calen 7 piés y medio, y creo que con este calado podrán remontar hasta Coimbra.» Hasta aquí el Sr. Hotham.

Bien favorecidos por el viento, los buques van de la Bajada (ó ciudad del Paraná) á Buenos-Aires en tres dias. Para el regreso gastan el mismo tiempo, porque van casi en lastre. Con todo, esto prueba la poca declividad del rio. La distancia desenvuelta de uno á otro punto es de 150 leguas. Hai ejemplo de buques que han hecho este viaje en dos dias, navegando de dia y de noche.

Los vapores (el Argentino v. g.) hacen un viaje redondo de Buenos-Aires al Rosario en cuatro ó cinco dias.

Los botes y barquichuelos sin puente, obligados por lo mismo á navegar por la costa, suelen pasar por el brazo de las Palmas, para venirse al puerto de San-Fernando ó al Riachuelo de Barracas.

Es de notar que por la boca de las Palmas fué por donde Sebastian Gaboto entró al Paraná en 1527. La mayor

de sus naves, que no pasaba de 60 toneladas, entró al Uruguai y fué arrojada á la costa. Las que Solis mandaba en 1516 eran dos de 30 toneladas, y otra un poco mas grande.

MEMORIA SOBRE EL RIO PARANÁ,

POR

D. ANJEL MONASTERIO (1812).

No dudo que será leida con sumo interés la descripcion del Paraná, hecha años hace por un intelijente observador. La he tomado del *Registro estadístico de Buenos-Aires* (1822), cuya redaccion estaba á cargo del Sr. Dr. D. Vicente Lopez. El ilustre redactor la recomendó con las siguientes palabras.

«Se ha franqueado al editor este artículo para que lo publique, como obra del finado coronel de artillería Don Anjel de Monasterio. Basta nombrarlo para sentir un profundo respeto á las virtudes, á la filantropía y al saber de este español, benemérito de la patria. Cuando esta pronunció que llegaba la hora de su elevacion política, aunque los españoles arrastrados jeneralmente de un comun instinto, corrieron á colocarse bajo los estandartes del orgullo, de la usurpacion y de la barbarie, hubo sin embargo algunos en honor de la humanidad, que superiores al instinto vulgar de la nacion, supieron decidirse sin trepidacion alguna por un grande movimiento que contenia todos los caractéres de una empresa tan justa y benéfica, como elevada é inmortal. El sabio Monasterio fué uno de estos. El se arrebató de la Península con dolor de cuantos gozaban las delicias de su amistad, y atravesando el Oceano, se presentó en las costas del Rio-de-la-Plata,

abandonando su existencia á todos los riesgos de una revolucion, por unir su nombre eternamente á los engrandecimientos de la América. Hoi no existe; pero la naturaleza de sus servicios, la capacidad científica que desplegó en ellos, y las esperanzas que hizo concebir á la patria, han sido bastantes para que quedase inscrito su nombre en el catálogo de nuestros inmortales. La memoria que publicamos la trabajó en los ratos desocupados que le dejaba su comision de fortificar á Punta-Gorda en el Paraná, á principios de 1812. Este pequeño trabajo es recomendable, no solamente por las luces que contiene, sino tambien por los bellisimos sentimientos que se descubren en el autor, y por su fuerte presentimiento de los grandes destinos de este hemisferio, que parece quisiera irlos desarrollando bajo los rasgos de su brillante pluma.»

MEMORIA SOBRE EL PARANÁ.

El rio Paraná tiene su orijen en la cordillera de cerros, que está situada al N. O. del Rio-Janciro, en la latitud austral de 21°. Dirije primero su curso hácia el N. O. hasta la latitud de 19°, en que cambiando de direccion, toma la del sur hasta entrarse por las misiones de los guaraníes. Desde aquí empieza á desplegar su carácter particular, formando un archipiélago de infinitas islas difíciles de describir, y con direccion al O. corre á encontrarse con el rio Paraguai. Este pudiera, por lo mas elevado de su cuna en los 12° de latitud, disputarle el nombre, asi como por la rectitud de su curso; pero el carácter de las islas y anegadizos que conserva hasta su embocadura, le conserva tambien al Paraná su nombre.

Una de las propiedades del Paraná, que interesa mas la curiosidad del observador, es la naturaleza de sus cre-

cientes periódicas muy semejantes á las del Nilo. Con efecto, creemos que no habrá en el globo dos rios cuyas calidades sean mas análogas entre sí. Ambos nacen en la zona tórrida, y con corta diferencia equidistantes del ecuador, aunque en diferentes hemisferios. Los dos desaguan casi en una misma latitud, dirijiendo su rumbo hácia sus respectivos polos. Ambos son navegables en la distancia de muchas leguas, y tienen sus cataratas; uno y otro tienen sus crecientes periódicas en las estaciones respectivas, que haciéndolos salir de madre, inundan una superficie inmensa de terreno; y en ambos es una la causa de sus crecientes, que en nuestro sentir es la abundancia de aguas que cayendo en torrentes sobre los países de la zona tórrida en los cuatro meses en que el sol está mas próximo á los trópicos, llega á engrosar el caudal de estos rios.

Todos saben que las crecientes del Rio-de-la-Plata son variadas y mudables como el viento que las produce. Por las mañanas baja el rio considerablemente, y crece por las tardes en razon de la mayor ó menor velocidad de la brisa; y ya se vé que las aguas del Rio-de-la-Plata no teniendo una creciente constante, tampoco pueden producirla en el Paraná. Además es cosa sabida que en el Rio-de-la-Plata es mayor la elevacion de las aguas en invierno que en verano, á causa de los vientos del S. O. que son mas frecuentes y soplan con violencia en aquella estacion. A pesar de esto en el Paraná sucede lo contrario. Su creciente empieza á últimos de diciembre, que es algun tiempo despues que ha comenzado la estacion de las lluvias en los países situados entre el trópico de capricornio y el ecuador; sigue creciendo sin interrupcion hasta el mes de abril, en que bajando hasta julio con alguna mas rapidez que ha subido, vuelve á quedar

en su cauce natural. En este mes se suele sentir una pequeña creciente á que las jentes del pais llaman el *repunte*, y que atribuimos á las aguas que recoge el rio de las vertientes de la zona templada, en donde es casi siempre lluviosa la estacion del invierno; pero es tan poco sensible el repunte, que nunca se anegan ni aun los lugares mas bajos.

Estas leyes no son invariables: las crecientes, aunque periódicas, no son iguales como no lo son las lluvias en todos los años. En el año de 1812, en que observamos el Paraná por la segunda vez, tuvo una creciente de las mayores que habian conocido los vivientes, y solo las personas de avanzada edad recordaban otra en que las aguas subieron á mayor altura. En efecto, á principios de mayo habia bajado como cuatro piés de Paris, y empezaban á descubrirse las islas; sus cúspides estaban llenas de tigres, zorros, capiguaras, y otros animales ahogados ó muertos de hambre, en tanto número, que el aire se sentia inficionado de sus miasmas.

Habiendo dado esta lijera idea del curso y crecientes del Paraná, vamos á considerarlo en sus relaciones mas importantes, á saber, con respecto á las ventajas de su navegacion y á la utilidad que puede proporcionar á la agricultura. Tres son las causas que regularmente impiden la navegacion de los rios: la mucha rapidez de sus corrientes, la poca profundidad de sus aguas, y los saltos, piedras ó bancos que estorban en su tránsito. Ninguno de estos inconvenientes se encuentra en el Paraná hasta la isla de Apipé. La velocidad de su curso varía con las corrientes, y segun la configuracion de su álveo. Cuando la creciente está en su máximun, la velocidad de las aguas es mayor que cuando baja, y en ambas estaciones es

siempre mayor en los puntos en que se estrecha mas su álveo. En el Rosario, en Punta-Gorda, en Hernan-de-Arias, que son los lugares donde mas se ciñe, nos ha dado en el tiempo de la creciente por su velocidad media, después de seis operaciones, uno y medio pié por segundo: cuando el rio está en madre tiene mucha menos velocidad. Esta no es una misma en todas las anchuras del rio: en el centro del cauce es mayor que en la orilla de la barranca; y en esta, por ser mui acantilada, es mas grande que en los bajos próximos á las islas, en los cuales la velocidad es casi nula; lo que no sucede en el Rio-de-la-Plata, en donde las corrientes son siempre en razon y direccion de los vientos que soplan. Es pues evidente que la rapidez de las corrientes del Paraná no es ostáculo á su navegacion, además de que la esperiencia lo tiene ya demostrado.

Con respecto al fondo, nadie ignora su capacidad para la navegacion de embarcaciones de todo porte hasta la isla de Apipé, y lo sería aun á mayor distancia si no lo estorbara una catarata que se encuentra en este punto. En ninguna parte tiene el paraná menos profundidad que en los dos canales del Rio-de-la-Plata que van á los grandes brazos del Guazú y de las Palmas; sin embargo, en la boca del Guazú conserva siempre, aun en las grandes vaciantes, mas de dos brazas y media de fondo, aunque es menor en el de las Palmas, á causa del gran placer que lleva el mismo nombre.

En toda la demás estension del rio hai una profundidad considerable, no solo en el cauce, sino tambien en la mayor parte de los riachos y sus diferentes brazos. Baste decir en confirmacion, que en el dia se hallan navegando en Europa fragatas de 300 toneladas, construidas muchas

leguas mas arriba de la Asuncion del Paraguai (1).

Desde el cabo de Santa-María hasta la isla Apipé hai una distancia de mas de 500 leguas navegables sin otro escollo que el Banco-Inglés, el cual dejará de ser peligroso en el momento que se interese un gobierno protector del comercio y de la prosperidad del país. En todo el Paraná no hai una sola piedra. Su álveo es de arcilla y arena mui menuda, y aunque se encuentran algunos bancos y bajos, siempre queda un canal suficiente para el paso de las embarcaciones; siendo de notar que al costado de los bancos hai mayor fondo que en el mismo cauce. Lo mismo sucede en el rio Paraguai hasta la laguna de los Jarayos; de modo que el Paraná tampoco adolece del tercer inconveniente que impide la navegacion de los rios.

El Pilcomayo y Bermejo, que por la despoblacion del país no han hecho figura hasta ahora en la jeografia política y mercantil, tienen casi las mismas ventajas que acabamos de describir. Ambos nacen en el Perú; el primero cerca la villa de Potosí, y el segundo en las inmediaciones de Tarija. Corren al principio con alguna precipitacion, por la altura de las tierras de donde bajan; pero luego que llegan á los países llanos, toman un curso apacible y majestuoso. Segun los mejores informes, no tienen otro inconveniente que la multitud de sus vueltas, á causa del poco desnivel del terreno del Gran-Chaco por donde corren, que es el mas horizontal de la América del

(1) Hoi (en 1859) que está mas estudiado el rio, se navega hasta Cuyabá, cuatrocientas leguas mas arriba de la Asuncion. El vapor de guerra *Tacuarí*, de la República del Paraguai, ha probado la posibilidad de una navegacion rápida y sin obstáculos, haciendo un viaje de ida y vuelta en veinte dias, de la Asuncion á Buenos-Aires; y los vapores paquetes *Iporá* y *Salto-de-Guaira*, de la misma República, hacen rápidos viajes por el Paraguai, Paraná y Plata.

Sud. Son inmensas las lagunas que cortan este vasto pais, las cuales lo fecundan al mismo tiempo, porque la igualdad de las tierras facilita las inundaciones en las crecientes del rio Paraguai, en el cual desaguan despues de regar el terreno mas bajo.

Los españoles del siglo XVI, mas activos y emprendedores que sus descendientes, fundaron una ciudad en la márjen derecha del Pilcomayo con el nombre de la Asuncion, para unir sin duda la poblacion de aquella parte con la de las provincias interiores del Perú, y trasportar por medio de la navegacion del rio los frutos y manufactos de aquellas, que en el dia carecen de estraccion, si se exceptúa solamente los metales preciosos, por los costos inmensos de las conducciones por tierra. Es bien fácil conocer los atrasos que ha causado á la poblacion, á la industria y al comercio del Perú una incomunicacion como esta. Así aquella ciudad, como otra que tambien fundaron bajo del trópico en la orilla izquierda del Paraguai, fuéron destruidas por los indios bárbaros y abandonadas enteramente por los españoles. Posteriormente se ha formado en sus inmediaciones un pueblo conocido con el nombre de Villareal, que solo dista de Potosí por linea recta siete grados de lonjitud, con poca diferencia en latitud, y ya se vé con cuanta mayor facilidad se trasportarian todos los frutos y materias de comercio desde esta corta distancia, ó por medio de la navegacion del Pilcomayo y Bermejo (tan caudalosos como los mas célebres de Europa), que no por el largo y penoso camino de 540 leguas de tierra que se hace hoi para llegar á Potosí. A estas grandes ventajas de la naturaleza solo pueden ser insensibles los que no se afectan de la felicidad de sus semejantes, ó que desconocen por ignorancia el influjo del comercio en la prosperidad y grandeza de los Estados.

El rio Salado, que nace en la provincia de Salta y se une al Paraná por Santa-Fe, es otro de los caudalosos que tiene las mismas calidades que los anteriores (1). El Uruguay, tan conocido por el caudal de sus aguas, solo es navegable en la estension de 60 leguas, á causa de un pequeño salto que podria evadirse con un canal regular por uno de sus costados; obra de la mas fácil ejecucion por la poca altura del salto en su descenso. Finalmente el Guleguai y el Negro son otros dos rios de tercer orden, navegables en la distancia de muchas leguas, como lo son algunos otros que omitimos en obsequio de la brevedad, y se hallan descritos en las cartas geográficas de aquel país, que puede considerarse como el mas privilegiado de la naturaleza en esta parte tan esencial á los progresos de la agricultura y comercio.

(1) «Y, á propósito del Salado, hace tiempo que ha quedado en silencio por aquí la empresa de D. Estevan Rams sobre la navegacion de aquel rio. Las nuevas concesiones que últimamente le han hecho al Sr. Rams las Camaras del Paraná son de gran importancia. Tres años mas de plazo se le han concedido para las obras de esclusas, diques y todo lo necesario, concediéndole tambien un *nuevo* por ciento de interés anual sobre todos los capitales que ha invertido, y los que invierta hasta la suma de medio millon de duros. Con tan gran subvencion, además de los privilegios que le han concedido al Sr. Rams, no solo tiene asegurados los grandes capitales invertidos ya en la empresa, sino que tendrá suma facilidad para encontrar nuevos fondos para terminar la obra. Como 300 leguas de terrenos en propiedad en las márgenes del Salado, que le han concedido vários gobiernos; 60 que él ha comprado; varias cuadras dadas por el gobierno de Santa-Fé en el nuevo puerto de la capital; dos cuadras tambien regaladas por el mismo gobierno en el puerto del Rosario; treinta años de privilegio esclusivo para navegar á vapor en el Salado; la gran exencion por veinte años del pago de la mitad de derechos á todas las mercaderías que se conduzcan por aquel rio en sus vapores hasta la provincia de Santiago, que será el emporio y centro de comercio de todas las proyincias cuando esté en esplotacion. Tales son las garantías y privilegios que tiene esta empresa del Sr. Rams.» (*Las Novedades*, diario de Buenos-Aires, agosto 16 de 1859.)

(N. del E.)

De lo espuesto se infiere que el Paraná es admirable no solamente por la naturaleza de sus crecientes, por el caudal de sus aguas, por la estension de su curso y por la limpieza de su álveo, sino tambien como recipiente de tantos rios navegables en distancias enormes, y casi todos dotados de las mismas ventajas del principal en que confluyen.

Al ver el estado actual de despoblacion del Paraná después de tres siglos, pensarán algunos, que las inundaciones de este rio son perjudiciales á la agricultura. Sin entrar ahora en la indagacion de las causas de aquel fenómeno, pues seria repetir cuanto se ha dicho acerca del método de colonizar de las naciones europeas en estos últimos tiempos, manifestaremos la naturaleza de las inundaciones del Paraná. Aunque por lo jeneral los rios que salen de madre suelen ser el azote, y por eso el objeto de las inquietudes del cultivador, porque con sus crecientes arrebatan el fruto de sus sudores, arrastrándose el abono y sustancia de las tierras, que quedan infructíferas para muchos años, en el Paraná sucede admirablemente lo contrario. Sus crecientes, siendo periódicas, no pueden sorprender la vijilancia del labrador; y como suceden de un modo lento y progresivo, las inundaciones, bonificando las tierras que cubren, tan lejos están de ser perjudiciales, que las fertilizan. Es tal la lentitud progresiva de las crecientes, que para subir las aguas doce piés, que es la altura media á que suben regularmente todos los años, tardan cuatro meses. Así es que se vé la superficie del rio elevarse con tanta suavidad, como se veria llenar un estanque que tuviera en su parte inferior los surtidores. De manera que las mismas plautas que habia antes de la inundacion, se ven aparecer en las vaciantes con mayor lozanía; y hasta las yerbas mas humildes se ven mecerse

dulcemente en medio de las aguas, cuando están en su mayor creciente. Estas vienen siempre turbias, porque conducen en disolucion muchos vejetales, marga y sales que han arrastrado de los terrenos altos en donde nacen, y que la velocidad con que descienden no les permite depositar hasta llegar á los países llanos, en donde estando casi estacionadas por algun tiempo sobre las islas y terrenos anegadizos, van depositando todas las sustancias de que vienen impregnadas. Esto se hace mas sensible despues de retirarse las aguas, pues entonces se ven las tierras cubiertas de un glúten pardo y viscoso, cuya utilidad para la vejetacion se infiere del prodijioso crecimiento del pasto, de la altura y lozanía de los árboles y arbustos que cubren las islas que baña el rio en sus crecientes. Es pues evidente que las inundaciones del Paraná contribuyen á fecundar los terrenos que cubren en sus crecientes, y que aplicando el hombre sus manos á este tesoro de la naturaleza, seria incalculable el producto que rendiria allí el cultivo, especialmente de aquellas semillas que aman el riego y la frescura.

Todo parece que concurre á perpetuar esta fecundidad, porque segun el grado de la elevacion de las aguas, pueden estas influir sensiblemente sobre la superficie de los territorios que bañan. La creciente media es de doce piés; pero en las islas y anegadizos no llega jamás á tener aquel fondo por razon de su altura. Cuando el rio está en su minimum en las islas mas bajas, apenas tiene el agua cuatro piés de fondo, y algunas en la estension de muchas leguas solo tienen ocho y nueve pulgadas. Hai algunas que no se anegan sino en las crecientes estraordinarias que suceden rara vez de tiempo en tiempo. Tambien hai anegadizos tan bajos, que forman lagunas que solo desaparecen por la evaporacion y filtracion, quedand

do en seco grandísima cantidad de pescado, que parece sin provecho alguno.

Calculando la vasta estension de terreno que inunda el Paraná desde su embocadura hasta Cayastá, que es de lo que podemos hablar con exactitud, segun nuestras observaciones, son mil cien leguas cuadradas las que se cubren de agua durante la inundacion; y haciendo un cálculo aproximado de toda la estension que goza de este mismo beneficio desde cerca del trópico de capricornio (donde comienza á tomar este carácter) hasta su desembocadura, pueden graduarse en cuatro mil leguas las que participan de tamaña ventaja sin auxilio del arte, pues si este se empleara, como sucede en el Nilo, ¿quién es capaz de calcular toda su estension? Cuando aquellos países gocen de la paz y del influjo de un gobierno benéfico é interesado en la felicidad de sus pueblos; cuando se respeten las leyes y las propiedades; cuando la liberalidad y la tolerancia abran las puertas á todos los hombres útiles sin distincion de patria ni de culto; cuando llegue en fin esa época suspirada por cuantos saben sentir y pensar, entonces el gran Paraná, que es capaz de todas las producciones de la zona tórrida y de la templada, tendrá mas celebridad que el Nilo, á quien entre otras ventajas le lleva la del mayor número de rios caudalosos que le tributan aguas, y la de su mas grande estension navegable.»



CONSEJOS DE ORO

SOBRE LA EDUCACION.

POR

D. MARCOS SASTRE,

INSPECTOR GENERAL DE LAS ESCUELAS.





I.

CONSEJOS A LAS MADRES.

Madres amorosas, que tanto anhelais la felicidad de vuestros hijos, oid los documentos que os enseñarán á dirigir sus corazones desde los primeros días de su existencia.

Sereis verdaderas madres, no solo por haber llevado en vuestro seno á vuestros hijos, sino por haberlos criado á vuestros pechos y haberles inspirado las virtudes.

Tales son los deberes de la maternidad, derivados de la naturaleza y sancionados por la religion.

No consintais, pues que una estraña os arrebate las primeras caricias de un ser que os cüesta tantos cuidados y dolores: vosotras, madres, gustareis la recompensa preciosa de sus primeras sonrisas y de sus gracias hechiceras; solo vosotras recibireis de vuestros hijos el dulce nombre de *madre*, y ninguna otra mujer tendrá derecho para llamarlos *sus hijos*. Y así como se alimentan en vuestro regazo con la leche de vuestros pechos, así tambien se nutrirán sus almas, con los afectos mas puros y los buenos sentimientos que sabeis inspirarles.

Ellos os amarán, no porque oigan decir que es un de-

ber amar á sus madres , sino porque vuestro cariño y vuestros cuidados maternos les habrán inspirado una adhesion irresistible , un amor eterno ; y la razon despertará luego en sus pechos un sentimiento profundo de veneracion y gratitud hácia una madre que miró como un deber sagrado criarlos y educarlos por sí misma , y que no los desamparó un solo instante en los tiernos años de su niñez.

La primera infancia es la época mas importante para la educacion , la estacion en que se desenvuelven todas las facultades humanas , y jermanan los sentimientos innatos , que son los elementos de la moralidad futura. Debeis , pues , esmeraros en darles desde temprano una direccion saludable.

La Providencia inspira á toda madre el medio de influir sobre sus hijos , aun recién nacidos ; pues que consiste en amarlos.

Porque tambien en el infante la primera manifestacion con que se revela su alma es el amor , espresado por una simpatía indefinible , que desde los primeros dias de su vida establece ya una correspondencia de afectos entre él y su cariñosa madre ; y en el sentimiento del amor se encierran todos los sentimientos afectuosos que se desenvuelven y crecen al dulce calor de la ternura maternal. Así es como el corazón de vuestros hijos recibirá desde vuestros brazos una feliz impulsión al bien.

Alejad de su cuna los vicios de la cólera , la indocilidad y la impaciencia , que allí suelen tener su principio , cuando se accede á todos los antojos del infante , ó no se resiste oportunamente al poder de sus lágrimas. ¿Qué se puede esperar de aquellas madres indiscretas que no tienen reparo en inspirar á sus hijos sentimientos de furor y de venganza , haciéndoles castigar el mueble ú objeto en que han llegado á herirse ? ¿Se puede inventar una lec-

cion mas propia para formar un corazon iracundo, rencoroso y vengativo? Y sin embargo es una leccion que vemos repetida á cada instante; y luego se calumnia á la naturaleza, imputándole las malas pasiones del hombre, cuyo primer desarrollo es la obra esclusiva de una educacion corruptora.

Otro tanto sucede con la inclinacion á la mentira, hábito ruin y degradante, que tiende á inutilizar el don precioso de la palabra. Tambien esta propension á la mentira, tan jeneral en los niños, es el fruto de mil ejemplos y lecciones de falsedad y engaño que reciben desde el regazo materno. Se les incita á mentir, haciéndoles preguntas necias; se celebra en ellos la ficcion como una gracia; y engañar á un niño para apaciguar su llanto, es uno de los funestos efujios de una educacion vulgar. Pero ¡cuan caro cuesta esa ventaja pasajera!—Él miente y engaña á su vez, y desaparece para las madres uno de los medios mas necesarios para dirigir la conducta de los niños: la sinceridad.

Que vuestros hijos jamás oigan sino la pura verdad de vuestros labios; no permitais que nadie los engañe, ni *para su bien*: todo sea inmolado á la verdad. Nunca pongais á prueba su veracidad, cuando conozcais que el amor propio, ó la vergüenza, los compele á negar alguna de sus faltas. Haced que la verdad sea respetada hasta en sus juegos. Que se acostumbren á mirar el embuste con la misma aversion y desprecio que el hurto; vicios que tanto perjudican y envilecen á la sociedad y al individuo.

No suciteis en vuestros hijos una emulacion peligrosa, madre del rencor y de la envidia. Conservad entre ellos el cariño y la induljencia fraternal, siendo juez imparcial, aun en sus mas pequeñas diferencias, y dándoles á todos una parte igual en vuestro corazon.

¡Qué inhumano entretenimiento el de aquellas personas que se complacen en producir entre los niños la pasión de los celos y la envidia, ya manifestando preferencia al uno y desapego al otro, ya encomiando á aquel y deprimiendo á este! Eso es herir cruelmente en lo mas vivo la sensibilidad infantil. ¡Cuántas veces se han visto criaturas, llenas de vigor y de alegría, languidecer hasta morir, por el desvío del cariño maternal, como se ahila y perece una tierna planta privada de la luz!

El amor, la caridad es la luz, es el aire vital del alma. El principio, el móvil, el sentimiento dominante en el corazón del niño, como en todo corazón puro, es el deseo de amar y ser amado, tan innato é inestinguible en el alma humana, como el sentimiento moral y el sentimiento relijioso.

Estas divinas dotes, unidas á las plegarias de la niñez, son las que elevan de la tierra una sublime armonía en que se complace el mismo Dios. Que los labios balbucientes de vuestros hijos aprendan á pronunciar el nombre del Señor. Que la piedad relijiosa no tenga en sus afectuosos corazones mas origen que el amor y gratitud para con un Dios de bondad, criador de todas las cosas, y padre comun del género humano.

El amor á nuestros semejantes y todas las afecciones tiernas y jenerosas son sentimientos inherentes á la naturaleza humana, que solo necesitan el alimento del ejemplo, y adquieren un nuevo realce y vigor con las ideas relijiosas. ¿Qué corazón nuevo hai que no rebose en afectos de humanidad y sensibilidad al relato de una acción jenerosa ó benéfica, ó al aspecto de la desgracia y el dolor? ¿qué no se inflame de un santo entusiasmo de caridad con el ejemplo divino de la vida del Salvador de los hombres? Tales son las lecciones con que una madre pia-

dosa dispone el corazón de sus hijos á la práctica de todas las virtudes sociales.

El hábito de la obediencia se debe empezar á formar desde los primeros meses, como el mas necesario para la educacion; pues que por su medio se pueden destruir ó formar, segun convenga, todas las demás habitudes.

Aunque hai en los niños cierto instinto de independencia; los sentimientos de simpatía y de imitacion, tambien naturales, los disponen á la docilidad, mayormente si no encuentran debilidad ni inconsecuencia en el ejercicio de la autoridad de sus padres.

El mayor estáculo para obtener tan importante condicion, es la falta de unanimidad en las personas que gobiernan, y aun en las demás que están cerca del niño. Si uno reprueba lo que el otro hace, si el uno acaricia cuando el otro reprende, es perdido todo el fruto de la enseñanza.

No exijiendo sino lo que es racional y justo; acompañado algunas veces vuestros mandatos con las razones que los motivan; no comprometiendo jamás vuestra autoridad con ordenarles lo que juzgueis que no han de cumplir; haciéndoles siempre observar lo mandado; y sin valeros de amenazas, sin mas resorte que la prevision y la persuasion de vuestra parte, y de la de ellos el cariño y el temor de desagradaros, — los hareis contraer la habitud de la obediencia.

Despues, la idea del deber, la voz de la conciencia y la relijion, acabarán de relevar la virtud de la sumision y el respeto filial; y conservareis siempre sobre su corazón la dulce autoridad de una madre querida.

La severidad y la aspereza repugnan á la dulzura que caracteriza vuestro sexo. Ninguna madre ríjida y violenta espere ver en sus hijos la bondad que no ha sabido ins-

pirarles, ni el amor á la virtud que no puede insinuarse en el corazon sino presentándola con formas atractivas.

Pero tampoco incurrais en el extremo opuesto de una escesiva lenidad y complacencia. Manifestádoles, sin irritacion, vuestro disgusto y sentimiento por sus faltas, no deja de aparecer en sus pechos sensibles un sincero arrepentimiento. Las madres que saben amar á sus hijos, observarán siempre en ellos un afectuoso temor de incurrir en su desagrado.

Los cariños pueden ser un instrumento útil de educacion cuando tienen el carácter de aprobacion. Una demostracion cariñosa es el premio de mas valor para el niño.

Solo los procedimientos bondadosos tienen poder para desarrollar su intelijencia.

Con el rigor se podrá conseguir que dé pruebas de un ejercicio precoz de la memoria; pero no de los progresos de su entendimiento.

Los castigos dolorosos podrán alguna vez servir para reprimir la violencia de una índole viciada por una mala educacion; pero siempre son innecesarios y aun perniciosos en la infancia.

Mostrarse á los niños con indiferencia en todos sus pequeños contratiempos; animarlos al sufrimiento sin acariciarlos, cuando se hieren ó padecen algo; complacerlos, sin esperar sus instancias, siempre que se les pueda conceder sin inconveniente lo que desean; y no concederles lo que se les hubiere reusado,—son medios infalibles para que adquieran la paciencia, se habituen á la resignacion, se acostumbren á soportar las privaciones y á reprimir sus deseos. El secreto de la felicidad y la virtud está en saber vencerse á sí mismo.

La firmeza de carácter en los niños, que proviene del sentimiento innato de la justicia, y de la dignidad é in-

dependencia de su espíritu, la confundimos con la pertinacia, la indocilidad ó la soberbia, cuando nos empeñamos en doblegarla á nuestro antojo, sin consultar la razon, ó contrariando las propensiones propias de la puericia, y cuando estraviados por falsas ideas de educacion, nos empeñamos en dar á sus inclinaciones una direccion violenta. Entonces la coaccion del precepto y la resistencia del niño no es mas que la lucha del error con la naturaleza; porque esta, en todas las cosas, repele constantemente toda fuerza que tienda á contrariarla.

Conciliar el miramiento debido á aquella firmeza de carácter, con la necesidad de obtener la obediencia, es una dificultad que desaparece cuando la razon, la dulzura y la entereza rijen el imperio maternal.

La dichosa alegría de la primera edad, y aquella serenidad de alma, don reservado á la inocencia, no sean jamás perturbadas por las impresiones del miedo y el espanto con que muchas madres tienen la crueldad de llenar de angustias y amarguras el espíritu de sus hijos. Para hacerse obedecer, ó para librarse de alguna importunidad, se les atemoriza con ideas é invenciones pavorosas; siendo, muchas veces, un motivo de diversion para las personas insensatas, lo que causa en el alma de un inocente las mas crueles congojas y una ansiedad terrible, que pueden destruir su salud, ó hacerlo para siempre tímido, pusilánime y cobarde. ¡Cuántas veces la imbecilidad, la demencia y al epilepsia tienen este solo oríjen!

Si no se amedrentase á los niños, no conocerian el miedo ni experimentarían en la virilidad los vanos terrores, tan indignos del hombre.

Que vuestros hijos no contraigan las preocupaciones y la absurda credulidad que se posesionan del entendimien-

to á la sombra de las ideas religiosas : que la luz de la religion prevenga con tiempo su razon contra las funestas impresiones de la supersticion.

La tendencia á la imitacion y la curiosidad que se observa en los niños , son las mas felices disposiciones para estudiar sus inclinaciones , para formar sus costumbres y para instruirlos. Aprovechaos de estas propensiones naturales , segundando las sabias miras de la Providencia, lejos de contrariarlas como lo hacen los que se empeñan en refrenar la actividad de los niños , los que reprueban sus ocupaciones inocentes , y los que oyen con impaciencia ó contestan con despropósitos las repetidas preguntas de su curiosidad.

Suministrar un pábulo continuo á la actividad de la infancia , y satisfacer á sus cuestiones con claridad y verdad ,—es en resúmen toda la educacion ; es el medio mas eficaz para desenvolver sus facultades físicas y hacer progresar su intelijencia.

Nada hai sin consecuencia ; todo es importante en la infancia. De las mas ligeras impresiones se forman los sentimientos , los defectos , los vicios , las virtudes , las preocupaciones. La educacion se compone de cuanto vé , de cuanto oye , de cuanto siente el niño ; de todo cuanto lo circunda. La principal y constante tarea de una madre debe ser preservar á sus hijos de los malos ejemplos é influencias exteriores. Si no fuera por este inconveniente no habria cosa mas fácil que formar al hombre. Verdaderamente , que siendo tan necesaria la educacion moral , era menester que fuese una arte al alcance de todas las madres ; y así lo es en efecto.



II.

CONSEJOS Á LOS INSTITUTORES.

La disciplina es la base necesaria de la enseñanza. Hai buena disciplina en un establecimiento de educacion, cuando la enseñanza marcha con regularidad y sin confusion; cuando el director y sus auxiliares están *incesantemente* ocupados en enseñar y dirigir á los alumnos; cuando cada uno de estos últimos se contrae á su tarea sin perturbar á los demás; si se observan los reglamentos, si son obedecidos los maestros, si es jeneral la aplicacion, si reina el orden.

El orden y la aplicacion se sostienen reciprocamente, y de uno y otra resultan la moralidad, la habitud al trabajo, los adelantos, el contento de los discípulos, y el mayor alivio de los maestros.

El orden ante todo, porque sin él nada se adelanta en la direccion de una escuela. Los medios mas eficaces para sostener el orden son: primero, el ejemplo del preceptor en la asistencia *puntual* y en la *constancia* en el trabajo; segundo, la *buen*a distribucion del tiempo y de las tareas de la escuela; tercero, la *vigilancia incesante* sobre todos los alumnos; cuarto, que no haya para ningun niño *un solo instante* en que no tenga ocupacion.

Un institutor animado de sentimientos de amor, estimacion é imparcialidad para con sus discípulos, ejercerá sobre ellos una influencia poderosa; las correcciones, la idea del deber, la voz de la conciencia y la relijion fortalecerán despues en sus tiernos corazones las virtudes de la obediencia y el respeto; y la aprobacion de sus mayores, las honrosas recompensas y el conocimiento de su propio bien, acabarán de inspirarles el amor al trabajo y al desempeño de sus obligaciones.

Como de la desaplicacion resulta la ociosidad, madre del desórden y de todos los vicios, se habrá conseguido todo en la direccion de una escuela, desde que se consiga que los niños estén constantemente ocupados. La desaplicacion de un niño, que no es otra cosa que la pereza enjendrada por la repugnancia á la tarea que se le impone, proviene jeneralmente del desaliento que le han inspirado las lecciones fastidiosas de un mal método, ó el áspero tratamiento del maestro.

La desaplicacion ó pereza de los niños se corrige adoptando métodos sencillos y espeditivos; haciendo que las tareas no sean mui largas ni uniformes, y que las lecciones de memoria sean cortas, pero diarias; aplaudiendo sus pequeños esfuerzos, y recompensándolos con premios proporcionados; escitándolos con el ejemplo de la aplicacion de otro niño de su misma seccion, y animándolos con exhortaciones amistosas; finalmente, corrigiendo sus faltas con reprensiones y penas suaves, pero indefectibles.

Llevando con exactitud un buen sistema de libros de Registro; observando con puntualidad los reglamentos y los métodos para los diferentes ramos de enseñanza establecidos, y guiándose por las máximas de estos consejos, logrará el maestro no solo ver establecida en su escuela la mejor disciplina, sino tambien desterrada la ociosidad,

corregida la pereza , y promovida una saludable emulacion en los alumnos.

Si el premio y el castigo son los resortes mas poderosos de la educacion , tambien son los mas funestos agentes de perversion , si no se saben elejir y aplicar debidamente.

No hai necesidad de emplear medios extraordinarios para estimular la niñez á la aplicacion. Los premios de mucho valor , los honores exajerados , las condecoraciones y todo el aparato acostumbrado de ceremonias y funciones públicas , tienden directamente á desnaturalizar los sentimientos mas puros de un corazon nuevo , fomentando en él la presuncion y el orgullo ; al paso que los que no logran esas gloriosas demostraciones , caerán fácilmente en el desaliento , la aversion al trabajo , los odios y la envidia.

Felizmente , desde la mas tierna infancia se manifiestan en el niño las disposiciones mas favorables para facilitar la educacion. La inclinacion á imitar y el deseo de conocer las cosas , son móviles tan activos en el niño , que las lecciones siendo dirigidas por un buen método , tienen por sí solas sobrado aliciente para interesarlo y escitar su aplicacion ; y es tan sensible su corazon á las manifestaciones de cariño y aprobacion , que el menor signo de afecto , una palabra de elojio de parte del maestro , es para el niño la mas lisonjera y estimulante recompensa.

La satisfaccion interior , ó sea la alegría que siente el niño por sus adelantamientos se puede considerar como la principal palanca de la enseñanza ; y por lo tanto es necesario tratar ese precioso sentimiento con mucha circunspeccion ; no debilitarlo , ni menos aumentarlo hasta tal grado que dejenere en vanidad y soberbia. El contento que inspiran á un niño sus propios progresos seria siempre puro , si no hubiese personas indiscretas que le hacen producir ignobles sentimientos con la prodigalidad de los

elojios, y, lo que peor es, ensalzando su mérito sobre-él de sus discípulos. Por esta razón es tan peligrosa la alabanza en boca de los que no están iniciados en la ciencia de educar.

No se han de dar premios ni tributar elojios á aquellos alumnos que por su mayor talento y despejo ó mas detenida instruccion, se desempeñen bien, si les falta la aplicacion, única base moral del mérito. Para premiar ó elojiar á un niño debe atenderse mas al esfuerzo de su voluntad, que al lucimiento y perfeccion de su trabajo. Así podrán aspirar á las alabanzas y recompensas los niños de menos talento, y tambien los mas principiantes, por sus pequeños adelantamientos, debidos á su aplicacion mas que á su capacidad.

Conviene recompensar los esfuerzos del niño con algunos objetos de poco valor y adecuados á su instruccion y gustos inocentes; haciéndole entender que se le dan, no por lo que valen, sino como una demostracion de la aprobacion que ha sabido merecer.

El preceptor debe tener entendido, y hacerlo comprender á los niños, que los premios no son aplicados al mero cumplimiento de los deberes, sino al que hace mas de lo que es de estricta obligacion. Así pues, no serán premiadas las lecciones buenas sino las óptimas, ni los trabajos regulares sino los ejecutados con especial esmero, segun las aptitudes de cada uno.

En la adjudicacion de cualquier premio, y aun del mas simple *vale*, debe el preceptor proceder con la mas severa justicia é imparcialidad, si no quiere hacer infructuoso este medio de educacion, y perder la estimacion de sus discípulos y aun pervertir sus sentimientos. ¡Cuán funesto ejemplo el de un educador que para recompensar hace acepcion de personas; que da el premio al alumno que no

lo merece, ó lo niega al que lo ha merecido! El maestro que para acordar distinciones ó premios atendiese á otra consideracion que la del mérito del niño, mereceria ser depuesto en el acto, como corruptor de la educacion.

Un corazon que se trata de nutrir con elevados sentimientos para formarlo para el honor y la libertad, no debe ser ajado con castigo alguno de aquellos que la opinion ha señalado con la marca de la infamia, de la afrenta ó de la ignominia; lo contrario, seria degradar al hombre, envilecerlo á sus propios ojos, hacerlo insensible al deshonor y la vergüenza, é impelerlo á la bribonería y al crimen. Los frutos de las penas humillantes y del escensivo rigor con la juventud, son la simulacion, la hipocresía, la baja y la impudencia.

Debe pues abolirse toda pena corporal, y el uso de todo instrumento de castigo doloroso. Tampoco debe imponerse penitencia que sea humillante, bochornosa ó irrisoria; como esponer al niño á la vergüenza, ponerlo de rodillas, fijarle letreros, signos afrentosos, etc. El castigo en público hace perder á los niños el sentimiento de su propia dignidad, que tanto importa cultivar en la infancia.

Tampoco se han de emplear el terror y el miedo como medios de educacion. Aunque con ellos como con los crueles tratamientos, se obtenga hasta cierto punto contener al niño en sus deslices; mas al fin llegan á corromper su carácter y abatir su espíritu, haciéndolo cobarde y medroso.

El infundir miedo á los niños con cuentos de duendes, brujas, fantasmas, espetros etc., es imbuirles ideas supersticiosas; es enervarlos con la pusilanimidad de que se sentirán dominados, aun en la edad viril; es hacerlos incapaces de muchos actos de virtud y de heroismo que requieren valor é impavidez.

El hacer uso de la mentira para conseguir que hagan la voluntad de sus padres ó maestros, es una costumbre detestable. En ningun caso le es permitido al preceptor engañar á sus discípulos, aunque se proponga obtener de ellos los mayores bienes. Además de la inmoralidad que en sí encierra el uso del engaño ó la mentira en una obra tan santa como la educacion moral del hombre, será una leccion de falsía y embuste que, desde el momento que fuere apercibida por el niño (y lo será, tarde ó temprano) lo inducirá á faltar á la verdad, á engañar á su vez aun á sus mismos padres y maestros, y se perderia así la sinceridad, tan necesaria para dirijir el corazon del niño.

El respecto á la verdad debe observarse por el institutor en todo cuanto hable delante de sus discípulos. Nunca les prometa cosa alguna que no esté resuelto á cumplir, y una vez hecha una oferta, cúmplala religiosamente; de lo contrario, la veracidad y el cumplimiento de la palabra, serán nombres vanos para ellos.

Jamás los amenace con castigos que no haya de imponer; y apliqueles sin falta las penas señaladas.

Los castigos ó penas son mas eficaces por la certeza y justicia de su aplicacion, que por su severidad. No se debe dejar pasar ninguna falta advertida por el maestro, sin su reprension, pena, ó nota correspondiente.

La menor injusticia del preceptor puede arrebatarle para siempre la estimacion de su discípulo y rebelar su voluntad para lo sucesivo. Debe persuadirse el preceptor de que no hai cosa que mas entorpezca la marcha de la educacion de un niño, que un proceder injusto de parte de los que la dirijen.

Por pequeño que sea el niño, se advierte que posee el sentimiento de la justicia, y que, en cuanto alcanza su

débil comprension , aprueba lo justo y desaprueba lo injusto ; así es que se exalta é irrita cuando se le imputa lo que no ha hecho , cuando se le reprende sin razon , ó cuando el maestro , por capricho ó lijereza , le impone alguna pena que no ha merecido.

En la averiguacion de las culpas graves , debe el preceptor proceder con calma y circunspeccion. Siempre se ha de escuchar al niño acriminado ; y si no confesase el hecho , debe averiguarse la verdad por todos los medios que dicte la prudencia y el amor á la justicia. No se debe estar dispuesto á creer delincuente al niño , aunque haya otras veces incurrido en la misma falta de que se le acusa ; ni imponerle pena ninguna , sino cuando la certeza de las pruebas ponga al culpable en el caso de no poder negar su delito.

Es un defecto mui comun entre los preceptores , obligar al niño á una confesion espresa , aun cuando haya dado una prueba suficiente de la verdad de la falta con su silencio y confusion.

El rubor que ocasiona una falta cometida , debe considerarse como la primera flor de la moralidad , que se debe procurar cuidadosamente no marchitar ; por esto no se deberá hablar mas de la falta cometida , desde el momento en que se manifiesta la vergüenza del niño en el sonroseo de su semblante. Sin embargo , esto no obstará para que se le castigue en casos graves ; pero se debe evitar el hablar mucho acerca de la accion y del castigo impuesto.

Mas no se tenga el vohorno por indicio seguro de la culpabilidad del niño si este insiste en sincerarse ; pues tambien le suelen salir los colores al rostro cuando advierte que se sospecha de su inocencia , ó bien por efecto de su natural cortedad.

Es una cosa horrible burlarse de un niño que se rubo-

riza ; y no se puede menos de calificar como un acto inmoral el reprocharle su rubor como una necedad digna de risa.

En las repreciones, aun de las culpas mas graves, no usará jamás el preceptor los epítetos de « pícaro, canalla, ruin, malvado, vicioso », ni otras calificaciones semejantes. Sea el preceptor claro y breve en sus repreciones ; no exajere la fealdad de las faltas , ni inculque demasiado en las leves ; y aunque la renitencia de un alumno ó la gravedad de la culpa lleguen á exaltar su celo, no se propase jamás á improperarlo ó injuriarlo.

No tenga el preceptor la pretension de hacer desaparecer las faltas en su escuela ; es una perfeccion imposible en la niñez.

No haga nunca reconvenciones jenerales por las faltas leves de los niños, por mas que se repitan diariamente ; y sea indulgente con ellos, limitándose á aplicarles con constancia las pequeñas penas establecidas , para la conservacion del buen orden en la escuela.

El institutor debe hacer comprender á sus discípulos, que los castigos ó penas no consisten solamente en la modificacion ó privaciones del que los sufre , sino mui particularmente en el desagrado que causa á los maestros y padres la mala comportacion del niño ; y que hai otros castigos y consecuencias peores, que debe temer el culpado , si no se arrepiente y enmienda ; como són : el disgusto interior y los remordimientos de la conciencia ; el desprecio y descrédito jeneral que se acarrea con su mal proceder ; las ventajas que perderá por no saber aprovecharse de la enseñanza ; los males que le sobrevendrán si llegando á ser hombre , se encuentra lleno de ignorancia y de vicios ; y por último , el castigo de la justicia de los hombres á que se espone si no corrije con tiempo sus

malas inclinaciones, y los mas terribles castigos de la justicia de Dios.

Ese sentimiento tan puro de probidad y de justicia que existe en el alma del niño, debe ser fomentado por sus maestros con el ejemplo de un proceder recto, imparcial, eminentemente justo. Él les facilitará el hacer comprender al niño, como debe respetar los derechos de los demás, y la relacion que hai entre sus obligaciones para con los otros y las obligaciones de los otros para con él; entre el deber y el derecho; haciéndoles frecuentes aplicaciones de la gran máxima: *no hagas á otro lo que no quisieras que te hiciesen á tí*. Con esta máxima evangélica le será fácil al preceptor atacar el egoismo, la envidia, la soberbia, la avaricia, la crueldad, y todos los vicios opuestos á la caridad y á la justicia.

Los vicios de la murmuracion, la maledicencia y la calumnia se estirparán de raiz en una casa de educacion, si no permite el director que los alumnos refieran dichos ó hechos ofensivos del prójimo, ni consiente que ningun niño acuse ó denuncie á otro, si no en el caso de que reciba alguna ofensa, ó sea escandalizado.

Aféeles la costumbre de acusar ó delatar cuando no se tiene encargo de vijilar sobre los otros; y castigue ejemplarmente á los calumniadores, hasta espulsarlos, porque la calumnia es un crimen que supone un corazon depravado. Pínteles con sus verdaderos colores los males causados en la sociedad por la murmuracion, los chismes y las calumnias: como perturban la paz de los pueblos, dividen las familias, introducen la discordia, alimentan los rencores, engañan á las autoridades, promueven las persecuciones, y muchas veces hacen perder la reputacion, el bienestar y aun la vida, haciendo sufrir á un inocente el castigo del criminal.

La enseñanza de la religión es el fundamento de toda enseñanza y el mayor beneficio que puede dispensarse al hombre. Sin la educación moral no hai educación posible, y la religión es el único sosten indestructible de la moral. Cuando el niño asiste á la escuela, ha empezado ya el desarrollo del sentimiento religioso y las nociones del dogma por las creencias y ejemplos de la madre y de la familia. Al maestro le incumbe continuar con inteligencia la obra comenzada en el hogar doméstico. Encaminar al niño por el sendero de la virtud, por medio de la enseñanza de las verdades y de las prácticas piadosas, es el deber principal y mas importante del maestro de instrucción primaria. Para llenarlo debidamente, es condición indispensable, que él mismo esté animado de una fé viva é ilustrada, porque convencido de las verdades que enseña, ilustrará é inflamará fácilmente el alma de los discípulos; mientras que en el caso contra su frialdad y mal ejemplo harán infructuosas sus lecciones.

La instrucción religiosa y moral no debe limitarse á las horas de clase que le estén destinadas, ni solamente al estudio de los libros con que se la auxilia: cada dia y en todas las oportunidades de exhortar ó corregir, de encomiar ó premiar, sea privada ó públicamente, debe el preceptor emplear los documentos de la moral evangélica para formar el corazón de sus alumnos.

La educación moral y religiosa, no solamente es de la mayor importancia para el grande objeto de mejorar las costumbres, sino porque ella predispone al niño á recibir con mas aprovechamiento toda otra instrucción y enseñanza. Un espíritu ilustrado y fortalecido con las luces de una sana filosofía y con todos los auxilios que la religión ofrece; habituado á reflexionar y reportarse, y poseído del deseo de ser cada vez mejor y mas útil, recibe con

ardor y con fruto las diversas enseñanzas; al modo que una tierra bien preparada hace fructificar las semillas con mas vigor y abundancia.

Haga el institutor comprender á sus alumnos la dignidad del hombre, su propia importancia como hijos de Dios y de la patria, y como miembros de la gran familia humana; elévelos á sus propios ojos, observándoles que son racionales, esto es, dotados de una alma inteligente, espiritual é inmortal, creada á imájen y semejanza de Dios; que ellos forman parte de una sociedad culta, en que algun dia, segun sus aptitudes, instruccion é inclinaciones, tendrán que desempeñar las funciones serias y elevadas del defensor de la patria, del padre de familia, del sacerdote, del magistrado, y dedicarse en fin á las diferentes profesiones, artes ú oficios, en que se verán tanto mas honrados, favorecidos y aventajados, cuanto mas moral sea su conducta, mas cultivada su razon, mas activo y completo su desempeño.

Para que el institutor puede dirigir con acierto la educacion de la juventud, debe estar penetrado de esta gran verdad: « No siendo el fin del hombre los goces terrenos, sino el encaminarse á la felicidad eterna por la práctica del bien el objeto de la educacion debe ser colocar á cada individuo en la mejor aptitud posible de ser útil á la sociedad y á sí mismo, cumpliendo su alto destino de marchar á una vida inmortal por el sendero de la virtud.»

El hombre está pues en la obligacion de trabajar incesantemente en mejorarse, en acercarse á la perfeccion: esta es la grande obra que debe ser comenzada, y no abandonada jamás por la educacion.

ÍNDICE.

	Los Editores.	v.
	Discurso Preliminar.	xvii.
I.	Introduccion.	29
II.	Un paseo por las Islas.	33
III.	El Rio-Paraná.	39
IV.	El Delta.	47
V.	Habitantes.	59
VI.	El Rancho.	65
VII.	Las Aves.	69
VIII.	El Picaflor y el Chajá.	77
IX.	La Pava de monte, el Pato real, el Macá, el Biguá y el Rei de los pajaritos.	87
X.	La Calandria ó Burlon.	94
XI.	Cuadrupedos: el Carpincho, el Quiyá, el Apereá, el Jabali y el Ciervo.	99
XII.	El Tigre ó Yaguaraté, el Ocelote y la Sariga.	105
XIII.	Peces, Tortugas.	113
XIV.	Los Mosquitos.	121
XV.	El Camuatí.	125
XVI.	Continuacion del Camuatí.	133
XVII.	El Seibo y el Ombú.	147
XVIII.	El Agarrapalo.	163
XIX.	El Burucuyá.	167
XX.	A la caída de la tarde.	173
XXI.	La Noche en las Islas.	179
XXII.	El Valle de Tempe.	187
XXIII.	Jeoponia.	193
	I. Drenaje.	id.
	II. Desmonte.	196
	III. Labor.	197
	IV. Árboles.	199
	V. Abono.	201
	VI. Epilogo.	206
	Notas del Tempe Arjentino.	209
	Apéndice al Tempe Arjentino.	237
	CONSEJOS DE ORO SOBRE LA EDUCACION.	295
	I. Consejos á las Madres.	261
	II. Consejos á los Institutores.	269



MAPA DEL GRAN DELTA
 De los tres rios, Plata, Parana, y Uruguay.
 O sea
EL TEMPE ARGENTINO.

SAN PEDRO

BARADERO

EL PALMAS

ZÁRATE

S^o ANTONIO de ARECO

S^o ANDRÉS DE JILES

CAPILLA DEL SEÑOR

PILAR

LAS CONCHAS

S^o FERNANDO

S^o ISIDRO

BELGRANO

S^o MARTIN

S^o JOSÉ DE FLORES

BUENOS AIRES

DELTA

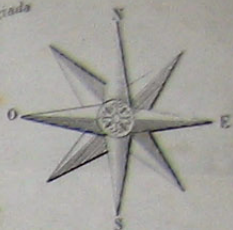
DE LOS TRES RIOS

EL TEMPE

ARGENTINO

URUGUAY

RIO DE LA PLATA



LUIAN

